

E

MARTIN AMIS

X



T  
O

Lectulandia

La vida de Gregory Riding es una rutilante serie de conquistas sin esfuerzo, y su concurrido lecho un escenario atravesado por miles de comparsas. Su hermanastro, Terry, cuya existencia de escuálida mediocridad no puede competir con los deslumbrantes triunfos del dandy narcisista del piso de arriba, tiene que conformarse con las sobras. Pero los papeles cambiarán cuando la diosa Fortuna haga girar su rueda caprichosa.

*Éxito* podría definirse como una hermosa, coherente e infrecuente reflexión sobre la cambiante sociedad inglesa con todas sus contradicciones, a partir de la vida cotidiana de la ciudad y de sus personajes, en toda su tristeza. Un retrato crítico, una radiografía desgarradora de un sistema de valores y pautas sociales que, por un lado, se esfuerza por penalizar el fracaso y por otro, paradójicamente, premia con el éxito el egoísmo y la crueldad.

**Lectulandia**

Martin Amis

# **Éxito**

**ePub r1.0**

**Trips 16.09.14**

Título original: *Success*  
Martin Amis, 1978  
Traducción: Héctor Silva  
Retoque de cubierta: Trips

Editor digital: Trips  
Corrección de erratas: Trips  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

a Philip

# 1: Enero

(I) Por lo visto, he perdido todo el encanto que pude tener.

TERRY

—Soy Terry —dije. El auricular carraspeó—. Oh, ¡hola, Miranda! —continué—. ¿Cómo estás? No, Gregory no está en casa en este momento. Llama dentro de un ratito. De acuerdo. Adiós.

En realidad Gregory estaba sentado allí al lado, con las palmas de las manos hacia arriba sobre la superficie granulosa de la mesa de la cocina.

—¿Éxito? —preguntó. Yo asentí con la cabeza y él lanzó un suspiro—. Ahora ha empezado a enviarme poemas obscenos.

No había motivo para no seguirle la corriente.

—¿Ah, sí? ¿Qué clase de poemas obscenos?

—¿Nunca te ha mandado una muchacha un poema obsceno?

—Creo que no.

—Esto me supera. Cosas acerca de mi «pujante trinquete». Y tonterías sobre su «joya ambarina». O quizá sea sobre *mi* joya ambarina... No estoy seguro.

—Da la impresión de que fuera la suya. Quiero decir que ella no va a ser la del pujante trinquete, ¿no es así?

—*Podría*. Nada es imposible para ella. No me sorprendería que tuviese *dos*.

—¿Y qué es lo que tiene que decir de tu pujante trinquete? Me refiero al poema obsceno.

—Habla y habla interminablemente de él. Apenas aguanto la lectura. Me supera. Es algo que no me merezco.

—¡Qué desagradable! —exclamé con entusiasmo—. Bueno, ¿y qué vas a hacer al respecto, Greg?

—Ésa es justamente la cuestión. ¿Qué puedo hacer? ¿Decirle «Mira, ya está bien de poemas obscenos. Basta de poemas obscenos»? No creo. Supongo que siempre puedo acudir a la policía... dejar que la policía aclare la cuestión. Con las cosas horribles que me hace hacer en la cama...

—¿Y por qué no le dices sencillamente que se evapore?

Gregory alzó la vista y me miró con el medroso asombro de un cachorro.

—¿Se puede hacer una cosa así? ¿Es... es lo que harías tú?

—¡No, por Dios! Yo la haría hacerme hacer cosas horribles en la cama. Incluso la dejaría escribirme poemas obscenos. Hasta se los escribiría yo a ella.

—¿Lo dices en serio?

—Y tanto. Estoy desesperado. Torturado por la necesidad. Parece que ya nadie quiere acostarse conmigo. No sé por qué. Gita ya no quiere follar conmigo.

—¿La pequeña de las orejas grandes? ¿Y por qué?

—¿Cómo demonios voy a saberlo? Ella dice que no quiere. No sabe por qué. Pero sabe que no quiere.

Ante esto último, Gregory dio un respingo.

—Es curioso —dijo, echándose hacia atrás—, en mi experiencia sucede todo lo contrario. La otra persona tiene siempre más ganas de follar conmigo que yo con ella.

—¡Qué gracia, pero tú eres *marica!* O en todo caso, por ahí andas... Entre maricas, *cualquiera* puede ser el follado. Para eso son maricas, seguramente: a nadie le importa lo que cada cual le haga a otro.

—Te aseguro que por ahora no estoy en eso —dijo él, estirando su cuello bien formado—. Es esa condenada Miranda.

—Ah, claro.

—Miranda y sus exigencias. —El rostro de Greg desapareció hundido en las palmas de sus manos. —No puedo hacer frente a otra noche como la última. Sencillamente, no puedo. —Alzó la cabeza. —Es de una voracidad increíble. ¿Quieres saber una de las cosas que hace? ¿Te lo cuento?: pues *se te echa encima después de habértela follado*. Después. ¿Entiendes? La muy puta. ¿Qué te parece?

—A mí me suena inmejorable.

—Pues déjame que te diga que es un padecimiento espantoso. Y además, juguetea toda la noche con tu polla mientras tú te haces el dormido. Y *encima*, te mete... bueno, ya sabes.

—¿Qué? ¿En el culo?

—Exactamente.

—¿Y qué hay con eso? —pregunté yo con cierto malhumor—. A estas alturas deberías estar acostumbrado.

—Pero es que ella tiene esas tremendas uñas de furcia.

—¿Pero no puedes... qué sé yo, tener unas palabras con ella acerca de todo ese asunto? ¿Hablarle francamente sobre esas costumbres?

—Desde luego que no. La sola idea me repugna. ¿Y sabes con cuántos tíos se ha acostado? Haz un cálculo. Venga, di una cifra. ¡Con más de cien en dos años!

—Una leche.

—Pues así es. Ella misma lo reconoce. No es sino uno a la semana, si haces la cuenta. En casa de Kane se la han tirado todos. En casa de Torka se la han tirado todos. En todas partes se la han tirado todos. Si vas por la calle... ¡todo el mundo se la ha tirado! Nunca he dado con nadie que no se la haya tirado. Es probable que el conserje se la haya tirado. El ascensorista se la ha tirado, con toda seguridad. El...

—Yo no me la he tirado —declaré, decidiendo llevar aquella agotadora

conversación a un punto crucial.

Y así fue:

—Podrías, Terry. De veras. No hay ningún problema. Más de una vez ha dicho que tú le gustas. Y ella se acuesta con tipos que *detesta*. Te puedo asegurar que te pondrá a prueba. Eso sí. Mira: te diré lo primero que hará. En el momento en que vayas a besarla, te plantará *ambas manos* en...

¿Lo hará? No tiene pinta de hacer eso. (Nadie tiene esa pinta).

La chica que ahora mismo se supone que he de quitarle de encima a Gregory se llama Miranda. Tiene diecinueve años. Tiene el cabello rubio y ensortijado, una figura apetitosa, unos ojos azules siempre húmedos y una boca franca y generosa. Es bonita, aunque quizá no sea exactamente mi tipo. Pero es sumamente distinguida y probablemente muy neurótica (quizá hace esas cosas que él dice con cualquiera, con tal de que se lo pida correctamente). Aparte del hecho de que estoy profundamente enamorado de Miranda, tengo tres excelentes razones para estar de acuerdo con el traspaso.

Una. Ella me gusta mucho. En contraste con las compañías femeninas habituales de Gregory (todas ellas altivas sirenas de rostro convexo, culo como botón de cuello y nombres tales como Anastasia y Tap; son lustrosas, caras, y casi sin excepción dos veces más altas que yo; a mí me falta poco para llamarles *Caballero*), Miranda se las ingenia para dar la impresión de formar parte de la raza humana: cuando te la han presentado, puedes perfectamente irte con la idea de que ella y tú pertenecéis a un mismo planeta. En vez del aletargado fastidio —o, más a menudo, la afectada indiferencia— con que las amigas de Greg saludan habitualmente mis idas y venidas, de Miranda obtengo holas, adioses, muchas gracias y cosas así. Y eso que sólo me he topado con ella en dos ocasiones: una en la que la graciosa muñequita subía al piso resollando por las escaleras (dijo que «había olvidado» que hubiese ascensor), y otra vez mientras la muy tontuela se estaba vistiendo por la mañana (después que Gregory hubiera salido pitando para el trabajo. No, no le vi las tetas). En ambas ocasiones, me dirigió la palabra con amabilidad.

Dos. Yo tengo, por principio, un interés verdaderamente profundo en pescar detalles de la intimidad de Gregory. Necesito detalles, detalles, detalles reales, y los quiero hirientes, perjudiciales y grotescos. Fantaseo con la impotencia, la monorquidia y la eyaculación precoz. Codicio sus represiones y sus inhibiciones; suspiro por sus traumas. (¿Por qué no podrá dejarse de una vez de chicas y ser un marica normal? Eso me simplificaría las cosas). Y sobre todo, claro está, me pirro porque Gregory esté pobremente dotado. Me desepito porque sea así. Toda la vida he deseado que su polla fuera pequeña. Incluso antes de conocerlo a él, la mezquindad de su miembro tuvo la mayor importancia para mi bienestar.

Tres. Desde las once de la noche del 25 de julio del año pasado no consigo que nadie se acueste conmigo. (Y tampoco entonces resultó fácil. Era una ex novia mía. Logré que nos emborrachásemos. Cuando me dijo que no, me puse a llorar: quedó tan impresionada, que dijo que sí).

Eso fue hace seis meses.

¿Qué os ha pasado de repente, malditas?

O qué pasa conmigo.

Nunca me ha preocupado mucho mi apariencia (Gregory, lo sé, no sabe pensar en otra cosa). Tengo una pinta corrientucha. Aparte de mi cabello tirando a pelirrojo — de hecho, hubo una breve temporada en que en el colegio me llamaban «peliverde»—, mi aspecto es corriente, parezco un educado empleado de nivel medio proveniente de las clases modestas, el tipo de individuo que pasa diariamente a tu lado por la calle sin que lo mires, ni notes su presencia, y a quien jamás reconoces. (No me prestas atención. ¿Y a mí qué?). Siempre he dado por sentado, sin darle importancia, que mi apariencia no es en realidad mala del todo: no lo que se dice realmente *mala*. Ha habido en mi vida la cuota normal de muchachas, y me ha tocado la cuota normal de desasosiego, turbación y agradecimiento.

Ahora es distinto. ¿Cómo y por qué? Hablan conmigo, aceptan salir conmigo, comen conmigo, beben conmigo, se dejan meter mano, incluso se van a la cama conmigo. Pero ¿acaso follan conmigo? Oh, no, eso sí que no. De eso nada, oh, no. (¿Quién cojones se creen que son, para no hacerlo?). La cuestión no haría más que irritarme y desconcertarme si alguna vez me hubiera considerado un tipo *atractivo*. Pero nunca me he creído tal cosa. ¿Por qué, entonces, follaban conmigo? Encanto, chicas más receptivas, artimañas más eficaces, buen talante, suerte, son cosas que tuve una vez. Por lo visto, he perdido todo el encanto que pude tener.

En realidad (creo) todavía estoy intentando quitarle importancia al asunto, y probablemente por eso doy la impresión de que no me preocupa. Esto va tan mal que casi he agotado mi reserva de antiguas novias, las he vuelto a llevar de paseo a todas —todas las que no estaban casadas, embarazadas o muertas— y he intentado que se acostaran conmigo. Ninguna ha querido. He telefoneado a chicas que no he visto durante tres o cuatro años. Recorro en tren toda Inglaterra visitando a chicas que no se acuerdan para nada de mí. Puro por la calle a muchachas con pinta de neuróticas y retardadas. Cortejo especialmente a meras secretarias en plena labor. Les hago proposiciones a las viejas y a las enfermizas. Intento conseguir que follen conmigo. No quieren.

¿Es que nadie va a decirme *qué* está pasando? ¿Cuál es el *gancho*? ¿Y de qué se trata? No me huele el aliento, creo, o en todo caso no ha empeorado radicalmente (si

he de hacer caso de mis permanentes pruebas de reinhalación). A mi rostro no le ha ocurrido recientemente nada malo. Este horrible cabello no se me cae más rápido que antes. (Es verdad que en el futuro voy a tener un problema anal. Pero ellas no tienen por qué enterarse, ¿verdad?). Me baño cada treinta y seis horas, excepto en invierno, y me preparo esmeradamente para estas espantosas citas que tengo a veces. Estoy aumentando un poco de peso, pero eso es porque últimamente estoy bebiendo mucho. ¿Ustedes no harían lo mismo?

(Me parece que estoy perdiendo aguante. Creo que me estoy volviendo *tonto*<sup>[1]</sup>).

Gregory no debe descubrirme nunca. No sospecha la verdad, no obstante mis chanzas plebeyas. Le he dicho que tengo un asunto en Islington. Me instalo en distintos pubs y cafés para hacerle creer que estoy allí. Regreso tarde haciendo ruido y le cuento mentiras. Gregory no debe enterarse. No debe enterarse nunca de que por la noche me siento en el lecho en mi cuarto como un obseso, odiando todo lo que existe. (El día es diferente, por supuesto. Con su aversión a las furcias y su tristeza callejera, el día tiene sus horrores específicos).

¿Qué estoy haciendo aquí? Mi cometido, pienso yo, es hacer que ustedes también lo odien. No debería ser difícil. Lo único que necesito es mantener los ojos abiertos. Siempre que también ustedes mantengan abiertos los suyos.

¿Lo hará?

—¿Lo hará? —le pregunté—. ¿Cómo hacemos el cambio? Entre otras cosas, ¿cuándo va a venir?

—En cualquier momento llega. ¿Estás preparado?

Gregory estaba de pie junto a la ventana; hacía girar un bastón de empuñadura de plata. No sé si sirvo para describir su atuendo: aquella negra capa con forro carmesí, de vampiro de ópera, un chaleco de su padre, pantalones de harén —¿existen?— ajustados a los tobillos por lo que parecían ser unas costosas pinzas de ciclista. Su casi insufrible apostura quedaba, como siempre, en plena evidencia; parecía inteligente, delicado e increíblemente marica.

—¿Cómo vamos a hacerlo?

Gregory hizo un desdeñoso ademán. Seguía junto a la ventana; hizo girar el bastón.

—Me dijiste que iba a ser fácil —dije, sorprendido por el crudo tono de reproche que se había infiltrado en mi voz. (A veces digo cosas que suenan como insultos proferidos por otros. Me dejan lastimado y sin habla).

—Y lo será, Terry. Vamos a pensar en cuál es el mejor modo.

Al cabo de unos minutos habíamos elaborado un plan, por cierto que bastante rudimentario. Greg tenía que mostrarse con Miranda considerablemente más perverso de lo habitual, hacerla llorar y después irse enojado, momento en el cual irrumpiría

yo, que previamente le habría hecho notar mi pelirroja presencia en el piso abriéndole la puerta cuando llamase.

—¿Estás seguro de que te saldrá bien? —pregunté en tono ligero, para que no se arrugara.

—Oh, sí —dijo él—. Nada más fácil. De todos modos, por lo que yo sé, últimamente llora casi todo el tiempo.

—¿Y eso por qué? —esto promete, pensé. Puede que ella hiciera realmente todas aquellas cosas, si también andaba jodida, como yo. (Yo las haría, con quien fuera).

—No lo sé —dijo Gregory—, siempre me siento demasiado azorado para preguntárselo. Es que está chiflada, nada más. Como la mayoría de las chicas en la actualidad.

—¿Adónde vas? ¿A ese sitio de maricas?

—No es un sitio de maricas. Hay también montones de chicas.

—Ese sitio para bisexuales, entonces.

—Sí. Ahora, atiende: ¿qué tal andas de vino y esas cosas? Convendría que la emborracharas.

—Tengo en cantidad.

Él me miró de arriba abajo con afectado disgusto.

—Ella pierde completamente el control cuando se emborracha. Hará lo que sea.

—¿De veras?

—De veras. No habrá absolutamente nada que no esté dispuesta a hacer.

—Bueno, haré la prueba.

—¿La prueba? Escucha: apuesto a que apenas ponga un pie en el umbral te hará algo repugnante. ¿Qué te juegas a que te saca una...?

Sonó el timbre.

—Vamos —dijo Gregory.

Tras haberle abierto la puerta a la muchacha —camiseta blanca y pantalón vaquero, mirada tímida que no osé afrentar, un sabor a leche en mi boca— y haberle indicado la escalera, regresé aturdido a mi oscura habitación. Estuve bebiendo whisky hasta que oí los imperiosos pasos de Greg.

—Adelante —me susurró en el vestíbulo—. *Ahora.*

Yo tenía la esperanza de que para cuando llegase arriba, Miranda estuviera llorando, o histérica, o —mejor aún— inconsciente. Pero la encontré de pie, pequeña y sosegada, junto al alto ventanal. Y un poco metida en carnes y muy bonita, pensé. Noté con pena que todavía llevaba el bolso de dril colgado del hombro.

—¿Se ha ido? —preguntó, sin volverse.

Date la vuelta cuando me hables.

—Me temo que sí —dije.

Esta vez se volvió.

—Lo siento —añadí, sintiendo zumbiar el aire—. Lo lamento si estás decepcionada.

—Él es así.

—¿Siempre ha sido así?

—No, no. Vamos para abajo. Antes era agradable. ¿Quieres bajar a tomar una copa? Cuando era joven. Venga, yo voy a tomarme una. Ha cambiado más de lo que suele cambiar la gente. Así me gusta, niña. No sé por qué. Vamos a conversar abajo. Sobre las cosas, sobre Gregory y yo.

(II) Aunque parezca extraño, resulta muy aburrido ser acosado a todas horas y continuo objeto de disputas.

GREGORY

—Soy Gregory —dije en un murmullo.

—Oh —dijo el teléfono—. Gregory, soy yo. Miranda.

—Ajá.

—... ¿Qué tal estás, pues?

Yo me examiné las uñas contra la luz: lustrosas y almendradas.

—... ¿Gregory?

—Al habla.

—¿Por qué eres así conmigo? —preguntó ella—. ¿Qué ha funcionado mal? ¿Es algo que yo haya hecho?

—¿Tengo que seguir escuchándote esas cosas?

Apreté la oreja contra el auricular, esperando escuchar el húmedo sollozo o la opulenta deglución habituales. Y vino: el expresivo sonido de quien traga saliva.

—Tenemos que vernos —dijo.

—Claro que sí.

—Es preciso que me recibas.

—Desde luego.

—Entonces... ¿me acerco por ahí?

—Venga —dije, colgando el auricular y dejando mis dedos posados perezosamente sobre el dial.

En consecuencia, me puse a pensar en cómo emplear aquel tranquilo rescate que me traía la velada, aquel inesperado cargamento de horas, mientras de pie junto a la ventana de mi ático, contemplaba un panorama de techos invernales que una vez más me parecieron poblados de secretos y amigos.

En el trabajo había experimentado durante todo el día una ansiedad espantosa.

Volver a casa para otra velada a la Miranda —¿por qué lo soportamos?—, otra noche de frialdad épica por mi parte y desmañada admiración por la suya, de mi nauseabunda cháchara y sus hurtados besos de consternación, otra noche de sueño estatuario, con sus grandes labios a mi lado, mojados de lágrimas calientes. ¿Por qué les permitimos someternos a semejantes ordalías? ¿Por qué? Bien... así están las cosas, furcia: de mí no consigues nada más.

Por supuesto que, de hecho, no había resultado muy difícil. El bobo de Terence estaba en la cocina cuando llegué a casa del trabajo. En realidad no le corresponde estar en esta parte de la casa, de ahí su aire furtivo, su aspecto de anhelante gratitud cuando le pedí que se quedara arriba a conversar.

—Gita ya no quiere follar conmigo —declaró.

Yo le pregunté, con auténtico interés, a qué pensaba que se debía aquello.

—No lo sé. Gita tampoco lo sabe.

Yo le apunté con el índice.

—¿Cuál es Gita?

—La pequeña que se pone esos aros en las orejas.

—Ah. —*Todas* las chicas de Terence son, por fuerza, menudas, y sus orejas no están entre las cosas que me esfuerzo por recordar.— ¿No pasó aquí la noche del martes?

—Sí.

—¿Y?

—Traté de follármela.

—¿Y?

—No quiso.

Aquello me pareció rarísimo, siendo Gita —con seguridad— la clase de chica con la que puedes hacer absolutamente lo que te venga en gana. Si no, ¿para qué serviría? Pero, por cortesía, dije—: Es curioso... en mi experiencia suele ocurrir todo lo contrario.

Lo que siguió fue una estúpida digresión, durante la cual Terence urdió toda una comedia sobre sus vacilaciones sexuales, supuestamente a expensa de las mías. Una tosquedad... el horror que le inspira su propia homosexualidad puede resultar bastante alarmante, expresado con tanto candor.

—Nada por ese lado, casualmente —dije yo con frialdad—. Es este asunto de Miranda.

—¿Ah sí? —dijo él con interés.

—Miranda y sus exigencias.

La robustez de los apetitos físicos de Miranda, mi pereza y mi lasitud, las enormes dotes de impavidez que tiene Terence en el ramo, la facilidad con que podría efectuarse la cesión...

Coser y cantar. Y ahora, esta noche, mientras Terence gruñe valerosamente, mientras Miranda lo tritura entre sus muslos moteados, yo estaré aquí arriba riéndome en silencio de todos los detalles que no mencioné de ella, de sus besos de animal montaraz y de su lengua empalagosa, de los tétricos olores que emergen de sus cavidades y orificios, de los subterráneos efluvios de que deja resplandeciente muestra sobre tus sábanas.

¿Qué es lo que ocurre con vosotras últimamente?

Después de pasar la noche con una chica neurótica —y actualmente son *tantas*—, experimento algo más que mi natural repugnancia ante la perspectiva de examinar la ropa de cama, una vez que las he ahuyentado. Habrá, por supuesto, la deprimente *feminalia* de costumbre: un emplasto de maquillaje en la funda de la almohada, un manojo de pelos púbicos en las sábanas, el consabido manchurrón un poco más abajo. Son todas cosas que uno espera encontrar. Pero hoy día tiro de la manta con la premonición del asombro, del espanto: estas muchachas están hechas pedazos, podrían haber dejado casi cualquier cosa... Ahora lo veo: Gregory de pie en el centro, el cuarto todavía alumbrado temblorosamente por la demencial partida de la muchacha; se aproxima cautelosamente, el rostro a medias desviado, recoge con puño firme el pesado edredón, respira hondo, echa hacia atrás las mantas... ¡y se encuentra una pierna entera abandonada encima de las sábanas! No me extrañaría que hiciesen una cosa así.

¿Sabían ustedes, por ejemplo, que ahora las chicas van a los servicios? Turbadora novedad, de acuerdo, pero lo hacen. Sí, señor. Y no sólo a mear, además. En un tiempo albergué la loca idea —¡qué tontería!— de que ellas dejaban a los hombres ese tipo de cosas y que sólo lo hacían cuando estaban en un hospital o en otro establecimiento adecuadamente equipado. De hecho, cada vez que oía la sirena de una ambulancia o veía uno de aquellos tanques blancos pasar velozmente a mi lado, me regocijaba pensar que en su interior iba alguna hembra afortunada a quien llevaban al hospital precisamente para aquello. Menudo romántico era yo... Hoy en día lo hacen a todas horas. Incluso hablan del asunto. ¡Hasta intentan hacerlo delante tuyo! Pero es que ahora es como si fueran tíos, compañeros, fulanos.

Lo que realmente me saca de quicio es lo de sus nervios. ¿Desde cuándo les ha dado por creer que tenían que estar nerviosas todo el tiempo? ¿Quién se lo ha dicho? Para mí, los dedos inquietos son apenas menos repulsivos que los nudillos con verrugas y las uñas crecidas. No encuentro que el agitarlas en exceso mejore sensiblemente unas extremidades deformes. Hallo poco que escoger entre una masticación discontinua (o humorísticas contracciones de la hora de comer) y unos dientes podridos (o una boca forrada de desperdicios). Las lágrimas poscoitales me dan tanto asco como las pústulas premenstruales. Y las cosas espantosas que *dicen*.

Siempre intentan comprenderte; siempre andan con ganas de hablar de cosas serias; siempre desesperadas por parecer personas. Nosotros lo aguantamos, les damos conversación. Se espera que no dejemos ver que, pese a sus numerosos encantos, no resultan muy interesantes.

¿Ha dicho algo Terence acerca de mis inclinaciones sexuales? No cabe duda. Bien, no voy a negarlo. Si lo que me apetece es un «igual sexual» —por ejemplo, un chico, y la firme musculatura de un chico— pues es un igual sexual lo que me busco, en vez de una criatura con senos que se distingue por orinar sentada. (Terence sacará la cara por ellas, naturalmente. Como es de suponer, las hediondas hechiceras de las que tiende a ser escudero figuran, como era de esperar, entre las heroínas de ese infortunado género). Mi preferencia está con las ricas casullas de silencio, la dulce topografía de la carne, la morosidad del satén en retroceso y las blancas avenidas de las prendas íntimas, los mudos secretos del rocío y el bozo.

Imaginen, pues, mi horrorizada incredulidad al descubrir cómo era en realidad esta Miranda, esta pequeña idiota excitable cuyo traspaso he logrado con argucias que Terence aceptara (un engorroso método de despido, quizá, pero relativamente apacible. Detesto las escenas). Fue en la ruidosa fiesta que siguió a una cena en el piso de mi elegante amigo Torca donde desprevenidamente la conocí. Cansado, sofocado y casi totalmente exasperado por la chabacana memez de Adrian, estuve de entrada perfectamente dispuesto a dedicar parte de mi tiempo a aquella muchacha joven, respetuosa y —todo hay que decirlo— razonablemente bonita, que al parecer estaba dispuesta a llenarme la copa y prestar un interés inteligente a mi trabajo y a mis opiniones. Estaba allí, escuchaba, tenía los dientes limpios. Nada más ofrecerme a llevarla a su casa en mi potente coche verde, empezó verdaderamente la pesadilla. Se pegó a mí con una especie de pasmo inerte durante toda la velada —incluso cuando el famoso Torca trató de liberarme para charlar conmigo—, me besó con repulsiva espontaneidad en la escalera y a continuación anunció sin inmutarse, mientras mi hermoso coche deportivo arrancaba con un rugido, ¡que había perdido el último tren para provincias y no tenía dónde quedarse en Londres! En la vida me vuelvo a tragar semejante historia.

Fui como una porción de masilla en sus manos. Siempre soy así. «No quiero herir sus sentimientos». ¿Y por qué? ¿Qué sentimientos? A mí me tiene sin cuidado que ellas lastimen *los míos*. Ellas no tienen más sentimientos que yo. En cualquier caso, Miranda, esa perra caliente, es sólo una tía igual que yo.

La faceta física de lo que pasó después —y continuó ocurriendo casi todas las noches a lo largo de las siguientes dos semanas— ya lo he bosquejado como corresponde. Creo que uno tiene derecho —¿no?— a una razonable cuota de sorprendida indignación cuando una chica de dieciocho años tiene el trasero abollado, axilas tropicales y *unas líneas blancas y correosas siguiendo la curva de la base de*

*los senos.* Aquella primera mañana, ella saltó del lecho —tras haber dominado clamorosamente la situación conmigo— y se arrodilló desnuda delante de la librería, revolviendo en su bolso en busca de algún objeto amado por las de su género. Yo observaba, vistiéndola con los ojos. Tiene el culo completamente descontrolado, pensé; y no soporto el olor que despidе allí abajo. No es culpa de ella, lo sé. Es culpa de sus nervios.

Sin embargo, mayor amenaza para mi sosiego era lo que podríamos llamar el carácter de la muchacha. Todavía por debajo de los veinte años, y ya cada giro de la conversación invocaba un capítulo de bajeza y escualidez en su pasado: un enamoramiento no correspondido, una insinuación desairada, una faltriquera llena de promiscuidades sin deleite (cincuenta hombres en dos años, según *su* confesión). No es extraño que haya cobrado una seria aversión hacia ella desde aquel primer impacto. Odio tenerla cerca. Cuando me toca, cierro los ojos e imploro paciencia. Cuando hacemos el amor, mi rostro habita en otro planeta. A ella no le importa. Ella quiere más y más de lo mismo. La gente como ésa recibe tu dinero, recibe tu cuerpo y recibe tu tiempo, pero ¿recibirá acaso tus insinuaciones? Nada de eso, *oh no*. Soy demasiado tierno de corazón. Me limito a capear aquellas tormentas hormonales. No es extraño que me exploten.

Marqué los siete dígitos. Hablé en un susurro con Adrian —enfadado, como siempre— y le expuse que, si bien el acaudalado Torka no estaría en su casa esta noche, era prácticamente seguro que la formidable Susannah, un reciente descubrimiento nuestro, sí estuviera en la suya.

—Perfecto —murmuré, dejando caer el auricular al oír las ruidosas pisadas de Terence subiendo las escaleras.

—¿A qué hora llega? —preguntó.

—En cualquier instante. Acaba de llamar.

—¿Cómo te ha sonado?

—Como si le estuviera dando un ataque de nervios, desde luego.

—Excelente.

—Este... Terry... —hice una pausa, con el ceño fruncido— ¿de verdad estás listo?

Les aseguro solemnemente que Terence vestía unos pantalones de pana verde Sherwood, una camisa anaranjada con volantes y una chaqueta de pana roja. Ni más ni menos. Claro, que el gusto de Terence en el vestir, lo mismo que en casi todo, ha sido siempre punto menos que sublime. Posee, por ejemplo, un cinturón de piel sintética con una hebilla de plata del tamaño de una pantalla de chimenea; debido a su escasez de estatura, está además obligado a usar botas con tacón alto, de chulo, cosa que se puede hacer si se tiene una buena estatura, como yo, pero no si se es muy bajo,

como él (de hecho, Terence mide unos 5' 7"; yo, por descontado, mido seis pies-pulgada y media); también se inclina hacia las combinaciones de color características de los álbumes de pintar para niños: un absurdo abigarramiento de primarios, de negro y pasteles de mujer de la limpieza; y es asimismo aficionado a los accesorios llamativos (tirantes, pañuelos, medallones), que suele lucir todos al mismo tiempo, como un buhonero. Está perfectamente dispuesto a llevar zapatos oscuros, digamos, con un pantalón liviano de verano. No le choca ponerse un chaleco de punto con cuello de pico encima de una camiseta. Es absolutamente capaz de abrocharse el botón del medio de la...

—¿Cómo hacemos el cambio, Greg?

—Muy sencillo. Se organizará una discusión. Miranda se pondrá histérica. Entonces yo me voy con aire ofendido. En ese momento irrumpes tú, Terry, con paso majestuoso, portador de tequila y simpatía. ¿Qué podría resultar más agradable?

—¿Acaso estás pensando en que la emborrache?

—Podrías... indudablemente favorecería las cosas. Supongo que estás bien provisto.

—Seguro. Bebida tengo en abundancia. De beber tengo bastante.

—Yo te aconsejaría el vino blanco. Se hartará de beber, por pura voracidad natural. Tengo además un poco de salmón ahumado que puedes ofrecerle. Eso también le gusta, porque se puede comer con pan.

—¿Mmm?

Sonó el timbre.

—Vamos —dijo Terence.

—Ah, adelante —exclamé.

Oí a Miranda darle las gracias al lerdo de Terence abajo en el vestíbulo, mientras iniciaba su trabajosa subida por las escaleras. ¿Yo? Yo me quedé balanceándome sobre los talones junto a la ventana, con la capa negra ya echada sobre mis amplios hombros, las llaves del coche fabricado de encargo tintineando en mi mano, el bastón con punta de peltre apoyado ominosamente contra mi escritorio.

—Hola —dijo ella, en un obvio estado de ofuscación.

—¿Y bien? ¿Qué supones que vamos a hacer ahora?

El porcino atractivo de Miranda lucía esta noche de una manera mínima: una mata de cabello rubio, esos gruesos labios suyos, los ojos asustados. Se sentó con un gruñido en el borde de mi cama, dejando caer descuidadamente al suelo su ridícula mochila de dril.

—Me da igual —dijo—. Lo que tú quieras.

—¡Por Dios! —empecé yo—, eso es justamente lo que no puedo soportar de ti. ¿Por qué tienes que ser tan desesperantemente neutra?

—Perdóname. ¿Por qué no vamos a cenar a algún lado? O al cine. En el ABC echan esa película que querías ver. O podríamos hacer algo distinto: como ir a la bolera, por ejemplo.

Yo aparté mi mirada estupefacta.

—Oh, conque podríamos hacer eso.

—Disculpa. También podríamos quedarnos en casa. Si estás cansado, te haré algo de comer.

—Eso suena tremendamente seductor, sin duda. Precisamente lo que me apetece después de...

—¿Por qué no vamos a ese pequeño establecimiento que hay a la vuelta de la esquina? Es...

—*No te atrevas* a volver a interrumpirme de ese modo. Es de pésima educación.

—Perdóname.

—De *pésima* educación.

Y, naturalmente, con aquella frase abandoné ofendido la habitación y bajé por la escalera con gran estruendo. Al hacer una sosegada pausa en el vestíbulo para colocarme los guantes, Terence emergió de las sombras respirando sonoramente.

—¿Éxito? —dijo.

Yo medité un momento y luego dije:

—Será mejor que vayas allí adentro, Terry. No sé qué sería capaz de hacer. Está completamente trastornada. (Vamos a reírnos un poco a costa de Terence, pensé. Para eso estamos aquí, después de todo: para divertirnos un poco con él).

La lluvia había templado el aire. Detuve un taxi que pasaba —mi bruñido coche está estropeado otra vez—, en el que fui conducido de modo incompetente a Howarth Gardens. Pulsé el timbre de mármol. El criado de Torka emitió una risita furtiva al recoger mi capa.

Eran las dos cuando salí de la casa de Torka y me detuve, irritado, en la escalinata de la puerta, envolviéndome en la capa. Había salido con cierta precipitación, ciertamente de un modo harto dramático para telefonar pidiendo un taxi, y las posibilidades de hacer señas a alguno a aquellas horas eran peligrosamente reducidas. (Ha habido varios incidentes últimamente en la zona. No es que eso me preocupe lo más mínimo. Hay cosas que sencillamente no le ocurren a ciertas personas, personas de mi estatura, mi porte, etc.). No tuve otra opción, pues, que andar, que regresar a pie por entre los líquidos sonidos y los mercuriales reflejos de la noche.

Adrian y Susannah habían estado insoportables. Apenas nos habíamos quitado la ropa, cuando Adrian se enfadó ridículamente a propósito del perfume de Susannah; se quejó de dolor de espalda... ¡y me acusó directamente de no bañarme antes de salir! Tuvimos que valernos de las más extraordinarias contorsiones para apartar aquellas supuestas zonas peligrosas de su asquerosa nariz, llena de abiertos poros, incluyendo

alguna repelente combinación nueva aprendida por él en Nueva York. Resultó tremendamente incómodo, y el codo me duele todavía cuando doblo el brazo. Oh, pero eso no fue nada comparado con el comportamiento de *ella*. Desde el preciso instante en que Adrian volcó su atención en mí —que es lo único que en verdad le interesa, Susannah, aunque por supuesto eres demasiado vanidosa para verlo—, proclamó que le dolía la cabeza y que sólo quería mirar. De todas formas, no es ni con mucho tan experta como andan diciendo por ahí, y tiene los pechos demasiado grandes.

Aunque parezca extraño, resulta muy aburrido ser acosado a todas horas y continuo objeto de disputas. Esos idiotas, con sus feudos y su afán de poseer. ¿No comprenden que yo estoy allí para ser saboreado, paladeado, adorado, y no para que se peleen por mí como por un trozo de carne?

Llegué sin incidentes, ligeramente sofocado, sin embargo, por haber decidido recorrer la última media milla haciendo *jogging*. El piso estaba a oscuras: había polvo y silencio en el aire. Avancé por el corredor en estado de alerta, con paso flexible. Por lo general la ubicación del baño —al otro lado de la pesadilla *hippie* de los aposentos de Terence— es un asunto que me fastidia sobremanera cuando llego a casa tarde, pero esa noche la ocasión de pasar junto a su lecho me venía bien. ¿Se encontraría Miranda con él? Llamé a la puerta.

—¿Terry? —susurré.

Hice girar sin ruido el frío picaporte y encendí la luz.

Tengo para mí —retrospectivamente— que lo que me sorprendió no fue tanto la presencia de Miranda del lado de allá del grande y permisivo lecho matrimonial de Terence, como mi propia y oscura irritación ante el hecho de que estuviese. Cualquier remordimiento convencional, cualquier reflejo de lástima que pudiera haber experimentado por ella, fue inmediatamente ahuyentado por la vista de aquel voluminoso trasero abultando bajo las mantas. Pensar que había sido capaz de llegar a *tales* extremos para provocar mis celos, furcia histórica.

Seguro de no despertar a Terence —que cae rendido con una facilidad verdaderamente plebeya y ronca como una moto en cuanto cierra los ojos enrojecidos —, cogí con mi mano enguantada un cepillo de pelo que estaba sobre la mesa, y diestramente asesté una volea en aquel abultamiento semejante a una tienda de campaña que eran las partes bajas de Miranda. Ella dio un respingo y me miró, parpadeando. Yo le dediqué una clásica mueca despectiva, típicamente parnasiana, y me dirigí al baño. (Al regreso, pasé mirando directamente al frente, deteniéndome sólo para captar sus ahogados sollozos mientras yo apagaba la luz).

Arriba, en la cocina, encontré dos copas mediadas de *hock*<sup>[2]</sup>, lo que quedaba de mi costoso salmón ahumado y una barra de pan francés mordisqueada. Hice

chasquear la lengua, saboreando aquella escena de alimentos arramblados y acuciada lujuria. Qué demonios. Vertí el vino en una copa limpia, me lo bebí, envolví el salmón en un poco de corteza de pan, y luego permanecí un rato tendido en mi lecho meditando, mientras masticaba todo aquello con mi soberbia dentadura.

## 2: Febrero

(I) Es bastante fácil darse cuenta de qué fue lo que me ha jodido.

TERRY

Gregory Riding es mi hermanastro. Así es. Yo fui adoptado por sus padres cuando tenía nueve años. La etapa inicial de mi vida, plena de sordidez, transcurrió en Dawkin Street, una calle de la zona de Cambridge llamada Scovill Road, no exactamente un barrio bajo, pero en vías de serlo (no he vuelto por allí; probablemente ahora lo sea): callejuelas amarillentas flanqueadas en ambas aceras por hileras de casas apelmazadas, semiadosadas, los rectángulos de hierba que se consideraba que uno debía tener, viejas motonetas en los huertos traseros. Mi madre murió cuando yo tenía seis, y durante tres años mi hermana y yo vivimos al exclusivo cuidado de mi padre, Ronald Service. Entonces me cayó también encima la muerte de mi hermana. Yo no sé si mi padre mató a mi madre; pero sé perfectamente que mató a mi hermana, porque estaba presente y lo observé mientras lo hacía. (¡Chúpate esa! Es bastante fácil darse cuenta de qué fue lo que me ha jodido). Rosie Service tenía siete años cuando Ronnie Service la mató; tenía abundantes pecas en las mejillas, las piernas como lápices y una complexión tan increíblemente frágil que me estremezco de pena incluso ahora: incluso ahora que estoy aquí, derrumbado en medio de lo que al parecer es mi vida, con sus días inacabables. Es probable que aquel cabrón de mierda (mi vocabulario, como todo lo que tiene que ver conmigo actualmente, va de mal en peor) no tuviera intención de hacer lo que hizo con ella. ¿Pero tuvo intención de hacerme esto a mí?

En todo caso, el asesinato suscitó bastante atención por aquel entonces en la localidad. Lo cierto es que de no haber sido por una garrafal distracción por parte de las autoridades, tal vez mi caso no habría caído bajo la luminosa mirada filantrópica de la familia de Greg. Yo permanecí solo durante más de una semana en el 11 de Dawkin Street, escenario del crimen: vino gente a llevarse a mi padre, vino gente a llevarse a mi hermana (ella salió calladamente; él no), pero nadie vino a llevarme a mí (yo no era más que un pasmado, un gafe; ¿a dónde iban a llevarme, después de todo?). Y durante una semana estuve recorriendo aterrorizado las habitaciones sin vida, deambulando por el pestilente mundo de leche cortada y mantequilla rancia del fregadero, durmiendo sobre el lecho de clavos de mis nervios y consumiendo el pausado tiempo de las tardes en vilo. ¿Se lo imaginan? No salía, y me mantenía alejado de las ventanas. Estaba escondido. Me daba mucha, pero mucha vergüenza lo que habían hecho aquellos dos.

Me encontró un reportero exultante de contento (me descubrió: llamó a la puerta y me oyó salir corriendo escaleras arriba; rápidamente se arrodilló y atisbo a través del buzón, descubriéndome). Al reportero pareció encantarle todo lo relacionado conmigo. Lo mismo al periódico para el que trabajaba (se apoderaron de mí y me sacaron en primera plana). Fue el regodeo empleado en un artículo acerca de mi desdichada situación lo que atrajo inicialmente el interés de los Riding, o al menos el de su patriarca; más tarde supe que el señor Riding leía en voz alta los artículos del periódico, con mórbida insistencia, ante su familia, congregada en torno a la mesa del desayuno, con gran aburrimiento y exasperación por parte de cada uno de los presentes. Tal como yo mismo iba a aprender muy pronto de primera mano, Riding padre era un hombre insaciablemente compasivo (esto es, hacía el tonto con cierta distinción; básicamente, sigue igual), y en un sentido muy literal no podía permitirse descansar tranquilo hasta que alguien se hiciera cargo de mí a su entera satisfacción. Lo cual a su vez, en su antojadizo universo de causas y efectos, significaba hacerse cargo personalmente. Es evidente, además, que le intrigaba de un modo curioso un cierto paralelismo entre nuestras familias, paralelismo tan casual, a la vez que reiterado, que por un momento sospeché anhelosamente que algún parentesco misterioso y «fieldingueano» acabaría un día por resolver nuestros destinos: el señor Riding y mi padre eran de la misma edad, y el cumpleaños de Greg y el mío estaban distanciados por sólo veinticuatro horas; la hermana de Greg —Úrsula— y la mía tenían siete años en aquella época, y ambas eran supervivientes de sendas parejas de mellizos; y suma y sigue... A medida que aumentaba el escándalo en torno a mi situación de abandono, lo mismo ocurría con la caprichosa pero intensa inquietud del señor Riding. Dejó que se convirtiera en una obsesión, a pesar de las irritadas admoniciones de su esposa y la confusión y desasosiego de sus hijos.

Para entonces yo me encontraba en una especie de custodia. Encabezando una comitiva de detectives de paisano, se presentó una obesa asistente social para llevarme a un lugar del que pudiera volver a ser sacado pero de un modo más decoroso. Les describiré mi situación. Durante una quincena fui bañado y alimentado de manera regular, y depositado noche a noche entre sábanas de rayón que por la mañana aparecían enrolladas a mi cuello como si me fueran a dar garrote vil. No le cobré afecto a aquel lugar, con su histeria autosuficiente, ni tengo tampoco la menor gratitud por el personal que trabajaba allí; yo estaba a su merced, o así lo creía, de modo que todos llegaron a odiarme un poco. La mañana última, se presentó una matrona especial para peinarme y jorobarme un poco acerca de mi buena suerte.

—Sé cortés, mantente callado y considérate afortunado —me aconsejó.

Perfectamente consciente de la extrema cursilería de mi posición (un huérfano fruto del desvalimiento, hijo putativo del pánico y la repulsa), no se necesita

demasiado esfuerzo para corregir mis sentimientos acerca de la adopción ofrecida. Contemplé el retrato de estudio de la familia que exponía en primera plana el periódico local (subtítulo: *Los Riding: «Tenemos que actuar»*) hasta... es difícil expresar la sensación que me produjo entonces..., lo contemplé hasta que los cuatro bordes de la fotografía empezaron a separarse en diagonal y a alejarse de mí para fundirse en un irreconocible y deslumbrante mundo de corrección y simetría. Un hombre muy viejo llamado Henry Riding, de mentón altivo y traje oscuro, al lado de su esposa, más joven y con un formidable sombrero: en el torreón visible entre los dos rostros se apreciaba la entrada señorial de Rivers Hall, con el curvo aldabón de metal, las dos ánforas, la sucesión de escalones. Delante de ellos, a cada lado de sus altos padres, se hallan... bueno, mi nuevo hermano y mi nueva hermana (no, seguramente no. Ellos no pueden querer que sea eso. Yo no querría): la hija, una niña de rostro avisgado y penetrante, como un personaje de cuento de hadas levemente siniestro, y el hijo, Gregory, un Fauntleroy solemne y definido por la camisa con volantes y el cuello de paje; ambos con idéntica expresión de controlado disgusto. Y detrás de ellos, por encima de sus castos hombros (sobre cada uno de los cuales se posa una palma protectora), las ventanas alargadas y oscuras, los muros cubiertos de enredadera, las grandiosas perpendiculares de la mansión. Algo se avecinaba. ¿Qué podría ser?

De modo que el pequeño automóvil negro enfiló lentamente por el sendero de grava, y Rivers Hall quedó nuevamente enmarcado para mí, esta vez por la ventanilla trasera. Una llovizna de nylon pendía de unas nubes de aspecto belicoso: el lugar se hallaba completamente inmerso en el otoño. Desembarcamos. Fui introducido en el vestíbulo —de pronto, todo refulgente y diverso— y a continuación guiado a la cocina por el ama de llaves, señora Daltrey (Gregory habla actualmente de «el personal» cuando se refiere a ella), quien preparó un poco de té mientras el señor Riding y su mujer firmaban lo que presumiblemente era un recibo y escuchaban la despedida de la matrona especial y de la obesa asistente social antes de acompañarlas a la puerta. Después vinieron a la cocina y se presentaron como mis padres adoptivos por primera vez. Para entonces yo estaba llorando, por supuesto (lágrimas de disculpa y de remordimiento), y asentí de buena gana a la sugerencia de la señora Riding de que estaría cansado y querría irme directamente a la cama. La señora Daltrey entró delante de mí en una habitación alta y húmeda de la primera planta, y permaneció allí hasta que le dije que me encontraba perfectamente bien. (No me encontraba perfectamente bien. Me encontraba hecho polvo).

Durante esa primera etapa de mi estancia en Rivers Hall, mi semblante debe haber estado perpetuamente ruborizado, fuera de azoramiento o de vergüenza, pero hoy día me inclino a verme a mí mismo en aquella época lejana como un chico pálido y conturbado, sujeto a una escala espacial reducida con respecto a la de todo lo que lo

rodeaba, un imberbe rostro pálido enfrentado al esplendor de un opulento Brobdingnag<sup>[3]</sup>. Al despertar la primera mañana, pequeño gusano contraído en el rincón de un lecho ajeno, recuerdo haber experimentado como por vez primera toda la ofuscada autocompasión de la infancia; sentí que los escuetos contornos de mi cuerpo (mis magros muslos, mis brazos flacos, mis hombros estrechos) eran de un patetismo casi corrosivo, casi imposible de aguantar (yo lo soportaba, más o menos: entonces tenía bastante aguante; ahora no puedo). Permanecí con los ojos cerrados. No me atrevía a hacer ningún movimiento, y tenía la sensación de estar haciendo lo adecuado. Los límites marcados por las mantas que me envolvían: aquel era todo mi espacio disponible.

La señora Daltrey penetró en la habitación con empuje dickensiano, llevándose el mundo por delante, y corriendo bruscamente las cortinas para dejar que entrase a raudales el sol, me dijo que me vistiese. Mientras yo obedecía, ella iba de un lado al otro por el cuarto, canturreando con entusiasmo y acomodando mis ropas en una cómoda vacía. Acicalado a su conformidad, fui sacado de la habitación, conducido por un pasillo, bajado por una escalera mucho más pequeña que aquella por la que habíamos subido al piso y, a través de la cocina, introducido en un soleado invernadero en el que cuatro personas se hallaban sentadas alrededor de una bien provista mesa.

—Aquí tienes a tu hermana, la señorita Úrsula —dijo la señora Daltrey, señalando a la niña, más dulce y apacible vestida de blanco, la cual me sonrió— y este es el señorito Gregory —agregó, indicando a aquel muchacho de rostro delgado y sombrío que se volvió a mirarme con ojos ausentes.

Fue así, pues, como empezaron los días.

Mi voluminoso despertador barato, puesto invariablemente para las 7.55, se hallaba sobre el alféizar de la ventana, en el extremo más alejado del cuarto. Cuando consigo dormir —en lugar de pasar la noche entera simplemente tendido en la cama, con arcadas y sudando como un cerdo por culpa de la bebida y los nervios—, lo hago con una pesadez mohosa, dulzarrona, telúrica (me muero un poco), y si el reloj se encuentra a mi alcance no hago sino inclinarme, quitar de un sopapo la alarma y volver a hundirme en la inconsciencia. Esto solía ocurrirme con tanta frecuencia, y me hacía sentir tan increíblemente inseguro en el trabajo, que opté por colocar aquella redondeada bomba metálica debajo de la cubierta del tocadiscos (para aumentar la resonancia), con notas procaces que decían cosas tales como LEVANTARSE, LECHEs o ARRIBA, JODIDO, que me obligaban a atravesar el cuarto dando traspies y con los ojos rojos; aunque por lo general no hiciera sino retornar tambaleándome al lecho, para levantarme a las diez agarrotado y con sentimiento de culpa. Durante un período experimental tomé por costumbre ubicar

diversos obstáculos en mi camino, obstáculos pensados para que al chocar con ellos me despertara sobresaltado por la sacudida y el dolor, sólo para avanzar inconscientemente haciendo eses por entre las trampas de alambre, las sillas atravesadas y las papeleras dadas vuelta, presionar el tembloroso pezón del despertador, y retornar haciendo eses a la húmeda tibieza de las sábanas. De todos modos, odio dormir (daría gracias al Cielo por no soñar tanto). No sé por qué todavía le presto atención al asunto. Cuando estás dormido puede suceder cualquier cosa. El sueño no hace más que engañarte.

Ahora salgo de la cama como si en ella hubiera alguien que tratara de retenerme, y permanezco de pie completamente aletargado y *tonto* delante de la ventana cautelosamente abierta. Me hace falta aire fresco, voluntad y tiempo. Necesito, por ejemplo, pasar al menos un minuto jadeando suavemente y soltando obscenidades antes de irrumpir en el baño (vía el pequeño cuarto de vestir que está entremedio, en el que las prendas de Gregory cuelgan de las paredes como mosaicos) e irme al trabajo después de rescatar mi rostro. Antes que estén listos para abrirse, mis ojos requieren noventa segundos de esponja empapada, amén de un enjuague con agua corriente, para eliminar la turbiedad, hasta el momento en que recuperan su más bien dudosa alegría (junto cantidad de legañas, incluso cuando no duermo: mirando el lavabo, cualquiera creería que he pasado un día de playa). Mi boca, por su parte, no reacciona con menos de tres minutos de cepillo y gárgaras, si es que alguna vez ha de desaparecer la capa de polvo reseco que la recubre, ni mi nariz menos de un rollo entero de papel si sus conductos han de estar despejados alguna vez. El óvalo de mi rostro levanta los siete velos de la resaca cotidiana (¿por qué estoy bebiendo tanto? Yo no solía. Me hace falta estar borracho todo el tiempo que queda. Supongo que bebo tanto simplemente porque estoy perdiendo las agallas. También solía fumar hachís. Ya no lo hago. Hace que me sienta *tonto*. A menos, por supuesto, que esté borracho. Entonces fumo): envuelto en el caliente vaho de la desnudez y la reverberante intoxicación de un crápula, regreso a mi cuarto e inserto mi cuerpo entre las ásperas prendas de vestir.

Debido al perverso diseño del piso en que vivimos (está pensado para algún tío rumboso que viva solo, o algún tío rumboso que viva solo, más su chica), el viaje a la cocina me hace pasar a través de la habitación de Gregory, a menos de un par de pies de su lecho. Con bastante frecuencia él hace notar que hay alguien más en el lecho (nunca un muchacho, no obstante. ¿Por qué no? Me alegra. No me gustan los maricas. No me gustan, lo cual imagino que significa que soy marica). Esta mañana, al otro lado del esbelto torso de Gregory hay un montón de cabello castaño y un leve e intermitente sonido subterráneo; y, como de costumbre, se ha establecido la máxima desproximidad entre sus cuerpos, con el angosto rostro de Gregory vuelto hacia un lado, dormido con su expresión habitual, desdeñosa, hostil, colmada y asqueada.

Quiero gritar de dolor y hacer pedazos todo, pero no hago otra cosa que atisbar vagamente hacia donde están los pechos de la chica (he visto algún par de vez en cuando: es la mayor ración de sexo que he tenido en meses), tras lo cual hago girar con precaución el ruidoso picaporte de la puerta de la cocina. Sinceramente, me aterra la posibilidad de despertar a Gregory, a pesar de mi fuerte envidia y desaprobación de su libertad para levantarse tan tarde, a las nueve o las nueve y media. (Él podría echarme. ¿O no? ¿Le dejarían?). Así que me voy silenciosamente para abajo con una jarrita de café instantáneo, y me siento en mi escritorio a beberlo y a fumar un montón de cigarrillos. Vuelco los ceniceros llenos en la papelera. (La papelera es actualmente una de las Cosas Malas de mi vida. Hace semanas que no la vacío. No me atrevo. Me limito a comprimir un poco más la basura. Un día de estos se va a levantar y va a salir andando sola). Hago una última visita al cuarto de baño para mear y repasarme el cabello, y luego a la calle.

Vivimos en Bayswater, el distrito de los que están de paso. Hoy día no queda casi un lugar donde no haya un hotel; hay una agitación en sus vestíbulos que los asemeja a las guarniciones de la Legión Extranjera; aquí llega un maldito árabe y automáticamente es un éxito. (También los muchachos autóctonos se van estableciendo. Se apoderan de las calles, acotando los tramos de su preferencia. Están ganando. Tengo la impresión de que podría unirme a ellos si pudiera contener con firmeza mis nervios). Pero no puedo. Intento que me guste la forma en que el mundo está cambiando, pero parece no haber un lugar para mí dentro de él. Odio esta diaria caminata de diez minutos siguiendo el contorno de las plazas frías, por delante de las oscuras fachadas de las tiendas con gato que araña el cristal del escaparate, después por la hormigueante faja de Queensway, por entre el tráfico trepidante y el olor dulzón de la basura del día anterior. Miro a las chicas, por supuesto, observo los aviones (llévame a América), compro el periódico y otro montón de cigarrillos por el camino, pero no creo que todo eso vaya a convencer a nadie. Nadie percibe mi presencia; pasan de largo a mi lado (usted podría pasar junto a mí uno de estos días; no se enteraría. ¿Por qué habría de darse cuenta?). En los quioscos y puestos de los que soy un cliente abyectamente fiel, no suscrito el menor interés, no obstante mis idénticos buenos días y la perfecta claridad con que pido la mercancía. El gigante y exhausto vendedor de periódicos que me suministra el *Guardian* (y que compruebo tiene una sonrisa y un «hola» prácticamente para cualquier otro) jamás me devuelve el saludo cuando le entrego el importe exacto, y me clava una mirada de odio contenido siempre que le extiendo un tembloroso billete de una libra. Los empleados del metro me lanzan una mirada de reconocimiento cuando me despachan el billete o lo revisan a la entrada, pero no siempre. A veces miro hacia atrás a mitad de camino por el corredor de granito y veo que me siguen con ojos curiosos y hostiles. Y una vez que estoy allí abajo, en esas calles interiores de la Tierra, y el tren emerge con

estruendo de su agujero, e intento sumarme a la gente que se hacina en su interior... siempre espero un espontáneo gesto de protesta, y que la hilera de adelante cierre filas para dejarme fuera. (Esto no puede ser alienación, ¿no? Yo quiero integrarme. Me muero por integrarme).

Al otro extremo del viaje me aguarda una prueba relativamente menor: tengo que entrar a comprar mi té, en envase de plástico, en Dino's, un pequeño café italiano en las entrañas del viaducto de Holborn. Dino, un irritable mocetón que luce un gran tupé lustroso, se siente últimamente demasiado importante para preparar cualquier cosa menos sofisticada que un caldo de carne con pan tostado o un bocadillo con tomate, de modo que el comercio diario de bebidas calientes recae sobre la veterana (inglesa) e incompetente Phyllis. Phyl, que es increíblemente lenta y mala en su trabajo, actúa con la mayoría de las personas a quienes atiende como si estuviese jodiendo con ellas. «¿Té, Frank?» y «Aquí tienes tu naranjada, Ron», o «Éste es tu descafeinado, Eddie»; incluso para las chicas tiene una sonrisa y un saludo amable, y perfectos desconocidos que entran a veces no a *comprar* algo, no para darles *dinero* a ella y a Dino a cambio de lo que decidieran adquirir, sino sólo a preguntar por unas malditas señas, suelen merecer un «querido», un «bonito» o un «guapo». *A mí jamás en la vida me ha dirigido la palabra*, y una vez en que la vieja vaca estaba ajetreada con las tazas de plástico y tímidamente la llamé «Phyl» (como hace todo el mundo), me lanzó una mirada de reprobación tan intensa, que estuve una semana entera yendo al merendero de los taxistas en King Street. (En lugares como éstos pronuncio la palabra «gracias» cinco veces por mañana. Gracias por permitirme entrar, gracias por notar mi presencia, gracias por anotar mi pedido, gracias por recibir mi dinero, gracias por la vuelta. El otro día, en la estación de Paddington, le dije la palabra «gracias» a una máquina expendedora de bebidas calientes. A una máquina: ella me sirvió una bebida caliente y yo dije «oh, gracias». Esto constituye otra Cosa Mala de las que me han ocurrido recientemente. Creo que estoy perdiendo el aguante. Creo que me estoy volviendo *tonto*). Más o menos el mismo tratamiento recibo por parte del conserje de Masters House, del normalmente locuaz y vivaracho ascensorista, y de esas furcias de limpiadoras que están fregando a cuatro patas el suelo del vestíbulo, que huele a desinfectante.

Una vez adentro empiezo a sentirme muchísimo mejor. Porque aquí prácticamente todo el mundo está tan jodido como yo.

Realizo una tarea. Eso es lo que hago. (La mayoría de la gente realiza alguna. ¿Ustedes también? Es lo que hace casi todo el mundo). Durante un tiempo, después de acabada la etapa escolar de mi vida, anduve vagando sin hacer nada (¿pero de dónde saqué cara para semejante cosa?); luego empecé con este trabajo. Me puse contento cuando me lo dijeron: ciertamente, nunca he deseado devolverlo. Sigo

contento, más o menos. Ahora que lo tengo, al menos no seré un vagabundo. Me pregunto por qué dejaron que me lo llevase yo. (Creo que creen que tengo clase).

En realidad no sé qué es lo que hago. A veces me dan ganas de decir: «¿Cuál es mi tarea aquí?: por si acaso me lo preguntan». Yo no sé qué es lo que hago aquí, pero en realidad tampoco lo sabe nadie. (Eso solía preocuparme, o al menos sorprenderme. Ya no. Cuando eres joven, das por sentado que cualquier persona mayor sabe lo que hace. Pues no. Casi nadie lo sabe. Prácticamente nadie sabe a qué atenerse sobre ese punto). Yo vendo cosas... hasta ahí está claro. Creo que también las compro. Se hace todo por teléfono; hablamos de «artículos». A mí me mandan decir cosas y escuchar cosas. Algunas de tales cosas suelen sonarme como posibles evasivas, o engañosas, o cosas no ciertas al ciento por ciento. Pero estoy dispuesto a decir lo que tenga que decir para vender lo que quiera que sea que vendo. ¿Que qué es lo que vendo? Sea lo que sea, me pagan cincuenta libras a la semana por venderlo.

Nos están absorbiendo: eso también es un hecho. Estos días todo el mundo anda un poco sudoroso en el trabajo. Todos lo estamos pasando un poco mal actualmente. Ahora parece que nos obligarán (cosa que yo esperaba) a afiliarnos al sindicato, a regularizar los baremos salariales del personal, las vacaciones, los horarios, los vales de alimentación, las idas a los servicios, etc. A cambio, la oficina disfrutará de considerables aumentos de salario y una racionalización proporcional del personal.

Es una época de nerviosismo para todos nosotros. Esta oficina no está mal, pero en estos momentos el ambiente no es bueno. El descontento flota en el aire; flota en el aire como una migraña. Estos hombres no son mala gente: al contrario, son en algunos aspectos lo que queda de un cierto tipo de buen hombre. Son caballerosos en el trato, y han leído algo (mientras que los tipos con los que tienen que hablar todo el día son unos mamones que jamás han leído una caca). Simplemente no quieren perder sus empleos. Los que no son maricas o algo, tienen hijos («¿para qué?», me pregunto una y otra vez, viendo su sufrimiento extra). Tres de nosotros, sin incluirme yo, se convertirían en vagabundos en el curso de una semana. No hay nuevos puestos de trabajo y nadie quiere salir a buscarlos. Nadie quiere irse. (Y parece que no podemos protegernos mutuamente. Si estuviésemos en el sindicato podríamos, pero no es posible organizarse si no se está organizado).

¿A quién le tocará? Somos cinco personas en el departamento, y cada una piensa que le tocará a ella. Burns, el bigotudo ex maestro de escuela, cree que será a él. Podría estar en lo cierto: parece que no vende tanto como yo. Me gustaría bastante que fuese Burns, porque se está quedando calvo con menos rapidez que yo y porque en su escritorio come pescado por las tardes (eso no puede ser bueno para el negocio, presumo). Herbert, el gordo ex *beatnik*, que es casi tan joven como yo, parece bastante convencido de que le tocará a él. Yo espero que sea Herbert, y en todo caso me refocilo incitándolo a renunciar, porque es un pesado y habla con lentitud (aunque

es muy diligente), no deja nunca el tema de la inestabilidad mental y se derrumba con harta frecuencia, y es casi tan joven como yo. Lloyd-Jackson, el urbano y desdeñoso ex redactor de anuncios, dice que no le sorprendería lo más mínimo que le tocara a él. Tiene más antigüedad que el resto de nosotros (de hecho, es el subjefe contable), pero proclama que su talante urbano y desdeñoso no encajaría en un departamento sindicalizado. Yo estoy razonablemente interesado en que le toque a Lloyd-Jackson, porque siento cierto afecto por él y porque es aquí la única persona que *podría* ser más lúcida que yo. Wark, el furibundo ex estalinista, dice que le importa un carajo que le toque a él o no. Es lo único que ha dicho sobre este asunto. Deseo fervientemente que le toque a Wark, porque es un cabrón que hace poco se ha hecho arrancar todos los dientes y no puedo soportar su nueva voz blanduzca y el modo en que a veces la colilla del cigarrillo se le empapa y se le pone rojiza en la comisura de los labios... No. Aquí las únicas personas a quienes realmente no les preocupa la inminente racionalización son John Hain, el temible nuevo jefe contable (vino después de contratado yo; tampoco le hace ascos a la botella), que ha batallado brillantemente desde el principio a favor de la sindicalización, y Damon, el enfermizo recadero, que tiene ya un sindicato propio al que colgarle sus rumiadas y linfáticas demandas.

Podría tocarme a mí, por supuesto. Sí, podría.

Ahora hago una seña con la cabeza en dirección al enclenque Damon (no he conocido nunca a alguien más conmovedoramente cándido acerca de sus orígenes: como el acné, lleva la marca «clase trabajadora» crudamente grabada en el rostro), que esta mañana está instalado, con la mente tan en blanco como un folio, en su sombrío cuchitril junto a la entrada de la oficina. El lóbrego cuchitril de Damon es en realidad la envidia de todos en el departamento, exceptuando —otra afinidad— a su jefe contable. La oficina carecía totalmente de separaciones cuando yo me instalé, y con la llegada de John Hain conseguimos forzar a la dirección a proporcionarnos estos cubículos. (Todo el mundo estuvo de acuerdo en que era una necesidad porque a todos les gusta hablar mal de los demás, por teléfono y entre ellos). El resultado es en extremo deprimente: como un apretado panal de redondas cabinas telefónicas de madera (que es lo que imagino que son), una aldea infantil de laberintos y escondrijos. El único lugar verdaderamente bueno, aparte del oscuro cuchitril de Damon, es el espacio que rodea la amplia mesa en la zona central de la oficina, en la que trabajan las oficinistas (actualmente son todas bastante rústicas, pero el promedio de sustituciones es alto y nunca se sabe), espacio que ahora mismo bordeo, obteniendo una desportillada sonrisa de la temporera coja que se ocupa de las correcciones, a quien estoy pensando seriamente en invitar a salir.

En mi cápsula, con una hemorragia de satisfacción, veo que una tarjeta y dos

cartas me aguardan sobre el escritorio. Destapo mi vaso de té y abstraídamente enciendo un cigarrillo, el noveno del día, antes de examinarlas (cojo un clip y lo entreabro con la uña del pulgar; quiebro la cerilla en dos y froto los dos fragmentos; estoy por arrancar). La tarjeta la leo sin excesivo interés, como calentando el motor. Está escrita a mano y es de mi hermanastra Úrsula, de modo que no tiene verdadera relevancia en lo relativo al mejoramiento de mi situación socio-sexual. Se encuentra nuevamente en la ciudad, estudiando para secretaria (sí, hay que estudiar para eso); quiere que la lleve a comer, lo que resulta halagador pero molesto. (A veces pienso que es la mejor amiga que tengo. Otras veces creo que no me importaría un bledo que se muriese). Las cartas. La primera es de una dependiente de tienda con la que hablé dos veces en Cambridge y cuya pista he seguido hasta Cumbria; su preocupación es que no tiene sentido que me haga todo el viaje hasta allí para verla (y a Barry, su marido). La segunda es de una chica cuya dirección tomé de la sección de amistades postales de una revista de rock; resulta tener doce años, y ser de la opinión de que no vale la pena tener un amigo por correspondencia que viva a media milla. De acuerdo, de acuerdo, señoras: éste es, para la norma habitual, un inicio de mañana de lo más sexy. (Miranda no quiso, dicho sea de paso. No me pregunten por qué. Me besó, me dejó que le sobara las tetas, se metió en la cama conmigo y hasta durmió conmigo. Pero no quiso. Yo se lo pedí, se lo eché en cara. Pero ella dijo que no quería. No me pregunten por qué).

¡Qué leches!: después de todo, la polla no se me pone tiesa. No trabaja... está en huelga de celo. Ahora ni siquiera puedo masturbarme como es debido. Pienso continuamente que se me va a retraer dentro del cuerpo, que se me va a desprender, o que simplemente desaparecerá... después de todo, ¿qué puede retenerla aquí? Lo único que pretende es esconder la cabeza bajo la manta y olvidar. A veces tengo problemas en el servicio para encontrármela. «Sé que andas por ahí», digo. «Te he usado para mear hace media hora». Actualmente permanece impertérrita incluso cuando tengo ocasión de besar a una chica, y hasta cuando, como con Miranda, consigo tocarle los senos o estar en la misma cama con ella. Intento divertirme con ella, ser amable. La pellizco, la pincho con el dedo, la estrangulo: la someto a toda clase de manoseos. Pero está muerta, muerta. Reclama una reconversión. Una salida. ¿Y quién demonios soy yo para decirle que no? Estoy tramando alguna cosa horrible para ordenársela hacer a Damon, cuando irrumpe apresuradamente en mi cubículo Wark, el chalado ex estalinista.

—Es Herbert —dice.

—¡Atiza! ¿Cómo lo sabes?

—John Hain lo llamó a su despacho. Se veía venir.

—¿Sí?, ¿cómo es eso?

—Se veía, simplemente.

En ese punto me vuelvo hacia la ventana. Antes de hacerse arrancar todos aquellos dientes menudos y negruzcos, Wark hablaba con rapidez y claridad. Ahora su modo de hablar es lento, mojado, de borracho, y yo no lo aguanto más de unos segundos de corrido.

—Es Herbert, por supuesto —dice Wark con súbita convicción, como quien acaba de identificar un verso suelto.

—¿Estás seguro, Geoffrey?

—Tiene que ser él.

—Bien. Eso es muy reconfortante —digo insinceramente (insinceramente, no porque no resulte reconfortante que sea Herbert, sino porque Wark está demasiado chiflado para que su información merezca crédito. Wark ya no aprecia la diferencia entre lo que es y lo que no es; ya no decide de por sí en qué quiere pensar)—. Claro que podríamos ser dos —agrego— y no sólo uno. Herbert y otro más.

—Claro que podría ser. Probablemente lo es ya.

Wark ha dicho esto de un tirón y en tono desdeñoso. Me doy cuenta de que la idea no le había pasado por la cabeza. Pero a Wark le gusta comportarse como si todo se le hubiese ocurrido a él de antemano. (Pensándolo bien, Wark está jodido del todo: le falta cabeza, no tiene dientes, no tiene aguante... ¿y empleo? Estamos ante el equivalente mental de una carrera por apuestas sobre qué ocurrirá primero con Wark, que se mate, o que se vuelva demasiado *tonto* para continuar).

—Aún así, va a ser tremendamente duro para Herbert —digo yo, para animar a Wark—. Yo sé que él dice que no, pero es igual. Está demasiado viejo para volver a verse en la miseria. Piensa en todo lo que él...

—¿Terry? —interrumpe una voz nueva.

Es Burns, medio calvo, bigotudo, con un leve hedor a pescado frito. Burns y Wark se detestan más de lo que es habitual incluso aquí, de modo que quedo un poco desconcertado cuando veo al ex maestro de escuela entrar en mi cápsula y cerrar bien la puerta detrás suyo. Aquí se puede armar.

—Creemos que es Herbert —le digo, a modo de alarma preventiva.

Burns hace un ademán en el aire con la mano abierta.

—Es Herbert. Pero no únicamente Herbert. Un amiguete del sindicato me ha dicho que John Hain se va a cargar al equipo entero.

—Desde luego que lo hará —dice Wark en tono indignado—. Seguramente. No puede hacer otra cosa.

—Por Dios, no —interpongo yo (ese cochino no se atreverá)—, no puede hacer eso, ¿verdad? ¿Cómo va a hacer eso? No puede.

—Terence —dice una voz nueva.

¡Lloyd-Jackson!

—Parece ser que el jefe contable cree que le gustaría hablar contigo.

Puede. Puede, cómo no. John Hain tiene potestad sobre todos nosotros, somos de su propiedad: puede hacer lo que se le antoje con nosotros (puede matarnos, si quiere). Tiene el poder y —lo que es más raro— tiene cojones. No tiene nada más, sin embargo. Y mientras voy atravesando la oficina en dirección a su despacho, en medio de una brumosa sensación de peligro y urgencia, me veo a mí mismo desde atrás, el andar pusilánime, el cabello, y más allá, en el azul de la ventana, diviso una segunda estampa por las calles del cielo, ese fantoche reconocible, lerdo, mugriento, que es Terry el Vagabundo. (Y tú, Gregory, bastardo sin corazón, ¿qué has hecho jamás para ser lo que eres?). Quiero este empleo. Es *mío*. Ellos me lo dieron, y *no* voy a dejar que me lo quiten.

Dios, las cosas en que puede llegar a convertirse la gente, y con cuánta rapidez. De chico, cuando miraba a un dependiente de tienda, o al cuidador de un aparcamiento o a un repartidor de leche —o a cualquiera dedicado a la tarea que fuese— suponía que cada uno de ellos siempre había querido ser lo que era, como si nunca hubiera sido cuestión de elección, como si todo aquello fuese inmutable. Aquellas criaturas parecían impasibles: seguramente carecían de vitalidad y de apetitos. Pero ahora comprendo que casi nadie quiere ser lo que es. (Puede que no aspiren a ser ninguna otra cosa, pero, eso sí, no desean ser lo que son).

—Buenos días, Terry. Kathy, déjenos a solas un momento, ¿quiere? Siéntese, siéntese. Bien. Ahora, cuénteme lo que piensa del trabajo que realiza aquí.

No me pregunte a mí. A mí dígame lo que hay que decir. Dígame lo que hay que decir y yo lo digo.

(II) Por supuesto que en un mundo más sensato, uno contaría con poder llegar rápidamente a su trabajo en su lujoso automóvil verde.

GREGORY

¿Y cómo empieza *mi* jornada?

Desagradablemente. Una verdadera pena. El piso en que vivo es un piso para primogénito: está pensado para una persona sola, está concebido para mí. El espacioso salón, con su elevada cornisa ornamental, sus atestadas librerías y la deslumbrante blancura de sus ventanas, fue en otros tiempos un amplio escenario en el que los afortunados jóvenes Riding podían divagar y abstraerse, abstraerse y divagar, descender luego perezosamente los curvos escalones de madera hasta el elegante vestíbulo, avanzar por el pasillo del aparador hacia lo que una vez fue un excelente dormitorio, a continuación al cuarto de vestir, en el que entonces un

hombre podía vestirse, y más allá al cuarto de baño, donde entonces un hombre podía bañarse. Ahora lo compartimos. Una pena.

Debido, pues, al diseño petulantemente imperial de mi piso, el día comienza para mí con un atisbo sumamente traumático de la presencia del segundo habitante, Terence Service. El hecho es que la factoría negrera para la cual trabaja le exige estar en su sede antes de las nueve, y a Terry, como buen muchacho humilde, le gusta mandarse al menos su par de pintas de algún brebaje barato bien caliente antes de salir andando con torpeza. Eso le hace pasar por mi cuarto, y su engorroso pasaje invariablemente me saca del sueño. Eso no es justo. El sueño es para mí una amante desconsiderada, y yo un apocado cortesano en su antecámara. Repito que no es justo: el sueño me hace falta. Yo *tengo* que salir todas las noches, y por lo tanto no me acuesto hasta tarde. De todos modos, entreabro mis espesas pestañas, para atisbar la extravagante figura inclinada de Terry —nalgas en alto— avanzando hacia la puerta de la cocina, y luego, tras unos minutos de alboroto allí adentro, su angustiante retorno, provisto de una jarrita y posiblemente un bocadillo feculento. Ojalá no hiciera esto. Es sumamente embarazoso cuando tengo a alguien aquí conmigo. ¿Qué voy a decirle? ¿Qué le puedo contar? Creo que es sólo la diversión que me produce verlo pasar andando como un muñeco de cuerda, e imaginándose que se mueve con rapidez y precisión, lo que me impide prohibirle que vuelva jamás a poner los pies aquí antes de mediodía. ¿Acaso no podría arreglárselas de algún modo en su propio cuarto? Puede que hoy lo conmine a hacerlo.

De todas formas, permanezco disfrutando la tibieza del lecho hasta que lo oigo abandonar el piso; en el ínterin, voy planeando mi atuendo y clarificando mentalmente las aventuras de la noche pasada, que habrán transcurrido en casa de Torka, o en el curso de una costosa juerga con Kane y Skimmer, mis dos compinches. Son fantásticamente divertidos, les gustarán. Siempre vamos a los mejores restaurantes. Siempre estamos en esas afelpadas coctelerías que parecen un submarino (no soportamos los pubs). Nos gusta gastar siempre montones de dinero. Continuamos sin parar hasta la madrugada, y acabamos siempre haciendo locuras. Por la mañana suelo estar mustio; me siento frágil hasta que me tomo un Buck's Fizz antes de comer. No es resaca, desde luego; yo no tengo resacas: la resaca es cosa de malvivientes.

... Salto de mi nívea cama doble, y —en bata de seda, en slip o casi con seguridad desnudo— me encamino pausadamente a la cocina. Zumo de naranja fresco, café verdadero y bien cargado, un croissant, un poco de miel fluida. Después, mientras preparo mi baño (para lo cual hay que abrirse paso por entre las miasmas del cuarto de Terry), me cepillaré la firme y brillante dentadura, me burlaré de mi cabellera de cingaro, me recortaré las uñas. En el vestíbulo —me estoy restregando vigorosamente con la toalla— habrá un manojito de cartas, cuidadosamente examinadas por Terence y

dejadas intactas sobre el alféizar de la ventana; elijo la más atractiva de ellas, la misiva que más huele a dinero y a sexo (que es a lo que todas las cartas intentan referirse), y le echo una ojeada mientras el sol seca las juguetonas ondas de mi cabello. Seguidamente me visto a la qué-me-impor-ta, estilo desenfadado al que únicamente pueden atreverse las personas de natural elegante, admiro mi porte inclinado hacia atrás en el espejo del vestíbulo, tolero las chirigotas del ascensorista, del conserje y del portero, y dejo rápidamente atrás las puertas de doble cristal. Y luego a la calle.

Por supuesto que en un mundo más sensato uno contaría con poder llegar rápidamente a su trabajo en su lujoso automóvil verde. Está claro. Pero ahora hay no sé qué mezquina, resentida y amargada autoridad que se ha ocupado de que el aparcamiento en la zona más exclusiva del West End, donde da la coincidencia que trabajo, quedara suprimido. De manera que voy por las calles andando, como todo el mundo, como ustedes. Las recorro con bastantes bríos, la cabeza levantada, haciendo caso omiso por igual de las apreciativas miradas de los hombres, los silbidos de admiración de mecanógrafas y empleadas de almacenes, los fastidiosos gritos de los vendedores de periódicos; ignorando asimismo la ecología de los alemanes de idéntico rostro rubicundo, paridos por un gran autocar, a nuestros primos de ultramar con sus pantalones a cuadros y a esos árabes aracnoides. ¿Qué le está sucediendo a esta zona, o a la ciudad, o al país, o al planeta? (A veces me paseo de noche haciendo rugir mi varonil coche verde, aterrorizando a esos monos: me encanta verlos retroceder de un salto, en una reacción atávica a la vez de sumisión y de pánico, cuando arremeto contra ellos haciendo sonar el claxon de continuo. Fuera, pienso. Fuera de mi camino. ¿No veis que voy a *trabajar*?).

Ágilmente eludo las despistadas hordas que circulan por la estación del metro. Escojo un vagón de no fumadores y permanezco de pie todo el trayecto, haya o no «asientos» disponibles, y por lo general con una bufanda impregnada en colonia apretada con una mano sobre los labios. Con una sensación de confianza en mí mismo emerjo al esplendor de Green Park, deteniéndome para comprarle un tulipán al delicioso chiquillo del carrito en Albermarle Street, y en unos segundos mis llaves están despidiendo destellos provocados por la fría luz solar de Berkeley Square.

Trabajo en una galería de arte. Sí, un trabajo bastante jerarquizado, como cabía esperar. Salario elevado, horario llevadero, oportunidades de viajar, un amplio futuro. Todo muy relajado y placentero. Todo el mundo sabe lo que va a ocurrir, a corto y a largo plazo. Jamás tengo que hacer algo que no me apetezca. En realidad no es un «empleo» en el sentido que tiene de canjear tus días por dinero en efectivo: yo simplemente aparezco por aquí, en Mayfair, con cierta regularidad, me comporto más o menos como quiero en un ambiente bastante aceptable (converso, leo el periódico,

telefono a mis innumerables amistades), y cada viernes encuentro sobre mi mesa ese generoso cheque de sonrojo.

La respuesta es, naturalmente, que soy el divertido titiritero del par de simplotes que regenta el local. Cualquier cosa que ellos hagan es en respuesta a un tirón que yo he dado a los hilos que manejo. Se llaman señor Jason Styles y señora, y son una pareja de libertinos de mediana edad, que de anticuarios judíos en Camden Passage han ido subiendo y ahora se esfuerzan a tope por ser decadentes. Bajo sus auspicios, ni qué decir tiene, la galería es poco más que un trastero de autopromoción socio-sexual: comercian en objetos Victorianos de baja cotización, exponen las rarezas de los ricos, arriendan sus muros para la exhibición de los garabatos que pintarrajean los famosos. En fin, que hacen cualquier cosa para salir adelante. Por ejemplo, no cabe duda de que a mí me dieron el empleo gracias a mi crianza y buen porte; cuando llegué para la entrevista relativa al puesto, los Styles soltaron al unísono un gemido anhelante, agradecieron mi comparecencia, y ya en pleno éxtasis despidieron sin más a la cola de aspirantes. Los dos están chiflados por mí de una manera cándida y retozona, y yo procuro de veras no mostrarme demasiado severo con ellos, aunque la señora Styles, especialmente, se está poniendo de hora en hora más osada. En cualquier caso, yo espero que en seis meses más o menos habré asumido aquí el control absoluto; ya estoy fomentando a un grupo de jóvenes talentos, y tengo prevista tentativamente para diciembre la primera de mis muestras individuales.

La puerta de cristal produce una ráfaga de aire al cerrarse a mis espaldas. Yo me agacho rápidamente a recoger la correspondencia, vuelvo a cerrar por dentro y avanzo a largas zancadas hacia el interior de la galería, cuyas paredes revestidas de corcho resultan actualmente afeadas por las «animografías» de no sé qué celebridad histórica. Enciendo los focos reflectores y quito de los cuadros cualquier depósito de polvo que pueda presentarse ante mis ojos. El tonto del viejo Jason me dijo una vez en broma que debería dedicar los primeros diez minutos de cada día a «limpiar los lienzos»... ¡recorriendo la galería con un pincel y un trapo! Me hizo reír *con ganas*. En el pequeño e increíblemente oloroso despacho de los Styles me quito la capa y me acurruco en el bajo sofá de piel con mi correspondencia. Una tarjeta postal —siempre me escribe a la galería— de la exquisita Úrsula, mi hermana, mi adorada; me proporciona noticias de la familia, palabras de afecto y una deliciosa cita de fin de semana. Viene a Londres a estudiar para secretaria. Ridículo. Debería venir a Londres a aprender cómo *no* ser una secretaria. En fin, la cosa podría proporcionarle una diversión temporal. Aparte de su nota, están las ocho o nueve invitaciones de costumbre, inauguraciones, lanzamientos, recepciones privadas; de ellas, acaso tres o cuatro tengan suerte. Echo una ojeada a las páginas de arte de los diarios, sincronizo mi reloj con el abominable reloj labrado que está sobre el fichero de los Styles y

vuelvo a atravesar la galería en dirección a mi escritorio, alojado en un oscuro cubículo a pocos pasos de la puerta. Es enojoso, pero «no hay espacio» para que tenga mi propio despacho: todavía. Antes de transcurridos dos o tres minutos, Jason y Odette Styles —me pregunto cuándo se inventaron esos nombres— están sacudiéndose y rezongando en el porche, reconfortándose, golpeando los pies. Quito el pasador para dejarles entrar.

—Buenos días, Gregory —dice Jason.

—Buenas, Greg —dice Odette.

—¿Todo en orden?

—¿Qué tal te encuentras hoy?

—Me encuentro muy bien. Todo está muy bien. ¿Y ustedes? —digo yo, con tono de divertida incredulidad.

Como experto en *ennui*, como conocedor de la saciedad, siempre me desconcierta un poco verlos llegar todavía juntos, todavía del brazo, todavía solícitamente conscientes el uno del otro de su respectiva entidad sexual. Se hallan a mitad de la treintena, o más; llevan diez años o quizá más compartiendo despacho y cama; juzgados según cualquier baremo razonablemente humano, son desagradables de ver. Y sin embargo, aquí los tienes, una y otra vez, y otra más. También *se van* juntos, cosa que nunca deja de producirme una particular conmoción. Parten juntos, llegan juntos a casa, beben y comen y dormitan juntos; se van a la cama juntos; y se levantan juntos otra vez, y otra, y otra. ¡Fantástico! «Oh, hace *tanto* frío hoy», le dice la mujer de rollizas caderas a ese pequeño ejemplar de hombre odiosamente en forma, bajo cuyos reiterados fustazos ella se ha asignado la función de romper el aburrimiento del dormitorio. «No se está mucho mejor aquí adentro. Voy a revisar el Thermaco», le dice el sujeto de cabello entrecano a aquella montaña de mujer, levemente bigotuda y acremente menopáusica, cuyas boscosas comarcas sentenciadas ha recorrido aullando a medio galope durante una década de noches estériles. Yo los sigo mirando asombrado cuando, incluso ahora, se tienden mutuamente la mano para no perder el equilibrio mientras rodean el infame abstracto tridimensional que está junto a la puerta. Cielos, no es extraño que sean *swingers*, no es extraño que jueguen a chulo y puta, no es extraño que estén desesperados, absolutamente desesperados, por saborearme a mí.

—Voy a colocar el cartel de ABIERTO —sugiero.

El día empieza con un irritante *fracas* personal. Corinthia Pope, una muchacha absurda a quien hace poco dejé tras una breve relación superficial, y que ha estado semanas jorobándome por teléfono, da el insólito paso de irrumpir *aquí* en la galería para verme. En el acto me llevé a la estúpida a la calle y elegantemente la despaché con un rechazo definitivo. Al regresar a mi escritorio me sentía prácticamente enfermo de cólera, y tuve que encogerme de hombros en señal de disculpa ante los

dos pares de ojos que me observaban desde la ventanilla del despacho.

Hablando de rechazos, Terence anda diciendo que al final él *no* disfrutó con la tal Miranda. Gracioso, piensa uno. Bueno, lo encontré gracioso al principio. Pero ahora insiste con su historia: lo intentó, dice, y ella no se lo permitió. Curioso asunto, pues el pequeño Terry goza de cierto éxito con las modosas dependientes de tienda y olorosas estudiantes que solía traerse a mi piso; cuando yo regresaba de madrugada y la cocina olía a humo y a sudor humano, podía apostar a que al cruzar por su cuarto para ir a lavarme vería una mata de pelo rizado sobre la almohada, al lado de su cabeza. Quizá Miranda no estuviese realmente a su alcance. Quizá, como tantas otras cosas, sea todo cuestión de clase. ¿Les ha comentado él algo al respecto?

El incidente de la Pope basta para desencadenar la acostumbrada ironía morbosa. De todas formas, no hay nadie, por supuesto, en la galería, aparte del raro desconocido taciturno que pasa de un cuadro a otro como un policía en una ronda de identificación.

—Debo decirte, Gregory —se siente obligada a comentar la señora Styles mientras vengo subiendo desde el servicio y la cisterna se carga ruidosamente a mis espaldas—, que comprendo por qué las chicas te persiguen. Eres un joven muy atractivo.

—Y yo debo decir, por mi parte, que es usted una atractiva Mujer Madura —me veo forzado a replicar. Entra dentro de lo normal que haya algunos a quienes se les antoje de buen ver: el pelo negro y suave, el semblante de cantinera, los senos y el trasero turbadoramente abultados (no sé para dónde mirar, lo llenan todo), unas piernas decentes aunque con un vello inaceptable, y una buena estatura.

—Oh, vamos... ¿alguna vez has estado con una Mujer Madura?

Se acerca. Me es imposible eludirla y pasar. Los pechos mantienen henchida su camisa de hombre.

—No, curiosamente, creo que no... no en ese sentido específico.

—Tienen tanto que enseñar... —Y avanza, después de decir aquel trillado horror.

—¿Ah sí? ¿Por ejemplo?

Ella se arrima más; también los siete velos de añejo maquillaje. Una gárgola burlona se mofa detrás de mi diamantina sonrisa.

—Lo más sencillo sería hacerte una demostración —dice ella, señalando descaradamente con un gesto la puerta del cuarto de baño—. Hay algo en lo que soy realmente una experta.

—Siendo así...

Pero la vieja ridícula se ha ido —¡mi Dios, menudo tormento!— a arreglarse el cordaje de los andamios. Escucho crujidos y jadeos mientras subo apresuradamente las escaleras.

Mientras me recupero sentado a mi escritorio, percibo el compacto acercamiento

en diagonal de Jason. Levanto la cabeza.

—Desde luego, ya no entro a competir hasta ese punto —dice, haciendo girar el brazo derecho como un jugador de bolos.

—¿A competir en qué?

—He jugado al tenis este fin de semana. Terrible error. Me siento como si me hubiesen dado una paliza. Una imprudencia. Nunca más. —Deposita desaprensivamente su trasero sobre el borde de mi escritorio—. ¿A ti te atraen esas cosas, Greg? ¿Los deportes y eso?

—Remaba y jugaba al squash en el equipo del colegio, y fui capitán del Once principal —le digo, apartando la mirada del brillo vulgar de su traje de shantung.

Él se inclina con gesto incrédulo a comprobar la robustez de mi músculo.

—No se me habría ocurrido que el fútbol fuese un deporte para ti. No obstante, eres más fuerte de lo que pareces.

—Fútbol no: criquet. El fútbol estaba prohibido en Peerforth.

—Y con mucha razón.

Su mano se halla aún posada sobre mi rodilla cuando la entrometida Odette aparece súbitamente desde la escalera del sótano.

—¡Tenemos trabajo pendiente! —se dicen el uno al otro en sorprendente armonía, y virando como aviones en una maniobra evasiva se refugian en el sombrío habitáculo que comparten.

Donde, a eso de las once y cuarto, se espera que me reúna con ellos para un aperitivo matinal que me ha sido descrito distintamente como «café», «té» o «chocolate» (creo que este último es bastante más dulce que los dos primeros, pero puede que sea pura imaginación). Entonces el clima cambia, se olvidan las rivalidades, los celos se aplacan. Allí dentro estamos abrigados, y al cabo de unos minutos hasta puedo respirar por la nariz sin que me mortifique demasiado. Los dejo chismorrear un rato; los dejo intercambiar melancólicas mentiras acerca de la viabilidad de la galería; les dejo discutir las fechas de importantes compromisos a la vista. Luego, casi sin intervención por mi parte, surge el tema:

—¿En qué condiciones, Greg, en qué... cómo te planteas tu futuro aquí?

—El chico que tuvimos antes... bueno, tú sabes... no estaba muy contento. En realidad, le interesaban demasiadas cosas a la vez.

¿El chico? ¿El chico? Es conmovedor... ¡esta gente exhibe sus carencias en la solapa!

—Al final se fue, en busca de algo más... en busca de un empleo que le resultara más atractivo.

—Como tú sabes, Greg, nosotros no tenemos hijos, pero siempre hemos pensado en la galería como en un negocio familiar. Una tontería, sin duda.

—Te hemos cobrado mucho afecto, ya sabes, y estaríamos mucho más tranquilos

si nos sintiéramos seguros de que tú... bueno, de que tú formas parte de esto de un modo permanente. ¿No es así?

—Porque, seamos francos, no tenemos a nadie más a quien dejárselo. ¿Cierto? Etcétera, etcétera.

Dios, el horror de ser ordinario.

Observando a esa otra gente... —una mujer que parece practicante de arte-terapia suelta un gorgorito de satisfacción al encontrar asiento en la barra para ella y su acompañante, un golpe de suerte que aligera considerablemente su jornada; en el vagón del metro, un hombre corpulento, enfundado en un barato impermeable gris que apesta ligeramente, está luchando con su periódico en tal estado de excitación que se pasa de parada, revés que le hace levantar y pasearse, mirando de pronto su reloj como si fuera un chancro sifilítico; el conserje de mi edificio se pasa todo el día sin moverse de la escalera de entrada, preguntándose qué edad podrá tener, como si el aire mismo estuviera lleno de extrañas ecuaciones que de alguna manera fueran a alargar su vida —... pienso: os merecéis ser lo que sois si pudisteis soportar llegar a serlo. Debisteis haberlo visto venir. Y ahora aquí no os queda nada por hacer. Nadie os protegerá, y la gente no verá razón alguna para no perjudicaros. Vuestra vida se dividirá entre el miedo a la locura y el pánico de la autoconservación. Eso es: alimentarse para volverse loco. Me temo que es cuanto podemos ofrecer.

Bueno, bueno (apuesto a que alguien se lo está preguntando), y qué me ocurriría a mí si...

¿Si no fuese bello, si no tuviera talento, si no fuese rico y de buena cuna? Pediría, lucharía, viajaría, tendría éxito, moriría.

*Terence* piensa —de hecho no se atreve a decirlo— que mi vida es en cierto sentido una perversa parodia de la alharaca de sus pavores cotidianos, derrumbado como está actualmente en sus días inacabables. Todos mis dones —sociales, monetarios, fisionómicos— adquieren un aspecto monstruoso, se presentan como enormes nubarrones en su mente elemental. Me ve de alguna manera como el activo defensor del privilegio que yo encarno de un modo meramente pasivo. Ese pobre bastardo no hizo nada para acabar como está. Sólo dejó que le pasara lo que le pasó, y eso es suficiente en estos tiempos. El mundo está cambiando; el pasado no existe, y de ahora en adelante todo es futuro. Puede que los malvivientes vayan ganando, pero a él no le han hecho sitio.

¿Me importa... me importa el garantizado esplendor de mis días, el modo en que me deslizo de una orgullosa cresta a otra, la manera en que mi vida ha avanzado continuamente a través del desigual panorama que nos rodea, sobre rieles plateados y rectos como flechas? Mantengo los ojos en la copa... curiosa sensación: siempre agradable; lo pasamos bien juntos (es como sentir el ritmo de la naturaleza). Supongo

que es un don, como cualquier otro, y que los que han sido dotados en exceso siempre han experimentado un cierto pavor ante su propio genio. Hay una angustia implícita en alguna parte... el que es bello está solo, como el que es brillante, como el que es valiente.

(Terence Service es mi hermanastro, dicho sea de paso. Ya lo sé, pero eso es lo que hay. Mis padres fueron y lo adoptaron cuando era un chaval de nueve años. La primera etapa de su vida transcurrió en una miserable vivienda alquilada en la zona de Scovill Road, en Cambridge, la tortuosa barriada pobre que se encuentra entre la estación de ferrocarril y el mercado de ganado. Su madre, mujer de la limpieza por libre, murió cuando Terry tenía seis o siete, y durante unos años él y su hermanita vivieron al cuidado exclusivo del padre, un carpintero sumamente capacitado llamado Ronald. Hubo habladurías acerca de que papá Service estuvo estrechamente vinculado con la muerte de su mujer, y a su debido tiempo la opinión fue puntualmente corroborada, cuando el muy salvaje asesinó brutalmente a su propia hija. Terence tenía nueve años, como he dicho, y estaba allí, de modo que hay que perdonarle que siempre hable del asunto. El melodrama concitó una buena dosis de atención pública en Cambridge —sobre todo porque Terence permaneció una semana viviendo en la chabola vacía, sin que nadie se diera cuenta—, y únicamente gracias a la campaña desvergonzadamente sensiblera del pasquín local llegó la tragedia del pequeño Terry a conocimiento de mi benefactora familia, los Riding. Recuerdo a mi padre, en la mesa del desayuno, leyendo en voz alta los partes diarios con aquel viejo tono sensiblero, mientras Mamá y yo intercambiábamos cautelosos bostezos. Estaba pasando por una de sus etapas de compasión insaciable —o, para ser más preciso, hacía poco había leído algo sobre la compasión, o había leído algo sobre alguien que se comportaba de una manera insaciablemente compasiva— y «literalmente» no podía estar en paz hasta que Terence estuviese adecuadamente alojado. Lo que sedujo la imaginación de mi padre, en realidad, no fue tanto el cursi patetismo de la miserable situación de Terry como ciertas supuestas afinidades entre su familia y la nuestra —hartos aburridas de repetir: aténganse a la versión de Terence—. Su preocupación por el expósito aumentó; ansiaba verlo cuidado. Mamá y yo hicimos cuanto pudimos por razonar con él. «Pero el muchacho, el muchacho», decía, meneando aquella cabezota obstinada. La considerable influencia de mi padre entró en juego: se hicieron planes, se notificó a las autoridades...

Como principito y mimado de la casa, preferido de la familia, *mignon* de la servidumbre y predilecto del personal, mis sentimientos acerca de la proyectada adopción no son difíciles de adivinar. Estuve mirando fijamente la mancha del pequeño rostro en la sucia primera plana del periódico —subtítulo: *Terry Service: el niño Viernes*—, hasta que el grano de la fotografía pareció cobrar vida y agitarse

furtivamente: aquello, precisamente aquello, iba pronto a apartarme de un empujón de los días sin nubes de mi infancia; un chico ajeno y asustado, un chuchito escurridizo, no más tangible para mí, en verdad, que aquella tiznada mancha de imprenta cuyos bordes irregulares se iban extendiendo hacia otro universo, un universo de degradación y odio, de pánico y de olor a animales en celo. Pensé en la rutilante astronomía que *mi* vida había constituido hasta aquel preciso momento: las angulosidades suprimidas en el cuarto de juegos y en el dormitorio, mi activa vinculación amistosa con los vastos alrededores del jardín, mi hermana de cuento de hadas, la inclinación y perspectiva congruentes de cada acceso y de la caja de la escalera... sólo había tres lugares donde pudiera hallarse un determinado juguete, en caso de ser sacado de su correspondiente rincón; el tiempo que tardaba el balón de cuero en volver desde la tablazón de la puerta del garaje, con el crujido de la madera como secreto código revelador de distancias e identidades: las mil certezas en que se apoya la niñez para asombrarse volvían a entreverarse en un travestismo borroso, tan borroso como la fotografía del rostro de Terence en aquella manchada página de periódico que ahora se deslizaba al suelo desde el muslo de mi padre.

Terence llegó una resplandeciente mañana de otoño, mientras los Riding celebraban uno de aquellos dorados desayunos en el elevado invernadero del ala oriental. Imagínense una blanca mesa circular sobre un suelo de losas de piedra semejante a un damero, hondas artesas de fabuloso follaje, un lejano telón de fondo de flores rosadas y púrpura, y cuatro decorativas figuras sentadas, vislumbradas a través de la reverberante, amarilla claridad: Henry Riding, alto, melenudo, «temperamental» patriarca, de chaqueta blanca y camisa sin cuello; su elegante esposa Marigold, de cabello plateado, vestida de gris; la deliciosa, desconcertante, somnolienta Úrsula, todavía en camisón, la descarada; y Gregory, que, habiendo celebrado hace poco su décimo cumpleaños, tiene ya una figura esbelta y atlética, con cabello renegrado peinado hacia atrás, la boca de labios finos acaso un poco brutal, y una mirada vívida y apreciativa... Recuerdo que yo acababa de despachar a la cocinera con algunas palabras bastante agrias acerca de la consistencia de mi huevo pasado por agua, y mientras aguardaba que transcurrieran los 285 segundos necesarios para la preparación del siguiente, me había recostado en la silla, regalándome el paladar con un poco de *Gentlemen's Relish* sobre un trocito de tostada. En ese momento escuché un repentino alboroto entre las criadas en el vestíbulo... y nuestra ama de llaves, la buena y activa señora Daltrey, irrumpió en la zona iluminada, trayendo de una correa invisible a un chico pequeño y desconcertado, de camisa gris y *shorts* color caqui: Terence, mi hermanastro, que se volvió a mirarme con ojos ausentes).

### 3: Marzo

(I) Yo ya no sirvo para nada de eso. Tengo que encerrarme hasta que vuelva a ser apto para vivir.

TERRY

Tendrán que disculparme un momento.

Joderboca, joderculo, joderpuño, joderpolla. Joderoreja, joderpelo, jodernariz, joderdedo. Es todo lo que pienso cuando estoy en mi cuarto. Jodercama, jodersuelo, jodermesa, jodermarco, joderalfombra. Y por la calle. Joderacera, joderfarola, joderescapate. Jodermoto, jodercoche, joderbús. Jodermuro, joderreja, joderbasura.

Joderboli, joderclip, joderfolio. (Ahora estoy en la oficina). Joderlimpiadora, jodersecretaria, jodermecanógrafa. Joderalbarán, joderfactura, joderteléfono.

Y en todas partes. Jodertierra, jodermar, joderaire, jodernube, jodercielo. Y sienta lo que sienta. Joderodio, joderira, jodersolaz, joderasco, joderpena. En cualquier clase de contexto. Joderamigo, joderchaval, jodersobrina, jodertía, joderabuela, joderhermana. Joderjoder. Buena parte del tiempo tengo necesidad de *gritar*, o tiemblo como un animal lastimado. Me lo paso aquí sentado, echando espuma por la boca.

No, ellas continúan sin querer hacerlo. Ya no estoy para nada seguro de que yo mismo quiera hacerlo más. Es que lo que sucede cuando ellas... ya saben. Tengo claro el aspecto mecánico del asunto (me informo al respecto en los libros, y además estoy comprando un montón de revistas de ésas, ésas en las que hay chicas que por dinero exhiben ante el mundo la intimidad de la vagina y el ano. Dicho sea de paso: ¿conoce la policía esas revistas, que se consiguen en todos lados? No creo que ellos puedan hacerlo), pero todo ello tiene que parecer más bien incómodo y embarazoso. ¿Lo hace usted mucho? ¿Con qué frecuencia? ¿Menos a menudo de lo que desea o con mayor frecuencia de la que querría? Yo solía hacerlo tanto como pudiera, y me gustaba mucho. Después paré. Nadie quería hacerlo conmigo (y hacerlo con otra persona es la mitad de la diversión). Pronto dejaré de intentarlo, me doy cuenta. Estoy quedando excluido. Hay barreras que se cierran con estrépito a mi alrededor. Pronto será demasiado tarde para volver a salirme.

Continúan ocurriendo Cosas Malas adicionales. La semana pasada me compré un traje a rayas en una tienda de segunda mano en Notting Hill Gate. Era un traje ridículo en varios sentidos —obviamente usado antes que yo por un tipo increíblemente viejo y miserable—, pero yo sabía de un lugar donde me lo achicarían

y entallarían por poco dinero (ésa era la idea). Me lo achicaron y entallaron por poco dinero, me lo llevé a casa y me lo puse; me quedó bien y parecía perfecto. Entonces me di cuenta de que olía, muy pero muy fuerte, al sudor del muerto que lo había llevado puesto toda la vida. Está bien, pensaba mientras lo rociaba con amoníaco y lo dejaba afuera toda una noche, lo colgaba en la ventana ídem, lo sepultaba en su caja doble ídem, le dejaba caer encima el contenido de varios ceniceros, lo remojaba en colonia y whisky, y volvía a ponérmelo. Olía, muy pero muy fuerte, al sudor del muerto que lo había llevado puesto toda la vida. Lo arrojé al cubo de la basura. No habría entrado en la papelera, que todavía me mira con agudo resentimiento desde un rincón de mi cuarto, siempre buscando camorra, siempre con ganas de pelea.

En el trabajo no ocurre nada. La racionalización no ha tenido lugar aún, no obstante, seguimos creyendo que es Wark. Hasta Wark cree ahora que le tocará a Wark. John Hain no suelta prenda (el astuto cabrón me estaba sondeando aquella vez); nadie le va a meter prisa; nadie puede forzarlo a hacer algo que de antemano no tenga muchas ganas de hacer. El trabajo se ha acabado. Ya no nos entregan los formularios de venta y las listas de teléfonos por las mañanas. No nos dan nada que vender (aunque nos siguen pagando por vender. Ahora odio recibir mi salario. Cuando esa vieja recorre con sus dedos la fila de sobres de la S, sé que el mío no va a estar allí). Paso el día sentado en mi escritorio como si fuera Damon (Dios, ese muchacho tiene los dientes hechos cisco: él mismo admite que le hacen ruido dentro de la cabeza, como un bolsillo lleno de monedas), con una cerilla partida en una mano, un clip en la otra, mascando chicle y fumando pitillos. Ya ni siquiera leo bien. Ésa será la próxima cosa sin la que me quede. Todos aguardamos y suspiramos y observamos la lluvia (la lluvia en los cristales siempre me lleva al pasado, o lo intenta. Yo no pienso ir para atrás). No nos atrevemos a hablar entre nosotros más de la cuenta; tenemos miedo de enterarnos de algo que no sepamos. Ayer me telefoneó un hombre llamado Veale, del sindicato, en un tono enormemente calmo y siniestro. Vendrá a verme, dice. En su voz no había ni amenaza ni estímulo: era simplemente una voz calma y siniestra. He andado haciendo preguntas, y no viene a ver a nadie más, o eso es lo que afirma cada uno. Sólo a mí. Espero que no piense que soy distinguido.

Finalmente acabé llamando a Úrsula, en respuesta a aquella tarjeta suya. No sé muy bien por qué aguardé tanto tiempo (es una chica, ¿no?), pero así fue. Le estoy agradecido, eso creo, por su bondad en el pasado —o más bien por su absoluta falta de crueldad, lo cual, en aquellas circunstancias, era todavía mejor—, y haré lo posible para ponerle las cosas fáciles. La quiero. Sí, sí, la quiero: gracias a Dios por eso. Es difícil procurar que se formen ustedes una idea de Úrsula sin hacerla aparecer un poco chinche (de todos modos, la mitad del tiempo lo es..., y, por amor de Dios, no crean una palabra de lo que diga Greg sobre ella: no se puede confiar para nada en él

en esa materia). Tiene diecinueve años y parece que tuviera más o menos la mitad. Nunca en la vida he visto a alguien físicamente menos atractivo: piernas como palillos, nada de culo, una larga espalda. En reposo, su rostro posee una curiosa belleza neutra, como la del idealizado retrato cortesano de una persona corriente. Tan pronto como cobra animación, su rostro pierde esa belleza, pero al mismo tiempo se vuelve, bueno, más animado. (Creo que a ustedes les gustaría. Yo me enamoraría de ella instantáneamente si no fuera mi hermana. Pero eso no dice mucho). Comprendo lo que piensan. Dejo constancia de que, para mí, ella es una muchacha pura, amable, conmovedora, inocente, bastante divertida, muy distinguida, erráticamente perceptiva y (que quede entre nosotros) ligeramente *tonta*.

Llamé a la patrona del alojamiento de las estudiantes de secretaria, quien me dijo sin inmutarse que Úrsula me telefonaría al número que le dejé, tan pronto terminara su clase. Sin poder hacer nada hasta que ella respondiese a mi llamada, me senté en mi escritorio con un café que Damon había salido renqueando a traerme.

—Hola, Peliverde. ¿Eres feliz?

—Claro que no. ¿Te has vuelto loca? ¿Cómo estás tú?

—Creo que muy bien. Pero este sitio es un manicomio.

—¿Cómo estás de nerviosa?

—Creo que mucho. Eso espero. No quiero estar más nerviosa de lo que estoy. ¿Tú tienes muchos nervios?

—Cantidad.

—Es algo, ¿no?

—Más vale que nos veamos pronto, ¿no crees?

—Sí que lo creo. Pero no tengo ningún consejo para ti. Lo único que tengo que decirte es: no crezcas, si puedes evitarlo de algún modo. Quédate por allá, porque por aquí la cosa no está nada divertida.

Por mera costumbre —y por ansiedad, vergüenza y disgusto conmigo mismo— le pedí a mi hermanastra que se reuniera conmigo en una parada de autobús en Fulham Road. Yo hago esto con las chicas —o conmigo—, porque si no aparecen, uno simplemente se trepa a un bus, como si fuera lo que ha estado esperando, como si no hubiera tenido otra cosa en la mente; en vez de estar parado en una esquina expuesta y solitaria, mientras las calles a tu alrededor se ensucian, se fatigan y mueren.

Ella vino. Saltó de un 14 en la acera opuesta, y, con el cuerpecito bien inclinado hacia adelante, como una niña bien entrenada, cruzó la calle corriendo. Nos abrazamos torpemente y nos apartamos para vernos mejor a la luz de un farol callejero. Flequillo corto, grandes ojos claros, roja de frío la nariz incongruentemente poderosa, un rostro estrecho pero abierto, sin nada de anguloso, su aspecto era prepúber, impúber. Sentí que si alguna vez me acostara con ella (esas ideas pasan

caracoleando por mi mente), el hecho me produciría una herida duradera y profunda, cuya curación me llevaría la vida entera. (¿Follará?, me interrogo de pronto. ¡Qué va! Probablemente todavía no conoce nada de eso. Y espero que nadie se lo mencione nunca. Oh, Dios, echo de menos a mi hermana. Ella tampoco se lo mencionó nunca a nadie. Bueno, algo es algo. La habrán jodido, pero al menos nunca la follaron. Me *alegro*).

—Venga —dijo Úrsula—, tienes buen aspecto. Para un malviviente.

Fuimos a una animada hamburguesería tipo invernadero que yo conozco, un poco más arriba por Fulham Road, un sitio donde unos tipos altos y de buena pinta, de los que imponen la moda, conversan contigo desenfadadamente como si fueran tus amigos, mientras te sirven la comida y reciben tu dinero. Es lo que allí se estila. Nos incorporamos a una pequeña fila formada enteramente por parejas, ellos vestidos de dril y las mujeres mucho más extravagantes y variadas en su vestimenta. Como saben, a mí no me gustan las parejas (son como una afrenta personal), pero Úrsula y yo simulamos ser una, y en menos de cinco minutos estuvimos adentro y en menos de diez nos habíamos asegurado dos asientos en una mesa para cuatro que estaba desocupada. Inmediatamente, un joven alto y flaco, con unas cejas como cepillos de dientes, cogió uno de los asientos vacíos al otro lado de la mesa. Yo lo miré con expresión de enojo y él me sostuvo la mirada. «Este tío quiere pelea», pensé, en el momento en que el otro decía:

—¿Qué les apetece tomar? —al tiempo que extraía un bloc amarillo del bolsillo superior de la chaqueta.

—Oh, pues un poco de vino, mientras lo pensamos. Tinto. Una botella.

—Yo no voy a beber —dijo Úrsula.

—¿Y qué? —dije yo.

El camarero asintió con aire contrariado y se escurrió en silencio.

—Preferiría que no hicieran eso —dije.

—¿Qué es lo que ha hecho?

—Sentarse con nosotros de esa manera. Es un camarero, ¿no? No quiero que los camareros se me sienten al lado.

—Vamos, Peliverde. Parecía agradable. Y también inteligente.

—No me digas... ¿Entonces por qué está sirviendo a la gente en un basurero como éste?

—Chippy, chippy, chippy —dijo Úrsula.

(A propósito, ¿saben lo que significa «chippy»? Creo que yo sí. Significa importarle a uno ser pobre, feo y vulgar. Eso es lo que significa).

—Seguro —dije.

Úrsula escogió aquel momento para despojarse de su chaquetón de grueso paño de lana azul con capucha; era una prenda holgada, típica de estudiante, y yo sabía que

quitándose la disminuiría su presencia física en unos dos tercios. De su oscuro vestido floreado (limpio, sin planchar, deformado, un vestido impropio para invierno) emergían ahora unas piernas delgadas y sin medias y unos delgados antebrazos cuya sombra de vello captaba la luz. Al estirarse para colgar el chaquetón del alto gancho del perchero, el vestido se le trepó por los muslos de bambi. ¿Entienden? Es de verdad mi hermana y tiene de verdad alrededor de diez años.

Abrí mi tercer paquete de cigarrillos del día y serví el vino que nos había traído de un talante bastante impertinente el arrogante camarero. A nuestro alrededor, unas parejas de jovencitos provocativos se rieron cuchicheando.

—¡Fiuu...! —silbó Úrsula—. Esta noche sí que estás nervioso.

—Lo sé. Mírame las manos.

Úrsula acababa de retornar de un fin de semana en casa con sus padres. Hablamos de ello, de aquel lugar en apariencia acogedor (yo solía ir mucho. Ahora ya no, y tampoco Gregory. Ya no tengo más ganas de salir: me da miedo que ocurra algo a mis espaldas. Y de todos modos, el hogar me horroriza). Al parecer, el tobillo de nuestro padre había soldado después de su famosa caída desde el techo del granero; ahora se jactaba de que su andar era más ágil que en cualquier otro período de su vida. Los cuentos recientes acerca de él incluían: una interrupción en público al párroco izquierdista de la iglesia del pueblo y el subsiguiente forcejeo con el mismo; su novedosa pasión por el juego de bolos bajo techo; su persistente negativa a ingerir vegetales; su segunda serie de salidas de compras este año, derrochando espantosamente el dinero; su tercer intento por la mañana temprano de abusar de la septuagenaria limpiadora; y su decisión de erigir una tienda india en el salón principal de la casa.

—Dios mío, últimamente todo se está desmoronando —dije—. Supongo que en realidad debe estar un poco chalado, ¿no es cierto?

La expresión de Úrsula —levemente divertida, como la mía— no varió.

—Desde luego. Siempre lo ha estado. Todos nosotros lo hemos estado siempre. Tú eres el afortunado, Peliverde.

—Oh, conque eso es lo que soy. Me estaba preguntando qué era yo. Pero vosotros sois distinguidos, todos vosotros. Qué más da que una persona distinguida se vuelva loca. Todas ellas lo son, después de todo.

—Por eso tú eres el afortunado: tú no eres persona distinguida.

—Sí que lo soy. Ahora soy una persona distinguida.

—Que no.

—Entonces, ¿qué soy?

—Eres un malviviente.

No, señor. Soy una persona distinguida. Sé todo lo que hay que saber en cuanto a clase y a cómo se la puede detectar. Estuve presente en aquella histórica velada de

hace cinco años, cuando la niña que tengo ahora delante de mí entró en la sala de televisión en Rivers Hall, donde la familia se hallaba viendo una serie sobre los sirvientes y sus amos en la preguerra, y sin pensarlo se acurrucó en el regazo de su niñera. La niñera (hoy jubilada) no se movió al recibir el peso de su niña de catorce años. *En ningún momento ninguna de las dos apartó los ojos de la pantalla.* Sé todo lo que hay que saber en cuanto a clase. Digo sofá, y ¿qué?, y jaspeado, y lavabo (si quisiera, podría incluso decir trasero en vez de culo). Cuando yo tenía catorce años, respondí a un cuestionario en una revista: cualquiera que completase aquel cuestionario, de eso se trataba, conocería en seguida su grado de distinción. Cuando iba por la mitad —«sí, aparté de mí el plato de la sopa»; «no, no vertí la leche primero»— ya me daba cuenta de que iba a resultar verdaderamente muy distinguido. La última pregunta era acerca de cómo les habías puesto a tus hijos, o cómo les llamarías si alguna vez tuvieras alguno (era en la época en que la gente todavía podía permitírselos). ¿Le pondrías a un hijo? a) Sebastian, Clarence, Montague, o b) Michael, James, Robert, o...; cuando estaba decidido a marcar la sección b) con una firme tilde —no me había dejado seducir por toda aquella mierda de la sección a)—, recorrí con la vista la sección c), que ponía: Norman, Keith, Terry. El boli sonó en mi mano como una campanilla. Así que mi papá fue un malviviente. ¿Qué más hay de nuevo? (¿Siguen ustedes creyendo que algo de eso tiene importancia? Me refiero a la clase y demás. Pues no. Es pura basura. Pura basura).

—Los malvivientes también se vuelven *tontos*, sabes —dije.

—Oh, no, en absoluto —dijo Úrsula.

—Te digo que sí. ¿Qué impresión te produce —le pregunté embotado—, me refiero a dejar el hogar y dejar de ser una colegiala, y estar en una ciudad, y los empleos, y todo eso? Yo hace siglos que estoy en ello y no sé todavía cómo es. Hay algo...

—Bueno, no puedo saberlo aún, ¿no crees? Porque todavía estoy en un colegio. ¿Qué piensas que es? ¿Más nervios?

—Sí, más, seguramente. Pero no es eso. Bueno. Estoy borracho. Ya era hora, no creas. Lo único que me pregunto es para qué tanto alboroto... pasarte la vida preparándote para *esto*. Nadie lo pasa bien después que ha cumplido diez años preocupándose de ello. Es, creo que es sólo...

—¿Cómo está Gregory?

—¿Cómo está siempre? Hecho un monstruo de engreimiento. Y un ansioso. Y un bujarrón.

—Oh, vamos, Peliverde... A propósito: ¿qué es un bujarrón?

—Mira, no vuelvas nunca a llamarme Peliverde, ¿vale?

—Creí que te gustaba que te llamaran Peliverde.

—Pues no me gusta.

—Creía que sí. Perdóname.

—¿Qué te hizo pensar que me gustaba? No me gusta en absoluto. No me gusta ni pizca.

—Perdóname.

Miré azorado a mi alrededor, a las chicas, a las parejas. En momentos así, la fealdad me pesa como un traje barato y demasiado grueso. Miré a Úrsula. ¿Para qué me servía? Ni siquiera deseaba follármela: deseaba herirla, hacerle daño, darle violentamente en las canillas con mi bota, aplastar mi cigarrillo en aquella mano que agitaba delante de mí. Oh, ¿pero qué está pasando aquí?

—Oh, ¿pero qué está pasando aquí? Lo siento. Vámonos. Perdóname.

Fuimos andando en silencio hasta la estación de metro de Gloucester Road.

—Te acompaño a casa —dije. Tomamos un tren lleno de borrachos hasta Sloane Square. Caminamos en silencio por calles cada vez más estrechas y cada vez menos iluminadas.

—Es aquí —dijo ella—. Voy a tocar el timbre.

—Bien, eso te tacha de un plumazo, de por vida.

—¿Mm?

—Yo ya no sirvo para nada de eso. Tengo que encerrarme hasta que vuelva a ser apto para vivir.

Nos besamos a la manera que solíamos, de manera que el centro de mi boca se posara ligeramente inclinada sobre la comisura de sus labios.

—Terry —dijo ella—, debes acabar con todo eso. Terminarás convirtiéndote en lo que finges ser.

—Sé que así será.

Entonces ella se me acercó, con una especie de autoridad infantil, y nos besamos otra vez, suave pero firmemente, en los labios.

—Gracias —dije.

Ella arrimó la boca a mi oído.

—Oigo voces —susurró—. En mi cabeza.

—¿Qué clase de voces? ¿Qué quieres decir?

—En mi cabeza.

—¿Qué dicen?

—No hagas caso. Pero sí que las oigo.

—Mira una cosa: te llamaré mañana, ¿vale?

—Vale.

—Buenas noches. Cuídate.

—Que tengas dulces sueños —exclamó, subiendo los peldaños de la puerta.

Y todo aquello pobló mi mente a lo largo de las avenidas húmedas, durante el animado trayecto en el metro y en medio de la lluvia y las sombras de las familiares

calles de mi barrio. La lluvia, aquel beso, esas voces. «Piensa un poco en ello, muchacho», me dije; «puedes hacerlo». ¿Joderúrsula, joderhermana... jodermanastra? No, no puedo hacerlo... No puedo siquiera pensar en ello. Dejo para los suburbios de la imaginación de Gregory ese embrollo de melodramática decadencia. Él siempre ha disfrutado hiperbolizando las pocas sesiones de pueril manoseo mantenidas con Úrsula en la adolescencia (yo también mantuve algunas con ella, en cierto sentido). Pero yo he pasado por todo eso, he hecho todo eso y es todo muy complicado. Y soy quisquilloso en cuanto a las hermanas en general. Tuve una que murió, y soy sensiblero acerca de ellas. Olvidemos a las hermanas. Estoy hasta el gorro de *hermanas*. Joder con las hermanas.

Me detuve en el descansillo, delante de nuestro piso. Hay allí una ventana de pared a pared y del suelo al techo, que cruje y se curva cuando la atmósfera se pone turbulenta. El viento la hace tambalear. El frío le produce temblores. Odia el tiempo tormentoso (no está a la altura de su tarea). Vi mi imagen reflejada en el cristal. Las gotas de lluvia se deslizaban por mi rostro formando lúgubres arroyuelos. Puse atención al ruido del tránsito; pensé en mí, y en todos ustedes allí afuera, riéndose de mis pérdidas. Presioné el cristal con mi frente. Cedió una pulgada. Apreté con más fuerza. Sentí que en cualquier momento podía oírlo quebrarse.

Así es como empezó.

*Zoom...* Tengo seis años: mi hermana apenas si existe todavía, más que como un caliente envoltorio de pecas y lágrimas en el cuarto de al lado. Dos o tres veces al mes, en la cocina a la hora de la comida, a las siete en punto, una sutil y hormigueante bruma de jaqueca envolvía e iba gradualmente retardando la cena. Uh-oh, estaba diciendo el aire. Mi padre, un hombre alto, robusto, de aspecto serio, con el pelo rojizo, una breve ranura curva por boca y ojos saltones de mirada fija, se halla a mi derecha, sin decir nada, comiendo con enojosa celeridad los huevos, patatas, guisantes y tomates, llenando el tenedor con un poco de todo en cada bocado, de modo que para el último le quede, digamos, un poquito de yema cocida, un trocito de patata, un par de guisantes y el resto del rojo y espeso revuelto de tomate. Mi madre, una mujer enjuta, nerviosa e inteligente, con rasgos de herrerillo (perdió la dentadura; nunca volvió a encontrarla), está tiesamente sentada a mi izquierda, sin decir nada, procurando deshacer los huidizos huevos, guisantes y tomates en la salsa líquida para llevárselos a la boca a cucharadas. Sentado entre los dos —y con el mismo aspecto, yo diría, que tengo ahora— estoy yo, Terry a los seis años, el niño de ese lejano ayer. Me afano con mi pescado rebozado; nadie habla, aunque se siente que todos están tratando de hacerlo, que todos lo harían si pudieran, y la comezón se percibe cada vez más en la atmósfera, hasta que el ruido de nuestros cubiertos contra los platos se convierte en un rebato de timbales que avanza hasta llenar la habitación, para

atenuarse luego y volver a crecer una vez más.

Y se trata de una velada normal —todos creemos que es una velada absolutamente normal—, excepto por esa curiosa y desagradable bruma de jaqueca y esa extraña falsa claridad de sonido. Pero quizá también todos percibimos algo más, una cosa extra, una actividad que se ha iniciado en algún lugar del cerebro de mi padre, y tal vez también una perversa, insidiosa reciprocidad que ha comenzado a operar en la mente de mi madre.

«Es hora de irte a la cama, Terry», dice mi padre sin dirigirse a mí. «No olvides limpiarte los dientes», añade mi madre, que apila los platos, con la cabeza gacha. Yo llego hasta la puerta y me vuelvo. Por un instante siento que me hallo al borde de su agotado, terrorífico mundo de migraña, y siento que podría librarlos de él, decirles rápidamente algo acerca del otro lado. Pero digo:

«Buenas noches».

«Buenas noches».

«Buenas noches».

Y subo suavemente las escaleras, utilizo el baño en un acuoso silencio de porcelana, me desvisto tiritando y me deslizo entre las gruesas mantas, aprieto la almohada contra mi cabeza... y oigo la casa que empieza a funcionar como una enorme máquina: las paredes tiemblan y sudan, el techo se resquebraja, el suelo lanza mi cama repetidas veces al aire, las frías sábanas me estrechan en su fuego.

Siendo ya un poco mayor —más alto, más fuerte, más consciente de que mis padres no andaban en nada bueno—, yo solía creer que simplemente con aparecer, que simplemente con mostrarles que estaba allí, ellos tendrían que parar, y parar inmediatamente y no hacerlo nunca más. (Poseía una fe absurda en el poder sacramental de mi presencia. ¿Qué se habrá hecho?). ¡Mirad! Yo estoy aquí mientras vosotros hacéis eso. ¿No os dais cuenta de lo que debe ser para *mí*?

Me quedé de pie en mi cuarto esperando. Quería esconderme, ocultarme, pero no hice ningún movimiento para desvestirme. Había aparecido otra vez aquel escozor desconcertante y aquel nítido umbral sonoro inferior, y supe que pronto tendría que ocurrir. Entonces empezaron las perturbaciones, aisladas e intermitentes al principio, como un lejano romper de las olas, una música bronca sobre el agua revuelta. En el zarandeado rellano exterior, los muros giran hacia mí, al bajar por los peldaños que crujen al pisarlos como pedales atascados, parte de la máquina obsoleta en que la casa se transforma mientras me encamino a su corazón, el cuarto trasero, lugar de negras cacerolas bamboleantes, recipientes tiznados y algo que no he visto jamás. En el corredor de abajo, el ruido es casi insoportable; no el ruido discontinuo, inanimado, de la batalla y del naufragio, sino unos tibios, sudorosos sonidos humanos, como de dolor y angustia, de algo demasiado intenso para ser visto. Penetro en la cocina; atravieso el recinto y empujo la puerta entreabierta del fregadero: se abre del todo y

me quedo mirando. ¿Mirando qué? Los ojos de mi padre, que se fijan sin curiosidad en mi rostro. Unos ojos sin el menor vestigio de odio, cólera, sorpresa, o cualquier otra emoción que yo haya experimentado o visto en alguien, una mirada pura y abstraída,alzada hacia mí desde alguna tarea imposible. *Zoom...* La habitación está llena de migraña y apenas distingo a mi madre, doblada sobre el suelo de plástico: el aire de jaqueca parece expandirse para expulsarme, para echarme al exterior en medio de una ráfaga y cerrarme la puerta violentamente en las narices. A continuación, el mundo y yo retrocedemos, nos alejamos del cuarto trasero andando de espaldas, y la suave maquinaria empieza a ponerse de nuevo en movimiento, de nuevo cauta e intermitente, una revuelta música sobre las olas distantes.

Al día siguiente todo estaba bien, más o menos. A la hora del desayuno, mi madre parecería considerablemente más estropeada que de costumbre, pero visiblemente aliviada; mi padre, ensimismado, impreciso, pero sereno: una densa atmósfera de tregua. ¿Por qué tuvo todo que empeorar de tal manera? Yo podría haber aguantado cualquier cantidad de noches de migraña, y del callado sosiego de aquellas mañanas. Pero las cosas se pudrieron —supongo que tenía que ser así— y acabaron en unos estridentes segundos de pánico con la muerte de mi madre, y luego le tocó el turno a mi hermana y a mí jamás me tocó. ¿Por qué?

Úrsula estaba equivocada. También un malviviente puede volverse *tonto*. Yo estoy haciéndolo de un modo diferente al de mi padre, pero sin que quepa duda. Creo que a todo el mundo le ocurre un poco en estos tiempos (me gustaría conocer a alguno para poder confirmar la teoría). A *mí* me está ocurriendo, y soy una de las personas a quienes ustedes ven por la calle y piensan: «A veces no me importaría ser como ése... nada de alegrías, nada de penas, ni de un alma que te perturbe». Pero yo tengo un alma (que como cualquier otra quiere ser besada). La locura se está democratizando, saben. No pueden seguir eternamente acaparándola ustedes. Nosotros también queremos la que nos toca.

Por fin ajusté cuentas con la papelera. Pensé que me libraría de una cosa mala. Me traje del supermercado un paquete entero de esas bolsas negras para basura (pensé que también me servirían para la ropa sucia). Me emborraché un sábado a la hora de comer y vacié la papelera en una de aquellas bolsas especiales. No fue sencillo, pero lo conseguí (aquello no acababa nunca, como los estratos de una letrina pompeyana). Ya que estaba, saqué de su escondrijo un montón de calcetines, calzoncillos y camisetas sucias, y los metí en otra de las bolsas negras. Tiré la primera en el cubo de la basura y marché con la otra a la lavandería que está en Ladbroke Grove, donde se la entregué a la vieja que te la lava si le pagas (otras personas, la mayoría extranjeras, son más pobres que yo, y se la lavan ellas mismas. Me siento rumboso, me siento como Gregory, en la lavandería). Cuando aparecí el

lunes por la mañana a recoger mi ropa, una malhumorada encargada me devolvió la bolsa negra especial.

—¿Quiere que le lavemos eso? —preguntó—. ¿Cuántas veces se lo secamos, señor?

La bolsa estaba llena de desperdicios, por supuesto. Regresé corriendo al piso. El basurero había pasado esa mañana. Cuatro camisetas, cinco calzoncillos, seis pares de calcetines. Otra cosa mala. Gracias. Creo que le estoy dando mucho a la botella. Creo que me estoy volviendo *tonto*.

Cerca de aquí hay un *hippie* muy jodido que vive en la calle. Lo veo dos o tres veces por semana. Su aspecto empeora día a día. Se aloja en el umbral de una tienda clausurada en Moscow Road. Tiene una maleta y algunas bolsas. Muestra en el rostro color piel de naranja unos surcos amarillos, de llorar bajo el sol indiferente. No pasará mucho tiempo sin que lo aborde y le pregunte qué tal es esa vida.

(II) Tomé una docena de ostras... y a continuación el celebrado *faisan à la mode de Champagne* de François.

GREGORY

Desde luego, ustedes saben que todo ese asunto del «incesto» es pura estupidez.

En este país, al menos, el *incesto* («delito de cópula sexual o cohabitación entre personas emparentadas en un grado que determina la prohibición del matrimonio entre ellas», reza el Oxford English Dictionary) no fue considerado siquiera como falta leve hasta 1650, cuando, de un modo totalmente intempestivo y caprichosamente agrupado con otras varias conductas delictivas, pasó arbitrariamente a constituir un delito grave. Como es natural, en seguida del segundo glorioso amanecer de la Restauración, la supresión del «delito» quedó a cargo de lo que el virtuoso Blackstone llamó traviesamente «la debilitada coerción de los ámbitos espirituales», si bien en el Parlamento se reiteraron las proposiciones de ley para volver a considerarlo como delito grave..., sólo para ser jocosamente rechazadas cada vez.

En 1908, no obstante, se pasó de contrabando una ley (la del Castigo del Incesto) por la cual el comercio sexual de un varón con su hija, su madre, su hermana o su nieta (*¡sic!*) se hizo punible con hasta siete años de prisión. ¿E importaba acaso en lo más mínimo el que dicho comercio se realizase con o sin el consentimiento femenino? En absoluto. En realidad, la convicción acerca del consentimiento por parte de la hembra le valía a ésta la misma pena que al varón. (Desde el principio, todos los juicios incoados al amparo de la ley se llevaban a cabo *in camera*, pero esta disposición quedó derogada bajo la ley de reforma del procedimiento penal, de 1922.

En *Rex v. Ball* [22CV, cc366], los magistrados sostuvieron que la evidencia de una copulación anterior era suficiente para dar por probada una pasión culpable y por descartada una asociación inocente. Bueno, lo sería, ¿no?). Dicho sea de paso, los términos «hermano» y «hermana» incluían, respectivamente, a «medio-hermano» y «media-hermana», según se pudiera o no determinar el origen de la relación en un matrimonio legal.

Semejantes avatares no deben hacer pasar por alto —puede que sirvan incluso para destacarlo— el hecho de que estamos tratando de unos de esos tabúes que una sociedad hereda como un viejo trasto, y a partir del cual, en una época de incertidumbre y represión, revive temerariamente normas absolutamente empíricas de una comunidad del pasado. Como ha demostrado recientemente el Dr. J. G. V. Kruk en un estudio monográfico titulado *El incesto* (Michel Albin, 1976), para mi gran satisfacción (y la de los expertos: «Un convincente y erudito ejercicio de desmitificación», *Times Literary Supplement*), la noción misma de incesto fue una triquiñuela de viejo para atraer nuevos varones a la unidad familiar. Es evidente que no vas a querer que tus poco emprendedoras hijas constriñan el bastión familiar casándose con tus propios hijos, cuando en la choza o la cabaña de al lado languidece algún robusto labrador que estaría encantado de incorporarse y ayudarte a cultivar, a cazar, a cortar leña, a evitar que los demás te fastidien y a lo que sea. Ése fue el verdadero motivo para la cuarentena. Es verdad que los genes inferiores probablemente proliferen mejor en un matrimonio cerrado, pero lo mismo valdría para los saludables. Tomen, por ejemplo, la soberbia dinastía egipcia (Cleopatra, Ramsés II, etc.): durante varias generaciones reinaron una serie de hermanos; fueron deslumbrantemente cultos, físicamente perfectos, tenían gran talento, eran bellos y fuertes. No, me temo que no servirá: el «incesto» es un titular escandaloso de la prensa canalla, un reflejo condicionado en la respuesta de los filisteos y la masa suburbial, un «pecado» únicamente a los ojos de los odiados y los mediocres.

Además, lo hicimos una sola vez.

Así es como empezó.

Mi hermana y yo tenemos respectivamente siete y nueve años. Es verano y estamos jugando en el Estanque D, un amplio y hasta cierto punto abandonado lago semicircular en el extremo norte de nuestra vasta propiedad. Es una de esas tardes de atmósfera rielante, alocada y con el polen flotando en el aire; las cabrillas formadas en la superficie del agua desaparecían lentamente entre los dientes de león, con el cálido viento en los talones. ¿Puedo recobrar los fragmentos de mi infancia perdida? ¿Puedo reunirlos otra vez? ¿Dónde están? Úrsula compone una figura de chiquillo travieso tostado por el sol, con el agitado cabello rubio cayéndole suelto sobre los hombros; lleva puestos únicamente unos calzones inmaculadamente blancos. Yo le

llevo quizá una cabeza, y mi cuerpo ya revela aquellas cualidades atléticas y una economía de movimientos que tan útiles me resultarán más tarde en el gimnasio y en el campo de deportes; también yo estoy agradablemente bronceado bajo la reverberante luz de este prolongado verano tardío (mis nuevos zapatos de tenis y el blanco pantaloncito ajustado combinan perfectamente conmigo). Estamos jugando con nuestra balsa, un artefacto informe y traicionero atado con cuerdas y formado por troncos, puertas rotas, retales de madera y tambores de aceite pesado. Yo propongo probarla efectuando una circumnavegación del lago, y mediante hábiles impulsos de pértiga me aparto de la orilla, por la que Úrsula se desplaza con dificultad, profiriendo imperiosas advertencias acerca de cada grupo de juncos y cada rama baja, y rogándome que no me interne demasiado. Haciendo esfuerzos con las piernas abiertas para mantener el equilibrio sobre aquellos empapados restos flotantes y con cuidado de no estropearme los flamantes zapatos de tenis con el repugnante lodo de la orilla, completo fríamente el arco ante los gritos de asombro y alivio de Úrsula.

—¡Qué listo! ¡Qué maravilloso! —exclamó—. ¡Qué estupendo!

—Venga, súbete ya. Vamos hasta la isla —dije yo, volviéndome hacia un montículo de vegetación en medio del lago. Ante lo cual, desde luego, una expresión de casi celestial angustia se pinta en el semblante de Úrsula.

—No. Está demasiado lejos la isla. Demasiado *hondo*.

—Yo te cuidaré. *Vamos*.

Ella se aferró a mí, temblorosa, mientras la izaba a bordo, pero conseguí que se sentara en la proa y se quedara quieta; al cabo de unos momentos, hasta empezó a ayudar a dar impulso a la embarcación, desplazando alegremente con las manos las aguas enjoyadas. Aturdido en cierto modo por el calor y el esfuerzo, yo iba haciendo girar perezosamente la pértiga detrás de nosotros, con la mente atrapada por el prisma que formaban el cielo, el líquido, la espalda brillante de la niña, los múltiples reflejos en sus cabellos... Nuestra isla resultó ser mejor de lo que parecía: más allá de la sucia maraña del borde exterior había tres arbustos bastante esbeltos alrededor de una pequeña extensión de césped notablemente firme, sobre el cual pronto estuvimos sentados muy contentos. Úrsula miró a su alrededor, a la masa de agua que nos rodeaba por todos lados.

—Lo conseguimos. ¡Qué fantástico! ¡Qué bonito! —dijo.

—¿Nos quitamos la ropa? —propuse yo.

—Sí, creo que deberíamos. ¡Oh, qué hermoso, qué hermoso!

¡Ah, aquel mundo perdido! Agitadas imágenes se formaban y se dispersaban bajo nuestros párpados cerrados, el sol vertía delicadamente su luz sobre nuestros cuerpos, impregnados de un dulce sabor marino y contenidos en la inmóvil rotundidad del lago, mientras nuestra isla se agrandaba y se expandía, y la tierra se encogía para cubrir los cuatro horizontes. Cuando posé mi mano sobre el hendido montículo

situado entre sus muslos, Úrsula me alentó con la mirada, el rostro encendido por un lago de ensueño.

Por supuesto, cuando volvimos a la realidad descubrimos que nuestra balsa se había zafado de la orilla y se había alejado silenciosamente a la deriva hasta unos diez o doce pies de la misma; y como ninguno de los dos sabía nadar (yo detesto la natación), nos encontramos temporalmente abandonados en una isla desierta. Antes de un cuarto de hora, sin embargo, apareció una criada a quien mi madre había enviado con una calabaza fresca; a su debido tiempo, dos de los serviciales jardineros mayores acarrearón un bote de remos desde el lago de los sauces, y los jóvenes náufragos fueron trasladados a la costa (con Úrsula fuertemente ruborizada por aparecer ante el servicio en ropa interior). Oh, en realidad no fue nada, nada en absoluto. Pero por un momento estuvimos allí a la intemperie, desnudos y con frío, asustados por la noción de estar solos en aquel mundo vacío que nos habíamos esforzado en crear.

A partir de aquel incidente, Úrsula y yo no tuvimos contacto físico estrecho durante más de un año. No porque nuestro amor se enfriase en lo más mínimo. Desde el comienzo —desde el instante en que empezamos a tener noción de quiénes y qué éramos— el nuestro había sido quizá el más singular y el más exaltado de los vínculos hermano-hermana. No recuerdo una sola ocasión en que uno de nosotros haya experimentado rencor hacia el otro, o en que hayamos sido groseros, o en que hayamos mantenido una rivalidad o pronunciado una palabra desprovista de ternura. (Recuerdo bien nuestra consternación un día en que fuimos testigos en el pueblo de una histérica disputa entre una pareja de hermanos campesinos. Nuestras miradas de incredulidad se encontraron, como diciendo: «¿Pero es que no son hermano y hermana? *Nosotros sí*»). Úrsula y yo nos amamos durante todo el prolongado Edén de nuestra infancia con un amor sin nubes, confiado, absolutamente despojado de ansiedades: sus padecimientos eran los míos, mis triunfos los suyos. Nuestro breve paréntesis de evitación física fue un período no tanto de apartamiento como de espera, de anticipación. Pues pronto habríamos de embarcarnos en aquel conmovido, adolescente redescubrimiento de nuestro propio cuerpo, un viaje que continuaría durante muchos años, hasta su súbito y frustrante fin... Pero eso fue después de que mi padre se pusiera mal, y viniera Terence, y las cosas empezaran a derrumbarse.

A primeros del mes, mi hermana me telefoneó a la galería. Yo le había estado mostrando la exposición a una india norteamericana embarazada, y sentí un gran alivio cuando Odette Styles, evitando heroicamente que sus facciones vulgares revelaran la menor desaprobación, me llamó por señas desde su antro de oficina para recibir la llamada. El viejo Jason también estaba allí por algún lado, y sentí en la espalda el peso de la latente lujuria de los dos, mientras decía:

—Soy George Riding.

—Hola, soy yo. ¿Quién era esa mujer horrible?

—Mi amor, ¿cómo estás? Bueno, si te lo digo, me vendo.

—¿Era la gorda que se pasa intentando besarte?

—Justamente.

—Gregory, ¿puedo almorzar contigo?

—¡Por supuesto! *Ahora* mismo.

Coloqué el auricular en su sitio... y di la vuelta sobre los talones. La vieja Mamá Styles, que aquella mañana me había abordado de forma insólitamente desvergonzada en el corredor de abajo, miraba hacia la galería por el ventanuco de cristal, fumando con aire pensativo uno de sus pestilentes cigarrillos franceses. Me volví hacia un lado y vi el destello de los ojos de Jason, que me miraban desde las sombras.

—Voy a salir —anuncié.

—Que no sea otro de tus almuerzos interminables —la oí suspirar mientras yo recogía mi capa y cruzaba el salón en dirección a la calle.

Ahora bien: por supuesto que, siendo para Úrsula, todo tiene que resultar *perfecto*, y yo, por supuesto, me encargo sin falta de que lo sea. He reservado mi mesa habitual en Le Coq d'Or, y el amable Emil está a mano como siempre cuando Úrsula y yo irrumpimos a través de las grandes puertas dobles. (A Úrsula y a mí nos encantan los grandes restaurantes). Mientras yo me despojo de la capa con el movimiento de ballet de un selacio y Úrsula entrega su elegante impermeable blanco a un par de lacayos de librea que se lo disputan, ya estamos absorbiendo la calma, inalterable elegancia que flota en la atmósfera del comedor de cristal, como un efecto cinematográfico: la erudita simetría de cornisas y arañas, el deslizarse inadvertido de los discretos camareros, en contraste con los incendiarios *chefs*, la en un principio desapercibida presencia en primer plano de varios acaudalados y bien vestidos comensales, la flotante, sumergida elegancia del conjunto.

—Su mesa de *siempre*, ¿verdad, señor?

—Sí, Emil, desde luego —digo yo, deslizando un enrollado billete de cinco libras en el sedoso bolsillo delantero superior.

—¿Y el cóctel de costumbre, señor, mientras aguardan a que les preparen la comida?

Para entonces estamos avanzando donosamente a través del comedor; yo saludo al pasar a varias personas que conozco, e incluso me detengo un instante a charlar con un renombrado actor joven (cosa que a Úrsula siempre le encanta).

—Emil, *por favor*. Es preciso que mi invitada y yo estemos instalados en nuestra mesa antes de ponernos a pensar en algo *tan* complicado.

—Desde luego, señor Riding.

Arribamos a nuestra mesa, sin duda la mejor de todas, con sus velas en un

candelero que imita a una cripta, su proximidad a un espléndido desnudo impresionista que hace tiempo codicio, y su excelente vista del amplio recinto del comedor. Úrsula ordenó su habitual copa de frutos de la pasión (más o menos a esas alturas estábamos riéndonos entre dientes), y...

—Y para mí, Emil, el martini de vodka con...

—Sí, señor. Dos rodajas de limón.

—Excelente, Emil. Veo que puedo confiar en usted.

Debo decirles que siempre que vamos a un restaurante a disfrutar de una de nuestras suntuosas comidas y Úrsula se sienta de espaldas al comedor y me indica que me siente de cara a la elegante concurrencia, es siempre por una muy clara razón... Me incliné hacia ella con los codos sobre el blanco mantel, levanté los antebrazos de modo que las puntas de los dedos me quedasen a unos milímetros de la boca, y empecé:

—En aquella esquina, junto a la puerta, está Sam Dunbar, el «escultor». Hace unos giacomettis de chatarra que parecen pedestales de micrófono robados, amén de algún raro vaciado de hierro de cosas tales como una joven vagabunda preñada, puras greñas y curvas intolerablemente sentimentales. Dunbar sigue apareciendo por lo de Torka. Con él está comiendo Mia Küper, la *más* hortera de las principales anfitrionas de Londres..., es perfectamente capaz de servir a sus invitados dos langostas enteras por cabeza, en su desesperación por impresionar. Dos mesas más allá Ernest Dayton, arquitecto de pacotilla —el que perpetró el anexo al South Bank— está excitando a Celia Hannah, la cronista de modas, susurrándole al oído con sus gruesos labios. Más cerca de nosotros (no te des la vuelta) está Isaac Stamp, banquero, empresario y judío, intentando torpemente emborrachar a lo que supongo sea una especie de acompañante profesional. Es el tramposo holgazán que...

Pero en ese momento había que pedir la comida, Emil materializó su circunspecta presencia y Úrsula ya no podía contener la risa.

Yo tomé una docena de ostras, no exactamente a la altura del prestigio de la casa, seguidas del celebrado *faisan à la mode de Champagne* de François; Úrsula, tras una ardua deliberación en torno al menú, acabó previsiblemente optando por lo mismo. Y, aunque mi hermana bebe muy poco y en realidad no entiende ni una palabra de vinos, insistí en una botella del potente Rostchild del 52, guiñándole el ojo a Emil y urgiéndole a que no dejase de beberse el que nos sobrara. Más tarde, Úrsula se sirvió libremente de la mesa de postres (sospecho que es la parte que le gusta más), mientras yo disfrutaba de un fuerte licor con el café, e incluso estuve jugueteando con un colosal cigarro habano, sólo porque sé que le gusta.

Debe haber sido como a las cuatro de la tarde que salimos lentamente a la calle. Debo decir que U. estaba muy seductora con su blanco impermeable, y en cuanto logré inducirla a meternos por unos minutos en un tranquilo soportal, nos abrazamos

y nos pusimos a arrullarnos como palomas.

Finalmente, la ahuyenté para que se fuera a clase y regresé andando a la comparativamente tétrica galería; su augusta patrona saltó celosamente fuera de su agujero al verme entrar, pero yo la eludí y bajé velozmente por la escalera. Pasé el resto de la tarde en el depósito, donde me desternillé de risa con los nuevos grabados que hacía poco ella había cometido el desatino de traer de La Haya.

No sé, pero tal vez si yo mismo estuviera llevando una vida sexual menos electrizante, podría tolerar, que no consentir, las atenciones cada vez más osadas de la señora Styles. Tal como son las cosas, me siento como... como una de las conquistas en perspectiva de Terence, permanentemente perseguido y sometido a escrutinio por parte de esta húmeda y adorante necesitada. Hace tres días, la bruja me sorprendió en el servicio: yo había ido a disciplinarme el cabello, y por una vez olvidé tomar la precaución de cerrar la puerta con dos vueltas de llave. «¿Para qué necesitas molestarte *tú* en eso, Greg?», exclamó jovialmente, y *me envolvió en sus brazos por detrás*. Oh, sí, un gesto «maternal». Pero bajo la blanda presión de su pecho en la espalda y el movimiento giratorio de su gran pelvis en las nalgas, yo experimenté los tensos estertores de un animal anonadado.

Pues las cosas se están poniendo *bastante* difíciles últimamente en lo de Torka, y el caballero Gregory Riding está siendo objeto de mucha demanda. Sé perfectamente que lo que actualmente se lleva es buscar carreras en la media de seda de la decadencia, quejarse del substrato de la tendencia permisiva, convocar a las némesis del placer. Pura cháchara insustancial, desde luego. (También merece una carcajada la idea de que la decadencia es de alguna manera culpablemente antidemocrática. No hay más que fijarse en las clases bajas, pero con seriedad. Es natural que permanezcan fieles a sí mismas. ¿Quién más las quiere? Son tal para cual). No ocurre nunca nada sórdido en lo de Torka. Su satinado apartamento no tiene ese repelente barniz que he vislumbrado en ciertos escenarios decadentes, el pestazo del comercio falto de delicadeza y el sadomasoquismo, las cámaras ocultas y los espejos trucados, el estigma de lo criminoso. No: en lo de Torka todo es lujo, enormemente civilizado y en definitiva buena diversión.

Arribo a las ocho, saltando de mi costoso automóvil, sin el apestoso tufo del metro que la ducha ha eliminado de mi cuerpo, ceñido ahora por una indumentaria nocturna insolentemente provocativa. El criado de Torka me despoja de la capa con una risilla sofocada, dirijo una grave mirada a mi figura reflejada en el gigantesco espejo del vestíbulo, y soy introducido con la bulla de costumbre en el a medias repleto salón, cuyos balcones abiertos se proyectan sobre las farolas de sirena del parque. Me interno en él, bajo un fuego cruzado de miradas, y me encamino a la mesa de mármol de las bebidas, me sirvo una copa de caro vino blanco y voy a reunirme

con el celebrado Torka, quien se ha instalado cómodamente en su *chaise-longue* predilecta para unos minutos de inspección ocular antes de que empiecen las primeras evaluaciones de la noche. ¿Quién está allí? Adrian, desde luego, Susannah, desde luego (en este momento no les hablo), esa americana de formas intrigantes a quien todo el mundo elogia, ese chico vergonzoso que sabe ser muy dulce si se lo sabe llevar, la sueca de pecho liso que resultó un desastre la otra noche, ese productor de cine y su mujer, que no están *exactamente* a la altura (y lo saben) y siempre quedan para el final, Johnnie (el último hallazgo de Torka), las mellizas (hermanas orientales a quienes puse a prueba la noche anterior: fascinante juego de imágenes gemelas), Mary-Jane, a quien ustedes considerarían un tanto anticuada, pero que es realmente muy eficiente en su estilo de sobreadoración, Montague, que siempre quiere únicamente mirar, a Dios gracias, dos chicos nuevos (un vaquero grandote —¿cómo habrá llegado aquí?— y un rubio bastante más prometedor, que tiene un hermoso aspecto de pantera), y tres chicas nuevas (una motorista con vestimenta de cuero, una fogosa aristócrata que me dicen que no vale gran cosa, y una agradable pelirroja atlética que posee exactamente la clase de cuerpo firme, bronceado y cargado de energía que a mí me gusta).

Todo se lleva a cabo con los ojos. A las nueve o así los pequeños grupos de conversación se van desintegrando lánguidamente —las copas no se vuelven a llenar, se abandonan las cucharillas de aspirar cocaína, el humo resinoso ha saturado la atmósfera— y la gente ha empezado a lanzar miradas errabundas por la habitación. Son miradas basadas en conjeturas, no comprometidas, que ofrecen, rechazan, exhiben, fundamentan, avanzan hasta encontrarse con la mirada que les gusta y a la que dicen hola, miradas que hablan de otras miradas de una manera crítica y se ponen de acuerdo o discrepan acerca de ellas o se resumen en nuevas conjunciones. A continuación, nos escurrimos.

Fue con tres de los nuevos —el rubio pantera, la de vestimenta de cuero, la pelirroja atlética— con quienes en un momento dado me dirigí al más suntuoso de los dormitorios de Torka. (Creo que la veterana Mary-Jane vino a la cola, o al menos se presentó allí confiando en la remota posibilidad de que en algún instante sus ojos tropezaran con un orificio descuidado). Inevitablemente, como es de suponer, en seguida me convierto en el centro de atracción de ojos, labios y manos de los tres. La pelirroja me besuquea a conciencia, mientras la chica de cuero me desabotona la camisa y el pantera ayuda a despojarme de mis ajustados pantalones de raso. Empujones descomedidos cuando los atributos de mi virilidad quedan impudicamente expuestos; variedad de labios que se acercan y chasquidos múltiples. Ruidos de cremalleras descorridas por la del mono de cuero, y el súbito ramillete de carne saludable de la pelirroja, que emerge de su blanco jubón y me aprisiona con sus muslos tibios y cubiertos de pecas al montarse delicadamente a horcajadas sobre mi

pecho, arqueándose hacia atrás cuando el chico pantera, que está a sus espaldas, le coge los pechos (tal vez un poco demasiado robustos), postura en la cual recibe entre ambos la solícita boca de la ahora desnuda motorista, que cabalga alborozada sobre mis ijares, con lo que, durante algunos segundos, cada célula de mi cuerpo se estremece de ávida aprobación. Es la parte que más disfruto (aunque desde luego todo el asunto se prolonga indefinidamente). Muy a menudo, a partir de allí parece no haber más que epidermis y pelo, membranas, algo conocido y devaluado, mero sobrante, material de desecho.

Una noche, a finales de este lluvioso y desapacible marzo, me retiré temprano de lo de Torka —provocando una fastidiosa protesta general— y regresé a casa andando a buen paso por las calles de medianoche. Mi coche de encargo, que en invierno se comporta siempre como una especie de prima donna, había sido una vez más enviado al Garaje de los Ladrones, y no disfruté en absoluto del tardío safari por Bayswater Road y Queensway, esa estrecha y prolongada zona sin custodia policial, abandonada a transeúntes mediterráneos, vagabundos enfermos, borrachos sin rumbo y algunos escasos taxis. La semana anterior, nada más, había sido testigo de una miserable y brutal escena en la harto iluminada explanada que está delante del Three Square Garage, en la esquina de Smith Avenue. Una figura inclinada con deliberación sobre otra que caía al suelo la golpeaba insistentemente con una cachiporra, mientras junto a ambos un adiposo perro alsaciano iba y venía nerviosamente. Sea como fuere, lo de Torka aquella noche había estado muy por debajo de lo esperable. Simplemente había sido introducido secretamente en un dormitorio por una pareja nueva, razonablemente atractiva y razonablemente ingeniosa (era todo lo que había, en realidad), para emerger noventa minutos después demasiado exhausto y ahído para tener excesiva paciencia con los quejosos reproches de Adrian. Torka estaba en la cocina discutiendo acaloradamente con un decorador de interiores o crítico de ballet, de modo que simplemente me escabullí. (Debía haber ido con Kane y Skimmer en esa excursión a Brighton que se inventaron). Me sentía fatigado y aturdido, y por las calles hacía frío. En el momento en que salí de la calle principal y empecé a bordear plazas, se puso a caer una áspera lluvia.

Entonces lo vi. El pozo de la escalera de mi edificio tiene un muro de cristal enfrentado a la calle, cristal curvo de poco espesor que se estremece cuando hay viento. En el piso superior, del lado de afuera de mi ático, con el cuerpo apretado contra la ventana mojada por la lluvia, se veía la achaparrada silueta torturada de mi hermanastro. Me paré en seco. Terence extendió lentamente sus brazos. Parecía una criatura anhelante, con el rostro pegado a los escaparates nocturnos. ¿Qué es lo que ve allí afuera? ¿Qué forma está asumiendo su vida? Cerré los ojos un momento y lo vi cayendo a través del cristal, dando vueltas por el aire oscuro. Abrí los ojos, y había

desaparecido. Me estremecí. ¿Hay bastante para retenerlo aquí? Cuidado, Terry, cuidado: por favor, ten cuidado de no romper nada.

## 4: Abril

(I) Ahí vienen a por ti, muchacho ruin.

TERRY

¿Saben una cosa?: el otro día me follé a una chica. (¿Saben una cosa?: no es verdad. Que la inocencia les valga)<sup>[4]</sup>.

Pero oigan: no se hagan ilusiones... quiero decir, no tengo ni idea de cómo va a resultar..., sólo creo que las cosas podrían estar mejorando.

Últimamente me he acostumbrado a decirme a mí mismo que el motivo de que actualmente parezca no atraer a las chicas es que actualmente parece que no conozco a ninguna. ¿Cómo podría, ni siquiera indirectamente? (Sucede que no conozco a ningún ser humano. Chúpate ésa). Hay mujeres con las que puedo hablar, como camareras de café o revisoras de autobús, pero eso es prácticamente todo. No. Nunca he tenido amigas, en realidad, lo mismo que no he tenido nunca nada que pudiera utilizar contra la gente que pudiera odiarme. En esto dependo sólo de mí.

¿Qué más se supone que haya?

¿Ex novias? Todas me han dejado atrás o me han olvidado, y yo sencillamente he destruido todo vestigio de afecto en los pocos corazones que alguna vez tuvieron un lugar para mí, entre mis torpes requerimientos y el temblequeo de mis manos. ¿Chicas abordadas al azar por la calle? Prometedor al principio, aunque ponga a prueba el aguante —un número telefónico obtenido (no condujo a nada) y una invitación al pub (que tampoco condujo a nada)—, pero obviamente ya no se estila mucho, porque (a), la mayoría de la gente parece poder follarse a quien coño le apetezca sin recurrir a ello, y (b) por ser un método tan increíblemente humillante cuando fracasas (tres pifias seguidas te minan la moral; encima, una vez intervino protectoramente un transeúnte, lo cual también fue horrible). ¿Chicas de las que Gregory trae al piso? Bueno, pese a lo que él pueda decirles, Gregory tampoco tiene muchas amigas, aparte de ese viejo maricón inepto de Torka, los diversos gandules, mamones y aprovechadores que forman su entorno, y esos dos hijoputa de alcurnia, Kane y «Skimmer»: si Greg trae a una chica a casa es para una breve y precisa cópula, y si trae a un grupo, yo me siento estrictamente por los suelos y no oso subir.

Pero escuchen. De pronto ha empezado a trabajar en la oficina una empleada temporal despampanante. Y quiero decir despampanante para cualquiera, no sólo para mí. Lo más llamativo acerca de ella, o al menos una de las cosas más llamativas a su respecto, es que tiene, para empezar, unas tetas enormes. Pero no enormes en un

sentido vulgar: no son «erectas» o «sobresalientes», ni nada tan desagradablemente imponente como eso. De hecho, son del todo incongruentes y enternecedoras, asociadas como están a un tórax desproporcionadamente endeble, un talle reducido y que parece un valle, un trasero turbadoramente provocativo y unas piernas de reno. A menudo camina cubriéndoselas recatadamente con los brazos, como si no debieran estar allí, como si no las quisiera (dámelas a mí). Pienso que posee un rostro realmente hermoso. De entrada impresiona como un rostro duro, a la moda, insensible, con su difusa aureola de embrollado cabello teñido, su nariz como pegada, sus ojos pintarrajeados de negro, su mentón hendido y su boca, amplia pero no de aspecto generoso. No obstante, si continuas estudiándola, cosa que por supuesto continúo haciendo a todas horas, llegas a ver muchas clases de formas tiernas y emotivas por debajo de esa fachada marcadamente telegénica. En especial sus ojos, de un genuino color violeta, ojos juguetones y afectuosos, además.

Todo sucedió una mañana de la semana pasada. Yo estaba en mi escritorio, con una resaca inusualmente intensa encima (hasta había comprado jugo de tomate en vez de un descafeinado en Dino's, lo que siempre es mala señal) y sosteniendo una charla nauseabunda y aborrecible, de esas que no llevan a ninguna parte, con Wark, el estalinista chiflado. Con su culo fofo aparcado en mi fichero bajo, y una viva cadencia rítmica más repulsiva de lo habitual en su pastosa voz nueva, Wark estaba lamentándose de la probada incapacidad del urbano Lloyd-Jackson para plantear alguna resistencia contra John Hain en el asunto de la inminente racionalización. Yo estaba a punto de manifestarme de acuerdo con él, cuando el propio desdeñoso ex redactor de anuncios empujó la puerta de mi cubículo y, con una sonrisa en su pequeña boca pulcra anunció:

—Ah. Dos pájaros de un tiro... o «racionalización», como la llaman ahora. Tenemos una nueva empleada temporal. Bueno: éste es Geoffrey Wark... y éste es Terence Service.

Y ésta es ella: de ajustados vaqueros y camiseta floja (con los brazos plegados delante del pecho, ya saben, una costumbre suya), expresión titubeante y una arruga entre los ojos color índigo.

—Y ésta —dijo él— es *Jan*.

Qué parecido a Gregory resulta a veces, pensé, alisándome el pelo. Wark cabeceó con énfasis en dirección a la entrada, luego se volvió para mirar con gesto imperturbable por la ventana. ¿Qué podía yo decir para hacer patente mi desvinculación con los valores allí personificados por Wark y el inteligente Lloyd-Jackson, mi lógica simpatía (nada hipócrita, por otra parte) hacia la naturaleza casual, más estrictamente funcional de su situación allí, el hecho de que yo era agradable, extremadamente benévolo, y sería un excelente marido? Inclinéme hacia adelante con contenido placer, dije:

—¿Qué tal?

—¿Qué tal? —dijo ella, y sonrió.

—¿Cuánto tiempo esperas estar aquí? —le pregunté.

Jan movió las aletas de la nariz.

—Pueees... Uno o dos meses.

—Con eso ya basta. Ven, falta presentarte a dos más —dijo Lloyd-Jackson en tono indulgente, precediéndola al salir.

—Nos vemos —le dije a ella.

—Sin duda —respondió.

—Dentro de un rato te enseñaré la rutina —añadió Wark fríamente.

Que es como empezó todo. Más tarde, esa misma mañana, fui displicentemente desde mi caluroso cilindro hasta la oficina principal, so pretexto de buscar las copias de unas facturas para cotejarlas con las hojas de ventas que como al descuido había llevado conmigo.

—¡Oh!, todavía no he aprendido dónde están —se excusó Jan.

—Yo te mostraré —dije yo, y juntos estuvimos revisando el archivador durante tal vez noventa segundos, envueltos en una atmósfera llena de corrientes estáticas, súbitas sombras y cantarinas motas de polvo luminoso... ¡Cielo santo!

¿Me atrevo? No tengo nada que perder.

¿Un rebuscado y pedante «Permíteme llevarte a un sitio donde el dinero en efectivo puede cambiarse por alcohol»? Un franco aunque levemente literario: «¿Por qué no me permites llevarte al pub?». Un especulativo e indiferente: «¿Te vienes a The Crown?». Un abruptamente plebeyo: «¿Te apetece un trago?».

Eran exactamente las cinco y veinticinco. Vistiendo un bien cortado traje de Forties y unas medias color púrpura (era la primera vez que podíamos verle bien las piernas), Jan estaba revolviendo en su pequeño bolso semejante a un morral, de la manera asistemática y verdaderamente sin objeto en que habitualmente lo hacía antes de retirarse de la oficina; a partir de entonces, en cualquier momento se pondría de pie, y tras desperezarse y bostezar, marcharía bordeando la mesa central lanzando adioses. Jan se llevaba de maravilla con la incapaz secretaria permanente joven y con la estropeada secretaria permanente vieja, y tendía a detenerse a charlar brevemente con ellas antes de salir con paso vivo. Aquél era su octavo día allí: por lo tanto, era asimismo la octava noche en que yo estaba mirándola desde detrás de mi puerta entreabierta, martirizado por mis ansias. En las siete ocasiones anteriores ella había estado conversando animadamente con sus dos amigas, lo que había hecho inconcebible cualquier posibilidad de abordarla (ahora no estás en el metro, ¿sabes?, ni en la calle. «¿No puedes beber un trago? ¿No *quieres* beber un trago? Vale, vale. Bueno, ¡hasta mañana!»). En esta ocasión, en cambio, Jan se demoró luchando con

una polvera, mientras Anne y Muriel se alejaban y trasponían la puerta de salida. Se habían ido. Todo despejado. Oh, no.

Cualquier caballero se habría levantado de su silla para encaminarse lentamente hacia la mesa de Jan. Cualquiera de ustedes se habría inclinado hacia ella y le habría ofrecido hacer un intento con aquella recalcitrante caja rosada que los largos dedos de Jan hurgaban en vano. Seguramente cualquier hijo de vecino se lo habría quitado de la mano, habría apretado los dientes, y se habría vuelto hacia ella con un gesto de modesta sorpresa cuando la aromática almeja se abriese. Ningún ser humano habría dejado de derretirse de emoción cuando ella alzara la cabeza, sonriente, y exclamara: «¡Tarzán!».

—¿Te apetece un trago? —dije.

Aceptó. Fuimos a The Enterprise, en Fox Street, un concurrido, cavernoso y destartalado pub con oscuras paredes de mármol y ventanas opacas. Llevé a cabo mi grotesca rutina de estacionarme de puntillas a varios bebedores de distancia de la barra, con un billete de una libra en alto, sin conseguir atraer la atención del fantásticamente cachazudo y malhumorado mesonero, volviéndome cada pocos instantes hacia Jan para decirle cosas tales como «Es sólo un momento», o «No me ha visto», o «La gran...», hasta que, provisto de una pinta de cerveza, un whisky con limonada para la dama, y sin la vuelta, seguí a Jan entre la multitud de altos hombres trajeados, la dejé ventajosamente situada en un asiento esquinado, y bajé corriendo las escaleras para una meada de urgencia y un rápido arreglo de mi rala cabellera, antes de reunirme con ella y las bebidas en la mesa.

—¿Todo en orden? —preguntó ella.

Y no me importa lo que diga nadie: creo que estuve muy bien y causé una impresión verdaderamente muy favorable. Por pura casualidad tenía puesta mi mejor ropa (o sea, la más nueva), y además se dio la circunstancia de que fuera uno de esos días en que siento que puedo mirarme a la cara: su textura es menos lechosa, tengo menos marcas de mordeduras en los labios, mi cabello se porta bien. Tampoco me temblaron tanto las manos —qué va, si le encendí tres cigarrillos, y ella expresó gentilmente su aprobación cuando le hice notar la relativa estabilidad de la llama y en mi voz no se presentó ese trémolo espástico que le viene en momentos de estrés, vergüenza o ansiedad. (En cuanto a Jan, dicho sea de paso, estuvo todo el tiempo adorable). ¿La conversación? Bueno, iba y venía. Iba y venía, pero parecía estar allí.

Dios mío, fue tan *agradable*. Es absurdo: me sentí transformado casi en el acto. Esa noche, de camino a casa (el puente, el metro, las calles) ya no iba mirando vorazmente a cada muchacha que pasaba a mi lado, como si su mera existencia constituyese un hiriente *fait accompli* dirigido contra mí y los restos de mi dignidad. La bonita negra que atiende la puerta de salida del metro en Queensway, corriente

protagonista de alguna que otra de mis fantasías tropicales, recibió mi billete con un intercambio de gracias: como si se hubiera tratado de cualquier otro, como si hubiera sido uno de ustedes. Al salir de la calle principal, vi una pareja haciendo cochinas en el polvoriento portal de un hotel y cambié el rumbo alejándome, en una reacción automática de repugnancia y cólera... hasta que aflojé el paso, pensé en ello, y les deseé lo mejor. Las mismas calles que la semana anterior eran como un viejo noticiario exhibido reiteradamente a mi paso, parecían más acogedoras y compuestas de más variadas sombras. Me detuve en la plaza, con las hojas escurriéndose graciosamente entre mis pies, y observé las luces de los estudios, que comenzaban a encenderse.

—Sí, ya sé —dije—. Claro que no querrá. Lo sé, lo sé. Pero igual.

Hasta encontré a Gregory en la cocina (esto es verdadera alta sociedad); estaba muy acicalado y como para ir de visita, pero se mostró dispuesto a demorarse mientras yo me servía un trago.

—¿Qué es de tu vida? —le pregunté.

—Bastante ajetreada. ¿Qué tal te andan las cosas a ti?

—No me andan. En la oficina sigue todo paralizado. Y no he follado con nadie últimamente, si te refieres a eso.

—¿No has vuelto a intentarlo con aquella chiquita de las orejas grandes?

—¿Gita? Sí, lo intenté. Y ella volvió a decir que no.

—Furcia. ¿Por qué demonios no? ¿Quién se cree que es?

—En realidad, creo que ahora sé por qué no quiere. En primer lugar, es tan tarada que ha olvidado haber follado conmigo alguna vez.

—Son la leche, te juro. ¿Para qué creen que están si no es para eso?

—¿Adónde vas?

—A lo de Torka.

—Que te diviertas. Tal vez debería hacerme marica como tú.

—Gracias. ¿Te quedas en casa?

—Sí, creo que... —pero él cogió la capa y me hizo un gesto de despedida—. Buenas noches —dije.

Me quedé en casa. Estuve bebiendo whisky hasta las diez, cené un bote frío de judías con jamón, me di un prolongado baño con la bañera bien llena y me fui a la cama. Cálidos y regocijantes sueños de intentos y consecuciones, un breve período de vigilia entre las cinco y las seis, más sueños, y una cosa distinta en la cama mientras fumaba un temprano cigarrillo, como si mi desdeñado cuerpo estuviera por fin empezando a revivir. Ese día volví a invitarla a ir al pub, y aceptó.

Otra artimaña verdaderamente astuta con la que he dado es ésta: mediante un entramado de indicios, discreto teatro, duplicidad, reticencia y mentiras, me las he

arreglado para darle a Jan la impresión de que estoy follando, o solía follar, o en todo caso evidentemente he follado alguna vez, ¡con Úrsula! Una conducta así es discutible, lo sé, pero yo siempre he compartido la opinión, primero, de que la mejor garantía de éxito sexual es el éxito sexual (no se puede tener el uno sin el otro, ni el otro sin el uno), y segundo, que los signos exteriores del éxito sexual son apenas distinguibles del éxito sexual en sí. (Tercero, de todos modos estoy bien jodido, y esto no puede hacerme ningún daño. No soy un tío que tenga éxito sexual con las mujeres. Simplemente *no lo soy*. Gregory tampoco, particularmente. Simplemente es un tío de éxito con el sexo). Así pues: la irresponsablemente hermosa Jan está girando en su silla giratoria en la zona central de la oficina; apoyado displicentemente en la mesa a su lado, con los ojos azules brillantes, los fuertes brazos cruzados, el rojizo cabello suelto, está el Vendedor Aprendiz, Terence Service, hablando con energía y sin pizca de condescendencia hacia la flor del personal administrativo... cuando, exactamente a las 12.45, hace su entrada esa otra chica mía, esa chavala, esa furcia llamada Úrsula, cuyo raro, aristocrático atractivo le dejó a Jan tiempo para apreciar, mientras suelto un *ejem* por la comisura de la boca y me enderezo bruscamente con aire culpable para presentarlas (sólo nombres de pila) como disculpándome, antes de largarme con Urs, a pagarle una buena y nutritiva comida. (Y eso es más, dicho sea de paso, de lo que hace Gregory últimamente. La semana pasada, al parecer, pasaron juntos una media hora bastante deprimente en un bar cercano a la galería; dijo que no podía faltar durante mucho rato, y encima tuvo que pedirle prestados sesenta peniques a Úrsula para terminar de pagar la comida. Muy edificante. Debería averiguar la verdad acerca de ese empleo suyo).

Sospecho, en cualquier caso, que el asunto de Úrsula está teniendo un saludable efecto sobre la joven Jan, que no una, sino dos veces me ha interrogado acerca de ella (no mostrando celos, ¡ay!, sino un respetuoso interés) y ha comentado varias veces lo «verdaderamente bonita» que es. (A las mujeres siempre les gusta el aspecto de Úrsula, sin duda porque no tiene tetas). Yo me muestro herido y pensativo cada vez que la menciona. «Sí», dije ayer, mordisqueándome el arrugado labio inferior, «es triste que las cosas... no anden como una seda entre nosotros, como antes». «Es una pena», dijo Jan. Yo miré por la ventana mojada por la lluvia. «Sí. Pero, demonios, al menos seguimos siendo amigos». (Me siento tremendo cuando digo una cosa así; me siento como una montaña. Es de lejos lo más sexy que me he sentido en todo el año).

Y seguramente el alcoholismo creciente de Jan debe continuar siéndome de ayuda, debe continuar siendo una verdadera fuente de seguridad y aliento. *Válgame Dios*, lo que bebe esa muchacha. Me hace sentir prácticamente abstemio, y eso que últimamente ando todo el tiempo aguerridamente borracho, borracho de caerme, borracho como un cubo. Ahora doy fe de la justeza del clisé *como si fuera agua*. La he visto beberse tres pintas de cerveza y cuatro copas de vino a la hora de la

comida... y ser eficiente y etérea durante toda la tarde. Puede beberse sin pestañear siete u ocho whiskies con limonada después del trabajo, y luego salir corriendo del pub como una colegiala a coger su tren. (Vive en Barnet, con sus padres, gracias a Dios. «Jan» no es un apócope de Janice ni de Janet, como yo había supuesto, sino de Jane: es más refinada de lo que deja ver. Menciona a un cierto imbécil llamado Dave con más frecuencia de la que me gustaría, aunque siempre en pretérito perfecto o pluscuamperfecto, y nunca sino en cláusulas subordinadas de sentido retrospectivo). Soy completamente inflexible en cuanto a pagar todas y cada una de las copas que se bebe en mi compañía, por supuesto —con objeto de fomentar en ella un sentimiento de culpa por no acostarse conmigo—, y he calculado que podría llevarla al pub *dos veces al día* durante tres meses y medio antes de quedar arruinado. (A propósito, me asusta mucho la idea de arruinarme. «La ruina no me asusta», digo a veces. Pero me asusta. Me cago de miedo). Pero no va a pasar tanto tiempo, ¿no? De una manera u otra, no puede tardar tanto.

Jesús, estoy loco por ella. A veces, cuando me sonrío o me llama por mi nombre sin alzar la cabeza, me dan ganas de soltar tibias lágrimas de gratitud. Siento la salina compulsión por derramarlas, por dejarlas salir. A veces, cuando la oigo murmurar para sí mientras revuelve en su bolso, o lanzar un pequeño gruñido por el esfuerzo al mudar de lugar su pesada máquina de escribir, me pongo rígido aquí adentro, con los dientes apretados, estrujándome las manos. Aparte de todo lo demás, Jan es increíblemente graciosa, así como incansablemente bien dispuesta: por ejemplo, puede imitar a la perfección al ulceroso, monosilábico Damon, pero es de lejos la que menos abusa de él en la oficina, e incluso me hace vacilar antes de burlarme de él delante de las chicas o a obligarlo a hacer un recado inútil y humillante. (Todos aquí la quieren también, naturalmente. Burns esconde su pescado en vinagre en un cajón del escritorio; Herbert está siempre soplándole idioteces al oído..., triste futuro el suyo; el loco de Wark le perdona tiernamente sus más gruesos errores en el trabajo; y el mismo John Hain le roba unos momentos a su solapada tarea de autopromoción para admirarla mientras ella va de aquí para allí aparentando estar muy ocupada). Y encima —¡oh, Dios!— su rostro, sus ojos, esa absurda cabellera. ¿Y si le tendiese una mano y ella la cogiera entre las suyas? ¿Y si le rodeara los hombros con mis brazos y ella se quedase quieta? ¿Y si me dejase darle un beso... con lengua? ¡Oh, Dios, asísteme! ¿Cómo serán en definitiva sus senos? ¡Cuernos!, tengo que saberlo. Daría cualquier cosa por saberlo. ¿Y si, digamos, ella me dejase... pues ya saben, tocárselos (se le notan los pezones como dedales cuando hace frío, y ella es dada a cruzarse pudorosamente los brazos en diagonal por delante del pecho), tocárselo, así como así, y quizá después continuar por su estómago firme, por ese culito intimidante, y llegar a...? ¡oh no! (no me animo a decir más esa palabra). ¿Tendrá pelo castaño, rojizo y soflamado como el cabello, o será sencillamente negro? ¿Y en qué cantidad? ¿Es un

raleado manojito, o todo un abundante matorral enrutado con prolongaciones hasta el vientre? ¿Y me pondría a acariciarlo y...? ¡Oh sí!, esto es lo que haría, me echaría sobre ella tanto tiempo como a ella le diera la gana, durante meses, para siempre, en verdad me instalaría allí y me aseguraría de que se lo pasara muy bien, de manera que no importase tanto el que yo no lograra un buen orgasmo, a menos, desde luego, que ella fuera especialmente idónea en tratar esa clase de problemas, o dominara alguna técnica extranjera, o simplemente me tratase con una gentileza y simpatía poco comunes, o ella misma estuviera muy excitada y... Dios, verdaderamente nunca me ha sucedido hasta ahora: ¿creen ustedes que ella realmente *quiere*?

Tranquilo. Eso es de verdad un poco caprichoso. ¿Y qué coño te preocupa a estas alturas que *quiera* o no? ¿Cuántas veces, en realidad, las chicas se acuestan con alguien porque *quieren*? (Por ahí no llegarás a ninguna parte, gordito. Nunca has llegado). Simplemente hazlo, ése es el asunto, hazlo. Embauca, intimida, abusa, soborna; ruega, solloza, incita, ponte pelma; maldice, amenaza, estafa, miente: pero hazlo.

Anoche mismo, por ejemplo (aunque yo lo diga) estuvimos en el pub juntos.

Era un crepúsculo conmovedor, tan gradual y placentero que a nadie se le había ocurrido ahuyentarlo encendiendo las luces. Nosotros en nuestro rincón íbamos ya por la tercera, y una misteriosa bruma lacrimal había comenzado a aislarnos de todo lo demás. Yo miraba con ojos húmedos a Jan mientras ella continuaba hablando, y pensé que la última cosa en el mundo que debía hacer era intentar ligar con ella, pues me arriesgaría a que no hubiese más veladas como aquélla, cálida y embriagada, con la charla de los amigos alrededor y, afuera, el ruido lento de la lluvia y los confiados automóviles. Empecé a hablar. La miré nuevamente, las diminutas y sobresalientes aletas de la nariz, la curva inferior de la boca, el sutil vestigio de lunares y pecas junto al contorno de los labios.

—Oye —dije—, mañana vente a casa a tomar una copa. Conocerás a mi hermano, mi hermanastro. Sus padres me adoptaron cuando yo tenía nueve años. Yo tenía mis propios padres, pero se me jodieron. Compartimos el piso. Se llama Gregory. Probablemente te caerá simpático (y también probablemente le gustará. ¿Imaginan que no lo he pensado? Pues sí. Hablaré con él. Arreglaré las cosas. No me haría una cosa así sabiendo lo mucho que me importa). Es un poco raro. A propósito, también es marica perdido. Ahora no nos llevamos bien —ya ni me acuerdo cómo era estar en buenos términos con él—, pero hubo un tiempo, ciertamente lo hubo, en que yo lo quería...

Ya apenas lo veo. Lo echo de menos. Es el único amigo que he tenido.

Hubo una época en que quise a Gregory. Es verdad. Lo quería a mi manera...

pero entonces cualquiera lo habría querido. ¡Qué chaval! No necesitabas ser el que yo era para poder darte cuenta de quién era él. El que podía llevar a cabo cualquier cosa: con él no era siquiera cuestión de osadía. Sus transgresiones eran meramente el bagaje de su naturaleza irreflexiva, la fraseología de su encanto y su suerte. Como si la osadía pudiese existir, en todo caso, en aquel atemperado mundo de aireadas habitaciones blancas, brindis vespertinos y gordas amas de llaves.

Robaba con ambición, con sutil agudeza, y *sin que lo pescasen*. Salía sin prisa y se demoraba a la puerta de los supermercados la mochila reventando de chocolatinas y maíz tostado. Una vez robó *un balón de fútbol* en la casa Macmillan, de Church Street, por el sencillo método de salir a la calle haciéndolo botar contra el suelo. En una ocasión, y sólo por gusto (él no fuma), Greg se había inclinado sobre el mostrador del baratillo que había cerca del colegio, para robar unos cigarrillos, cuando fue sorprendido con las manos en la masa por el corpulento dueño, quien cerró la puerta de la tienda y nos informó con semblante imperturbable que iba a llamar a la policía, a hacerla venir, a marcar el 999. Como es natural, nosotros dos soltamos las lágrimas —yo con un sollozo gutural, regular y resignado (sabía que acabarían cogiéndome)—, Gregory gimiendo en tono agudo mientras entregaba contrito el cartón de diez paquetes de baratos cigarrillos con filtro, suplicando reiteradamente al hombre que nos dejase ir. Tan pronto como hubo acabado de gritarnos e insultarnos cuanto quiso, el tendero hizo precisamente aquello, quitando la llave a la puerta y echándonos con fastidio a la calle. Yo estaba todavía ahogado en lágrimas cuando, después de haber andado un centenar de yardas, Gregory se volvió hacia mí con ojos límpidos y satisfechos y me exhibió, en la palma de la mano, una cajetilla de Pall Mall extralargos.

¿De dónde sacaba semejantes nervios? ¿Y yo los míos? Yo también robaba, claro está, pero pocas veces, como un aficionado, compulsivamente, y en casa. Hurgaba billeteras y bolsos con la esperanza lisa y llana de no encontrar nada, pero por lo general apoderándome de ello si lo había. Tras una pasada por las pobladas mesas del salón principal —cada una de ellas un opulento Liliput de plata y cuarzo— allí iba yo, trotando de pánico escaleras arriba, con algún valioso objeto tan monstruoso como una bola de billar pesándome en el bolsillo. Si veía abierto sobre el aparador de la cocina el monedero de mi madrastra —un saco de riquezas de adulto—, en seguida mis dedos desaparecían entre sus labios de cuero. Nunca escondía en lugar seguro las chucherías y jamás gastaba el dinero que hurtaba. ¿Por qué lo hacía?: debe haber razones para llenar un libro entero. Una vez provoqué un revuelo sin precedentes llevándome una valiosa vinajera de la repisa de la chimenea del comedor. Casi inmediatamente —para mi sudoroso horror— se originó una estridente alarma. Dejé el quemante objeto sobre una mesa de la planta baja y huí hacia el ático, donde me metí debajo del somier de una cama vieja a escuchar los pasos atropellados y las

voces agudas de la patrulla que avanzaba. Ahí vienen a por ti, muchacho ruin. Me quería morir, morir de veras... Gregory estaba solo cuando me descubrió. Yo esperé que diera voces atrayendo a los demás, pero él en cambio se tumbó en el suelo junto al somier y lentamente se fue arrojando a mí. Su rostro estaba tan empapado en lágrimas como el mío.

—Ven abajo, Terry —dijo—. Ya no estamos enfadados. Ya ha pasado todo.

Y por entonces había en él ternura, y una verdadera esplendidez, una extraordinaria aptitud innata para discernir lo que de valioso tenían la infancia y la juventud, como si sagazmente hubiera concluido que constituían una etapa privilegiada de su vida, en la que no había nada que no pudiese hacer... y salir indemne y resultar simpático, y que no podía durar para siempre. Gregory, Gregory, mi opulento y legendario hermano. Me pongo sentimental con relación a tu infancia porque no puedo hacerlo con respecto a la mía. Te veo pasando velozmente por el camino de la aldea mientras salen las chicas del colegio, montado en tu bici de manillar bajo, con las manos libres; te veo en tu fiesta de cumpleaños, con tus primeros pantalones largos además, con los ojos inundados de alegría en el momento en que las doce velitas encendidas se convierten en diagonales humeantes, como si los cuatro vientos convergieran para tu deleite. Te veo conducido al colegio, en otoño, sin saludarnos agitando la mano, con la cabeza erguida, entrando sin miedo en aquel mundo inicuo que está del otro lado de las puertas. Fue maravilloso, y a mí me embelesó como a todos los demás.

¿Qué fue lo que te jodió? ¿Qué fue lo que te cambió? Tiene que haber sido algo. Algo te ha robado la sensibilidad, los sentimientos, el corazón, y te ha transformado en eso que eres ahora, ese compendio de desdén, vanidad y reacciones prefabricadas por el que te haces pasar, toda la materia que simplemente se te metió dentro antes de que pudiera hacerlo ninguna otra cosa.

Mírate, *gilipollas*, escoria, con el maldito estúpido montón de chatarra que tienes por coche, esa vestimenta rebuscada, tu inútil empleo, propio de vagos, tus amigos cretinos y maricones, tus enojosas y acuciantes preocupaciones monetarias, tu elegancia patéticamente anticuada, tus interminables mentiras. Gregory es un mentiroso. No crean una palabra de cuanto dice. Es el autor de todas las mentiras.

Oigan, si se folla a Jan me veré obligado a hacer un apaño para que él muera. Los mataré, a él y a ella (abandonaré el país y empezaré desde cero). Oh, Dios mío, quizá lo más seguro sea pagarle para que no lo haga, formularle una oferta (la aceptaría: está en grandes apuros). O amenazarlo (sé que puedo darle una paliza. Es más grande que yo, pero a mí no me importa que me queden marcas. A él sí). O convenir en mudarme si se abstiene. O prometerle que me mato si lo hace. Oigan esto: si se folla a Jan —a modo de ejercicio atlético eventual, como una más en su lista, podría ser—

mi odio hallará el modo de dañar su vida, de lastimarlo físicamente o de volverlo loco.

(II) Abril es el mes más agradable y más fresco para la gente como yo.

GREGORY

Realmente debo decir algo acerca de esa chica digamos que maravillosamente parecida a una furcia que a Terence le ha dado por traer de la oficina. ¿Joan? ¿Janice? ¿Janet?... algo así de ridículo. Una secretaria, desde luego, o ejecutora de livianas tareas administrativas en esa factoría negrera; aspecto abominable y voz de cantinera puesta aposta, precisamente la suerte de ser insignificante y desmañado que uno registra vagamente en medio de ustedes en el tumultuoso panorama callejero pero a quien realmente no espera conocer. Interesante, supongo, ver en carne y hueso a una de esas nulidades, y una cierta y modesta compensación por tener a un don nadie como compañero de piso.

Ella lleva uno de esos peinados con tirabuzones... Ya se sabe que normalmente es axiomático que el más leve indicio de «rizado» baste para que yo eche mano a mis gafas más oscuras. Pero admito de buen grado que con la joven Janice aquí presente el efecto es bastante divertido, en un sentido trivialmente sentimental, que combina con sus pequeños rasgos estúpidos y su rígida boca de carpa dorada para producir ese aspecto de vacuidad orbital en el que se esforzaban los retratistas de la escuela de Woolworth: ya saben, esas criaturas insufriblemente monas, todo ojos y hociquito, cuyos ejemplares son colgados en particular por las clases delictivas en paredes cubiertas de tafetán. (Actualmente están ridículamente en boga, bajo el patrocinio de imbéciles impostores tales como Du Pré, en la Merton Gallery. ¿Tres semanas? ¿Cuatro?). Sin embargo el rostro de Janet revela al mismo tiempo varios síntomas de una interesante reciedumbre —los pliegues de dureza alrededor de los ojos, el ocasional estiramiento tenso de esos labios— que, según mi vasta experiencia, corresponden a una gran audacia y sabiduría en la cama.

Y supongo que Terence les habrá hablado de su absurda figura. Pues bien, normalmente —otra vez— me gusta que las chicas tengan senos *pequeños*: los senos que a mí me gustan son suaves concavidades redondeadas que discretamente se hinchan convertidas en delicadas tetas de consistencia de pétalo. No soporto a las mujeres que lo llevan todo por delante, como una orquesta unipersonal. Grandes platos de blancmange<sup>[5]</sup> del tamaño de alforjas, rematados por sendos trozos de salchicha estriada... oh, qué maravilla: un millón de gracias. Admitiré en seguida, no obstante, que los senos de Joan son francamente colosales (tan grandes que ella usa

sostén) y resultarían literalmente repulsivos en cualquiera otra chica (Susannah, la señora Styles, Miranda, etc.). Pero el cuerpo de Joan tiene algo de dulcemente desproporcionado, como todo lo que tiene que ver con ella, en realidad. En verdad, semejantes senos no deberían estar donde están, desgarradamente asidos de un frágil encaje torácico encima de esa esmirriada cintura (a propósito, un aprobado de la cintura para abajo: largas y esbeltas caderas, insignificante trasero, como de chico). Ella lo lleva todo con un cierto estilo y, no lo admito, me es de lo más entretenida.

Vean por ejemplo la primera vez que Terence la trajo a mi piso. Era una gloriosa noche de mediados de abril, y una penumbra de color borgoña se iba decantando lentamente a través de los altos ventanales. Yo estaba pensativo tumbado en el lecho, con un vaso de Tío Pepe bien frío y en equilibrio sobre la musculosa meseta de mi estómago, a medio camino entre quitarme las ropas del día y ponerme las de la noche —o sea desnudo, excepto por un *slip* blanco sumamente atrevido y por muchas razones memorable—, y en cierto modo preparándome para salir pitando para lo de Torka en mi agresivo coche verde, que ese día me había sido devuelto por el Garaje de los Ladrones con una factura acalabrante. Noté el habitual forcejeo de borracho con la puerta principal y estaba a punto de poner en el suelo el vaso y simular dormir exponiendo mi hermoso perfil, cuando oí voces, una ligera de mujer con acento cockney y el tono didáctico de la voz de barítono de Terence. Me senté en la cama con una sensación de perversa expectativa mientras ellos subían por las escaleras y llegaban a mi cuarto: Terence con un lustroso bolso repleto de bebidas baratas, y la Joan, una rizada aparición, detrás.

—Oh, perdón, Greg —dijo él, apartando bruscamente la vista de mi figura sucintamente vestida—. Creía que no estabas. Sólo necesito un poco de hielo.

—Adelante, adelante —dije yo con lentitud, arrastrando un poco las palabras.

—Oh... gracias.

—Presenta, presenta.

—Oh..., ejem, ésta es Joan; Joan, éste es Gregory. —Se volvió hacia mí con aire de desamparo—. Trabaja en el trabajo —dijo.

—Ja, vaya basurero. Nunca me ha tentado un sitio tan *muerto*.

Y andando a grandes zancadas pasó ella por delante de la cama en dirección al ventanal del ático, reclinándose contra el marco para recorrer con ojos entrecerrados mi torso, con indisimulada aprobación. Yo por mi parte, dejaba entretanto que mi mirada mostrase mi admiración ante el contenido de su abultada camiseta, la franja visible de abdomen bronceado que quedaba entre aquella parte y su huesuda pelvis forrada de tela vaquera (notando de paso, con desagrado, el montículo anormalmente voluminoso del pubis).

—Jo —dijo Joan en su paródico tono corriente—, qué lujo de piso. ¿A cuánto te sale?

Yo hice un ademán en el aire.

—*Rien*. Una herencia. Yo simplemente pago las tasas.

—¿Entonces qué pagas tú, Tel? —preguntó ella a su colega. Tel. ¿*Tel*?

—La mitad de las tasas —farfulló él. Terence estaba realmente en uno de sus peores momentos aquella noche. Su desagradable rostro, con su prominente labio superior y el puente de la nariz quebrado, aparecía completamente incoloro e inanimado, poniendo más de relieve lo ralo de su cabellera, que le caía en desmayados mechones rojizos sobre las cejas. Su vestimenta era el habitual y chillón *mardi gras*<sup>[6]</sup>. No obstante, parecía bastante satisfecho de sí mismo; tenía una sonrisa furtiva, y en uno de sus ojos repulsivamente brillantes jugueteaba un brillo obscuro.

—Vaya, vaya, vaya —dijo Janice, volviéndose, hacia mí—, ¿qué te parece? Esto sí que es distinguido.

Yo le sostuve la mirada, en tanto Terence se encaminaba tambaleante a la cocina, y cuando una descentrada semisonrisa se dibujó en los labios de Janice, sentí una vibración familiar en el tramo recorrido por nuestras miradas: súbitamente la habitación se había llenado de luz color granate, y súbitamente habría resultado la cosa más natural del mundo que Joan, deslizándose la camiseta por sobre la cabeza, se hubiera arrodillado sin sonreír sobre la cama, a hurgar con sus labios firmes en las detalladas protuberancias de mi *slip*. Si no hubiese sido por Terence, que armaba un gran jaleo en la habitación contigua, lo habría hecho sin la menor vacilación. De eso no me cabía duda alguna. Ni tampoco a ella, la muy puta.

—Me hace muy feliz que te guste —murmuré, frotándole el coño con rápidos movimientos—. Yo lo encuentro bastante hermoso, en realidad.

—Oh, también yo, te lo aseguro, Hermoso —dijo lentamente (y todos sabemos dónde tenía puestos los ojos ahora)—, hermoso, hermoso.

—¡Qué amiga tan encantadora has encontrado! —exclamé cuando apareció Terence en el vano de la puerta, sosteniendo en alto las dos copas, como un camarero—. No dejes de traerla todo lo a menudo que ella esté dispuesta a venir.

—Perdona, Greg, quieres que te sirva un...

Pero en aquel momento yo me incorporé en toda mi estatura y, con serena indiferencia, empecé a vestirme. Terence, alarmado, escoltó a la pobre Janet escaleras abajo —no va a tener suerte, pensé: no hay cuidado— y yo partí velozmente hacia lo de Torca, encontré al gran hombre dormido y su apartamento casi desierto, embromé a Adrian hasta que se fue a su cuarto a quitarse el enfado, y luego con la imaginación encendida (los cumplidos de la joven Janice) me la hice pulir a fondo por la movediza, aburridora, anfetamínica lengua de Susannah, en mi opinión bastante abrasiva.

Abril es el mes más agradable y más fresco para la gente como yo. Abajo la capota de mi palaciego coche verde. Afuera mi guardarropa de primavera. Me hago un corte de pelo de veinte libras. Abundan las veces en que hay champán en mi nevera. Mi habitación está engalanada con flores. Doy paseos por el parque. Suspendidos en el aire me rodean sueños de veranos legendarios.

Cuando hace bueno salgo temprano de la galería —sin hacer caso de tímidas protestas— para poder disfrutar plenamente de estos días que se alargan, antes de que los meses ardientes envuelvan a la ciudad en su pegajoso abrazo. Vamos en coche con Kane y Skimmer a visitar hosterías rurales. Conseguimos chicas acaudaladas para animar nuestros picnics, o si hace calor comemos todos en las terrazas de Charlotte Street. Para los fines de semana se suceden las invitaciones a residencias campestres: partidas de croquet, tenis, Pimms sobre fragantes prados. Úrsula y yo manteníamos el propósito de ir en coche a pasar unos días en Rivers Court mientras durase el buen tiempo (ella adora el coche descapotable), pero mi agenda está demasiado llena, como debe estar la suya ahora mismo: abril es la época en que las debutantes están haciendo amigos. Henry Brine quiso llevarme a París para su estreno, y ni siquiera para eso pude reservar un hueco. Está bien, pienso, atiborrar tu vida de cosas cuando eres joven. Yo apenas duermo una vez que la temporada está en marcha, pero todo el mundo dice que parezco tan fresco como siempre. «¿Cómo lo consigues?», preguntan. Y no existe respuesta.

Lo único que desearía es poder recibir más aquí en el piso. Ustedes se dan cuenta de por qué no puedo, naturalmente... He *considerado* sacarle partido, darle el papel de una especie de enano de la corte, de mascota, de curiosidad; después de todo, ni siquiera necesitaría disfrazarlo. Demasiado embarazoso, sin embargo, y la gente seguramente haría preguntas. Desde luego que bastante a menudo simplemente le indico que desaparezca toda la noche. Pero lo desgraciado del asunto es que no tiene absolutamente ningún lugar adónde ir, y no soporto pensar en él toda la noche en una cafetería mirando su reloj. Me resulta demasiado deprimente. Señor, ¿qué se supone que debo hacer con él? (Me gustaría echarlo. Eso es lo que me gustaría hacer. Pero ¿cómo podría conseguirlo?). Tal vez pudiera presentarse en mi próximo sarao con esa simpática Janice suya, como una especie de número de pareja; Skimmer se volvería loco con ella, estoy seguro... le encantan las furcias. Incluso yo la he tenido ocasionalmente en mis pensamientos, como una suerte de ayuda visual retrospectiva, en el curso de algunas aburridas sesiones en lo de Torka...

¡Ten cuidado, Terry, o puedo verme obligado a follármela!

Bueno él nunca lo hará: eso está claro. Dios santo, ¿tiene acaso ese muchacho la menor noción de lo que le está ocurriendo actualmente? ¿No tiene idea de la impresión que está empezando a causar? Y no me refiero sólo a los aspectos más

efusivamente horribles de su apariencia, a aquellos aspectos acerca de los cuales no hay mucho que él mismo pueda hacer. Con ciertas personas no resulta difícil darse cuenta, por su apariencia externa, de cómo les va, y algo muy malo, duradero y profundo le está pasando a Terence Service. Por algún motivo el año pasado no le prestaba atención, era como un viejo perro afectuoso que te espera en casa. Ahora es una especie de reptil, un ser estático y repulsivo. Se emborracha. Está borracho todo el tiempo y cree que no se nota. Regresa de la oficina a las ocho, casi incapaz de tenerse en pie. Su sonrisa es enfermiza y engreída; su rostro embotado y con un ligero brillo: parece muerto (notas que la vida lo está maltratando). Percibes que debe estar casi todo el tiempo odiando intensamente. Algo arde tras su mirada.

¿Cómo ha conseguido que yo lo odie de este modo? ¿Lo saben ustedes? ¿Cómo ha echado sobre mí este odio concertado y preocupante que me hace poner un gesto como de dolor cuando me cruzo con él por la escalera o cuando oigo el roce de las perneras del ordinario pantalón vaquero que envuelve sus voluminosos muslos, cuando nos esquivamos de frente en el umbral de la puerta del baño y yo me introduzco en el universo de sus olores, cuando nos sentamos juntos aquí arriba y la habitación se llena del ruido de su respiración? ¿Por qué le permito jorobarme la vida? ¿Por qué no lo espanto de mi cabeza como a la mosca que es? ¿Por qué me preocupo?

Ustedes lo saben.

Hubo una época en que mis sentimientos hacia Terence eran muy diferentes. Sí, yo lo quería... ¿quién no lo habría querido? Por más trillados que pareciesen, los sufrimientos de su vida precedente eran suficientemente reales; cuando apareció en casa por primera vez, aquellos sufrimientos parecían colgar de él como un pesado ropaje de tristeza, y él nunca se los quitó de encima por completo. Pobre Terence, pobre Terence, mi antiguo amigo querido. Te veo bajar llorando del autobús escolar y venir corriendo con la cartera aferrada a un costado como si fuera una inútil prolongación de tu cuerpo a la cual ya te hubieras habituado resignadamente. Te veo a medianoche llevado de regreso a tu habitación por las criadas, mostrando en el semblante la fatiga provocada por la persistencia de tus sueños. Te veo de rodillas en el prado desparejo, el cuerpo doblado por la presión del pasado y tus tremendos esfuerzos por expurgarlo, la hierba agitándose de modo intimidante a tu alrededor, los árboles retorciéndose las manos a tus espaldas, las nubes deslizándose velozmente por encima de tu cabeza, alejándose velozmente de ti y de todos los terrores de la infancia y el infierno. Aquí tienes mi compasión, húmeda como corresponde por las lágrimas de tu hermano: tómala, tómala.

Como es natural, yo esperaba vincularme con un pequeño tunante, sólido, con buenos modales y dominio de sus nervios: pues nada de eso (hay que echar mano al

Freud de Penguin). Aunque más tarde demostró ser un temible ladrón y un sujeto ruin y solapado, Terry fue desde el principio un cagón abyecto y suplicante ante las más tibias muestras de autoridad. Parecía como si todo el brío, toda la licencia propia de la infancia, le hubieran sido confiscados de la imaginación antes de que supiera qué era la infancia, antes de que supiera que no podía durar. Allí estaba yo, trepando a una tapia erizada de cristales rotos para robar manzanas, saliendo al Parque a mortificar a los malvivientes del pueblo, huyendo en mi bici de diez velocidades, perseguido por unas escandalizadas colegialas; y allí Terence, indeciso, renuente, angustiado de que súbitamente en aquel dañino mundo que lo rodeaba se hubieran abierto nuevas posibilidades que lo afectasen. Mientras yo lanzaba al aire siseantes cohetes, dejaba caer petardos encendidos en los buzones de los minusválidos y los dementes o los hundía en la porquería de los perros junto a los coches espléndidos y relucientes, Terence se mantenía apartado detrás de un muro o un árbol, con los ojos apretados, las manos aplastadas contra las orejas, como para impedir que la cabeza le volara en pedazos. Mientras yo permanecía erguido en las propiedades privadas de la vecindad, sembrando de mortíferas astillas los invernáculos y jardines de invierno, él observaba en la postura de quien se apresta a correr una carrera; y mientras yo me demoraba muerto de risa en el sendero para excitar la furia de un jardinero o un ama de casa, Terence salía pitando encorvado hacia la campiña, donde después uno tenía que tomarse el fastidioso trabajo de forzarlo a salir de alguna zanja en la que permanecía acurrucado y parpadeando. Había cosas curiosas, de poca monta, que lo horrorizaban: la helada, los edificios demasiado altos, vestirse, las tiendas tapiadas, cualquier ruido o movimiento súbito; y cosas curiosas, de poca monta, que lo tranquilizaban y lo hacían sentirse en paz: las habitaciones pequeñas, los autobuses, las personas muy viejas, los policías...

En tanto yo robaba con cuidado, precisión y soberbia osadía de clase —a tiendas, instituciones, enemigos—, los robos del joven Terence eran roñosos, condenados al fracaso y exclusivamente domésticos. En lo que a él se refiere, era todo parte de una cierta chapucera compulsión anal, algo por completo opuesto al expresivo tupé de mis románticas andanzas (en varios sentidos creo que continúo siendo víctima de los hábitos evacuatorios de Terence). Recuerdo un particularmente sonado acto de bandidaje en torno a un salero de Cellini bastante valioso que Terence el Travieso afanó a los pocos días de haber yo regresado de Repworth, mi costoso colegio de bachillerato, para pasar las vacaciones de Navidad. La desaparición de aquella pieza quedó de manifiesto al instante, hubo rutinario acuerdo en que el culpable tenía que ser Terence, y se envió a una criada a buscar al muchacho y traerlo inmediatamente a la biblioteca, donde los Riding, en calidad de severo jurado, deliberaban acerca de alguna cierta forma de castigo, todos tratando como locos de mantener el semblante serio. Pero, un momento: ¡el Moriarty en ciernes se había ocultado! Emprendimos la

búsqueda por toda la casa y pronto el Enemigo Público Número Uno quedó arrinconado en los desvanes del ala norte, adonde se había arrastrado debajo del vencido somier de una cama vieja. Yo fui el primero en descubrirlo y dar la alarma. Su explosiva confesión y sus gimoteantes súplicas pronto nos hicieron partir de risa a todos.

De los muchos rasgos singulares y desconcertantes de mi hermanastro —un vívido sentido de sus propias insuficiencias, su melancólica obsesión con el tiempo psicológico, el modo en que su naturaleza parece trivializar incluso los horrores muy reales que la han conformado—, yo inmediatamente me decidí por uno como elemento absolutamente fundamental de su carácter. Su humor fue, de entrada, siempre irónico. Irónico: nunca alegre, fantaseante, regocijado, ofensivo o contemporizador, sino irónico. (Y ojo, que tampoco es que haya sido *divertido* alguna vez). «Estos malditos zapatos... me van estrechos: cada día me lastiman más», comenté una mañana. «Dolores de crecimiento», murmuró Terence. Una vez, él y yo conseguimos librarnos de una excursión de la escuela dominical, y Mamá, haciendo alarde de rectitud, nos hizo ir al pueblo a visitar a una vieja niñera mía, ya jubilada. «Bueno, ¿qué esperas?», dijo él, mientras yo lloriqueaba irritado durante todo el camino: «Esto no es una excursión de la escuela dominical, ¿sabes?».

Unido a lo anterior, supongo, iba su instintiva e irreflexiva fidelidad a la verdad, como si el mentir fuera asegurarse un cubículo personal en el infierno. En tanto yo no hacía secreto alguno de mi gusto por la fabulación, mi insaciable sed de falsificación, de su boca surgía abruptamente la verdad, sin importar las circunstancias, sin importar el precio. En las pocas ocasiones en las cuales, de hecho, la veracidad habría resultado tanto suicida como perversamente morbosa, los embustes saturados de adrenalina salían subrepticamente de su interior como nómadas perseguidos, y en sus ojos aparecía una expresión de abrumadora angustia y de segura condenación. Nunca supo mentir. Nadie le creía. Aquélla fue una enfermiza precocidad más en el universo desnaturalizado que tomó el lugar de su infancia.

¿Quién se la robó? Alguien. O él la desperdió. Mientras ustedes y yo, de niños, nos lanzábamos a la mar, nos zambullíamos en el trueno y nos llenábamos de sol, él quedaba como una figura melancólica que hacía señas desde la orilla, perdido en el abrasivo siseo de los guijarros. Ahí tienes, Terence, yo asimilo tu pasado, su *pathos* y sus miedos. Pero ahora tu pasado no te sirve a ti ni a nadie, es un estorbo, una cosa de segunda mano, basura; tu *pathos* es algo castrador y degradante, fastidiosamente sentimental, banal y amargo. Por eso no tienes amigos ni a nadie dispuesto a protegerte; por eso nunca serás bueno en tu trabajo ni en ninguna otra cosa que intentes hacer; es por eso que estás tan neurótico, tan cerca de la locura; es por eso que el cabello se te cae y los dientes se te pudren; es un compuesto de

autocompasión, autodesprecio y egoísmo, y es el porqué de que *nadie te quiera*.

Además: 1. Su desorden. Es un espectáculo bastante frecuente el ver al sedentario Terry apagando el cigarrillo en un cenicero impoluto. ¿Dónde pueden estar todas las cenizas? ¿En el suelo, sobre la silla, en su regazo, su cabello, sus orejas? 2. Lo que podríamos llamar la flexibilidad de su higiene personal. No ensucia el agua de la bañera más de dos o tres veces por semana, aunque, eso sí —es gracioso—, siempre los viernes. Estoy bastante seguro de que huele. Testigo, si ustedes quieren, el impresionante hedor que sale de su cuarto. 3. Su progresivo alcoholismo. Las bebidas que no me importa tener en casa incluyen el champán, el Tío Pepe, los licores más ligeros y ciertos vinos de marca. ¿Y de qué está hasta los topes mi apartamento?: de *cerveza, repugnante vino barato, agua de cebada, jerez a granel, licores de oferta...* y del propio Terence aburriéndose, eructando, moviéndose con torpeza, aullando como un perro. 4. Su insolente desidia. Él es quien siempre está preparándose esos bocados de plástico —yo siempre como fuera de casa—, pero ¿se ocupa alguna vez de recoger los botes pringados y los cubiertos desparramados por todas partes? Él es el que anda con la ropa mugrienta, las botas embarradas, y sucio de caspa, pero ¿alguna vez utiliza la lavadora? (Y se pueden imaginar mi asqueado sobresalto cuando una pieza del caos de su ropa para lavar invade la prístina galaxia de la mía). 5. Sus infames drogas. Como aficionado al hachís —al que él (¿qué les parece?) llama «esa mierda»—, un flujo de fétidos y acusadores aromas brota permanentemente de su cuarto, que es un Hades de raspaduras resinosas, retorcidos papeles de cigarrillo y cartoncillos impregnados de nicotina. (Las drogas que a mí me gustan son la cocaína y el mandrax, ambas demasiado caras para Terry). 6. Su presencia, el mero hecho de su presencia, la insoportable continuidad de su presencia.

¿Por qué no se va? Vete, Terry, vete. Sal de mi cuarto, sal de mi ciudad, sal de mi mundo, sal de mi vida y no vuelvas nunca.

## 5: Mayo

(I) Quizá mi vida tenga un fondo sólido por debajo del cual nunca me estará permitido caer.

TERRY

El verano viene en firme de camino, lo cual significa que ahora hace casi dos años que vengo siendo un adulto. Y por primera vez todo está empezando tímidamente a parecer posible. Despierto desde temprano en mi lecho orientado al norte, fumo cigarrillos y observo cómo las sombras de la mañana se redistribuyen por los tejados. Por las noches leo y bebo sentado a mi escritorio hasta que la última gota de luz diurna se ha escurrido del cuarto. Entonces, a veces, antes de irme a la cama, salgo a dar un paseo, a observar a los extranjeros. Sí, pienso, puedo hacer frente a un poco más de lo mismo, tal vez no mucho más, pero más en todo caso. Incluso las calles a la hora punta parecen actualmente tener un sentido; todo el mundo aprueba de buena gana, a la chita callando, este truco estacional que tiene el mundo de parecer empezarlo todo de nuevo.

El sábado pasado, por la mañana, me encontraba en el mercado callejero de Portobello Road, buscando una tetera eléctrica barata para tener en mi cuarto (Gregory se cabrea cuando utilizo la cocina temprano. Dice que necesita dormir. Qué gracioso. ¿Y quién no? Hasta a mí me hace falta). Aquel *hippie* jodido que he visto por los alrededores estaba también allí. Se detuvo a mi lado en el puesto del hojalatero con una maleta atada con cuerda en cada mano. Que si compraba herramientas, le preguntó al gitano que estaba al otro lado de la carretilla. No, nunca compraban herramientas. *Jamás*. El jodido *hippie* barbotó una especie de deshidratada protesta; sus labios agrietados estaban manchados de restos de vómito y alimentos sin digerir (y yo creía que *mis* resacas eran malas). Se alejó enfundado en su empapado abrigo por las calles llenas de gente, un tipo de mi edad, con otro anaquel entero de su vida entregado. Pensé: yo no estoy así; a mí eso no me sucederá nunca. Quién sabe. Quizá mi vida *tenga* un fondo sólido por debajo del cual nunca me estará permitido caer. Así que, por el momento, ya no me pregunto quién me protegerá cuando sea pobre, esté calvo y me haya vuelto loco.

—Mira, te diré lo que quieres hacer —dijo el señor Stanley Veale, secretario regional del sindicato, con su tono de voz inmensamente calmo y siniestro.

—¿Qué es lo que quiero hacer? —pregunté yo.

Veale miró fugazmente al señor Godfrey Bray, vicesecretario regional del

sindicato, y prosiguió:

—Quieres convertirte en el representante del sindicato.

—¿Por qué quiero eso?

—Porque no quieres que te echen, joder, por eso.

Esto me está poniendo nervioso. Tal como está la cosa, estoy aquí en mi cubículo con la boca llena de goma de mascar, un pitillo en cualquiera de los orificios nasales, un clip en cada uña (y una regla en el culo).

—¿No me echarán?

—De ningún modo. Durante tres años no pueden echarte, y para entonces te corresponderá el ascenso a Delegado, si no lo echas todo a perder. Para nosotros, eso es una larga permanencia, con los excedentes laborales que ya tenemos.

—Un veinte por ciento en esta región —dijo el señor Bray.

—Es un hecho, ¿no es así, señor Veale?, que si nos sindicalizamos, un par de nosotros va a ir a la calle...

—Claro. Al menos dos de vuestros cinco vendedores van a ser echados. Sin ninguna duda. Tiene que ser así para que el resto pueda obtener los salarios que marca el sindicato. Si ellos ya estuviesen en el sindicato, no podrían echarlos. Es por eso que tú quieres hacer lo que sea por nosotros. Haz ahora cosas por nosotros y no habrá modo de que te echen cuando te hagas del sindicato.

—¿De veras? ¿John Hain está enterado de todo eso?

Veale se rió.

—¿Quién?

—John Hain. El contable jefe.

—¿Ah sí?

En ese momento el señor Bray, quien visiblemente estaba tan constipado que apenas podía respirar, extrajo de su abultado bolsillo exterior una libreta de anotaciones y preguntó:

—¿Y qué me dices de tu formación?

—¿Qué pasa con mi formación? —pregunté yo.

—¿Tienes alguna? —dijo Veale.

—Bueno, aquí soy una especie de aprendiz.

—Eso lo sabemos. Lo pone en tu instancia. Mira: «Aprendiz». Cielos, he aquí un tipo realmente listo. Quiero decir que no necesitas ser un... un Keir Hardie para descubrir eso.

—Disculpen.

—¿Has hecho un curso de formación para vendedor? —prosiguió el señor Bray.

—No.

—¿Y de taquigrafía y dactilografía, o algo de ese tipo?

—No.

—¿Algún trabajo de aprendiz en provincias?

—No. —Pero soy pelirrojo y mi padre mató a mi hermanita.

—Mala cosa —dijo el señor Bray—. ¿Stanley?

—Por supuesto que es mala cosa —dijo el señor Veale. Cerró sus cristalinos ojos húmedos—. Pero aquí todos están mal..., sin ofender a nadie, Terry. Ninguno de los de aquí debería estar vendiendo, coño. Vosotros lo sabéis. Le estáis quitando el trabajo a los verdaderos vendedores. Ni tú ni ninguno de éstos sería capaz de vender las plazas sin celebrar antes una conferencia acerca de ello. ¿Sabes una cosa?: la gente que tenéis aquí me pone enfermo. Cualquier tarumba capaz de coger un teléfono sin que le duela la oreja, ¿en qué se convierte? Pues se convierte en un vendedor. Ésa es su profesión. Ésa es su ocupación, sí, señor.

—¿Por qué yo? —pregunté.

El señor Veale se puso de pie. Miró hacia el callejón, sus facciones albinoides pero bastas infladas por la luz amarillenta.

—Yo vengo aquí y tengo que ver a todo el mundo. Tengo que ver al subjefe contable, señor Lloyd-Jackson. Él se repantiga en su asiento, ¿sabes?, sabe lidiar con gente como yo, ha lidiado toda su vida con gente como yo. Sarcástico, riéndose un poco de nosotros. Cree que estamos pensando: «El señor Lloyd-Jackson, un caballero difícil de tratar, siempre lo ha sido». Pero ya no pensamos eso. Estamos pensando: «Conque un pequeño estúpido engreído, ¿eh? ¿Qué te parece?: he aquí un pequeño estúpido engreído». —Se llevó la mano a la mejilla y la bajó con el índice apuntando hacia adelante—. Bang, bang —dijo—. Piénsalo. Te llamaré.

—Gracias —dije yo—, muchas gracias. Yo estoy de acuerdo, ¿saben? Esta gente... —hice un vago ademán—, me cago en todos ellos. —Ellos no van a protegerme—. Ustedes quieren derechos para la gente que no tiene ninguno. Yo quiero lo mismo. Haré todo lo que pueda por nosotros.

Y lo haré, ciertamente. Todavía no sé qué es lo que él quiere que haga. Pero sea lo que sea, lo haré.

Además de todo esto, he conseguido dejar de cascarme pajas, lo que es un gran alivio tanto para mí como para mi polla. Aunque no digo que no vaya a volver a cascármela (quiero decir, ¿quién coño lo sabe?); se trata únicamente de que le he permitido a mi libido recaer en la clase de pasividad no escogida que parece estar pidiéndome actualmente. «Vale», le he dicho a mi polla, «tú ganas». Por ahora, en todo caso (hasta que realmente te necesite). Ya no abusaré de ti. No te despertaré por la noche para hacerte pasar un mal rato. No me quejaré, ni gimotearé, ni jorobaré cuando no te portes como yo quiera. Tú ve por tu lado... yo por el mío. Sin rencores.

(Ni rencores ni nada de nada). Pero el asunto empezaba a ponerse ridículo, las recriminaciones, las escenas. Recordé aquellas competiciones de pajas que solíamos

realizar con Gregory y otros cuando yo era joven. ¿Listos? ¡Ya! Era como mear en un tubo de ensayo, nada vinculado con el deseo, únicamente una cosa que el cuerpo estaba dispuesto a hacer por ti. Más adelante, por supuesto —cuando has probado el sexo de veras—, pajearse se convierte mayormente en una materia de sustitución, pero todavía posee su propia función, su propia autonomía. (Como siempre sostengo, una paja tiene que resultarte ligeramente decepcionante si lo que realmente necesitas es un polvo. Pero es insuperable si lo que realmente deseas es *una paja*). «¡En serio!», le gritaba yo, «no quiero un polvo, lo juro. Me apetece *una paja*». «Eso lo dices de labios para afuera», replicaba ella... y desde luego tenía toda la razón. Yo trataba de pensar (como cada vez que me cascaba una paja) en aquellas diez u once excepcionales chicas que han permitido que me acostase con ellas, que me han dejado meterles dentro del cuerpo este pedazo de tendón por la única razón de que les apetecía que lo hiciese. ¿Dónde estaban ahora? ¿Qué había sido de ellas? No resultaba sexy; era extraordinario y descorazonador que me hubieran dejado tan atrás. Podía recordar sus cuerpos... recordaba vivamente el rostro, las tetas y el coño de cada una; pero no podía recordar, ni siquiera podía mentirme imaginándolo, por qué me habían deseado lo bastante como para dejarme que les hiciera aquello. (Cosa que no repetirán. Lo sé. Lo he comprobado). Era triste como es triste el sexo triste... lo mismo que todo eso. Naturalmente, probé con la pornografía, la probé verdaderamente a fondo (con carácter consultivo, por así decir). Me gastaba prácticamente la mitad del sueldo en revistas porno. Había convertido mi cama en un brillante mar de esos bestiarios transgresores de la ley. Pero ¿quién era toda aquella gente? No los conozco, no les gusto, no vamos a conocernos, eso no funcionará. Amén de que no podría tener un orgasmo, lo cual no ayudaría.

¿Doy la impresión de estar más sereno? Probablemente, no; pero es como me siento. Por primera vez en meses —por primera vez desde el día que todas las mujeres del planeta se reunieron y fijaron la norma de no follar jamás conmigo, y todos los hombres se reunieron en otro lugar para ver si podían convertirme en un vagabundo—, siento que he parado de deslizarme, que he conseguido por los pelos hacer pie en el último peldaño, cogirme del último matojo de zarzas antes del puñetero abismo.

*Creo que Jan va a acostarse conmigo.* Bueno, sé que esto suena a temeridad, sé que probablemente me arrepentiré de haberlo dicho, pero creo que Jan va a acostarse conmigo.

Hasta la semana pasada, las cosas evolucionaban más o menos al ritmo habitual (es decir, apenas avanzaban, prácticamente nada), conmigo tan enternecidamente considerado y generoso como siempre —e igualmente inoperante y torpe— y con Jan sin mostrarme, en realidad, más que una faceta de su naturaleza luminosa y sin

vueltas. Indirectamente, pero con frecuencia, intenté sonsacarle algún trauma del pasado o algo inconfesable del presente (alguna cosa ante la cual el Niño del Miedo y el Asco pudiera mostrarse plausiblemente impresionado), pero pronto resultó evidente que su vida estaba desastrosamente libre de contenido neurótico: se llevaba bien con sus padres, carecía de especiales preocupaciones en relación con chicos, con el trabajo por el momento se las apañaba; lo único que necesitaba era un poco de diversión. Bueno, *difícilmente esté yo aquí para proporcionar diversión* a la gente. Divertido no soy: eso está claro. ¿Qué soy, entonces? ¿Qué es lo que he puesto en marcha? No lo sé, pero cosas así debían haber estado entrando calladamente de rondón en mis pensamientos la noche del miércoles pasado, cuando tuvo lugar esta extraordinaria escena.

Ni que decir tiene que —siendo más de las 5.30— estábamos en el pub y —también como de costumbre, siendo más de las 6.30— los dos completamente saturados de bebida. Al parecer, Jan me estaba contando una historia muy graciosa acerca de su hermano Simon. Evidentemente, Simon se encontraba en grandes apuros en su casa, porque, disponiendo por vez primera de cuenta bancaria, ya había sobrepasado su crédito en diez libras; tras largo interrogatorio por parte del padre de Jan, el tal Simon había confesado que se había gastado las asignaciones de todo el período en la prostituta de la pensión..., con *purgación* incluida. (Qué charla tan sexy ésta, pensé).

—¿Qué edad tiene ese hermano tuyo? —dije cuando paré de reírme.

—¡Quince! —dijo Jan, terminando de reírse a su vez.

—Ésa es la edad que habría tenido mi hermana —dije yo sin querer (ni siquiera es verdad, maldita sea).

—¿Qué le ocurrió a tu hermana? —dijo Jan.

—Mi padre la mató.

*Zoom.* Las tres o cuatro ocasiones de mi vida en que he dicho eso, siempre he llorado, inevitablemente, tan inevitablemente como doy un respingo cuando me pincho un dedo o se me corta la respiración con el agua fría. Esta vez no lo hice. Quizá lo había planeado. (No me culpo). Las lágrimas se me agolparon.

—Sí, él la mató —dije.

—Oh, no —exclamó Jan.

—Sí, él mató a Rosie. Solía golpearla desde que fue bastante grande como para recibir golpes. La oías llorar, y luego, *¡juac!*, a él golpeándola. Y, claro, ella que se calla. Es lo que hacen los bebés cuando les pegas. Se callan en seguida, los hace callar inmediatamente. Pero ella llora más fuerte, él evidentemente ha dado con una buena razón, un motivo suficiente para continuar pegándole. Después que ella creció un poco, cuando pasó a ser una persona en vez de una cosa en una cuna, pensé que él dejaría de hacerlo. No fue así. Ella era de tan buena pasta y tan sumisa..., no veían

ninguna razón para aquello. La gente lo sabía. Estaba en la lista de los «en peligro» desde los cuatro años de edad. Pero no lo frenaron.

—Oh, Dios —dijo Jan.

—El último día la encontré a la vuelta del colegio. Yo supe que era el último día, ella supo que era el último día. Siempre lo supo. La vi correr atravesando el patio de recreo aferrada a su cartera como si fuera una prolongación de ella misma. A todas partes iba corriendo. No hablamos de ello, nunca lo hacíamos —nos daba demasiada vergüenza—, pero los dos lo sabíamos. Yo dije únicamente que iría a casa primero: ella tenía que ir a otra parte antes de ir a casa. Parecía alegre, como siempre. Se mordió el labio por un instante, pero sólo porque se daba cuenta de cuánto me revolvía todo aquello. Después, aferrando su cartera, *se fue corriendo*. Sentí pánico por primera vez. «¡No corras!», grité detrás de ella. «¿Por qué corres?». Pero ella agitó una mano y continuó a la carrera. Esa noche, él la mató. ¿Qué clase de persona es la que hace una cosa así?

—Oh, *mierda* —dijo Jan.

Entonces algo se quebró y yo me tambaleé hacia un lado en mi silla. La miré con lo que para mí era simple consternación.

—Lo siento —dije—; me voy.

Y salí a tropezones del pub al aire húmedo, ya llorando, ¿y por quién? Por mi miserable ser. (Oh, tengo tan poca fortaleza. Este estar vivo me mata. No soy digno de ello).

Me senté en un banco del soportal. Estaba lloviendo. No iba a venir entonces. Los periódicos que agitaba el viento estaban demasiado borrachos de lluvia para moverse. No iba a venir. ¿Y su cabello, qué? ¿Y qué hay del *mío*? La lluvia se hacía más intensa, castigando a ráfagas la plaza.

—Estoy hecho polvo —dije.

Ella posó una mano en mi mejilla y yo me apoyé contra ella.

—Oh, no —dijo—; oh, Dios; oh, mierda.

Y desde aquel momento..., bueno, se ha mostrado maravillosamente dulce conmigo, eso es todo. Y me doy cuenta de que ahora la cosa ha cambiado. En la oficina me mira con una preocupación tan tierna, tal afán de protección, que casi se me cae la baba de emoción y tengo que escurrirme rápidamente a mi cubículo y sentir la densa rotundidad de la tierra derritiéndose a mi alrededor. Estoy tan romántico actualmente, que camino chapoteando. Continuamos bebiendo juntos, pasamos uno junto al otro veinte veces al día sin mirarnos a los ojos, pero todo ha cambiado (gracias, Rosie. ¿Puedo recompensarte de algún modo?). El viernes vamos a salir de gran juerga. Es el último día de Jan aquí. (Se va. Las temporeras hacen eso..., se van. Las temporeras *fugunt*). Y, al parecer, a veces también follan. Ha aceptado ir conmigo

al apartamento después de nuestra gran salida nocturna. Podría decirse que, en ciertos aspectos, todo está ya arreglado.

De no ser porque Gregory *se ha cogido una gripe...* y una buena gripe, por cierto, me encanta decirlo. Fue todo bastante risible. Una mañana, a principios de este mes, subí precipitadamente a buscar un poco de leche, y cuando acababa de pasar sin mirar por delante del lecho de Greg, oí detrás de mí aquel *teatral* y prolongado quejido. Me volví (preguntándome, como siempre que lo veo, qué aspecto tendría yo). De un modo cómico, él se había liberado a medias de la caricia de sus sábanas de satén y estaba al borde de la cama agitándose espasmódicamente con los brazos extendidos y casi rozando la alfombra con los mustios nudillos.

—Gaag —dijo, mientras su cabello lustroso y colgante oscilaba al sol de la mañana—. Aharg —añadió—. Eeek.

—¡Gregory! —exclamé.

Él alzó la mirada hacia mí, mirándome como un anciano en un filme sobre la crueldad de la jungla.

—Terence..., ¿qué me está pasando?

Lo ayudé a volver a meterse en su catre (qué piel tan sedosamente bisexual la suya) y obedecí sus graznidos indicándome que llamase al médico. Llamé a la clínica Willie Miller, el chistoso médico privado que nos asiste a ambos (yo soy bastante exigente cuando estoy enfermo), que prometió visitar a Gregory ese mismo día. Después, en un simpático arranque de franca y directa voracidad, mi hermanastro me pidió sumisamente que le preparara algo que desayunar antes de irme a la oficina. Muy halagador, pensé, mientras le explicaba afablemente que si lo hiciese llegaría con retraso (Greg toma generalmente una amariconada mezcla de yogur, ciruelas pasas, azafrán, perfume, etc.; pero ahora está demasiado en la ruina para eso y recurre a una tostada y un huevo «mimado»<sup>[7]</sup>). Dependiendo de lo maricón que te pongas con el huevo, este plato implica la experta utilización de un mantel mojado, y su preparación lleva alrededor de quince frustrantes minutos).

—Lo lamento —dije—. ¿Seguro que estarás bien?

—¿Seguro? No tengo ni idea. No tengo el menor indicio.

Me ofrecí a prepararle una taza de café instantáneo, pero él alzó defensivamente los brazos ante la sola mención.

—De veras lo siento —dije—. *Tengo* que irme. —Contuve la respiración por un momento—. Pero si realmente necesitas algo en mitad de la mañana, llámame, y regresaré de la oficina a mediodía.

Él frunció el ceño, sin enfado. La habitación se fue poniendo gradualmente roja.

—Por medicinas o cualquier otra cosa que puedas necesitar —añadí.

—Eso es muy tierno de tu parte —dijo Gregory.

Me encanta que se ponga enfermo. Fíjense cómo me trata. Su aspecto exterior habitual, notable tanto por dar testimonio de una excelente salud como por su belleza de formas y proporciones, pasa a un segundo plano, y su otro yo, el insatisfecho, el de las mentiras piadosas, el débil, incestuoso, decadente, el falto sin remedio de todo sentido práctico, asoma como un extranjero a una atmósfera extraña. De pronto, *mi* atuendo resulta razonable y severo. Me he transformado de buitre titubeante y de ralo plumaje en recio y desafiante gorrión, con mis eficientes piernas cortas, mi tronco robusto y mi rostro de no andarme con chiquitas. Me siento no sólo muy bien, me siento espléndidamente..., y, por supuesto, sumamente reconfortado por el hecho de que él todavía me quiera a veces, de poseer todavía un vínculo con una familia, de que todavía exista alguna gente en el planeta que preferiría que no me convirtiese en un vagabundo.

De todas formas, parece que me estoy comportando con él de un modo bastante llamativo estos días, debido en parte a mi auténtica alegría. ¿Qué será lo que hace que queramos ver abatidos a nuestros seres queridos? Aquel día, deliberadamente, no llamé a Gregory desde la oficina, pero lo que sí hice fue telefonar a Úrsula y decirle que lo llamase ella. (Entre paréntesis, Úrsula pareció estar bien, aparte de que una de cada dos cosas que dijo sonaran más bien a locura. Tengo que hablar con esa muchacha, o hablar de ella con alguien). Jan resultó estar ausente ese día, y yo apenas podía contener mi ansiedad por irme de la oficina y estar en casa. Encima, John Hain no estaba visible, y al entrometido de Wark lo habían llevado al Hospital Odontológico (prácticamente en camilla) para que se ocuparan del horripilante y profundamente misterioso estado de su boca, de modo que me resultó sencillo largarme tranquilamente a las cinco.

Había entrado en el piso y me estaba quitando la chaqueta y repeinándome un poco cuando Gregory llamó desde arriba en tono lastimero.

—Terry..., ¿eres tú?

—Claro.

—Sube —gimió.

Esperaba encontrarlo trágicamente desparramado sobre el lecho, o intentando con mano crispada llegar hasta esa última píldora vital; pero en realidad estaba reclinado con un aire extrañamente cómico en lo que denomina su *chaise-longue*, con los brazos sobre los volantes de su túnica oriental de paje invertido, y con aire, como dicen, de estar plenamente compadecido de sí mismo. Era una noche despejada, y numerosos aviones cruzaban alegremente el cielo vacío.

—Hola —dije—, ¿cómo estás? ¿Qué tal ha sido el día?

—¿Qué día?

—Ha sido malo, ¿eh?

—Absolutamente horrible. Esta mañana me parece tan lejana como mi niñez.

Estoy tan débil que no puedo hacer nada para pasar el tiempo. Por lo tanto, el tiempo no pasa.

Bastante escaldado después de aquella agradable lamentación, que sonaba rigurosamente ensayada, casi se me cae la bolsa de la tienda de licores al oír que Gregory decía seguidamente, con un deje de interrogación en la voz:

—Terry, quédate aquí arriba esta noche y alégame un poco. Venga. No te imaginas lo deprimido que estoy. Háblame de tu día, por ejemplo. ¿Qué tal ha sido? Pero sírvete una copa y siéntate como es debido. Cuéntamelo todo, desde el momento en que saliste de casa hasta el momento en que volviste a entrar. Bien. Saliste a la puerta. ¿Qué pasó a continuación? Por Dios, ya me siento mejor. Cuéntame...

De modo que le conté el día, obediente a mi política habitual de hacer que todo suene ligeramente más humillante y sin perspectivas de lo que realmente es (con intención irónica, y para no desilusionarlo acerca de su propio trabajo, que parece espantoso, a pesar de las terribles insinuaciones de Greg, según las cuales en cualquier momento podría heredar el negocio entero), haciendo recuento de mis modestas vicisitudes, exponiendo ese segmento de mi vida a su oblicua y sólo a medias curiosa mirada, dejando al descubierto las trilladas aflicciones de mi existencia para entretener durante una hora de su noche a un príncipe enfermo. Después jugamos al *backgammon* (gané yo, una fruslería —dos libras cuarenta—, pero él jamás paga, y a mí no me importa), nos comimos las brochetas que yo salí a comprar (invité yo), miramos televisión, conversamos.

—Cuando estés bien de nuevo, Gregory —dije, descorchando mi segundo litro de Château Alcohólico—, ¿me harás un favor? ¿Me dejarás el piso para mí solo por una noche?

—¿Y con qué objeto? —preguntó él, aparentando darse aires, y sorbió un poco de su agua mineral. Era tarde, y para entonces éramos nuevamente amigos.

—Bueno, en realidad estaba pensando en recibir aquí a una joven amiga.

—Ah. ¿Quién? ¿La joven Joan?

—No es Joan, tonto. Es Jan.

—Sí, es bastante agradable, debo admitirlo. ¿Todavía no te la has...?

—¿Has perdido el juicio? Quiero decir, no. ¿Y dónde, en todo caso? Vive con sus padres en las afueras.

—Sí, comprendo. ¿Pero te ha dado ella algún motivo para creer que podrías tirártela si dispusieras de un espacio cerrado y de un jergón donde echaros? Debo decir que no parece la clase de chica a la que tengas que llevar a la ópera demasiadas veces.

—¿Qué quieres decir?

Entonces, él dijo:

—Con *ésa* no vas a tener ningún problema. Ha estado jugando a pelar el

salchichón desde que tenía cinco años. Siempre se nota. Dios, si la noche en que la trajiste aquí y yo estaba echado en la cama... Nunca he visto nada tan descarado. Podías *olerlo*. Te lo aseguro, Terry, estaba tan húmeda que goteaba.

Y por un momento fue él el que pareció insano y abominable, y si yo hubiera podido disponer su muerte, lo habría hecho allí y entonces, con un mero chasquido de mis dedos.

—Por *Dios*, Gregory —dije—, ¿de qué demonios estás hablando?

—Déjate de timideces, estúpido. No hay ninguna pega con chicas como ésa. Se trata de llegar antes que otro.

—Que no serás tú, ¿eh? —repliqué con rapidez—. Prométemelo.

—Oh, no seas tan pusilánime.

—Prométemelo.

—Oh, está bien. Ahora hablemos de alguna otra cosa.

—De Úrsula.

Gregory se volvió.

—No quiero hablar de Úrsula —dijo.

(II) ¿Qué otras cosas te ocurrirán ahora que eres mayor?

GREGORY

El verano viene en firme de camino, me revienta constatarlo. Un par de palmos de sol ordinario me hacen despertar acalorado cada mañana en mi vasto lecho. Las tardes vacías llenan el mundo de fatiga playera mientras el sol completa su lenta travesía elíptica por el cielo. Al anochecer, en el tenue resplandor final, el contorno del horizonte visible tarda una eternidad en formarse, como si el día de sonrisa inane le hubiera extraído toda la vida, todos los secretos. Las ciudades son cosa de invierno.

Y yo he pillado una gripe, lo cual creo que es una putañera injusticia, teniendo en cuenta que tomé todas mis vitaminas a lo larga del invierno y que rechacé con éxito los inmundos microbios étnicos que se hartaron de machacar a Terence y todos los demás. Se trata, además, de una gripe que es como una pequeña arma perversa, la gripe más mañosa y tenaz que haya convertido mi cuerpo en su hogar. Hace cinco días me desperté con el cuerpo lleno de un agua densa, como si mi masa interna se hubiera condensado de la noche a la mañana. Al principio, confinado entre los cojines de satén, le eché sin mucho convencimiento la culpa a los excesos alcohólicos y alucinógenos de la noche anterior (Muscadet<sup>[8]</sup> y mescalina ingeridos con demasiada liberalidad). Asimismo, eché la culpa a la expansiva aureola de lasitud y disgusto que fue huésped postrera de mi memoria esa misma noche (Adrian y la pelirroja tomados

con demasiada liberalidad). Pero cuando intenté erguir el cuerpo para salir del lecho, una enorme mano oscura salió por detrás y tiró de mí nuevamente hacia las almohadas. ¡No podía moverme! Por suerte, Terence estaba ocupado en la cocina — sin duda, fue su pasaje lo que me despertó—, de modo que lo llamé a voces y le hice telefonar inmediatamente al médico, prepararme el desayuno, salir disparado a comprar los periódicos, alcanzarme la mesa de juego, y, en términos generales, ponerme confortable. Tuve que llamar a la galería personalmente: la Styles atendió gruñendo, y repitió una y otra vez lo «inconveniente» que resultaba todo aquello. Perra. (Por su parte, Willie, nuestro médico de cabecera londinense, estuvo, por el contrario, muy afable y tranquilizador, y me dio montones de esas fuertes píldoras para dormir que a mí me gustan). ¡Y desde entonces ando completamente flojo! ¡No tengo fuerza ninguna! Las montañas se parten cuando me llevo la taza a los labios. El edificio contiene la respiración cuando estiro el brazo para coger la bata. Ir hasta el cuarto de baño es una caminata de insomne a través de insospechados pasillos y aposentos rúnicos.

Estoy muy aburrido. He leído todos los libros legibles que hay en el piso —sin excluir algunos de los espeluznantes estantes de Terence—, y tener paciencia es una ocupación excesivamente cansada. Me paso el día mirando el teléfono, pero el aparato se limita a brillar, con los brazos cómodamente cruzados. Skimmer está en el extranjero y Kane está totalmente dedicado a ese banco suyo. Llamé a Adrian, que dijo que me lo tenía merecido, y farfulló estupideces acerca de todo el asunto. Susannah declaró que no quería contagiarse, y al distinguido Torka, por supuesto, no podía ponerlo en peligro. Ayer, por la tarde, en un momento en que sentía una particular lástima de mí mismo, telefoneé a Mamá, quien, naturalmente, me ofreció venirse a Londres en el primer tren; pero después de una prolongada charla acerca de su chalado cónyuge —ahora son perforaciones—, me sentí capaz de aguantar yo solo. Una gratificación: con esa misteriosa intuición, con esa casi sobrenatural empatía que siempre ha existido entre ella y yo, Úrsula me telefoneó *la misma mañana en que me atacó la gripe*. Ha estado viniendo todos los días a prepararme el almuerzo, arreglar mi cuarto, acomodarme las almohadas y lo que sea. Está maravillosamente en forma, y a veces, si coincide que ella ande alrededor de mi lecho, ocupada en fruslerías, y que yo me sienta con ánimo más bien retozón, me aferró a sus diminutas caderas y nos revolcamos luchando gozosamente, como antaño. Pero durante el resto del tiempo, estos lentos días de primavera estamos sólo las ventanas y yo, el desvaído e inmovible mundo de techos y cielos, y los latidos de mi corazón.

Tal vez sea, pues, como consecuencia de ese estado de ánimo de falsa humildad provocado por la enfermedad y el aislamiento, que he empezado a admitir la presencia de Terence aquí arriba por las noches.

Son las seis. Se me ha pasado ya todo vestigio de somnolencia que la tarde pudiera haber inducido, y ahora miro abstraídamente por la ventana del ático. A intervalos de noventa segundos, los aviones de hojalata se elevan titubeantes por el aire sereno. La habitación se oscurece y no me muevo para encender la luz. El mundo se acurruca y muere. Sólo perviven los recuerdos. El silencio crece y crece sin parar, como si en cualquier momento fuera a estallar en una áspera carcajada.

Terence llega a casa: el suspiro del ascensor, sus pasos decididos que se aproximan, el saludo de su llave en la cerradura, el arco de luz que trepa la escalera cuando él enciende la lámpara del vestíbulo y se despoja ruidosamente del chaquetón, paraguas, cartera.

—¡Greg!, ¿estás despierto? —llama él.

—Eso creo —respondo yo.

—Hola. ¿Cómo estás? ¿Cómo te sientes?

—Sube.

Bastante conmovedor. Mi enfermedad parece hacerle más fácil a Terry el expresar todo su genuino interés por mí. Todas las otras cosas que entorpecen nuestras relaciones, toda la envidia, la admiración y el culto al héroe, se han retirado por el momento a un segundo plano.

—¿Qué tal ha ido el día? —pregunta mientras trepa laboriosamente y echando los bofes por la escalera, de modo que va entrando en mi campo visual como aparece una figura en la pantalla cuando se hace avanzar lentamente la película: el rizado cabello rojizo, el rostro (que por lo menos parece bastante honesto y decente, quitando esos desagradables ojos exaltados), los hombros cuadrados y la parte superior del torso, la mancha redonda de pis en la entepierna de los vaqueros, las piernas increíblemente cortas (estoy asombrado de que lleguen al suelo), los «zapatos».

—Largo y aburrido. ¿Y el tuyo?

—Largo y aburrido. Excepto ese ratito por la tarde en que...

Y ya está lanzado: lanzado a relatar alguna febril anécdota acerca de uno u otro de los cretinos, patanes e impostores que trabajan en ese horrible basurero suyo. Terence los imita bastante bien, y a menudo me divierte con cuentos escasamente creíbles acerca del resentimiento y el obstruccionismo que caracterizan su extraña e insignificante existencia (la firma está por fusionarse con Malvivientes Unidos: todo ello suena risiblemente escuálido). Él bebe ese vino suyo que no hay quien trague y me trae mi Tío Pepe o Abroja con hielo picado, le hago prepararme una tortilla —o lo mando ir corriendo, tan rápido como le permitan las piernas, a comprar bebidas y *kebab* en las tiendas de Queensway—, miramos la televisión en mi potente Grundig, le gano unas libras al backgammon (mi juego es rápido, fluido y agresivo, el suyo paranoide y torpe), él sigue bebiendo, jugamos al ajedrez, charlamos.

—Dime —le pregunté la otra noche— ¿has progresado algo con Joan?

—No es *Joan*. Es *June*.

—June, pues —murmuré. Estaba armando un ingenioso ataque contra el flanco izquierdo de Terence. Él se había enrocado y, como siempre, tenía todas las piezas inutilizadas alrededor del rey.

—Bueno, no he tenido muchas ocasiones. Casualmente iba a hablarte de algo que tiene que ver con eso.

—¿Ah, sí? —Puse en juego mi segunda torre, desvelando una deliciosa combinación con el alfil de blancas.

—Me preguntaba si, cuando estés restablecido, podrías dejarme el piso para mí, sólo una noche.

—Supongo que podría arreglarse. —Para entonces el rey de Terence había sido arrancado de su casilla y estaba atravesando el tablero en diagonal en dirección a mí—. Doy por descontado que estará dispuesta. A mí me parece que es pan comido.

—Gregory —dijo Terence con rostro grave—, ¿me prometes una cosa?

—¿Qué cosa? —Interrumpí una serie brutal de jaques para capturarle la dama con mi caballo.

—Que no intentarás ligar con ella.

—Oh, no seas tan pusilánime. Ni tan ridículo. Yo no me acuesto con las clases bajas. Y ahora hablemos de otra cosa.

—Muy bien. Hablemos de...

—Mal jugado —dije calmamente—. Grigoric sugiere tomar el peón.

En mi opinión, claro, la idea misma de que Úrsula se viniera a Londres de esa manera fue completamente descabellada, y pienso que Mamá debió haber puesto en su sitio al señor Dick de un modo bien tajante, la primera vez que éste fraguó su pequeño y enrevesado plan. De una manera u otra, sin embargo, gran parte de la vida en Rivers Court ha estado sujeta a remodelar, interceptar o a veces nada más que «acomodarse a» los banales caprichos de mi padre, simplemente para que las cosas se hagan. Que la familia necesita unas vacaciones y todos acordamos ir a Grecia: pues dejamos junto a su lecho un libro o un folleto que hable de su clima, y a la mañana siguiente él está blandiendo el teléfono y haciendo las reservas a grito pelado. Que de pronto le entra la pasión por la carpintería y la artesanía: pues en lugar de permitirle que canibalice el mobiliario francés, lo ponemos a ayudar en la ya iniciada reparación del maderamen del granero, donde queda en ridículo de un modo inofensivo ante los encorvados carpinteros del pueblo. Y así, cuando manifestó que iba a necesitar una secretaria para aquel absurdo libro suyo —creo que el proyecto ya ha sido abandonado— pudo parecer ingeniosamente oportunista ofrecerle a la propia Úrsula como futura auxiliar. Por lo menos ella obtendría algún tipo de cualificación, lo cual

como todos sabemos «ayuda» mucho hoy en día, y el plan por lo menos descartaba la insoportable idea de tener a alguna bruja bien pagada todo el día en la casa sin hacer nada. El viejo fue tan fácil de enredar como siempre, y en realidad Úrsula estaba bastante menos entusiasmada que él cuando fue despachada hacia el Gran Absceso. Eso fue hace seis meses...

Durante la fase de semidelirio de mi enfermedad soñé con ella casi permanentemente, unos sueños penosos y entristecedores que me dejaban con una sensación de pérdida irrecuperable, como si mientras yo dormía en el mundo se hubiera estropeado algo que ya no podría volver a arreglarse. En ocasiones me despertaba durante sus visitas reales al piso (tiene su propia llave, la muy amorosa) y era incapaz de discernir si era ella en carne y hueso, y me ponía a hablar sin sentido —todas las palabras en la letra A de los sueños— hasta que ella venía apresuradamente a mi lado. Una mañana de la semana pasada, el espectáculo de mi sufrimiento la afligió tanto que se derritió en lágrimas; yo sostuve su cuerpo dolorido y tembloroso entre mis grandes brazos, mientras sus huesos se contraían de agotamiento y yo observaba cómo los habilidosos sueños nuevos se ordenaban una vez más sobre el blanco del techo.

No soporto soñar con sus pequeñas noches desvalidas allá al lado del río, aquel distrito solitario de edificios altos y apartados y la parduzca superficie lustrosa bajo la cual discurre el Támesis nocturno, esa destartalada pensión que parece entablillada con las tuberías de desagüe, detrás de cuyas amarillentas ventanas se agitan los espectros de pálidos factótums, arrugadas mecanógrafas y estenógrafas sumergidas. Ella es demasiado delicada para habituarse a aquel ambiente: a las bandejas rotuladas en la nevera, a los cuartos con tres camas asimétricas (que nunca quedan bien, parecen salas de hospital), las prendas íntimas y los restos de maquillaje encontrados por cualquier parte, a la pueblerina chabacanería de todo aquello.

Cuando solía venir a mí, de noche (lo sueño diariamente), en el mundo perdido de la infancia en Rivers Court, era con un lento giro del pomo de la puerta, la delgada estela de luz del rellano jugando sobre la silueta alerta y esquelética que envolvía el camisón, la rápida mirada vigilante por encima del hombro, que me descubría su cabello, el leve salto felino para aterrizar de rodillas junto a mi almohada, y el escurrirse nerviosamente dentro para en un solo movimiento cambiar el camisón por mis sábanas, dando lugar —entre su tibio aliento y su piel fría y mi aliento frío y mi piel tibia— a un gradual fenómeno de ósmosis.

«Éxito», susurraba ella. «Eres una niña muy lista», susurraba yo a mi vez. Antes, durante y —si bien menos regularmente— transcurrida mi pubertad, y después, al final, durante la de ella, incurrieron hermano y hermana en aquellos pueriles placeres, hasta que el tiempo dio un paso atrás y dio lugar a aquella tarde inesperada.

Desde luego, la pubertad llegó para mí como una intensa y emocionante

bendición. Una determinada semana mi voz tenía un timbre atiplado, y a la siguiente su tono había descendido insensiblemente a su actual y meliflua coloración de bajo; esta semana mis genitales constaban de bolsa y pitorro como los de cualquier chico de mi edad, y a la siguiente, mis atributos viriles, adornados ahora por una sedosa pelambre, se erguían licenciosamente en la bañera y en el dormitorio; esta semana había en mis movimientos físicos toda la gracia natural de un niño saludable, y a la siguiente habían adquirido plenamente el dominio y el sosiego de los de un adulto atlético. (En previsible contraste, el tránsito de Terence a la edad adulta fue la habitual pesadilla de tres largos años de zapatos apretados, granos como volcanes, gallos que le quebraban la voz y poluciones nocturnas).

Bien, nunca he estado realmente seguro de cuánto tiempo le llevó a Úrsula notar la diferencia. En nuestras inexpertas noches compartidas se habían hecho a menudo conspicuas, como es natural, ciertas, inquietantes tumescencias por mi parte, y yo había gozado de numerosos orgasmos preadolescentes provocados por los moderados auspicios inquisitivos de Úrsula; pero hasta entonces no había habido absolutamente nada de carnal en ello. *Ustedes* lo entienden: nos manoseábamos exhaustivamente, nos examinábamos mutuamente las partes íntimas con una especie de fascinado horror; me parece recordar que había muchísimo frotamiento de pelo. Curiosamente, nunca nos besábamos. En toda mi vida jamás he besado a mi hermana: no en los labios, no en esos labios.

«Gregory», me dijo ella una noche, «te estás poniendo horrible y peludo ahí abajo». «¿No te gusta?», le pregunté. «Bueno», dijo ella, divertida, «lo prefería pequeño y suave. ¿Qué otras cosas te ocurrirán ahora que eres mayor?». Pues bien que se lo mostré a la descarada. «Mira qué tamaño de cosa», dijo, «que simpático». Un mes después, su húmedo rostro delgado asomó de debajo de las sábanas; con la barbilla apoyada en mi pecho, frunció el ceño. «Creo que es muy nutritivo», musité sonriendo. Ella arrugó la nariz, gesto que en ella indicaba incertidumbre más bien que desagrado. «Me acostumbraré, probablemente», dijo, y agregó: «¿Qué harás cuando me ponga como Mamá?». Pero yo ya había empujado a mi chica de nuevo debajo de las sábanas y yacía de espaldas con las manos unidas detrás de la nuca, mientras los pájaros de Cenicienta incitaban a la aurora a asomarse más allá de los desgastados bordes de la ventana, y mientras mi hermana vertía sobre mi estómago el salitre de sus lágrimas sacramentales.

¿Por qué llora tanto ahora? ¿Por qué otra cosa puede estar llorando, sino por el perdido mundo de nuestra infancia, cuando no parecía importar lo que hacíamos?

Tumultuosa escena a mi retorno a la galería. Cómo se las arregla sin mí esta simple y buena gente por una fracción de segundo, es un total y perenne asombro.

Fue, supongo yo, más por puro aburrimiento, que en virtud de una recuperación

notable, que me levanté de mi lecho de enfermo. También por la impertinente de la Styles, que había estado molestando del modo más imperdonable: majaderas llamadas telefónicas, supuestamente humorísticos tarjetones de que-te-mejores-pronto, de impresión previsiblemente ordinaria, y creo que incluso llegó a mencionar un recorte en mi bonito salario si no me reintegraba inmediatamente. Y encima, Terence —el persistente atento, cargante Terence— ha estado importunándome tiernamente para que me ponga bien, con vistas a su inconmensurablemente cómica apuesta de seducir a esa buscona de June; en función de lo cual he convenido provisionalmente en quedarme hasta tarde en lo de Torka una noche a fines de la semana que viene. Lo que es justo, es justo: yo comprendo perfectamente la postura del muchacho... de lo sublime a lo ridículo y suma y sigue.

Elegí un viernes para reintegrarme al trabajo, con objeto de darme un fin de semana para recuperarme. Vestirme de pies a cabeza tan temprano me resultó extraño, ejemplar, como vestirse para un baile o una cacería imaginarios, o como prepararse a una hora imposible de la madrugada para el comienzo de un día festivo. Por el momento lo encontré agradable y fue excitante el contacto con mi ropa cara, por tanto tiempo intocada. Afuera parecía hacer calor. Me puse de pie, maravillado, otra vez vivo.

«¡Buenos días, señor, buenos días!», exclamaron obsequiosamente los cobistas del ascensor y la recepción. «Me alegra verlo nuevamente en pie, señor», dijo el portero, sosteniendo respetuosamente la puerta abierta mientras yo la trasponía con paso majestuoso.

... Jesús, qué rápidamente cambia el mundo actualmente... ¿Cuánto tiempo puedo haber faltado? ¿Dónde estoy: Munich, Florencia, Calcuta? Entre el ronquido de los autobuses y los vestíbulos repletos de los inesperados hoteles parecen reunirse y dispersarse razas enteras, culturas completas. Mientras voy andando como un extranjero, como un Rip Van Winkle, por esa calle de diáspora que es Moscow Road, paso zizagueando por entre ruidosas y alegres penínsulas de paquistaníes, dejo paso a nutridas cohortes de jadeantes rubiales escandinavos, supero el obstáculo de la carga completa de un Jumbo de cansinos caminantes itálicos, transito de contrabando a través de vastos continentes de trabajadores inmigrantes del Oriente Medio. Cubos de basura dados vuelta y carretillas de verdura volcadas vomitan por doquier sobre el pavimento; las bolsas de basura se amontonan como prostitutas contra los escaparates de las tiendas; furiosas palomas, demasiado gordas para volar, protestan vocingleras en medio de la mugre. Doblo para internarme en Queensway, y podría encontrarme en cualquier parte. Un negroide de chocante pelambre vende zumo fresco de naranja con una colorida nevera rodante. Al otro lado de la calle la fachada cubierta de carteles de un edificio nuevo anuncia CAMBIO-WECHSEL-CHANGE-24 HS (Me pongo a buscar un cartel que diga SE HABLA INGLÉS). Todas las personas que hay

en la calle andan con un mapa en la mano.

Después de aquello, el metro es casi un refugio: completo el variado y estruendoso viaje apretujado en un vagón atestado de gente, especulando con divertido distanciamiento si esta gente puede realmente ser de mi misma especie (son ustedes *tantos*. ¿Qué va a ser de ustedes? ¿Cómo van a arreglárselas?). Las áreas mejor conservadas de Mayfair, con sus americanos como bañeras, sus costosas mujeres y sus escaparates aterciopelados, me proporcionan cierta tranquilidad mientras compro mi tulipán y subo sin prisa por Albermarle Street hacia Berkeley Square. Allí está la galería, la Galería de Odette y Jason Styles, el sitio donde trabajo.

—¡Gregory! ¿Cómo se escribe «metamorfosis»?

Los pobrecitos se preguntan cómo han podido funcionar sin mí. Sentado en mi escritorio, intentando sofocar un incontrolable ataque de risa, yo me pregunto cómo pudieron siquiera *empezar* sin mí.

—Eme, e, te, a... —consigo articular.

¿Saben ustedes qué han hecho mientras yo estaba ausente con gripe? Únicamente encargar, montar y colgar una horrible, espantosa...

—¡Gregory! ¿Cómo se escribe «eutanasia»?

—E, u, te... —digo jadeante.

... muestra unipersonal de *un decorador de interiores de Bond Street*.

Al entrar me encontré las paredes vandálicamente estropeadas por unos abstractos de la que yo llamo Escuela Forzosa («pinto abstractos, por fuerza, de modo que nadie, ni siquiera yo, pueda decir que no sé pintar»), horribles emplastos calidoscópicos en marrón y ocre, con una especie de...

—¡Gregory! ¿Cómo se escribe «extraterreno»?

—E, equis, te... —gimo yo.

... con un burdo motivo oriental que provoca en el espectador normal una inclinación a pensar que necesita ir al oculista o hacerse examinar del estómago, un acceso de náusea existencial, un desvarío insultante para...

—¡Gregory! ¿Cómo se escribe «embrionario»?

—E, eme, be... —digo en tono implorante.

... las esperanzas y los sueños más íntimos de uno. Me encaminé tambaleante a través de la galería hacia la pestilente cueva de los Styles, vi que el Creador, el Autor Máximo en persona, estaba allí, preocupadamente encorvado sobre el borrador de catálogo; la hirsuta Abuela Styles permanecía a su lado expectante, y Jason maniobraba torpemente con unas tazas detrás de ambos. Aparentemente, al pequeño y agorrinado falsario le preocupaba muchísimo el catálogo, en parte porque no se le ocurrían «títulos» para los rectángulos de basura homogénea que actualmente tapizan

las paredes de la galería.

—Pens... semos —dice—. ¿Qué tal «Sensualidad» para éste. O para ése. O para aquel otro?

Yo me escabullo hacia mi escritorio, a riesgo de que Madame Styles me pegue un grito si...

—¡Gregory! ¿Cómo se escribe «esquizofrenia»?

—Oh, ésa va a tenerla que buscar en el diccionario —dije hastiado.

La exposición es un fiasco, desde luego. Durante toda la semana siguiente la galería permanece desierta, salvo el raro nipón de mirada extraviada en quien las telas parecen despertar una momentánea angustia de naturaleza tribal. Odette y Jason están deprimidos. Están perdiendo más dinero que de costumbre. Se pasan todo el día en su agujero, y yo oigo sus mórbidos cuchicheos. El decorador de interiores viene ahora con menos frecuencia; nadie intenta parecer alegre cuando él se empeña.

Pero la semana transcurre lentamente. Yo no tengo nada que hacer. Me estoy aquí sentado en mi escritorio acristalado mientras la tarde se estira y bosteza, y para cuando llego a casa me siento cansado y desdichado, por lo que no salgo.

Los sueños no se han ido. Una vez me desperté sobresaltado y me hallé en la galería, que tenía un aspecto chillón y falso, como un sueño de otra clase. De modo que me quedo aquí sentado, con el febril sabor de herrumbre en la boca, enfermándome otra vez, debilitándome gradualmente, hasta que acabe la semana.

## 6: Junio

(I) Muy muy muy ocupado. La verdad, no sé por qué armo tanto alboroto.

TERRY

Faltan veinticuatro horas. Ahora, veamos.

Gregory no quiere hablar de Úrsula. No lo culpo. Si fuera mi hermana, yo tampoco querría hablar de ella. Da la impresión, me temo, de que ha empezado a volverse loca. Y además sabe, lo mismo que mi hermana siempre supo.

Claro que en la familia de *él* siempre ha habido mucho de eso. (Debe haber también un poco en la mía, supongo, pero yo me siento completamente al margen: lo mío viene de fuera). El padre de Greg, por ejemplo, y en opinión de casi todo el mundo, está chiflado, aunque de un modo completamente benigno y cómico (yo diría que es un maniaco depresivo que nunca se deprime. Todo lo que se relaciona con él es despreocupado, incluso sus ocasionales ataques cardíacos. Le tengo simpatía: siempre ha hecho todo lo posible para facilitarme las cosas). En mi opinión, la madre de Greg también está bastante loca, aunque vaya usted a decírselo a *ella* (yo diría que es ligeramente paranoide, con tendencia a la manía del orgullo más que a la de persecución. No me cae muy simpática: siempre ha sido responsable y correcta conmigo, pero nada más). Y ahora también la hermana de Greg, Úrsula, se está volviendo loca: está «contrayendo» esquizofrenia, de un modo bastante parecido a cómo otras personas contraen la fiebre del heno, o enriquecen de golpe, o se arruinan. Yo la quiero (y ella a mí, creo, lo cual es buena prenda de mi singularidad), pero no tengo la menor idea de qué hacer acerca de ella. El mismo Gregory se ha mostrado siempre muy despreocupado en cuanto al tema, con tendencia a sacudir los esqueletos ocultos en el armario de la familia más que a mantenerlos encerrados. Siempre ha gozado relatando las proezas de *tonto* de sus antepasados, especialmente las de su bisabuelo, a quien —entre otras peculiaridades— solía gustarle dormir en el establo; y que una vez destrozó dos habitaciones de la casa y excavó grandes espacios del jardín, en busca de una canica extraviada, que más tarde fue descubierta en su zapato. Brillante. Sospecho además que a Gregory la locura le parece un rasgo de distinción, como la gota o el incesto. Si disfrutas de suficiente respaldo familiar y económico (sostiene esa teoría) *da igual* que estés loco, puesto que de todos modos, nada de lo que hagas importará jamás un carajo. Bueno, las cosas ya no son así, tío. El mundo cambia. Tú no tienes respaldo, tu padre ya no es rico, y de pronto lo que haces cuenta. La locura no habilita a nadie, en estos tiempos.

Ahora ha pasado algún tiempo. Faltan veintitrés horas. Supongo que yo también voy a probar la locura si las cosas no funcionan bien mañana. Todo parece estar perfectamente arreglado. Mantengan los dedos cruzados por mí, ¿quieren?

Mi hermanastro está de nuevo en pie, si bien un tanto abombado. Hace ahora una semana, cuando pasé a verlo antes de irme al trabajo, lo encontré tan satisfactoriamente maltrecho como siempre, gimiendo cuando descorrí la cortina y asomando apenas una mano para rechazar la taza de café instantáneo que me había tomado la molestia de prepararle. Pero ¿qué sucede cuando regreso a casa esa noche? Que allí está, demacrado y con exceso de ropa, recorriendo de un lado al otro la habitación con paso vacilante. Yo expresé mi sorpresa, lo cual lo irritó, y a continuación le pregunté si se sentía mejor. Greg dijo que no era tanto que estuviese mejor como que estaba demasiado hastiado de su enfermedad para continuar tolerándola. Añadió algo así como que la galería «ya no podía pasarse sin él», y manifestó que proyectaba ir a trabajar al siguiente día. De hecho tenía un aspecto tan terriblemente jodido, que supuse que los señores Styles (cuyas respectivas madres, por lo que sé e imagino, soplan pollas en el infierno; quiero decir que ellos no parecen tremendamente agradables) lo han estado apremiando para que se reintegre. Esta noche subí al piso de arriba y, después de adularlo un poco, le pregunté si nuestro plan permanecía intacto.

—¿Qué plan? —preguntó él.

Yo repetí mi sueño de que él pudiera quedarse fuera hasta por lo menos las doce, la noche siguiente.

—Oh, y no vengas a mi cuarto cuando regreses —agregué. Él estuvo nuevamente de acuerdo, meneando la cabeza con aire divertido y amistoso. Jesús, pareció dudoso, pero ahora ya estamos casi allí y estoy completamente seguro de que él mantendrá su promesa.

Está todo arreglado.

A partir de la memorable y lacrimosa borrachera inducida por Rosie, ha habido en la oficina, entre Jan y yo, abundancia de improvisadas y alegres bromas acerca de nuestra «gran salida nocturna», nuestra «noche de jolgorio» o «nuestra juega». Que incluiría ir de copas a algún sitio caro, cenar en un lugar elegante... «¡oye, podríamos también ir a algún espectáculo!», había bromeado el Aprendiz en respuesta a unos irónicos sonidos arrulladores de Jan. Y entonces, en una ocasión, en el pub, reuní valor para decir:

—Y me aseguraré de que Gregory esté fuera, para que podamos tener el piso para nosotros...

Y entonces, en vez de irse del pub, en lugar de borrar de un sopapo la maliciosa mueca dibujada en mi rostro, en lugar de gritar: «¿Te asegurarás de qué? ¿Qué te

hace creer que voy a ir allí contigo, tío?», en vez de eso, se inclinó hacia adelante y susurró:

—Y yo les diré a mis padres que me quedo a dormir con una amiga en Chelsea, así no tendremos que preocuparnos por lo del último tren.

No tengo inconveniente en decirles que aquello me chocó. Quizá después de todo Gregory tuviera razón, quizá ella se acuesta con cualquiera. Quizá no tuvieras más que invitarla para que se fuera a la cama contigo. («¿Vamos?» «Ajá»). O quizá realmente le gusto. ¿Ustedes creen que hay alguna posibilidad?

Faltan veintidós horas. Por el momento lo que me preocupa es la limpieza. Es obvio que necesitaré un baño maratoniano, e incluso juego con la idea de dormir en la bañera. Jan y yo vamos a salir pavoneándonos directamente del trabajo (resulta que tomaremos unos cócteles en el Bar Royale, un sitio donde te adelgazan la billetera, es cierto, pero tengo entendido que es tremendamente sexy), de manera que no habrá tiempo para ninguna de esas pedantes y pijoteras abluciones de los instantes previos. Tal vez me lleve al trabajo una especie de neceser y lo utilice de algún modo en los repugnantes servicios (y son realmente *muy* repugnantes. Los dos cubículos están separados por tabiques no más grandes que las puertas de vaivén de una taberna de vaqueros, de modo que no sólo oyes los horrendos pedos, los «plop» y los gruñidos de tu colega de cagada, y él los tuyos, todo en alta fidelidad, sino que, cuando te aprestas a irte, es perfectamente posible que los pantalones que subas sean los de *él*, en vez de los tuyos. Es más horrible todavía cuando sabes quién está en la puerta de al lado. Wark siempre pasa allí un rato especialmente amargo).

A propósito, la moral de mi polla, que esta mañana hizo un discreto alarde de erección, por más que estimulada por la vejiga y las ganas de mear, es sorprendentemente buena, considerando que ha estado muy baja últimamente y que, bueno, hace unas semanas que no estamos en lo que G. llamaría «buenos términos». Le he dado, en todo sentido, mano libre, como gesto, en la esperanza de que la confianza que a todas luces estoy depositando en ella la estimule a mayores esfuerzos la noche señalada. Basta de importunarte: está bien, joven, tú dices que puedes hacer frente a la tarea... pues adelante. *Creo* que mi polla ha mordido el anzuelo. (Estoy hablando en voz baja, por así decir: podría espabilarse. Pero la respuesta hasta el momento ha sido esperanzadora. Después de todo, mañana por la noche estará en juego todo su prestigio). Mi cuarto está soberbio desde que arreglé cuentas con la papelera. Hasta veo que tengo una cama doble.

Entre las ocho y media y las nueve tuve un rato de evasión, bastante placentera por cierto, que me dejó las mejillas encendidas y un hormigueo como después de un estornudo; y luego me escabullí a la calle (arriba estaba todo tranquilo) a caminar, a comer tal vez, quizá en busca de alguna otra de quien enamorarme, por si las cosas salieran mal. Las arcadas de Queensway, con su iluminación a sodio, bullía de rostros

variados y parlanchines de extranjeros que disfrutaban su estancia o de los que ahora realmente viven allí, en esas viviendas sucias y fácilmente combustibles cuyas plantas superiores, pobremente alumbradas, forman un chillón entresuelo encima de las fachadas de las tiendas (esto fue una vez una calle, con casas). Una negra en camiseta a rayas verdes y con los pechos más grandes, palabra, que le haya visto jamás a nadie, va andando junto a su amiga que parece una expósita, aunque voluminosamente preñada. En la acera opuesta una pareja baila indolentemente con la débil música de un guitarrista callejero. Al pasar por delante de la tienda de mi más cercano proveedor de pornografía —regentada por un griego avariento que la tiene abierta prácticamente todo el día—, veo a una mujer muy vieja parada tranquilamente entre los expositores ubicados en la acera: por un momento queda enmarcada en un fantástico montaje de senos colosales y provocativos traseros. Fisgón entrometido. La verdad, no sé por qué armo tanto alboroto.

Habiéndome decidido, después de una madura reflexión, en contra de la hamburguesa, así como de la pasta, la pizza, los pasteles y las empanadas —en contra de cualquier variedad «para llevar» de cualquiera de ellas—, me encontré entrando en The Intrepid Fox, el relativamente siniestro pub de Moscow Road que despacha a cada cual su Variedad Exclusiva. La Variedad Exclusiva, potente cerveza casera muy apreciada por mis ubicuos contemporáneos cuasi-alcohólicos, sabe a jabón y te deja completamente mamado y *tonto* desde el instante mismo en que toca tus labios (estoy seguro de que cuando se conozca la verdad acerca de estas «variedades», cuando descubramos lo que realmente nos han estado haciendo, cosas como la tragedia de la talidomida van a parecer bastante insignificantes en comparación). Para las diez de la noche, todo el mundo en The Intrepid Fox está bailando, peleando, llorando o las tres cosas juntas, tal es el patético paradigma de borrachera inducido por esa cerveza. «En mi pub nunca hay problemas», le he oído decir al tabernero de mejillas color tomate, para añadir, bajando prudentemente el tono, «excepto, por supuesto, con las Variedades Exclusivas».

Pensé en tomarme una sola, para combatir el frío. Lo hice, ya lo creo que me resultó vigorizante.

Mientras el tabernero me servía alegremente la segunda, pensé: éxito. Va a ser un éxito. Puede que mi polla no esté en una forma estupenda actualmente, pero —¡oh, Señor!— nos queremos, Jan y yo. Tenemos sentimientos en común, gracias. Perdón, pero sucede que no estamos hasta ese punto interesados en el sexo urgente, apremiado, de los años setenta. *Oh* no, amigo, eso no es lo nuestro. Aun cuando yo falle, aun cuando la polla se me retraiga irreversiblemente, la noche será un *éxito*, de todas maneras.

Mientras el tabernero, solícito, me servía la tercera, pensé: ... pensé en las extraordinarias cantidades de ternura contenidas en el mundo, en todas las

inadvertidas reservas de buena voluntad y deseo de agradar cotidianos, en la nobleza y el dolor implícitos en el hecho de crecer y no volver jamás a ser joven. Pensé en la terrorífica belleza de las nubes, en la esponjosidad de los gatitos, en niñitas de ojos inmensos.

Mientras el tabernero me servía anónimamente la cuarta (y mi primera lágrima de la noche golpeaba el mostrador junto a mi copa), pensé: Oh, Dios, ¿por qué tiene que ser tan difícil? ¿Por qué tiene que ser así de duro? Ese pobre jodido *hippie* jamás tuvo oportunidad de convertirse en otra cosa. Puede ocurrir cuando eres joven o puede ocurrir ahora, o puede ocurrir en un momento cualquiera del futuro. ¿Quién nos jode así? ¿Quién es el que se encarga de hacernos trizas?

Mientras el tabernero, empleando con deliberación sus manos violentas y gastadas, me destapaba la quinta, yo pensaba: comemierdas como tú, tío, con tu aborrecible talante imperturbable. Mira a esos mamones, pensé, girando en mi taburete de la barra y examinando asqueado a aquella gente agrupada a mi alrededor, en círculos y en filas, bebiendo, fumando, conversando. ¿Qué habéis *sentido* nunca, qué habéis *hecho*, qué ha sido *siempre* vuestra vida sino algún tipo de apetito? Mira a aquel tarado cabrón, allí, con las dos chicas... sí, sí, tú, saco de mierda... ¿qué carajo andas... quién demon... qué...?

Cuando el tabernero, tras un interludio de ruidosa discusión, aceptó finalmente venderme la sexta, pensé: voy a vomitar, mucho, en seguida. Desplomado sobre mi decreciente provisión de aquel líquido de alto octanaje, me convertí en motivo de comentarios despectivos formulados desde ambos lados de la barra. Muchacho ruin. No pude terminar mi bebida. «Fuera con él», dijo alguien, y «que se vaya con viento fresco», mientras yo salía tambaleándome a la ominosa noche, Terry el Vagabundo una vez más.

Serían, oh, las once y media cuando regresé al piso, eructando y dando bandazos. Cerré la puerta con violencia y ejecuté un gesto amenazador en dirección a la escalera. Iré a darle una tunda, iré a llorar en su hombro, iré a joder con él (el marica), sería bueno, todo eso sería bueno.

Fui por el pasillo hacia mi cuarto eructando y dando bandazos, bebí sin tapujos un trago de whisky a gollete, me desvestí, y con un montón de revistas de desnudos colocadas delante de mi arqueada figura —el puñado de papel higiénico junto a mí, las dos almohadas formando la consabida L (una como apoyo, otra como atril)— mantuve un agrio enfrentamiento con mi polla, que para empezar no tenía la menor inclinación a la tumescencia, y se mostraba sumamente hastiada e imperturbable ante todo aquello. Que te den por culo, pensé mientras el techo descendía sobre mí, sin lavar, con el amargor del whisky en los dientes, borracho, hecho polvo, sin amor, totalmente jodido.

Delicioso comportamiento, estarán de acuerdo. Algo tremendamente sexy y el preludio perfecto para la epifanía del día siguiente.

—De modo que esto es lo que se llama una resaca —dije en voz alta al despertarme. Todas las demás no habían sido resacas. Pero ésta sí.

Me quedé dormido (o más bien fui incapaz de levantarme del catre) hasta las diez menos cuarto, y tuve que correr, sin tomar café y con la cabeza de algún otro, la de algún monstruo, sobre mis hombros, al tinte, en cuyo caluroso encierro tuve que hacer cola durante diez minutos para acabar enterándome de que mi traje se había extraviado en la furgoneta. De allí a la lavandería (donde soy un chiste ambulante desde que llevé a lavar mi basura: los «pakis» me miran y sonríen), a continuación a casa, a ponerme una camisa limpia y arrugada, calzoncillos y calcetines nuevos y mi mejor ropa vieja, y luego a la calle. Una pausa para desprenderme de un espectacular gargajo en la alcantarilla (estratos de añosos venenos aguardan en mis pulmones), me precipité al humeante agujero del metro. Durante veinte surreales, nauseabundos minutos no llegó tren alguno. Cuando por fin apareció uno, estaba naturalmente lleno hasta los topes: tuve que abrir un boquete en el muro de piernas y brazos, y fui prácticamente aplastando a un anciano todo el camino hasta Chancery Lane (no sé cómo lo aguantó). Deteniéndome para tomar un apresurado descafeinado en lo de Dino, me encontré con que sólo tenía un billete de diez libras, lo cual, aparte de ganarme unánimemente el odio del personal y la clientela, me retrasó ocho minutos más. Eran las once y media cuando me introduje, más o menos en cuatro patas, en la oficina... sin ser visto, al parecer (excepto por Jan, que pareció sonreírme), para encontrarme sobre la mesa una nota del Contable: «Venga a verme, cuando llegue». Aquella coma me pareció odiosa.

—Dios mío, no sabe cuánto lo siento —dije—. No ha sido por gusto.

—A cualquiera le ocurre —dijo John Hain—. Vaya y pídale disculpas a Wark. Ha estado atendiendo sus llamadas. Y póngase a trabajar.

Me disculpé con Wark, que miró hacia el techo con un desprecio abstracto, como si mi presencia no hiciera sino multiplicar sus tareas pendientes. Después me puse a trabajar. Junto al teléfono había dos hojas de venta. Wark había omitido puntualmente marcar qué llamadas ya estaban hechas. No me atreví a reprochárselo. Empecé en la cabecera de la lista y seguí para abajo. ¿Vendía, compraba, las dos cosas o ninguna de las dos? Parecía estar en una cápsula espacial jugando unas partidas simultáneas de ajedrez con los ojos vendados. Me sentía como un animal, me sentía como un dios, me sentía como el espectro de un trueno estival.

No fue hasta las doce y cuarto que cometí mi primer error grave. Salí corriendo de la oficina y entré en el pub de la calle lateral, debajo de mi ventana, donde por alguna razón pedí un «calderero» (whisky y cerveza), que me habían dicho que era lo

mejor para la resaca. Quince segundos después estaba vomitando convulsivamente en el callejón, con la frente apoyada en un tubo de andamio oxidado. Había gente asomada para mirarme, para comprobar lo jodido que estaba. El vómito no produjo el efecto que suele atribuírsele: no hizo que me sintiera mejor. Me hizo sentir peor. Encendí un cigarrillo, cuya primera inhalación me hizo toser y arrojar cosas de por sí tan absolutamente repulsivas que volví a vomitar... independientemente, desinteresadamente, en sobrio tributo a los aconteceres en el interior de mi cuerpo. Compré una manzana (notando, tras el primer mordisco, una marca de sangre en la pulpa, de mis pulmones tal vez, o de algo terrible en mi encía, por lo cual muchas gracias) y regresé a la oficina, donde encontré (a) otra hoja de ventas, (b) un mensaje confirmando un pedido que yo no había hecho y (c) un mensaje cancelando una venta que no había efectuado. Estuve marcando teléfonos hasta las dos. Fui andando trabajosamente hasta Holborn (no tuve cara para ir a lo de Dino) y compré una empanadilla y una sopa de tomate calientes para llevar, las cuales se habían enfriado increíblemente para cuando estuve de nuevo en mi escritorio. Telefoneé hasta las cuatro. Llevé mi vaso de cartón del café vacío a los inmundos servicios y lo llené de agua tibia con jabón; uno de los cubículos estaba libre, aunque sofocante y maloliente; en el contiguo, alguien muy enfermo (que sin duda reservaba su hora de merendar para tan penoso menester) estaba desprendiéndose de unas materias que sonaban como un saco de melones arrojados a un pozo; me lavé por partes lo mejor que pude; tenía un aspecto horrible, y era consciente de ello; me lamenté un poco y retorné a mi escritorio. Estuve telefoneando hasta las cinco. Hablé con Veale, que aún quiere que haga cosas para él. Telefoneé hasta las seis. Llamé a voces a Damon (los chicos de abajo han empezado a pegarle: él se lo *busca*) y le entregué las tres hojas de venta terminadas. Me recliné en el asiento, dando vía libre a una ansiosa explosión de olorosas ventosidades retardadas y piafantes.

—Bueno, ¿qué? —dijo Jan, parada en la puerta.

Ah, pero a partir de ese punto culminante, déjenme decirles, desde esa orgullosa cima, las cosas tomaron un giro decididamente negativo, cesaron de ir como una seda como habían estado haciéndolo, y empezaron a ir de mal en peor.

Y no es que me hayan rechazado sin contemplaciones en los vigilados accesos al Bar Royale (por jodido: «Lo lamento, señor, no puedo permitirle la entrada» «¿Por qué?» «Está usted demasiado jodido»: una eventualidad que yo había previsto y contra la cual, en parte, había tomado providencias alternativas): al contrario, no hubo nadie allí para detenernos. Fuimos al Maverick Lounge, donde trasegamos numerosos Sidecars y Old Fashioneds, nos mandamos al colete varios Banana Daiquiris y Harvey Wallbangers, dimos cuenta de unos cuantos whiskys, sours, Bullshots y destornilladores, aparte de un tiento de tequila Sunrise, Vodka Gibson y julepe de

menta. Para entonces yo estaba completamente delirante, como es natural, pero todavía hablando y demás, todavía actuando como quien tiene esperanzas de poder realmente llevarse a alguien a la cama esa noche. Jan estaba alegre y jovial, y por supuesto deslumbrantemente hermosa. Después fuimos a cenar, creo recordar, en un restaurante italiano de Greek Street (¿cómo se habría colado allí?). Me esforcé en comer mucho, como refuerzo contra la turbulenta guerra de pandillas que estaba teniendo lugar en el interior de mi cuerpo, pero sólo pude ingerir una tajada de melón y un par de forzados bocados de risotto. No obstante, y con creciente y maravillado asombro, noté que Jan estaba inflexiblemente presente cuando pagué la cuenta, que seguía obstinadamente a mi lado cuando salí a la calle y busqué un taxi, todavía intransigentemente allí cuando incrusté la llave en la cerradura principal, subí en el ascensor y entré en nuestro piso.

—Ya sé —dije, encabezando la marcha escaleras arriba—. Tomemos una copa.

—¿Ahí arriba? —dijo Jan—. ¿Dónde está tu espléndido camarada?

—Mi hermanastro —dije yo.

—No estará en casa, ¿no?

—Oh no, está fuera.

—Oh no, nada de eso —dijo Gregory—. Está en casa.

«Adelante», había dicho él, «quedaos a charlar un rato conmigo».

—Muy bien. Sí, tomemos una copa juntos —dije yo, con cierta arrogancia.

—Un día espantoso. Tuve que escabullirme de la galería y volver a meterme en el sobre. Es esa gripe otra vez.

—¿Y qué hacemos con esa gripe tuya?

—Ya sé. Bueno, es una verdadera putada.

—Pobrecito bebé —dijo Jan.

—De veras. Una putada.

—Ya lo creo —dije.

—No os molestaré, no os aflijáis. Podéis abandonarme aquí arriba a las puertas de la muerte e ir a refocilaros juntos.

Una proposición sumamente sexy, pensé, viniendo de sus labios delicadamente fruncidos. Si él cree que puedo, quizá *puedo*.

—Contadme —pidió seguidamente—, ¿qué diabluras habéis hecho esta noche?

—Bueno —dijo Jan—, nos tomamos unas copas elegantes. Un montón de copas de lo más finolis. Y después una cena finolis. Y después nos vinimos aquí.

—¿A hacer qué, si puede saberse? —dijo Gregory en tono picaresco, mientras a mí se me congelaba la sangre.

Jan se volvió hacia mí y dijo, en una dolorosamente brillante imitación de la voz de Gregory, una imitación que hacía plena justicia a lo pomposo, remilgado, soez y

marica que él sonaba:

—A re-fo-ci-lar-nos.

Me eché a reír. Me reí enormemente, con despectivo abandono. Me reí de puro triunfante, liberado por fin de toda envidia y todo miedo.

—... Realmente, Terence, ¿no es hora de que te ocupes un poco de tus dientes? Se te han puesto verdes, y tú *puedes* hacértelos tratar en la Seguridad Social. También proporcionan peluquines, ¿sabías? En realidad, Terry...

Jan frunció el ceño. Entonces sonó el teléfono.

Estaba de pie en la puerta de calle. Llovía. Levanté un brazo. Me pregunté cuánto me costaría el taxi, consciente de que nunca podría pedirle a nadie la devolución del dinero. Me odié por pensarlo, claro, pero tenía tantas cosas nuevas que odiar más: el espléndido Gregory, allí arriba en la cama, limpio y seco; la hermosa Jan allí arriba con él, borracha y disponible; la mísera Úrsula, súbitamente medio muerta por ahí en alguna ambulancia, conducida como un relámpago a través de las calles brillantes, unas atentas manos uniformadas tratando de hacerla sentirse lo mejor posible, su hermano en camino.

(II) Ustedes sabrán, por supuesto, lo que es que alguien te desee de arriba a abajo.

GREGORY

¡Oh, Dios santo!

Parece que me he portado mal. Parece que he caído *en desgracia*. Me he «portado mal». He caído en desgracia.

¡Oh, Dios santo!

Debo decir, no obstante, que Terence se está comportando del modo más penosamente anticuado y estrecho en torno a todo el asunto. Tiene una murria monumental. Muchacho estúpido. No es comparable a si me hubiera fugado con su mujer, y como le he dicho con toda franqueza, la iniciativa fue mucho más de ella que mía. Pero él está furioso: jamás le había visto una expresión tan emotiva y concentrada, tan enconada y resuelta... Mal asunto.

En cierto sentido, claro está, supongo que podría aducir que todo el asunto fue simplemente una cuestión de hábito. En la medida en que nuestros anteriores tratos sexuales con mujeres han coincidido, nunca se planteó la cuestión de que Terry tuviese ni voz ni voto en cuanto a quién se quedaba con quién, a quién le apetecía

quién, quién prefería a quién. De hecho su categoría en esos casos —una categoría, además, plenamente asumida por T.— era la de recadero, de movedizo alcahuete, más que la de una unidad sexual independiente, con sus necesidades, sus angustias y su dignidad propias. «Terence, ve a por aquellas dos chicas de allí... Hay dos chicas allí, Terry, ve y tráelas... Tráelas, Terry: esas dos chicas de allí, Terry...». Cosas así. Como es natural, a él le tocaba la fea (si la había), o, en las raras ocasiones en que las dos chicas eran igualmente deseables —lo cual no es frecuente: la bella sale de batida con la bestia (y si no, ahí estamos Terence y yo...)—, *podía*, digo que *podía*, intentar atraerse directamente a la enfurruñada y despechada sobrante. Él lo aceptaba. De vez en cuando, era inevitable, yo notaba el sordo, linfático deseo, intenso y persistente, que le salía de adentro como un poderoso y pausado latido —algo así como su perro gruñón contemplando con resignado asombro a mi danés color bronce cuando éste sale ahíto de mi dormitorio—, pero la verdad es que su conducta en general era sumamente respetuosa. De todos modos, para Terence sexo y transgresión eran una misma cosa, y la transgresión estaba para él en el meollo mismo de la vida.

Yo incluso he pergeñado complicados planes para que Terry se sintiera mejor a este respecto. Por ejemplo: dos niñas ricas y desatendidas aparecen una primavera en el pueblo. No acabo de regresar de Peerforth de vacaciones cuando ya estoy establecido como el elegido de la mayor y tomando el té allí en las largas tardes con sus padres ausentes. Llevo conmigo al pequeño Terence, en parte para que se entretenga y en parte para distraer a la pesada hermana menor, que no ha tolerado bien mi preferencia por su rival (y que además, anoto, tiene el oscuro vello de las piernas aplastado por las medias, como una preparación microscópica). Ella, no obstante, no le hace el menor caso, hasta que intervengo para prometerle en secreto mis servicios a la muy puerca si se muestra más amable con mi amigo. Muy extenuante y casi me trae problemas.

O este otro caso: bajo mi supervisión, Terence aborda a dos jóvenes y bastante bien parecidas empleadas de tienda en la estación de autobuses de Cambridge. En cuestión de minutos, las dos están acariciando mi brillante cabello y Terry se encuentra en el extremo del banco con una nauseabunda e inexpresiva sonrisa en su rostro vulgar. Mientras él va a buscar unas cocacolas, les prometo en broma a las furcias que la primera que sea buena con mi hermanastro será la primera en pasar una hora a solas conmigo. (Promesas, promesas... además, en esa época estaba dedicado a una compañera del colegio).

Así era cómo había funcionado siempre, ése era el tipo de arreglo ocasional que siempre habíamos tenido. De la misma manera que se quedaba con mis costosas prendas cuando yo me aburría de ellas, le tocaban los descartes, las sobras, lo fuera de uso, que él exhumaba culpablemente como si fuera de la cómoda de un desván prohibido.

¿Pues qué hubiera hecho *cualquiera* de ustedes?

Heme allí. Es el final de una semana agotadora, y después de todo yo he estado putañeramente enfermo, y no he ido a por *yonks* a lo de mi amigo Torka, y ahí está esa muchacha perfectamente aceptable a punto de echárseme encima, y...

Escuchen. Terence acababa de hacer no sé qué chiste estúpido, cuando sonó el teléfono. La jadeante risita de T. se detuvo, y él se quedó mirando, discretamente sorprendido. Yo sostenía la mirada de Joan, violeta a la luz indirecta, mientras Terence atravesó el cuarto con vacilante paso de borracho y cogió el auricular, de espaldas a nuestras atareadas miradas («¿Hola? ¿Cómo?»), miradas que ya se buscaban con intuitiva certidumbre siguiendo lubricadas paralelas («Sí, ¿Quién?»), paralelas que ya parecían hinchidas de ocultos líquidos («¿Que ella qué? ¿Cuándo?»), líquidos que ya brillaban como el rocío sobre las plumas de los patos en los ápices de nuestros cuerpos («¿Dónde? Sí, sí. Pero por supuesto, por Dios»), cuerpos que ya...

Terence giró bruscamente en redondo. Farfulló algo sobre Úrsula y hospitales.

—*Tendré* que ir —dijo en tono incrédulo y se dirigió tambaleante hacia la escalera. Pero ¿acaso June y yo estábamos escuchando?

Se oyó un portazo.

Yo alcé un índice y le hice lentamente señas de que se acercase a mi lecho. Ella obedeció, y en éxtasis avanzó ondulante por la habitación, hipnotizada, deslumbrada, entregada. Se detuvo expectante, inclinada a mi lado con una soñadora semisonrisa de voluptuosidad en la boca entreabierta.

Pues muy bien.

—Siéntate.

Para empezar —y colocando mi mano entre los marcados rizos de su nuca— empecé displicentemente a hacer descender su rostro hacia el mío. Ah, pero luego, con un rápido y despectivo tirón, desvié diestramente su cabeza para dirigir sus labios hacia... pues ¡sorpresa!: la soberbia y cimbreante erección que hacía rato se había liberado de los pliegues de mi túnica (a propósito, mi túnica es marrón, abotonada por delante y con un curioso cuello de paje blanco de volantes fruncidos). No sé quién era el más hipnotizado mientras su boca, con teórico recato, se aproximaba a la cúpula de mi palatinado: el rostro suspendido, irreduciblemente cerca, mantenido a raya por mi autoritaria mano, mientras, empleando sólo la tiesura natural —ni siquiera tenía que tensar los glúteos— le recorría el perímetro de los labios. La boca de pececillo dorado de la pobre Joan estaba flácida de ansias cuando por fin le di vía libre para que chupase ruidosa y golosamente (desde luego que todo el tiempo estrictamente controlada por esta servicial amanuense, mi mano), y la dejé saciarse antes de forzarla a echar la cabeza hacia atrás y, con su rostro apuntándome, decirle:

—Quiero que te desnudes. Ya.

Creo que realmente la muchacha tuvo cierta dificultad en ponerse de pie. Entretanto, apoyé la cabeza en un codo para disfrutar el espectáculo. Ella llevaba una camiseta con un dibujo de suaves colinas y unos tejanos jaspeados. Pateó lejos los zapatos dorados. Yo le apunté con un dedo.

—Los pechos al final —especifiqué.

Fuera marcharon en primer término los tejanos de Joan... llevándose con ellos las rosadas y bastante asépticas bragas, en una actitud más bien inelegante (a mi siempre me gusta una buena ojeada al prístino montículo, previa a la confrontación con la selvática realidad). Pero aún así ella quedaba muy bien allí de pie, con las piernas insolentemente separadas y los dedos curvados bajo el borde de la camiseta, unas pulgadas por encima del inesperadamente raleado matojo de lustrosa alheña. Y ahora los pechos. Me temo que no produjeron en mí esa tierna, existencial angustia que en ocasiones acompaña a la morosa desabrochadura de una blusa, a la súbita liberación de la presilla de una túnica, al suspiro exhalado ante un «sostén» recalcitrante, esa sensación de petrificada desesperanza de que el mundo vaya a durar hasta que hayamos tocado aquella piel desnuda. Lo que June hizo fue coger el borde con ambas manos e inmediatamente maniobrar con los brazos de modo que catapultó el material hacia la zona del cuello y los hombros, cubriendo el rostro y descubriendo con abrupta osadía las dos grandes eminencias oscilantes que golpearon audazmente contra la caja torácica. (Debemos recordar que estaba ebria). Sin embargo, una vez que se despojó de lo principal y mientras se quitaba las mangas, cerró los ojos y se rió, y por un momento la vi enternecedora, bonita y extremadamente competente.

Empleando sólo ese descuidado atisbo de brutalidad que todas las chicas adoran, la hice caer sobre la cama. Ustedes sabrán, por supuesto, lo que es que alguien te desee de arriba a abajo. El ávido besuqueo por todas partes, las manos que revolotean como un torbellino, los estremecimientos recónditos, los estertores obstinadamente implorantes. O quizá no lo sepan. Tendido de espaldas con los brazos doblados por debajo de la cabeza, dejé que se consumiera su frenesí inicial, antes de asumir resueltamente la iniciativa. Entonces la tendí a ella de espaldas y, con su talle entre mis muslos, coloqué sus brazos doblados por debajo de su cabeza. Excitado a la vez que divertido por la reminiscencia de película pornográfica de su postura, empecé a deslizarme hacia arriba sobre su abdomen e inicié un delicioso juego entre las tres tumescencias de allí abajo, escarbando, resbalando y cimbreando hasta mucho después de que sus pezones empezaran a palpar pidiendo clemencia. Desplazándome unas pulgadas más, cómodamente instalado en el asiento de sus pechos y apoyando las manos contra cabecera de la cama para sostener mi torso en diagonal, penetré con deliberada lentitud en aquella voraz O.

Tras un cuarto de hora de aquello ejecuté, en una nueva muestra de capacidad atlética, un giro de 180 grados, quedando con el rostro delante de sus muslos

levantados (naturalmente, había reconocido de antemano la zona, hundiendo un dedo y olisqueándomelo con disimulo: estaba tibio, húmedo y dulce), mientras ella continuaba bañándose la pirula en saliva y en lágrimas. Pero, claro, yo no estaba allí abajo simplemente porque sí: al cabo de unos momentos relajados —adecuadamente entretenido por sus lengüetadas—, ejecuté otra experta voltereta, haciendo girar mis piernas por debajo del pecho, como un gimnasta, y levantando simultáneamente el cuerpo de la muchacha, de tal modo que en un santiamén ella quedó tendida boca abajo, nalgas al aire, y yo encima de ella, poderosamente tenso. Ella también se puso tensa. Se puso tensa demasiado tarde.

Después de una gradual penetración irreprochablemente comedia, y en cierto modo algo tediosa, estuve sodomizándola de un modo completamente despiadado por espacio de... oh, sus buenos veinticinco minutos, sujetándola por los cabellos cada vez que ella efectuaba algún coqueto intento por liberarse. Chuc, chuc, chuc. La sábana de abajo parecía ya el delantal de un carnicero cuando, abrazado a su espalda, empecé a empujar con movimientos espasmódicos en su caliente herida, y acabé vaciándome con sus gritos.

Se hicieron las dos de la mañana antes de que lograra devolver a la noche aquel sollozante deshecho. Tuve que pasar por la vacía habitación de Terence para llegar al armario de la ropa blanca, para después, extenuado, ponerme a cambiar las sábanas.

Pues sí, incluso yo sentí un poco de rubor a la mañana siguiente.

Adormilado sobre mi tumultuoso catre, habiendo dormido con la bien ganada fatiga del guerrero que regresa, abrí un ojo para divisar la figura de Terence, temblorosa de justa indignación, alzándose a los pies de mi cama con pinta de airado asesino. Oh, Señor, pensé, oigámosle desahogarse. Por una vez, aquellos pequeños dedos regordetes suyos, con las uñas mordisqueadas hasta hacerlos parecer desflecadas colillas, retenían todos los ases «morales», y decidí encarar su escena con ecuanimidad.

—Úrsula está hospitalizada. En el St. Mark.

—¿Y?

—Ahora está bien, más o menos.

—Bien. Criatura estúpida.

—Por Dios, se rajó las muñecas... Quiere que vayas a verla.

—¿Adónde?

—Al hospital.

—No me gustan los hospitales, ella lo sabe. Me deprimen —dije yo con suavidad, examinándome los anillos.

—Válgame Dios, ¿te dabas cuenta de lo que estaba ocurriendo anoche?

—Mira, he pasado varias semanas enfermo. No estoy para que...

Terence me dio la espalda, tambaleante. Se aferró a la mesa con una mano. Oh, Dios (pensé), va a soltar el moco.

—¿Cuándo... a qué hora se fue?

—¿Quién? ¿June? Oh, a eso de...

—Es *Joan*, no June: te las has follado y ni siquiera sabes su putaño *nombre*.

—Joan, pues —murmuré.

—¿A qué hora?

—Alrededor de las dos, o dos y media —dije con cierta impaciencia, resuelto a despejar la atmósfera.

—¿Y qué tal estuvo, pues?

—No estuvo mal —dije empleando mi tono más viril—. Deberías probar tú mismo alguna vez.

—Pues *un millón* de gracias —fue la crítica respuesta de Terence mientras bajaba ruidosamente las escaleras.

Eso fue hace quince días. ¿Y acaso su dolor ha resultado mitigado por el suave masaje del tiempo? En lo más mínimo. En realidad creo que su rencor aumenta día a día. Vaya, me temo que simplemente yo no tenía idea de la (al parecer) fortísima inversión emocional que él había colocado sobre los bien formados pero inconstantes hombros de Joan. Y acostumbrado como estoy a conseguir con un chasquido de mis musculosos dedos a toda chica en la que me fije, me exige un cierto esfuerzo escudriñar en la maleza de las necesidades y deseos de los demás. Además, he estado terriblemente enfermo. (Ahora me siento estupendamente; aquel ejercicio físico era lo que me hacía falta).

*Naturalmente* que estoy preocupado por Úrsula. *Naturalmente* que fue desafortunado que ese aberrante gesto de ella haya sido tan inoportuno. Pero después de todo yo no habría podido aportar nada especial y, entre nosotros, el caso es que sé que Úrsula prefería que yo estuviese fuera divirtiéndome. (Ya nos hemos carcajeado bastante a propósito de todo lo concerniente a esa noche. En todo caso, ella dice que Terence estaba borracho como una cuba y estuvo cargante en el hospital. Todas las enfermeras lo miraban con asombro). Se da por hecho que Úrsula vendrá pronto a vivir con Terence y conmigo, aquí en mi apartamento. Incluso le he ofrecido mi cuarto de vestir —un aprovechable rincón entre Terence y el baño—, que yo apenas utilizo. Por supuesto, ella se deprime. Por supuesto está desorientada. Los dieciocho, diecinueve años, son un infierno. Lo que entonces pedimos con vehemencia no es el éxito, sino la juventud.

Pronto se pondrá mejor. Somos una estirpe de gente hipersensible, los Riding, y numerosos caprichos principescos y nobles manías han tenido como escenario los vastos aposentos, prados y senderos de Rivers Court, Cambridgeshire. El abuelo de

mi padre, Coventry Riding, insistió en ser llevado a todas partes desde la edad de veintiún años. Aun cuando era sano y fuerte como toda nuestra estirpe; mi tío abuelo Iván tocaba el violín y crió a un perverso ratón blanco. Úrsula pronto se pondrá mejor, aquí en el atractivo piso de su alto y exitoso hermano. Y si se parece a mí tanto como yo creo, el ejemplo de Terence Service constituirá para ella un sobrio recordatorio —y sumamente cómico, permítanme decirlo— de los peligros del pernicioso ensimismamiento: toda esa atención puesta en las propias neurosis, toda esa solemne preocupación por la sanidad del aire emocional que respira. La veo nuevamente como una vez fue, en aquel otro mundo; la delicada pieza de *petit point* que se desliza de su regazo a los pies del sofá de terciopelo cuando ella se yergue a medias, aparentemente petrificada de placer cuando el dorado Gregory (que acaba de arribar del colegio, con sus pobres maletas hinchadas de trofeos, medallas, panegíricos) se aparta bruscamente de las criadas atosigadas y los lacayos ajetreados para empujar hacia atrás las puertas del salón: mi princesa que se precipita a través del recinto —unos cincuenta y cinco pies— y yo que recibo en mis brazos aquel proyectil de carne de adoración, tibios los labios, tibias las lágrimas, mi corazón simultáneamente en todas partes.

## 7: Julio

(I) Es evidente que mis cálculos acerca de cómo mantenerse vivo y cuerdo en este peculiar planeta han sido erróneos.

TERRY

Gracias. Te doy las gracias, Jan. Te doy las gracias, Greg, hermano. Ya está. Sí, ahora sí que me habéis jodido de veras. Tú también, Úrsula, pobre furcia.

—¿Te la has follado, pedazo de bastardo?

Gregory continuó pintolescamente haciéndose el dormido. Le di una patada a la cama (me dolió). Él entreabrió interrogativamente un ojo.

—He *dicho*: ¿te la has follado, pedazo de bastardo?

Él se incorporó. Ahora su rostro parecía completamente despejado.

—No exactamente. Yo... nosotros...

—¿Qué quieres decir con «no exactamente»? ¿Te la has follado o no te la has follado?

—Retozamos de una manera más bien no convencional, la joven Joan y yo.

—Te la has follado y ni siquiera sabes su putaño *nombre*.

—... Lo siento.

—Úrsula se rajó las muñecas anoche —conseguí decir.

—¡Dios mío! No es posible. ¿Dónde está?

—Tú ni te enteraste de qué estaba pasando, ¿eh? Está... en... —Y en un santiamén toda la vergüenza fue de nuevo mía, mientras permanecía allí, con la razón de mi lado, pero insignificante, pobre, calvo.

—Tú sabes lo que has hecho —le dije—. Me has cortado la polla.

Toda la vergüenza es mía. ¿Por qué? De un modo u otro, todo lo relacionado con el episodio —en el cual, como recordarán, mi amiga y mi hermanastro copularon pérfidamente mientras yo salía sin vacilar a cumplir con mi (y su) deber fraternal— *me empequeñece a mí*. ¿Por qué? Si alguna vez tropiezo con Jan, en un pub, ¿quién de los dos vacilará, farfullará algo, se dará media vuelta y lanzará un silencioso suspiro de ignominia? Cuando le dije a Gregory aquella cosa patética y bajé la escalera dando tumbos, ¿de quién fue el rostro más encendido por la confusión y el remordimiento? El mío, el mío. ¿Por qué? Les diré por qué: porque yo no tengo orgullo, y ellos meramente no tienen vergüenza.

¿Qué tiene Úrsula?

A las seis en punto, con sus clases del día concluidas, Úrsula Riding abandonó la

pensión y recorrió el cuarto de milla que la separaba de King's Road, con una bolsa de ropa para lavar. Dejó la colada en marcha y anduvo un rato paseándose antes de entrar en un café, donde pidió un té con limón y se lo bebió. Retornó a la lavandería, y luego reemprendió el camino hacia la pensión, deteniéndose en la farmacia que está abierta toda la noche en Royal Avenue a comprar un paquete de hojas de afeitar Wilkinson. Entró directamente a cenar con el resto de las chicas; después estuvo sentada en su cuarto charlando con algunas amigas hasta apagar las luces a las diez y media. Entonces se escabulló. La vigilante del turno nocturno la encontró una hora más tarde, en un rojo y frío baño de sangre.

Y cuando la encontré yo, una hora después —tras entrar bamboleándome y eructando en la Sala B4, Urgencias, St. Mark's Hospital, y habiendo dejado atrás a un chico con una rodilla hendida, una gimiente mujer que se había roto la espalda en un accidente de coche, una furcia gorda con un inmenso bolso de plástico en la mano y una media botella de Guinness en la mollera, varios internados evidentemente ilesos a quienes simplemente les gustaba el ambiente, un asistente amable pero inútil, una enfermera negra, una matrona negra, un ordenanza, un médico joven con la cabeza rapada, y numerosos blancos cuadrados de luces, sábanas, suelos—, allí estaba tendida, perdida entre la nube de almohadas, en su lecho sobrecogedoramente alto, con una expresión de asustado y totalmente lúcido remordimiento en el rostro semioculto. Mi primera reacción fue: quería pegarle fuerte, darle algo con lo que pudiera abrirse las muñecas, castigarla de veras, hacerla llorar. Y sentí ganas de llorar yo también, yo no era Gregory y ella lo quería a él, todo el mundo lo quería a él, y él qué estaba haciendo ahora, y yo borracho y Úrsula loca.

—Oh, Peliverde, lo siento —dijo ella—. No se lo cuentes a mamá ni a papá.

—Cielo *santo*, Úrsula, ¿qué demonios has hecho?

—Las venas —dijo, alzando las muñecas vendadas.

—¿Por qué *demonios* lo hiciste? ¿Qué podría irte ya tan mal? Mira todo esto. No tiene nada que ver *contigo*.

—Peliverde, estás borracho.

—No te quepa putañera duda. Tú también lo estarías. Y no me llames *Peliverde*.

Me quedé una hora, como había convenido con el médico rapado. Al fin y al cabo, ella estaba bien.

—Vamos a tener que cambiar tu manera de ser —le dije, inclinándome sobre ella para darle un rápido beso de buenas noches—. Vamos a tener que hacer algo al respecto.

—¿Por qué? ¿Por qué no dejarlo así?

—Tú no necesitas eso, ni todo lo de allá —dije.

Y comprendo, también, que voy a tener que cambiar mi propio modo de ser. Es

evidente que mis cálculos acerca de cómo mantenerse vivo y cuerdo en este peculiar planeta han sido erróneos. Hay montones de personas más feas y dignas de lástima que yo, a las que no parece importarles, y son ajenas al odio y conmiseración hacia sí mismas —al sentimentalismo, en suma—, que hace de mí un tembloroso condón de neurosis e ineptitud. Nunca he sido *agradable*, pero de ahora en adelante voy a ser odioso de veras. Ya lo verán.

Me encuentro de pie junto a la alta vidriera combada del lado exterior de nuestro apartamento, la que odia el tiempo tormentoso. Greg está durmiendo. Jan se ha ido (no volveré a verla). Afuera llueve, y el cristal está lleno de lágrimas, lágrimas por la mísera Rosie, pero dejemos eso, dejemos eso y que sea para siempre.

—Hola, ¿podría hablar con el señor Veale por favor?

—Aquiveale —dijo Veale, en su tono reposado y siniestro.

—Oh, hola, señor Veale, soy Terence Service, de...

—'nosdías, Terry. ¿En qué puedes servirme?

Yo vacilé (es agudo, el cabrón).

—... En cualquier cosa que me mande —dije, y me reí.

—¿Cómo? No te oigo. Habla más alto.

—Lo *siento*, es la línea.

—Ya sé que es la línea, listillo. Por eso te he dicho que hables más alto. O sea, no es necesario ser un... Marconi para darse cuenta de que es la línea.

—*Dije que haría lo que me mandase*. ¿Está mejor así?

—Mucho mejor.

Me indicó algunas cosas que hacer. Parecían bastante inofensivas, por más que no estaba seguro de que me gustaría que la gente se enterase de que estaba haciéndolas.

—Bueno, eso podría hacerlo ahora —dije—. Wark, para empezar. Está...

—¿He dicho acaso que lo hicieras ahora? ¿He dicho eso?

—No.

—Pues entonces no lo hagas ahora. Hazlo cuando yo te diga, como yo te diga.

—¿Y qué hago ahora?

—Esperar.

—De acuerdo.

—Cuídate, bonito.

Depositó el auricular y llamé a voces a Damon.

—Ve a traerme un descafeinado —dije (estoy entrenándome con Damon a ser odioso. A Damon le resulta particularmente duro. Damon no se lo merece. Tal como están las cosas ahora, cualquier día podría desplomarse muerto). Le entregué doce peniques—. ¿Qué es eso que llevas ahí? —pregunté. Damon extrajo silenciosamente un librito en colores del bolsillo de la chaqueta—. ¿Estás muy lector últimamente,

eh? —eché un vistazo a la cubierta, que mostraba a dos chicas en bragas abrazadas de manera impúdica—. Lesbianas. ¿Te dedicas a las lesbianas?

Damon negó con un gesto de su enfermiza cabeza.

—No te dedicas a ellas. Las lesbianas no te gustan.

Damon afirmó con un gesto de su enfermiza cabeza.

—¿Por qué no?

—Me dan asco —dijo.

—Pues entonces ¿por qué demonios lees esas cosas?

Damon se encogió de hombros. Cielos, qué enfermo parecía.

—No tienes un aspecto muy saludable, ¿sabes, Dame?

—Sí, lo sé.

—Ve a traerme el café, anda.

La oficina parece vacía sin ella. Todo el mundo se lo pasa diciendo que la echa de menos..., excepto yo. Ojalá no hablasen de ella del modo en que todos siguen haciéndolo. Me veo obligado a fingir que conservo un cariñoso recuerdo de ella. Ellos la recuerdan con cariño. Pero yo también tengo que cambiar eso.

Aquella noche, viniendo del metro —de cartera y paraguas (también ustedes llevarían uno si tuvieran mi cabello)—, volví a ver al jodido *hippie*. Lo vi junto a los desechos acumulados junto a la puerta trasera de The Intrepid Fox, tirado él mismo como una bolsa de basura entre los otros brillantes sacos negros y las destripadas cajas de cartón. Crucé la calle y me detuve a su lado. Tenía puesto un abrigo ceñido con varios cinturones. Era obvio que se vestía para afrontar el frío nocturno, y que durante el día no hacía sino sudar sin remedio. Espesos mechones de cabello le caían de la cabeza por aquí y por allí. Estaba murmurando; sus manos golpeaban distraídamente el pavimento. Lo abordé.

—¿Quieres un cigarrillo?

—No tengo nada que mendigarle a un cabrón.

—¿Quién ha mendigado nada? —pregunté yo, impresionado—. Estoy ofreciéndote uno...

—No acepto limosnas de ningún cabrón.

—¿Cómo sabes que soy un cabrón? Acabamos de encontrarnos.

—Cabrón.

—¿Cómo diablos has llegado a estar tan jodido tan pronto?

—Porque odio toda esa mierda.

—Oh, vamos, ¿qué mierda? ¿Dónde?

—Los mierdas como tú. Los cabrones como tú.

—¿Yo? Si prácticamente estoy tan jodido como tú. Prácticamente soy un vagabundo.

—De eso nada.

—¿Entonces qué soy?

—Nada más que un mierda —se rió—. El mierda más grande de todos.

—Escucha, ¿quieres un poco de alcohol, aguarrás, colonia o lo que quiera que sea que bebas? Te daré un par de libras, si quieres.

—A tomar por culo.

—Pues a tomar por culo tú también.

Tal vez tenga razón. Quizá soy un mierda..., incluso el más grande. Debo admitir que no deja de ser halagador.

Úrsula se mudó a casa el pasado fin de semana.

Yo eché una mano. Sacamos todas sus cosas de la pensión y las trajimos aquí en un taxi. Era un sábado fresco y brillante, despejado tras una noche de lluvia, y parecía uno de esos días en que una estación nueva se manifiesta indecisa en la atmósfera. Pasamos por jardines públicos en los que solitarias parejas jugaban al tenis a la sombra y unos hombres vestidos del más puro blanco, parados al sol, dudaban sobre si iniciar su partido de críquet. Hasta Queensway parecía controlarse ante los estertores del taxi circulando por ella, y los aviones parecían absolutamente serenos y a gusto en el cielo sin mácula. Cuando Úrsula pagó, el joven taxista se quedó observándola, admirando las muñecas todavía vendadas.

Úrsula intentó ayudar con sus cosas, tropezando y tambaleándose bajo pesos ridículamente pequeños, pero quedó para el musculoso Terence efectuar tres solitarios viajes en el ascensor. El «cuarto de vestir», que apenas te da tiempo a parpadear entre yo y el cuarto de baño, meramente un segmento de corredor más que una habitación, parecía casi a propósito para Úrsula, con su reducido catre, el estrecho alféizar de la ventana y sus veinticuatro pies cuadrados de moqueta.

—Siempre me ha gustado mucho esta habitación —dijo ella, mientras deshacía una de sus caóticas maletas.

Yo miré lacónicamente desde mi escritorio en la habitación contigua, sin especular para nada en cuán a menudo iba a empezar a verla desnuda o qué partes de ella llegaría a verle desnudas.

—¿Dónde está Gregory? —preguntó, pero con muy escaso énfasis.

—En lo de Torka, ese marica cabrón.

—Mmm. ¿Por qué va tanto allí?

—Porque es marica.

Úrsula me llevó a comer a la taberna de perdedores que hay no lejos de Westbourne Grove, un local alargado, bajo y tenebroso, repleto de empedernidos delincuentes dominicales. Yo mismo solía ir bastante por allí, y me agradó advertir las miradas de sorprendido —incluso ligeramente ultrajado— resentimiento en el semblante de los encorbatados conductores de coches deportivos y sus culonas

queridas, precariamente reunidos allí para su comida semanal. Conduje a Úrsula haciendo cierto alarde del hecho de llevarla cogida del brazo, y me sentí bastante exhibicionista y mierdoso durante toda la comida, que consistió en una suave *quiche*, ensalada seca, carne en lonchas y queso viejo. Yo insistí en pagar el vino, del que consumimos dos botellas, de las cuales Úrsula bebió dos copas.

Después, bajo un sol lujurioso, caminamos hasta Queensway en busca de algo sencillo que llevarnos para la cena. Conseguimos comprar un par de pasteles de plástico, pero yo sentí a Úrsula cada vez más desasosegada y excitada con todo aquel calor, la obscenidad y los «boogies», así que regresamos al apartamento y pasamos el resto de la tarde en el cuarto de Gregory (es correcto hacerlo, razono, con alguien consanguíneo presente. Por un tiempo intenté volverle paranoico con respecto a mí. Creo que no funcionó. En todo caso, el asunto requería un aguante excesivo y ahora vuelvo a estar paranoico yo con respecto a él), hojeando los periódicos y mirando la televisión. Gregory retornó a eso de las siete. Se mostró más fatigado y desapegado de lo que yo lo hubiese visto nunca (lo que por cierto me satisfizo bastante), sin revelar particular interés por la presencia de Úrsula. De pronto no resultaba en absoluto intimidante, y cuando dijo algo acerca de tener ganas de dormitar un rato, pareció lo más simple y natural del mundo que Úrsula y yo regresásemos a nuestros cuartos abajo. Menciono, con calma, que allí escuchamos discos y charlamos hasta la hora de dormir (hasta nos olvidamos de los pasteles). Yo utilicé el baño el primero: cuando salí, ella estaba sentada en la cama, unas pulgadas hacia adentro, sentada a la manera de una india, vestida con un camisón gris pálido cuyos pliegues brillaban sutilmente bajo la luz cenital de la bombilla eléctrica. Se estiró hacia mí, yo me incliné, ella me besó en la mejilla.

Entre paréntesis, ¿por qué lo hiciste? Sólo para tenerlo en cuenta.

—Fueron esas voces.

—¿Qué voces?

—Oh, en mi cabeza.

—¿Qué, diciéndote que lo hicieras o algo así?

—No, nunca dicen nada. Sólo que no se iban.

—¿Sigues oyéndolas?

—A veces.

—Pues no vuelvas a hacerlo, por el amor de Dios. Y si las voces empiezan a acosarte, vienes a contármelo.

—¿Y qué vas a hacer?

—¡Leches! Les mandaré que se callen.

—No te harán caso.

—Oh, ya verás que sí.

—Buenas noches, Peliverde. Oh, no debo volver a llamarte Peliverde, ¿verdad?

—No, no debes. Buenas noches. Ya nunca más.

La mudanza de Úrsula aquí ha resultado ser una ventaja en todo sentido. Una cosa especialmente reconfortante es, desde luego, el hecho de que está jodida, claramente muy jodida, mucho, pero mucho más jodida que yo, por ejemplo, posiblemente (¿quién sabe?), totalmente jodida para siempre, decididamente jodida y sin remedio; no importa cuán jodido llegue a estar yo, ella siempre lo estará ese poquito más: es una virtual certeza que jamás podré llegar a estar tan jodido como ella lo está ya. Eso es bueno. Además, Úrsula está jodida de un modo radicalmente diferente al mío. Todo lo relacionado conmigo está jodido: mi cara está jodida, mi cuerpo está jodido, mi pelo está jodido, mi polla está jodida, toda mi familia está jodida. En cambio, no hay nada observable relacionado con Úrsula que esté jodido en lo más mínimo: aspecto, capacidad, formación, condiciones, cosas todas, por el contrario, en las que ciertamente no está jodida para nada. Y, no obstante, Úrsula, Úrsula Riding, mi hermanastra, está *jodida. Jodida*. Eso también es bueno.

¿Por qué es bueno? ¿Recuerdas aquel día en el colegio, el día en que te descubrieron, en que te cogieron haciendo lo que quiera que estuvieses haciendo..., robándoles el dinero de la merienda a los chicos que habían dejado las chaquetas colgadas para la clase de artesanía, llenando de caca el pomo de la puerta del salón de clase (de manera que, según era de esperar, el profesor entrase a clase con la mano embadurnada en alto, contemplándosela con asqueado asombro), garabateando obscenidades de albañal en el Diario del Tonto de la Clase (*21 de abril*: esta noche me hago la paja; *22 de abril*: esta noche voy a follarme otra vez a mi hermana; *23 de abril*: le robé otras £5 a mamá)? ¿Recuerdas que cuando te descubrieron y estabas allí de pie, aislado y lastimoso, al frente de la clase —mientras las filas de tus compañeros a tu espalda (disfrutando de aquella interrupción con la que tú también habrías gozado), parecían dar un burlón y unánime aval a todo el horror de los días escolares y de la muerte—, tú deseabas con vehemencia una sola cosa, que no era ser exculpado, que no era haber sido inocente? ¿Recuerdas que lo único que deseabas con fervor era un amigo culpable, alguien como tú, un compañero de desgracias, alguien con quien compartir tu oprobio? Recuérdalo.

Actualmente tenemos acordado, Úrsula y yo, que cada vez que ella empieza a experimentar una ansiedad injustificada, o dice algo que no tiene nada que ver con lo que cualquiera haya dicho en esos momentos, o sugiere hacer algo imposible o incoherente, o en términos generales impropio, o se encierra en el baño y farfulla vagas excusas a través de la puerta, o se pone a llorar sin ningún motivo que yo alcance a discernir, tenemos acordado, digo, que entonces uno u otro de los dos enuncie aquella palabra: *tonto*. Yo digo, en tono de alerta, «¡Tonto!», o ella dice, en tono sumiso, «¡Tonto!», o ambos entonamos «¡Tonto!», y eso parece servir para

superar con éxito el abismo que hay entre las cosas como ella las ve y tal como son en realidad. Para mí, ese abismo es apenas un surco sobre el que cualquier rana podría permanecer espatarrada: yo veo las cosas tal como son, y son horribles. Lo tengo asumido. Ella no ve las cosas como son, y no por eso dejan de seguir siendo horribles. Pero yo pronuncio quedamente la palabra «*Tonto*», en tono admonitorio..., e inmediatamente dejan de ser horribles.

¿Puedo ayudar? ¿Me importa? Es obvio, ¿no?, que en realidad no me importa si ayudo. ¿Y cómo puedo ayudar si en realidad no me importa? (Puedo ayudar sin que me importe, pero ése es otro asunto). Admito sin ambages que la mayor parte del tiempo no hace sino llenarme de gozosa irritación ver semejante confusión mental, tan irremediable solipsismo (sí, actúo como un idiota. Ésa es mi chica, pienso). Mi hermana no era rica ni bonita y se comportó de un modo perfectamente normal hasta el momento en que murió, incluido ese momento mismo; reaccionó con una cordura verdaderamente ejemplar ante la experiencia, seguramente muy *tonta*, de ser asesinada: a *ella* no pareció alienarla. Mientras que para volver loca a Úrsula no se necesita un carajo. Cualquier marica puede volver majara a Úrsula. Hay cementerios cubiertos de hiedra atestados de gente a la que culpar. Yo creo que *está* loca.

La otra noche le vi las locas tetas. Son locas pero son queribles, como lo es ella y no lo soy yo. Venga, también yo me estoy sumergiendo. Perdón, perdón.

(II) El mundo se nos está poniendo cada vez peor. Cada vez tengo menos que ver con él.

GREGORY

Un mes de julio excesivamente caluroso, maloliente y aburrido para que merezca demasiado la pena hablar de él.

El mundo se está recalentando. Yo ya he visto a *tres* vejetes caer muertos este mes: sencillamente, derrumbarse para siempre en la calle. Antes era el invierno al que tenían miedo: ahora es el verano el que los liquida. El mundo hierve. Últimamente no se anima uno a abrir un periódico: todas las noticias hablan de cataclismos y derrumbamientos. El temple de la gente se ha desgastado; los malvivientes van ganando; todo el mundo acepta el hecho de que tiene que hacerse más detestable para sobrevivir. El mundo se nos está poniendo cada vez peor. Cada vez tengo menos que ver con él.

Anotaciones en el anuario de un artista...

*Miércoles* 7. Me estoy hastiando de la galería. Inaceptable escena tensa y

jadeante, con la señora Styles apoyada sobre sus gruesos brazos pecosos, el labio superior copiosamente orlado de sudor y una embarazosa peladura. El acicalado Jason había aparecido con náuseas después de comer (gracias a mi astuta pequeña gripe, espero), y se había ido a casa, eructando de un modo enfermizo, con su cómico nuevo sombrero Homburg. Yo me arrellané —como siempre núbil— en el sofá del caluroso despacho de los Styles, con las mangas de la camisa arrolladas —tras haberme extenuado empacando cuadros—, mientras la matriarcal Odette me alimentaba con té y finas galletitas de chocolate. Llevaba mis engañosos tejanos nuevos, los que tienen pinta de pantalones de pana increíblemente elegantes y bien planchados (con la raya sobrecosida. Sí, ya sé. Pero éstas realmente funcionan. Pueden *creerme*). La galería, totalmente desierta, pues se trata de los últimos estertores de los invendibles diseños sobre linóleo del decorador de interiores. Abruptamente, y con un poderoso bamboleo de esas colosas que lleva enfundadas en medias de seda, la vieja Styles abandona su silla, retornando medio minuto después ;con el anuncio de que acaba de cerrar el local! «Pero oye [gorda estúpida]», exclamé yo, «todavía no he acabado mi té con galletitas». Ella dice que no me preocupe por eso —intenta torpemente agarrarme la taza—, que ya tomaré todo el té que... ¡y con un sordo aullido de autorreproche, me derrama una hirviente mezcla de té y galletitas sobre los tejanos nuevos! (Oh, me doy cuenta, ahora me doy cuenta, bruja embustera). En términos crispados, apremiantes, me ordenó «desembarazarme» de mis arruinados pantalones, y yo, preocupado por la fragilidad del material, obedecí precipitadamente. —Corte, primer plano de Gregory en calzoncillos, reclinado sobre el sofá, petrificado de abatimiento, mientras la señora Odette Styles (36), arrodillada delante de él, le acaricia en medio de murmullos el nacimiento de las piernas extendidas, con la vista clavada —con lo que sin duda considera hipnótica atracción— en aquella expuesta virilidad. Bien, simplemente tuve que apartarle la mano con brusquedad, cruzar brazos y piernas en un diestro movimiento conjunto y ponerme a hablar desatinadamente como si nada hubiera ocurrido. La sorprendida hembra se fue a su casa con aire ofendido, sin decir buenas noches y, lo que es más, sin hacer nada con mis vaqueros de £25. Me pasé un fatigoso cuarto de hora abajo con el jabón y el cepillo de uñas, y me sentí como un lunático o un borracho incontinente en el vagón del metro, de regreso a casa. Fui al Garaje de los Ladrones. Un malandrín atezado apartó la mirada de las uñas que se estaba limpiando con una llave, para decir que iban a hacer falta seis días y sesenta libras para que pudiera restaurarle la salud a mi delicado coche verde. Como broma perversa, invité al bruto a lo de Torka.

*Domingo 19.* Me estoy hastiando de lo de Torka. Dormí allí la noche pasada, cosa que es siempre un error. Se trata de que últimamente se ha dedicado a alternar con rufianes, lo cual no va *en absoluto* conmigo. A Adrian le han dado por fin el portante

(merecidamente, estoy de acuerdo), pero lamentablemente ha sido reemplazado por un pequeño tunante fornido llamado ¡«Keith»! Con su feminoide pantalón acampanado envolviendo sus piernas ridículamente truncadas, una camiseta color púrpura ajustada a sus pectorales de tetillas aplanadas, la tez rústica y el cabello rubio burdamente esponjado, ojillos perversos y una raya peluda por boca, bueno, *Keith* me resulta tan atractivo como Terence Service (y mucho menos manejable). Tal vez sea espantosamente bueno zurrándole a Torka o algo por el estilo. Y en cuanto a la panda de Keith, cuyos miembros aparecen por todas partes en el apartamento mirándote con el ceño fruncido: el tosco, escurridizo Norman, un truhán de barucho con la navaja «pronta» y el genio más pronto todavía; Derek El Dotado, un escocés casi sin dientes que se jacta de poseer el miembro más tremendo de la plaza (lo tiene *realmente* enorme, aunque marcado por unas curiosas cicatrices); la petulante y siempre desnuda Yvette, que tiene la mirada defectuosa de todas las rubias pálidas, amén de —tengo que admitirlo— una lengua excepcional; el grandullón Hugo, que anda de un lado a otro sobre sus taconazos de dieciocho pulgadas repitiendo historias increíblemente perversas de humillación sexual y castigos corporales; la diminuta Tessa, una seudonínfula de no menos de quince años a quien reconocidamente puedes hacerle todo lo que se te antoje (puedes matarla si quieres: lo tomará como si tal cosa); el especulativo, medio *hippie* Jerry, un Aries de facciones delicadas, poeta de la prosa, soñador... Admito que, en una noche de sábado, inducido por los vinos precisos, incitado por los estimulantes adecuados, incluso yo puedo hallar *cierto* placer en el indisimulable hedor nauseabundo de estos crudos trogloditas (aunque la amenaza de un contagio sea una pesadilla constante), con sus cuerpos mediocres y peligrosos, sus puntos de vista más bien lamentables en materia de higiene personal, la inmadura lascivia de sus caricias y, sobre todo, su inmenso talento para la supervivencia. ¡Pero a la mañana siguiente! Ah, los buenos viejos tiempos..., la estática belleza ensimismada de la confluencia de los adormilados cuerpos semidesnudos en la acogedora cocina revestida de pino, las tostadas y el bacon crujientes y un gran caldero de café auténtico, las alegres risas desbordando los tres baños de mármol..., en tanto Torka prepara con cariño los Bullshot y los Bloody Ivan que sabe que me gustan, los demás hojeamos los dominicales de calidad, carcajeándonos de los payasos de las secciones de crítica, y hablamos de Proust, de Cavafis, de Antonio Machado, antes de partir velozmente en nuestros coches hacia Thor's y su lenta, parsimoniosa comida de los domingos. ¿Y qué sucede ahora? Esta mañana me desperté con el olor húmedo de la col (¿qué es esto?, ¿un almuerzo barato?), un aroma emparentado con el deje de pobreza y fracaso que a veces se discierne en los sumergidos aposentos de Terence, un olor a triste ropa barata y cuerpos rendidos. Descubro que he dormido en el más pequeño de los dormitorios, el que antes se reservaba al más quemado y meado de los *chaperos*; descubro,

horrorizado, que estoy durmiendo con el soñador Jerry, *uno para arriba, otro para abajo*, y que sus gordos pies se estremecen ligeramente sobre la almohada al lado de mi cabeza (¿de qué mutiladas *cauchemars*<sup>[9]</sup> habrán sido testigos?). Al entrar trastabillando al cuarto de baño, sorprendo a Hugo en camiseta, con su espalda cubierta de manchas, afeitándose muy suelto de cuerpo ante el amplio espejo móvil con la maquinilla eléctrica de Torka. «Salud», me dice. Radio Uno chilla históricamente en la cocina, y en el salón está la rubia Yvette, vestida únicamente con *The People*, con Derek El Dientes a su lado, todavía dormido en calzoncillos en el *chesterfield*<sup>[10]</sup>. Apareció entonces el ceñudo Keith enfundado en la túnica para invitados que solía ponerme yo, seguido por un apabullado Torka, sometido y magullado. Afortunadamente, se presenta Susannah, y la arrastro rápidamente afuera para llevarla a compartir conmigo una comida conmovedoramente pesimista en Paupers'. Es una época de cambios. O se marchan Keith y los suyos, o se va Gregory.

*Viernes 24.* Me estoy cansando también, en cierto sentido, ¿saben?, del giro que las cosas parecen estar tomando en mi piso, ahora que Úrsula está aquí, y encima con Terence todavía algo efervescente (o sea, en un estado de irremediable paranoia de encías enrojecidas) acerca de aquella absurda furcia suya, June. El mío es un piso de primogénito: está pensado para una persona sola, está pensado para mí. El espacioso salón, con su elevada cornisa ornamental, sus atestadas librerías y el deslumbrante ventanal, fue en otro tiempo un amplio escenario en el que los jóvenes Riding podían divagar y abstraerse, abstraerse y divagar... Actualmente, mi civilizado nido de águila parece haber seguido la suerte del resto de la vecindad..., un subcontinente repleto de voces foráneas, vestimentas foráneas, necesidades foráneas. Úrsula deja *todo* por cualquier parte, y Terence, que de todas formas anda hecho un vagabundo estos días, considera, evidentemente, que si un Riding puede ser desordenado, ni qué decir un Service. Las escenas de escualidez rabelesiana son ahora corrientes en la planta baja, y se necesita una mente clara y un estómago robusto para abrirse camino a través de esa discordante tienda de carnaval en dirección al malhadado cuarto de baño. Úrsula, por descontado, está lindamente instalada en el pequeño cuarto de vestir: normalmente no debiera preocuparme en lo más mínimo el polvoriento pandemónium de vestidos en desuso y ropa blanca sin lavar, los montículos de bisutería desparramada y los elementos de maquillaje formando una especie de necrópolis bombardeada. Debo admitir que me resulta sencillamente algo promiscuo e *infra dig.*<sup>[11]</sup> la mezcla entre el desorden infantil, patricio (es decir, esencialmente no-mujeril), de mi hermana, con el desaseo apático de Terence: sus medias aparecen en la papelera apretadas entre botellines de cerveza y revistas pornográficas de Terence; el deformado y piorreico cepillo de dientes de él y su peine con hebras pelirrojas flanquean los tubos de carmín de labios y las pinzas para el cabello de ella.

Además, han establecido sin lugar a dudas una pequeña comunidad allí abajo, uniendo a menudo sus recursos para traer bocadillos de Queensway y preparar bebidas calientes en la tetera eléctrica que le obligué a comprar a Terence. A veces — cuando vengo tarde y entro a guardar mi abrigo en el armario grande que todavía utilizo en el cuarto de Úrsula— me siento como si yo fuera el intruso; ellos están sentados en el lecho, conversando, o escuchando el ridículo gramófono de Terence, o simplemente sin hacer nada, satisfechos con su mutua proximidad, y yo parezco fuera de lugar, demasiado atractivo, demasiado apetecido, demasiado por delante de ellos (cosa sobremanera desconcertante, cuando piensas que desde la pubertad la vida de los jóvenes Riding ha sido un permanente intento de esquivar a su hermanastro, el llorón chico nuevo cuyas medias caídas nunca se mantenían en su sitio). ¿Por qué no sale ella con más frecuencia? ¿Cómo llena sus días? ¿En qué está su vida? Yo he completado el ciclo, he adornado con mi presencia infinidad de recepciones, paseos y cócteles de sus casi coetáneas. Ella debería estar asistiendo a Ascot, a Wimbledon, a Henley, o acudiendo a esos té con las amigas (¿dónde *están* los amigos de las personas? Es una pena que ya no se «ponga de largo» la hija de nadie, o más bien que ya sólo se pongan de largo las hijas de los judíos). Realmente, no creo que sea admisible, ¿no es cierto?, permitir que mi hermana conviva en ese mundo de comidas baratas y tertulias sentados en la cama que es el de Terence, un mundo de imprevisión y de fracaso. Lo que haré será: a) esforzarme por sacarla yo mismo a pasear, b) hacerla subir subrepticamente aquí de vez en cuando por la noche —un disfrute para mí y un modo simbólico de rescatarla de abajo—, c) prohibirle a Terence tenerla en su habitación (dicho sea de paso, T. ha recobrado bastante su vieja y reconocible docilidad. Creo que ha acabado por aceptar el *status* que tan claramente le ha correspondido siempre. ¿No creen?).

*Jueves 30.* Sigo hastiado, hastiado, hastiado. Anoche acudí a una insoslayable —y virtualmente incomible— cena con los Styles en su repelente hogar. No sé, puede que me decida a cambiar este empleo por alguna otra cosa, que me largue de la galería, que no haga caso de sus promesas y de sus ruegos (ya me han ofrecido más dinero. Pero yo no necesito dinero). Nuevas carreras se despliegan ante mí en abanico como los naipes de un prestidigitador... La diplomacia: bastante atractiva, casa en el extranjero, un elenco de servidores (un completo chollo para una persona con mis conexiones, mi don de gentes y aptitud para los idiomas). ¿El negocio editorial? Sumamente agradable, a pesar de la ridiculez del sueldo, y la posibilidad de tener colegas parcialmente tolerables (también gozar de la perspectiva de, digamos, promocionar a una serie de autores..., requeriría tener las manos libres, desde luego). La política..., el carisma —y *no poco*— ya lo tengo, buen salario, secretarias, pluses (pero también todos los tontos, ay, los tontos). ¡La *City*!... No la *City* no,

decididamente *no*. Escribir ofrece cierto atractivo: algunos poemas míos escritos a toda prisa han obtenido ya un pequeño pero resonante *succès*... No sé, tal vez viaje. La colcha de retazos que es Europa, el triángulo marrón rojizo de la India, el tapete verde de Rusia y los Urales, el langostino laqueado de Japón. Ver el mundo mientras todavía está ahí. Hoy llegué a casa a las siete menos veinte, saturado de la mugre de la ciudad y de la impureza de mi hastío, y cuando emergí de las fauces del metro, mientras recorría el vociferante infierno de Queensway, con sus botes de cerveza, sus jóvenes comiendo inmundicia en la calle, pensaba en mi hermana y en mi baño y en mi té y en mi libro, y en la placentera velada que me aguardaba (tal vez con un pequeño añadido especial después de apagadas las luces, cortesía de Úrsula). Me quité los guantes y entré directamente en la habitación de Terence. Nadie. Un silencio total reinaba en el piso. Me introduje en la humeante iluminación del cuarto de vestir. A través de la bruma de mi decepción vi las señales de una retirada urgente y por sorpresa. El vestido de calle, abandonado en el suelo hecho un montón, me hizo tragar saliva. Me lastimó el corazón ver que los zapatos abandonados, colocados juntos, marcaban con los tacones las seis y veinte.

## 8: Agosto

(I) Pero cuéntame algo más acerca de lo de andar sin nada de ropa.

TERRY

Agosto es el mes en que los dos cumplimos años, él el 18, yo el 19 (ésta fue una de las cosas que tanto efecto produjeron sobre la naturaleza arbitraria y cogitabunda de mi padrastro: a él lo seducen todas las coincidencias, casualidades y chiripas, todo lo que sea caprichoso). Todos parecían creer que esa contigüidad me provocaría muchas abyectas mortificaciones, pero la verdad es que estaba entre las escasas cosas que no me molestaban, al menos no en sí mismas; no me importaba que él lo pasase mejor que yo (en aquella época. ¿Cómo iba a atreverme?). Pero ellos se esforzaban afanosamente y hacían abundante alharaca, y, por supuesto, a mí eso me reventaba. Casi con seguridad yo habría preferido no tener ningún cumpleaños; atraer la atención, pienso, es algo que los chicos como el chico que yo era odian más que cualquier otra cosa. Yo, por ejemplo, disfrutaba infinitamente más las fiestas de Gregory que las mías. No requería ningún esfuerzo que resultaran buenas: en ellas casi no había aquella sensación de falta de naturalidad que caracterizaba las reuniones promovidas conmigo como centro. Y mi hermanastro era, desde luego, todo un espectáculo. Es difícil acertar a describir el esplendor del Gregory en desarrollo, cuando uno ve el personaje inseguro y acomodaticio en el que ha acabado por convertirse.

En particular, últimamente. En particular, desde que Úrsula está aquí. Ella lo empequeñece en algún aspecto importante que todavía no he podido detectar. ¿Ustedes saben cuál es? ¿O es que él les sigue contando mentiras?

¿Por qué no la saca más a menudo, ni le dedica más de su tiempo, ni la reclama como propiedad suya, que es lo que ella es? Al principio, con mi habitual pusilanimidad, supuse que el dejarnos juntos a Úrsula y a mí era una actitud irreflexiva y desdeñosa, como para dar a entender que éramos igualmente insignificantes y jodidos, los perdedores de allí abajo, cuya intrusión en la resplandeciente ciudadela de su propia vida él no debía permitir. Pero, no sé por qué, eso no puede ser. Él ya no parece estar pasándolo bien.

Si llegó realmente a follársela alguna vez, eso es lo que necesito poner en claro. Debe ser importante. Sé que ella solía ir mucho a la habitación de él por la noche (yo creía que lo hacía simplemente porque era más amiga suya que mía, pero una vez la sorprendí en el cuarto de baño después de haber estado con él, y por un instante se mostró sobresaltada y avergonzada, y su camisión estaba amontonado y todo

arrugado, y había en torno a ella un olor punzante que yo no había percibido antes), sé que realizaban excursiones escabrosas (hubo un incidente, por el cual los dos recibieron sus buenos cachetes, en el que quedaron aislados desnudos en una diminuta isla del Estanque D), y sé que aprovechaban cuanta oportunidad se les presentaba de meterse mano (una brillante y quieta tarde de primavera iba yo de paseo y entré sin propósito al granero; oí unos sonidos amorosos de cursilería peliculera que salían de entre los haces de henos; aproximándome cautelosamente hacia aquellos ruidos de juguetona contienda y reproche sofocado, vi a Úrsula recostada contra una inmensa silla de montar colocada en el suelo, con el vestido levantado y la parte inferior del cuerpo oculta por los ajetreados hombros y espalda de Gregory, quien ciertamente parecía estar besuqueándola a conciencia, pensé mientras huía en silencio), pero si realmente llegó a follársela es lo que me hace falta establecer fuera de toda duda. Porque entonces las cosas estarían más claras, ¿no es así?, no sólo para ellos, sino para mí.

—Oye, Úrsula —le pregunté la otra noche—, aquella vez, allá en el Estanque D, cuando tú y Greg os quedasteis aislados y sin nada encima..., ¿qué fue lo que ocurrió en realidad?

—Oh —dijo Úrsula, sin alzar la cabeza de la labor de punto en la que estaba ocupada, con el largo y sensible cabello prácticamente mezclándose en su regazo con el algodón y sus propios dedos nerviosos—, fue realmente algo tonto.

—Es muy probable que lo haya sido, pero ¿qué ocurrió en definitiva?

—Oh, pues que salimos en aquella balsa que había construido Gregory y no nos dimos cuenta de que se soltaba y se alejaba de la isla, y aquel viejo gruñón del señor Firble tuvo que rescatarnos en un bote.

—Pero cuéntame algo más acerca de lo de andar sin nada de ropa.

—Sí, nos la habíamos quitado.

—Eso está claro. Pero ¿para qué?

Sus manos se detuvieron, y ella dirigió una mirada de soslayo a la habitación.

—Simplemente nos la *quitamos*.

—Sí, hasta ahí te sigo. Estoy al tanto de esa parte del asunto. Pero la cuestión es *por qué* lo hicisteis.

—Porque hacía *mucho* calor. No sirvo para tejer: voy a dejarlo y no voy a empezar nunca más.

—*Tonto*, Úrsula, Úrsula: *tonto* —susurré en tono admonitorio, y ella acabó por alzar la mirada. Puso lo que se llama una expresión contrita, con los labios apretados y los ojos llorosos.

—Lo siento —dijo.

—Estoy seguro —dije yo, mientras ella bajaba otra vez la cabeza—. Estoy seguro de que fue de lo más molesto ser trasladada a la orilla sin ropa por aquel viejo cabrón.

—Sí —dijo Úrsula—, no te quepa duda.

Ramera chalada... Quizá, pues, todo el asunto sea, en definitiva, más sencillo. Tal vez sea *realmente* más sencillo. Si estoy en lo cierto, el camino de mi venganza está ahora despejado.

¿Habrá follado con alguien desde entonces —me pregunté ociosamente— si es que, para empezar, lo hizo alguna vez con él? ¿Se habrá acostado alguna vez con alguien? Yo no he follado con nadie desde la última vez que follé con alguien. Tampoco he follado con nadie nunca, o al menos actualmente tengo esa sensación. Es algo que simplemente desaparece de tu vida. Ni siquiera hablo continuamente de ello, como solía hacer antes ¿verdad? (aunque todavía empleo mucho el término *follar*). Cosa que es muy congruente, además. Ustedes creían que iba a ir a peor, ¿no es así? Pues no, gracias a Dios. La pérdida se me presenta como algo lejano y abstracto, como un perro en una luna distante ladrándole a la Tierra.

Actualmente estoy ganando tanto dinero que apenas sé qué hacer con él. Estoy ganando tanto dinero que estoy pensando en acudir a una prostituta, y a una buena, además. Las buenas, dicen, cuestan mucho dinero, pero saben cómo ponértela tiesa. Cuanto más dinero les das, más competentes se vuelven en eso de ponértela tiesa. Va a tener que ser muy buena, la mía. Tal vez no las haya tan buenas. Quizá por más dinero que yo gane, nunca podré pagarme una lo suficientemente buena para ponérmela tiesa. ¿Quién sería capaz de ponérmela tiesa? Alguien a quien yo le gustase: creo que eso es lo único que se necesita. Tal vez haya por ahí una furcia tan competente para ponérsela tiesa que le gustes si le das suficiente dinero. Será mejor que ahorre para conseguirla.

Estoy ganando tanto actualmente porque Veale ha maniobrado para ello (¿por qué me da Veale ese dinero? Quizá le soy simpático. Tal vez él también podría ponérmela tiesa, si quisiera). Veale ha maniobrado ya para lograr que me otorgasen exenciones fiscales y beneficios suplementarios por hacer cosas para ser representante del sindicato (es decir, por hacer cosas para él. Yo las hice cuando me lo pidió. No me llevaron más de un minuto, y ahora recibo todo este dinero. Tendré que hacer todavía más cosas por él más adelante, pero eso implica que obtendré todavía más dinero).

La racionalización propiamente dicha no ha tenido lugar aún. En la oficina todo el mundo se halla en un estado de aprensión desmesurada... y con toda razón. Todos piensan que les van a dar el portante. Y así será para la mayoría. Mientras que hace seis meses parecía que sólo les tocaría a uno o dos de nosotros, ahora parece que sólo a uno o dos de nosotros no les tocará. Escucho todo el día farfullar malos presagios a Wark, observo la callada desesperación de Herbert sentado a su escritorio, noto que Burns se ha vuelto demasiado paranoico para comerse su pescado en la oficina (Lloyd-Jackson ya ha renunciado: ahí tienen una verdadera muestra de coraje).

Solamente el Contable está tranquilo, aunque Veale dice que no debería estarlo. Yo estoy nervioso, aunque Veale dice que no debería estarlo. Estoy tan nervioso como cualquiera de los otros.

Todo este dinero. Cuando más nervioso me pongo es los viernes por la mañana, a las diez y media, al ir a recogerlo. Me pongo nervioso cuando ocupo mi lugar en la desmañada cola delante de la ventanilla de pagos, entre los oficinistas encorvados, los deslenguados conductores de furgoneta y las multicolores secretarias, cuando anuncio mi horrible nombre (Service, T.: «aquí está otra vez nuestro buen servicio de té», «con leche y dos terrones, por favor», «no me gusta la tetera, ¿y a ti?», etc.) y la mujer gorda o el hombre flaco recorren la hilera de sobres; cuando, para mi semanal consternación, el mío no sólo está allí sino que me es entregado, y cuando paso de regreso junto a la fila en la que se alternan empleados exhuberantes y empleados catatónicos, sosteniendo en el puño un pesado monedero marrón ¡con setenta y tres libras! Aún antes de que empezaran a lloverme todas estas bonificaciones, yo tenía calculado que siempre podría permitirme mis tres paquetes diarios de pitillos y mi litro y medio de vino español, que era cuanto me hacía falta para vivir sin volverme loco. Ahora está toda esta pasta extra: tengo en casa un cajón para emergencias, atestado de billetes de cinco libras que no puedo gastar; continuamente encuentro billetes olvidados en bolsillos que no utilizo; me deshago de la calderilla de las vueltas acumulándola con desprecio en el alféizar de la ventana; el otro día cogí un taxi para ir no sé dónde, por puro gusto; ¡hala!, que puede que hasta me compre un poco de ropa nueva. (Ahora sería difícil que me arruinase, aunque la posibilidad me sigue asustando. Creo que siempre me dará miedo).

He cogido la costumbre de dejar mis recibos de paga por cualquier parte de mi habitación. Pueden hallarse las coletillas llenas de jeroglíficos sobre el escritorio y sobre la cama, en la librería y encima de la mesa. Creo que a estas alturas él ya debe haber visto alguna, porque el sábado pasado me preguntó, en tono bastante desanimado, si podía prestarle £15; lo hice, con aire de suficiencia, y lo dejé contemplando fijamente los billetes como si acabaran de materializarse en su mano. Y naturalmente, ahora saco mucho a Úrsula, con la mayor ostentación posible, dejando igualmente por ahí las cajas de cerillas de los restaurantes y las entradas de los cines caros. Me gusta sacar a Úrsula de paseo, porque así hago creer al mundo que tengo una amiguita. Está empezando a creérselo él. Estoy empezando a creérmelo yo. Está empezando a creérselo ella.

Escuchen.

Ayer empezó a sucederme algo siniestro y maravilloso. *De pronto* (llegué a casa a las seis y media. Úrsula y yo sosteníamos una de nuestras tranquilas veladas, yo bebiendo, leyendo y quedándome calvo en mi cuarto y ella en el suyo tejiendo,

murmurando y volviéndose loca, pero con la puerta siempre abierta entre ambos) *supe lo que tenía que hacer*. Úrsula había utilizado el baño y hacia las diez menos cuarto estaba ricamente sentada en la cama. Alrededor de una hora más tarde, Gregory cruzó a paso indolente para utilizar el cuarto de baño él, efectuando una infrecuente pausa para charlar brevemente con su hermana antes de regresar a paso indolente hacia arriba. Yo a mi vez pasé poco después a efectuar mis discretas deyecciones y evacuaciones. De regreso me detuve como de costumbre junto al lecho de Úrsula, y me incliné para darle el casto beso de las buenas noches.

—Ven a mi cuarto —le dije a continuación.

—¿Mmm?

—Decía que vengas a mi cuarto. Ven a mi cuarto —repetí.

Apagué la lámpara de mi mesa de noche y permanecí tendido en la cama, desnudo y sumido en una hormigueante incredulidad, con una coloreada oscuridad oprimiéndome las pupilas, los latidos de mi corazón llenando el cuarto, mi nariz oliendo el vacío aromático, las orejas aguzadas para percibir la respuesta del roce de mantas y el chirrido de las bisagras vecinas. Antes de que ningún sonido llegara a destacarse por sobre el estruendoso silencio, allí estaba ella a mi lado, tibia presencia de afelpada piel y leve algodón. Vaya. Yo no hice ningún movimiento, sino que fue ella quien seguidamente me rodeó con sus brazos en un abrazo infantil, confiado, profundamente asexual, y durante un rato permanecimos tendidos como si durmiéramos, osando apenas respirar, su mentón abrigado en mi axila, sus rodillas curiosamente frías contra mi muslo. (¿Es esto, pensé, o hay más?). Hice un movimiento casi imperceptible, como para besarla, girando sobre mí mismo apenas una décima de pulgada, y la sentí ponerse rígida; lo mismo cuando levanté una mano y la posé fraternalmente sobre su antebrazo. Experimenté momentáneamente una pegajosa incertidumbre en el centro de mi ser, semejante al segundo de pánico que precede a la readaptación después de una pesadilla, o a la memoria trivial y sin encanto que te dice hola cada día; pero en seguida el pequeño secreto hizo ¡clic!, y súbitamente supe de nuevo lo que tenía que hacer. Puse el secreto en acción.

—Hazlo —dije.

—¿Mmm?

—He dicho que lo hagas —ordené.

—Oh.

Acto seguido su delgada mano apareció sobre mi pecho. Se deslizó con viveza hacia abajo. Con un espontáneo gruñido, Úrsula apoyó la cabeza sobre un brazo acodado y se desplazó unas pulgadas lecho abajo para mejorar su postura. La oí abrir la boca gratamente sorprendida, y entreabrí los temblorosos párpados para ver su anguloso rostro dirigido hacia abajo, con un firme gesto de concentración dibujado en la boca.

Y le gustó. Al principio yo medio esperaba un toqueteo pueril por parte de mi reconcentrada compañera de lecho, pero tras algunas pacientes caricias descubrí que podía entregarme sin reservas a aquellos pequeños dedos. Aunque los movimientos de ella fueran estrictamente mecánicos (y nunca más mecánicos que en los trémolos y arpegios ejecutados con los nudillos y las uñas), no por eso traslucían disgusto, sino más bien una atención cuidadosa y afectiva. Me abstraí hasta que sentí que los músculos se me tensaban y Úrsula respondía estrechándose a mí para ofrendarme la plena dedicación de su brazo. Hice confusamente como para apartarle la mano (no es necesario, no es necesario), pero aquella mano era resuelta sin remilgos y me corrí con un *juiii* de regocijado remordimiento.

—Ya está —dijo Úrsula en tono firme, como una enfermera, y en un susurro añadió—: Creo que ahora será mejor que regrese a mi cuarto.

Me volví con torpeza para besarla y no di con su boca.

—Nada de besos. En los labios nunca.

—Oh, amor, amor.

—Nunca me dejarás, ¿verdad?

—No, nunca, nunca.

—No se lo contarás a Gregory, ¿eh?

—No, no, no lo haré.

—Buenas noches, Peliverde. Uy... No puedo llamarte así, ¿o sí?

—Sí, puedes, puedes.

Feliz cumpleaños, Terry. No se necesita mucho para mejorarte.

Esa mañana le llevé a Úrsula el té a la cama («Feliz cumpleaños, Terry»), la besé en la frente sin arrugas y le entregué una nota en la que le decía que la amaba y siempre la protegería (una cosa sobre el incesto: no tiene objeto tomárselo con calma. No pueden escapar. No pueden esconderse. Simplemente no pueden esconderse), y andando sin prisas como un colegial embelesado me dirigí hacia el metro a través de un *mews*<sup>[12]</sup> que había descubierto recientemente. Estuve dos minutos enteros contemplando un jet que volaba muy alto dejando una delgada estela, apenas un refulgente crucifijo en el profundo azul por encima de las nubes tenuemente blanquecinas. Incluso el sonoro traqueteo del tren me decía una y otra vez una cosa nueva: propósito (hay razones para que la gente vaya a trabajar). Tan pronto como estuve en la oficina le telefoneé, ansioso por ratificar que mi vida había cambiado. ¿Cómo estás? ¿Te encuentras bien? Yo estoy bien, bien. ¿Y tú? ¿Seguro que te encuentras bien? Pero no fue suficiente: diez minutos más tarde la llamé otra vez. ¿Has leído mi nota? Es verdad lo que dice. Lo es. Nunca más te preocupes por nada. Y por la tarde igual: no podía estar sin llamarla. Yo otra vez. Perdona. ¿Puedo invitarte a una buena cena esta noche? Te amo. ¿Por qué? Siempre te he amado. No

preguntas por qué. Te amo.

¿Por qué? Porque ella me devolvió la polla, por eso. Me sentí tan cambiado, tan ostensiblemente transformado, que esperaba que en cualquier momento me abordase el chalado de Wark, o algún otro, diciéndome: «Eh, ¿qué te ha sucedido? ¿Alguien te ha devuelto la polla, o algo así?». Sí, alguien ha hecho precisamente eso. Desde varios puntos de vista, puedo asegurarles que no es lo ideal ni mucho menos. Por ejemplo, Úrsula es más o menos hermana mía, y a menudo no parece darse cuenta exacta de lo que está ocurriendo. Esto introduce un elemento arbitrario; me siento como el embaucador jacobino<sup>[13]</sup> que en el dormitorio en tinieblas se hace pasar por el marido ausente, o como el afortunado marinero que consigue el primer lugar en la cola de violadores: si supieran lo que yo sé (siento), no estarían *tan* ansiosos. Pero qué diantre, Gregory también lo hizo (¿o no?), y él es su hermano *de verdad*. Y se trata de un comienzo. ¿Y quién soy yo para ponerme crítico?

Aquella noche tenía gana de irme a casa a todo correr, pero hasta en las rutinarias demoras y prevaricaciones de la tarde había un elemento tranquilizador y erótico. Sentí afecto hacia el hombre que me vendió el periódico vespertino, y retribuí el «hola» del estanquero con particular cortesía. Las luces ambarinas de las máquinas de la entrada del metro, con sus diagramas de tarifas y destinos en relieve, convertían el interior en un crepúsculo vespertino, y mientras las escaleras descendentes me introducían en la bóveda gris sentí como si una enorme y vigilante criatura me diera la bienvenida a sus profundos dominios. Mi tren corrió velozmente por debajo de la ciudad, emergiendo impetuosamente de los túneles, introduciéndose de nuevo con cautela y volviendo a emerger con el mismo ímpetu.

Toda clase de sorpresas me esperaban. Cuando entré al apartamento dando saltos y ladridos, con dos regalos para Úrsula en el hocico y golpeando el suelo con el rabo, ¿con quién creen que me encuentro, sino con el cabrón de *Gregory* (¿quién carajo es él?), sentado con Úrsula en la habitación de ella?... Pero tranquilo, chaval, tranquilo, y menuda broma a costa del pasado verla a *ella* haciéndome *a mí* señas encubiertas para aplacarme. De inmediato y con generoso talante invité a ambos a ese caro local francés de Dawn Street (por cierto que en el trabajo me dieron una bonificación por cumpleaños. £25. Feliz cumpleaños, Terry). En el momento de dispersarnos para cambiarnos le ofrecí servilmente a Úrsula sus regalos —un jersey de cachemira y un perfume—, que ella aceptó encantada y con semblante grave, estampándome un furtivo beso en la frente. La cena me hizo sentir confiado, incluso indulgente, príncipe por un día, con Greg comiendo glotonamente en silencio (sumamente estimulado, sin duda, por la perspectiva de no tener que pagar lo que comía y bebía), y Úrsula serena y atenta, conmigo presidiendo la mesa.

—Imagino que ésta es nuestra fiesta de cumpleaños en común —dije a cierta altura.

—Sí —convino Gregory—, supongo que sí.

Regresamos a casa andando los tres en línea, con Úrsula entre sus dos hermanos. Para mi agradecido alivio, Greg propuso con aire lúgubre irnos directamente a la cama, de modo que Úrsula y yo enfilamos el pasillo (Buenas noches, Buenas noches, Buenas noches), y sin palabras, sin sonreír, nos dedicamos a nuestras respectivas tareas preparativas y ablutorias, como personas que han vivido juntas toda la vida. Yo salí del cuarto de baño con la camisa del pijama puesta y pasé al lado de su cama sin dirigirle apenas una mirada. Me tendí en mi lecho a esperar, con un último cigarrillo por toda iluminación. Ella vino (con su rápida travesía de puntillas en la oscuridad, su delicado salto gatuno para aterrizar de rodillas junto a mi almohada, su afelpado deslizarse bajo la sábana) y se corrió un poco. Y también yo me corrí.

(II) Hay muchos más secretos que debo contarles.

GREGORY

Agosto es el mes en que los dos cumplimos años, desquiciante coincidencia nostradámica que conmovió fatalmente a mi padre, A propósito, ¿se imaginan por dónde le ha dado ahora al movedizo viejo tarumba? Según Mamá, le ha dado por hacer paisajismo en un solar abandonado de algún perdido rincón de la propiedad, a un costo colosal, con foso para empalizada, falsos espejos de agua y todo lo demás. Mamá y yo estamos formulando los planes que debíamos haber puesto en práctica hace mucho tiempo para hacerlo *internar, sí, internar*, antes de que nos deje a todos en la miseria.

La proximidad entre nuestros cumpleaños siempre fue, naturalmente, motivo de mucho sufrimiento agotador para Terence, e incluso de cierto conmovido embarazo por mi parte. Treinta o cuarenta era generalmente la cantidad de amigos que se consideraba adecuada para mis fiestas, y dado que la mayoría de mis amigos eran traídos a Rivers Court por sus padres, y puesto que los padres de mis amigos eran amigos de mis padres, pues resulta que la casa se abría más o menos de par en par y un ambiente carnavalesco y festivo descendía sobre toda la propiedad: el tap-tap de las grandes tiendas que estaban siendo instaladas sobre el césped, los criados serios y aturridos esquivándose en cada cruce de senderos, los sencillos inquilinos de las casitas rurales (con la gorra doblada en la mano como si fuera un periódico) recibiendo su ponche de baja graduación por la puerta lateral, la amplia avenida de entrada jalonada por los grandes coches silenciosos, como rinocerontes en el lecho de un río, el cacofónico estruendo de las bandas de metales contratadas, el rico sonido de los caramillos, silbatos y banderitas de papel, aquella abigarrada floración estival. ¡Pobre querido Terence! Creo que fue por sugerencia mía que una vez pusimos en

práctica la desastrosa ocurrencia de combinar las dos celebraciones. Imagínense, si lo desean, el contraste entre los regalos acumulados en el salón: la media docena de obsequios de la familia que forman el humilde montón de los de T., al lado de mi fabuloso botín, digno de un pirata. Imaginen, si pueden, las forzadas presentaciones... «Y éste es el pequeño Terence (el chico que hemos adoptado), que cumple años también hoy, bueno, no precisamente hoy... es que...». E imaginen si pueden, como en una pantalla dividida, de un lado el espectáculo del hijo selecto, alzado metafóricamente a hombros de la muchedumbre, en un torbellino de confetti y afecto, y del otro el del desagradable y encogido intruso de rostro ruborizado que está siempre escondiéndose, siempre escondiéndose. En lo sucesivo retornamos a lo de antes, con mi mítico *mardi gras* precedido por una pequeña reunión doméstica con té y galletitas en la que tomaban parte los sirvientes, mediante propina. (Terence asistía al colegio del pueblo, y sin duda había desarrollado alguna clase de preferencia por un selecto grupo de sus colegas. Pero nosotros no podíamos albergar en Manor Hall a la progenie de, supongamos, los barrenderos, los caza-ratas, los limpiadores de cloacas, etc. ¿No les parece?). Úrsula y yo sufríamos las depresiones que forzosamente tienden a promover ese tipo de desigualdades, pero francamente estábamos demasiado concentrados el uno en el otro para que las miserias de Terence fueran verdaderamente cosa nuestra. Verán, aquellos años nos pertenecieron por completo a Úrsula y a mí —Úrsula, cuyo cuerpo en desarrollo conocía tan bien como la forma de mis propios dientes—, y los avatares de la existencia condenada y escuálida de Terence, con toda su carga de humillación y odio, parecían algo infinitamente postergable, un mero reflejo de la codicia, la estupidez y la mugre que de pronto nos tiene ahora sitiados.

Me pregunto qué irá a pasar este año (para mi cumpleaños anterior fui al Court, pero actualmente estoy muy liado)... Supongo que invitaré a un par de docenas de amigos a una cena de rechupete en Privates, ese sitio nuevo que han abierto en Chelsea. Después, sin duda Torka organizará alguna fiesta extravagante en torno a mí. Habrá la habitual avalancha de regalos y telegramas, y el generoso cheque de Mamá. Quisiera saber qué hará Terence para el suyo... La posibilidad más atractiva es que nada, ¡aunque a lo mejor espera no convertirse en un vagabundo hasta el día *después!* (Supongo que no se han dado cuenta de que Terence mea en el lavabo. Pues así es. Últimamente, en varias ocasiones he hallado la porcelana —a la misma altura del pubis— manchada por un pringoso rastro amarillento. Por el momento es sólo una hipótesis, pero confío en que una hipótesis que pronto resultará susceptible de ser probada).

¡Ahora!, ¡ya!, responde en seguida: ¿qué piensas de mí? ¿Qué opinas de mí, de Gregory, Gregory Riding, de esta persona que soy yo? Oigámoslo: altanero, vano,

rebuscado, despectivo, imperioso, superficial, corrompido, fatuo, marica... e insensible, sobre todo insensible (mira cómo se traiciona). En realidad soy extremadamente consciente de mí mismo. Pedazo de estúpido, ¿crees que no sé todo eso, *todo*? Pues lo sé, estúpido, lo sé todo, *estúpido*.

Escuchen.

Ayer empezó a ocurrirme algo triste e irreparable.

Me levanté a las nueve. Estaba soleado. Tomé una taza de té y una tostada. Fui andando hasta la estación del metro en Queensway. El ascensor se había tomado uno de sus frecuentes días libres; descendí por la interminable escalera de hierro, despeinado por las sucias ráfagas provenientes de las entrañas de la Tierra. De inmediato surgió raudamente de su agujero el metálico tren, abominable bestia que acomete por sorpresa. Entré en un vagón a medias lleno y permanecí de pie, como de costumbre, en uno de los espacios próximos a las puertas. Todo era igual que siempre, los asideros colgantes balanceándose con cada barquinazo del tren, las luces de sodio atenuándose y recuperando la intensidad en un parpadeo, el potente quejido de la corriente subterránea, la suciedad del suelo, el calor, los pasajeros sentados frente a frente con expresión estúpida. Fue entonces cuando empezó a ocurrir. Mientras el tren dejaba atrás con un *wuuush* la estación de Lancaster Gate, cuando los muros del túnel se volvieron negros y las luces parpadearon: fue entonces cuando lo sentí (como el golpe de aire de una explosión cercana, como el eco inopinado de un mal recuerdo, como el siseo de una mezcla de productos químicos), fue entonces cuando, en un instante, sentí como si hiciera años que estuviese loco, loco como una vieja oveja loca en un campo llovido, bajo un cielo encapotado. No, no me hagáis esto a mí, no, a mí no. Me bajé en la siguiente estación. Trepé hasta la colorida superficie y estuve mesándome los cabellos en medio del loco móvil escultórico de Marble Arch, con las nubes deslizándose velozmente sobre mi cabeza.

¿Qué me sucedió allí abajo? Algo fue. Físicamente fue desde luego una cosa real: un sudor frío, una falta de aliento como si el corazón intentara salirse del pecho, una vibración corporal demasiado profunda para manifestarse en un temblor ni tampoco en un quejido. En seguida comprendí que, como un ciclista novicio o un jinete despedido por primera vez de su montura, tendría que regresar inmediatamente abajo, a los abismos, al espacio subterráneo, y giré sobre mí mismo, compré otra vez un billete y descendí inmóvil como un muñeco en la escalera mecánica mientras los martillos golpeaban más fuerte y el aire oscuro se movía en círculos y mi cuerpo (el sudor, la vibración, el corazón) volvía a sintonizar sus ritmos. Me exigió hasta el último neutrino de resolución no darme media vuelta y empezar a trepar los móviles escalones de acero como un hámster frenético. ¿Continuar bajando entonces e internarme en todo aquello?: no, no, ni soñarlo. Fui rápidamente de la escalera de

bajada a la de subida, y a grandes zancadas salí a la luz.

Lo intenté nuevamente esa noche. Lo mismo. Una pesadillesca sucesión de autobuses lentos, malolientes, atestados y espasmódicos, acabó por dejarme en casa a eso de las siete y media. Úrsula y Terence estaban abajo celebrando una de sus lamentables pequeñas veladas compartidas, y ciertamente yo no estaba para verlos. Estuve tendido en mi lecho hasta eso de las once, cuando me resolví a ir al baño. Terence, con una absurda camisa nueva y un aspecto furtivo y rastrero, estaba encorvado sobre su escritorio dedicado a su whisky. Últimamente no sabemos cómo saludarnos. Buenas noches. Hola. Hasta mañana. Úrsula estaba en su lecho, tejiendo, y me detuve un momento para una infrecuente charla: sí, se encontraba bien, y actualmente no tenía problemas para llenar su tiempo. A solas en el cuarto de baño, rodeado de acero y cristal, me descubrí una vez más jugando con la idea de instruir a Úrsula para que me visitase más tarde en mi lecho. Pero no: aquello sería, a su modo, igualmente terrorífico. Retorné arriba y me tomé una píldora fuerte, y otra, y dejé que se las arreglasen como tribus enceguecidas dentro de mi cabeza. En alguna habitación por los alrededores, en una de las desahuciadas viviendas de esta calle, un extranjero enloquecido aullaba histéricamente en la noche. ¿Qué era lo que gritaba continuamente?... *Cierren las puertas... Cierren las puertas... Cierren las puertas...* En un momento dado me encaminé a la ventana y miré hacia afuera. Es cierto que las puertas de la negra ambulancia que había venido a por él estaban abiertas, pero aún después de que alguien cerrase las puertas, él continuó gritando mecánicamente, *cierren las puertas... cierren las puertas...* A cuáles puertas podía haberse referido, es lo que me preguntaba al regresar a la cama. Podía haber sido de mañana cuando caí dormido, la almohada gris y mojada, el amanecer gris y sucio al otro lado de las cortinas.

Esta mañana lo he intentado de nuevo. Lo mismo. Tan pronto como las brutales puertas del ascensor se cerraron con un crujido, supe que no había ninguna posibilidad, ni la más mínima desquiciada esperanza. Subí con toda solemnidad la gran escalera de hierro. Esta mañana cogí un taxi. Pero no puedo permitírmelo. Debo acomodar mi vida.

¿Quién hay con quien pueda hablar? Llamé a Torka desde la galería: el grosero Keith atendió el teléfono y estuvo insoportablemente ofensivo cuando le pedí que Torka me llamase. Desde una cabina telefónica cercana llamé a Mamá a la hora de comer, pero estaba preocupada, dispersa y demasiado lejana. Skimmer y Kane... en realidad son unos idiotas, no son más que malvivientes de clase alta (ustedes no han llegado a conocerlos, ¿verdad?); no entenderían una cosa como ésta. Dios mío, a veces te vuelves para comprobar los hilos de los que pende tu vida y te das cuenta de lo delgados que son. Ahora he incorporado a mi vida este elemento nuevo que se llama pánico. Hasta ayer, para mí no era más que una palabra. ¿Qué tengo yo que ver

con el pánico? ¿Por qué el pánico no va y elige a algún otro?

Después de una confusa charla con Úrsula, regresé a casa por correo de superficie, desplazándome lenta y cuidadosamente con todos los demás por la ciudad formada en colas en el pachorriente intercambio vespertino. Úrsula —y Terence, por favor— me aguardaban en mi cuarto, los dos con aspecto de depender patéticamente de mí para transformar su día, para aliviar su serie de cansadas y pobres confabulaciones bajo la escalera. Yo había programado llevar a Úrsula a cenar, y ahora me sentí sin fuerzas para impedir que Terence se nos agregase, cuando me decidí por ese local francés en Dawn Street y Úrsula salió corriendo a arreglarse, no hice ningún esfuerzo para detenerlo. Fuimos andando sin mayor entusiasmo. El restaurante estaba repleto y demasiado oscuro (al punto de requerir acomodadoras para conducir a los clientes a sus mesas). Una vez que hube obtenido un aperitivo y elegido mi comida, le cedí abstraídamente a Terence la tarea de pedirla; cosa que hizo tartamudeando, con abundante y descolocada cortesía hacia los camareros (y no vean lo mal que pronunció los nombres de los vinos franceses). Los dejé conversar a los dos durante toda la cena, y después, tras dos generosas copitas de Benedictine, obligué a Terence a pagar, a modo de recompensa por haberle proporcionado una salida nocturna. Pero con ello no conseguí experimentar un genuino placer, ni siquiera al contemplar cómo la adición desaparecía bajo el montón de billetes de cinco de Service. Volvimos a casa andando los tres en línea (T. del lado exterior, con un pie en la alcantarilla, esquivando los árboles); alguien sugirió que tomásemos juntos un «café», proposición que deseché sin más. Ellos se retiraron apresuradamente abajo a dormir, cada cual al reposado ciclo de su reposada vida, mientras yo, con la ayuda de unas píldoras y de aquel licor, buscaba la letra A en el azaroso alfabeto del sueño.

¿Qué me sucedió allí abajo?

Todo ha cambiado. No se necesitó más que eso. Toda una corteza protectora ha sido arrancada de mi vida. Nada conserva el aspecto que solía tener. Los objetos familiares se contorsionan ahora con furtiva vida propia (creo que hacen cosas a mis espaldas). Cuando mis ojos pasan por sobre los trogloditas, los malvivientes, los animales de la calle —esa gente que antes casi nunca estaba allí— soy irremediabilmente absorbido por ellos y percibo el infierno que son ellos también. Ya no doy nada por sentado: la mínima acción o pensamiento se desmenuza en un millón de contingencias. He salido. Ahora soy uno de vosotros. ¿Cómo se me ha contagiado todo esto?

Hay muchos más secretos que debo contarles. Pero sean indulgentes conmigo. Es mi cumpleaños. Veamos las cosas de una en una. (Lo sé. Me contagié de él).

## 9: Septiembre

(I) Ése es uno de los modos de tenerlas a tu merced.

TERRY

Hay ahora en mis noches algo de leproso e inexorable. Las cosas han avanzado con una certeza constante, con la lenta lógica coherente de una novela costumbrista, o una combinación ajedrecística, o un juego de familia. Ya sé cómo acabará —las cosas se pondrán súbitamente mucho peor para dos de nosotros y jamás volverán a mejorar —, pero no puedo estallar todavía. No quiero estallar. Seguiré adelante hasta que ocurra. Parece que eso es lo único que puedo hacer.

Durante algún tiempo estuve saliendo con una chica ciega, saben, sí, así es, totalmente ciega, de nacimiento: incluso usaba gafas oscuras y bastón blanco, lo cual por la noche solía lucir en las calles como una flotante marca de tiza o un rastro de humo, algo irrelevante cuando los dos estábamos también completamente ciegos. Abundantes atracciones, pues, para el preocupado estudiante de abrigo marinero, con su bolsón de plástico con los libros y su experimental barba rojiza (a *ésa* pronto la excluí). Ella era pequeña, judía y esbelta; tenía un deslumbrante cabello negro, una gran nariz trágica, la epidermis del color de la arena mojada y unos labios gruesos casi tan amarronados como su piel; todos convenían conmovidos que era bonita. Piensen, asimismo, en la cualidad conmovedora de aquella valiente aunque vacilante figura paseando relajada y alegre con sus amistades entre clase y clase, pero convertida en una sonámbula indecisa cuando se la veía sola en la ciudad, tratando de mostrar un paso firme, mudando de expresión con asustada rapidez al internarse por senderos desconocidos. Consideren, además, el hecho de que (a) era una chica, y (b) no podía ver qué pinta tenía yo, y empezarán a apreciar la plena potencia de su fascinación.

Fue tremendamente fácil entenderme con ella. Simplemente un día la ayudé a cruzar la calle en el centro, le pregunté adónde iba y le comuniqué mi intención de acompañarla. No hay nada que ellos puedan hacer al respecto, ¿comprenden?: ése es su objeto. Yo fui con ella todo lo bueno que pude durante un tiempo muy largo. A su debido tiempo ella casi empezó a acostarse conmigo (sí, fue una de las chicas a quienes escribí cuando nadie quería saber nada de acercarse a una cama conmigo. Ahora está casada, o muerta, o tal vez tonta en un asilo. No puedo recordar si alguna vez me contestó). Yo sabía que el asunto se iba a poner desagradable en el momento en que su ceguera se convirtiese en algo que yo pudiera usar: y, cómo no, una noche,

en su cuarto, cuando ella retiró la mano pecosa cuya palma caliente se deslizaba hacia arriba por su muslo y la devolvió recatadamente a mi regazo, yo volví a levantarla y agité dos gruesos dedos abiertos debajo de su nariz. Una puerta se abrió de repente. Cogí el hábito de inclinarme por detrás del sofá en el que ella se sentaba y espiar sin fruición la pendiente triangular de su blusa; después de poner un disco, solía volver hacia ella gateando, mirándole por debajo de la falda (esas chicas ciegas no saben sentarse correctamente); le hacía muecas sin parar, encontrando un gozo especial en contradecir mis palabras con mis expresiones faciales, de modo que, por ejemplo, las amabilidades corrientes estuvieran sincronizadas con miradas de ardor exasperado, las ternezas amorosas acompañadas por burlonas contorsiones de odio, etc. Por último, una noche en que yacíamos desnudos en su lecho (eso estaba bien. Pero ella estaba en plan de no-penetración), produje, con cierto esfuerzo, los efectos sonoros de una orgía de llanto, gimoteando de modo lastimero que no podía ser cierto que me amase, que me iba a morir si no la poseía, y otras mendacidades por el estilo. Finalmente ella accedió, derramando más lágrimas de las que yo hubiera llegado a derramar esa noche. No volvimos a vernos. La cuestión era —¿se dan cuenta?— que ella *sabía* que yo estaba fingiendo, pero no podía decir que lo sabía. Porque eso habría sido mucho más terrorífico, ¿no es así?

Ése es uno de los modos de tenerlas a tu merced.

Estremecimiento. Temblor.

—¿Qué más hacíais? —pregunté, deteniendo con una contracción de la nalga la marcha descendente de la mano de Úrsula.

—¿Mmm?

Ella acaba de deslizarse entre mis sábanas por decimoctava noche consecutiva y a estas alturas parece bastante hastiada de la rutina, mostrando en verdad cierta tendencia a ponerse manos a la obra con lo que a mí se me antoja una insultante prontitud (y no es que a mi polla le importe un carajo, como quiera que sea. Actualmente hace lo que le mando).

—Tú y él. ¿Qué más hacíais? —La rodeo estrechamente por los hombros con un brazo, al tiempo que elevo el timbre de voz para sonar benévolo.

—Bueno, sí —musita ella en mi axila (no sé cómo pude aguantarme durante esos repugnantes interludios)—, la verdad es que había otras cosas.

—... ¿Ah sí? ¿Como qué?

Ella se estremece ligeramente.

—No puedo *decirlas*.

—Entonces hazlo —me oigo decirle, en el impasible tono monocorde que he cultivado para tales solicitudes—: Hazlo.

Nuevamente con un gruñido indescifrable, como el de un trabajador sin futuro a

quien se le pide pasar de una a otra tarea igualmente rutinaria y sin sentido, mi hermanastra se zambulló al interior del lecho. No hubo contacto alguno entre su piel y la mía hasta que sentí firme y distintamente la presión de sus labios.

—¿Estuvo bien? —pregunté con asombrada incredulidad cuando ella resurgió a la superficie.

—Creo que me acostumbraré —dijo Úrsula, arrugando la nariz en señal de disgusto.

No muy perfecto, ¿eh?

Después de cada uno de esos actos nocturnos —después del autocomplacido «Ya está» de Úrsula, pronunciado en el tono de una virgen verdaderamente experimentada —, mi inmediato instinto, mi instinto predominante, ha sido el de una disposición agradecida y ansiosa de reciprocidad. La primera noche me escurrí lecho abajo como un babioca, y sólo después de una humillante lucha —con la propia Úrsula arrastrada a medias hacia abajo conmigo— volví a emerger, encandilado. Evidentemente, no era aquello. En las pocas noches que siguieron, yo buscaba a tientas el cuerpo junto a mí, en la cama, con una especie de extática circunspección, como si se tratase del bebé de un amigo o de una pila nuclear a punto de reventar, sólo para encontrarlo muerto, muerto, un leño helado en una noche borrascosa. Una vez se apartó de un salto de un modo crudo, brusco, y yo hice una silenciosa mueca burlona en la oscuridad. Allí estaba, de momento, de vuelta en el mismo punto que antes. Desde entonces no lo he intentado. Pero pronto voy a intentarlo otra vez. He estado pensando en qué es lo mejor que se puede hacer.

¿Se ha dado cuenta Gregory de lo nuestro? (¿Ha dicho algo?). Yo diría que no. Yo diría que tiene otras cosas en la cabeza. Su natural engreimiento lo protege, desde luego, pero ahora hay otras cosas, y estoy casi seguro de saber cuáles son. Se muestra asustado (¡mírenlo! *Él*, nada menos, *asustado*). Se lo ve como si el propio aire pudiera volverse furioso contra él... Cuando éramos pequeños el asustado era siempre yo, siempre el jodido y despreciado en el colegio, siempre el atropellado y vapuleado por los chicos del pueblo, siempre el rodeado e insultado a voces por los guardianes del parque, siempre el que estaba llorando por alguna broma despectiva, siempre asustado. Gregory casi nunca lloraba de pequeño, sólo por las desgracias de los demás (sí, eso es cierto). Ahora anda por ahí con la sonrisa blanda y temblorosa del que a duras penas está aguantando las lágrimas. Está realmente asustado. Creo que no hace falta que me ocupe de él, después de todo. Alguna otra cosa lo está haciendo por mí. Creo que el asunto está siendo muy bien llevado.

—Ah, hola. Pasa, Terry.

—¿... Por dónde?

Me encontraba en la amplia calzada para coches del hogar del señor Stanley Veale

en Fulham, una mansión victoriana de tres plantas, de un tono castaño rojizo, contra cuyo extenso marco se apoyaban y agazapaban diversas estructuras brillantes. Veale se dirigía a mí a través de la ventana levantada de uno de aquellos pequeños e insignificantes añadidos, que aparentaba ser algo así como un comedor diario de forma oval lleno de sillas rosadas y abigarrados cojines desparramados. Su rostro grande y pálido permanecía inexpresivo.

—Por los cobertizos de aparcamiento.

«Oh, así que tienes más de un cobertizo, ¿no?», pensé, habiendo tomado ya nota de los tres coches detenidos sobre sus respectivas huellas sobre la gravilla: el consistente Ford Granada, la furgoneta, el Mini.

—¿Por cuál cobertizo? —pregunté.

—Hay un solo cobertizo —dijo Veale en tono grave—. El Granada lo dejo en la calle. Es para los coches ligeros. Por el costado.

Oh, conque tiene más de un coche ligero, ¿no?

—Oh, vale —dije, dándome cuenta tardíamente de que el gusto de Veale por el plural era únicamente la sonora consecuencia de su «elegante» pronunciación de la *t* final (hace una década, sin duda no la habría pronunciado; pero, claro, hace diez años no habría tenido necesidad de utilizar aquellas palabras). El mismo origen tenía su atracción por una *h* inicial áspera. Veale decía *hello* como un resuelto halitósico sondeando una amistad<sup>[14]</sup>.

Me dirigí hacia el costado —Veale retiró precavidamente la cabeza— por entre los tubos de sostén del cobertizo, entrando en un vestíbulo al aire libre donde había una considerable colección de mantos, capas y chubasqueros colgados en la pared, encogidos prisioneros en un campamento del norte. Sobre el suelo embaldosado yacía un montón de piernas desmochadas, bajo la forma de descartadas botas Wellington<sup>[15]</sup>. Un panel de cristal se deslizó hacia atrás: Veale giró sobre sus talones y avanzó por un amplio pasillo que inmediatamente desembocó en un salón con dos niveles: blancas alfombras mullidas como musgo cubierto de nieve, delante de unos sofás tan largos como una fila de butacas de cine, una chimenea del tamaño de una entrada de servicio de Versalles, un bar en forma de riñón contra paredes con estantes llenos de botellas.

—¿Whisky? —dijo Veale—. Más vale que sí. Es lo único que hay, por el momento. A menos que quieras esa porquería dulce —añadió, señalando con disgusto las botellas de Parfait Amour y Chocolate Mint Cream ordenadas a su alrededor—. Mi mujer consume esas porquerías dulces. *Antes de comer*. Tú obsérvala.

—Tiene usted una casa increíble —dije. Veale cogió un cortapapeles dorado y lo hundió en una de las cuatro cajas marcadas WHISKY que había detrás del bar—. Ahí va. ¿Compra usted al por mayor?

—En cierto modo sí —dijo cortésmente Veale—. Todavía no he entrado el vodka

y eso. Aquí está: cuatro cajas de whisky, cuatro de vodka, cuatro de gin, cuatro de ron, cuatro de Campari, cuatro de vermut, cuatro de brandy. Uno ochenta contado.

—¿De veras? ¿Qué, lo saca barato?

—No, pago de más ¿no? No hace falta ser... Maynard Keynes para calcular eso. Por supuesto que lo saco barato.

—Disculpe.

—Ya ni me acuerdo de la última vez que pagué algo sin descuento. Sólo un papanatas pagaría sin descuento en estos tiempos. Todo al contado. Por adelantado.

—¿De veras? —Me encaramé a un taburete, aceptando el vaso de whisky más grande que había visto o sobre el que hubiese oído hablar en mi vida.

—Sí. Claro que ya no es lo que fue.

—¿Antes solía conseguir otra mercancía?

—Vino, jerez, oporto... de todo. ¿Has visto el Granada de ahí afuera? Lo conseguí por menos de la mitad del precio al público.

—¿Cómo hizo?

Él aspiró audiblemente aire por la nariz.

—¿Tú qué crees?

Un vocerío procedente de la puerta más alejada precedió la entrada de dos chicos pequeños (en justicia, hay que decir que uno de ellos doblaba en tamaño al otro). En tono de benigna formalidad, Veale preguntó qué les apetecía.

—Naranja, papá, por favor —dijo el más pequeño, con un indiscutible acento *cockney*.

—Pepsi, papá, por favor —dijo el más grande, con un acento comparativamente cortesano.

Veale sirvió a sus hijos.

—Gracias, papá.

—Gracias, papá.

—Eso sí que lo pago sin descuentos —dijo Veale cuando se fueron los chicos—. Me cuesta uno y medio de los grandes mandar a ese pequeño tunante al colegio.

—Es que va a un colegio privado, ¿no?

—No, todo se va en transporte. Lo que realmente te hace polvo son las tarifas del autobús para el colegio. A veces no sé para qué me tomo molestias contigo, Terry. Quiero decir que no se necesita ser... Maffyou Arnold<sup>[16]</sup> para darse cuenta de eso.

—Perdone. Estoy borracho.

—Yo también, colega. Borracho de viernes por la noche a la mañana del lunes... siempre.

—Ese asunto del colegio privado. ¿Ese tipo de cosas no va, digamos —me aclaré la garganta—... contra sus principios?

—No. No va. No va para nada contra mis principios. Qué crees que es lo que nos

interesa, ¿eh?: ¿restaurantes, transistores, vacaciones en la Costa Brava? ¿Esa mierda?... Pero ahora dime: ¿ya has visto al responsable del sector?

—Ajá.

—Bien. Yo también. Está bien dispuesto, pero dice que tendrás que hacer el curso.

—Me cago en... Me lo esperaba. ¿Qué curso?

—Cuatro noches a la semana durante un mes. No hay problema. En la Escuela Municipal. Es sólo una precaución.

—¿Que va a costar cuánto?

—Eso sale de los fondos, no te preocupes. Toma. —Volvió a llenar mi vaso—. ¿Pasa algo en la oficina?

—Qué va. No se organizarían aunque pudieran. No valen para eso. —Veale me miró con expresión neutral.

—Gilipollas —dijo.

La sesión terminó poco después de la seductora entrada de la mujer de Veale, una mujer yo diría que maravillosamente promiscua llamada Meg —¿Miggie? ¿Mags?— o algo igualmente ridículo.

Llevaba unos fantásticos pantalones blancos. Las partes de él que iban de la mitad del culo para abajo eran tan transparentes como el polietileno: le veías el contorno de las bragas y su delicado y sugerente dibujo. Mujer de pechos enormemente abultados, me dedicó una atención abrumadora, siempre bajo la pensativa mirada de los grises ojos de Veale. (Pienso que él *debe* creer que tengo clase). Me habré bebido, oh, no sé... ¿tres cuartos de botella?

—La próxima vez quédese a comer —dijo Mags.

—Salud —dijo Veale.

Caminé dichoso al sol hacia el metro de Fulham Broadway. Pensaba: «Quiero todo *eso* y quiero todo *eso*. Y quiero *todo eso* y quiero *todo eso*. Y quiero todo eso y quiero todo eso. No quiero lo que él tiene. Pero quiero lo que él quiere».

—Pero, ¡hola!, noble caballero. Hola, amable príncipe —dije cuarenta minutos más tarde (toda esa gente nueva que conozco).

El jodido *hippie* yacía asándose en el pequeño aparcamiento trasero de The Intrepid Fox. Tenía brazos y piernas diabólicamente extendidos sobre el asfalto caliente, como si los indios lo hubieran amarrado a cuatro estacas. Ahora le faltaba la mayor parte de los dientes, y tenía la piel correosa y aviejada.

—¿Cómo andan las cosas? —pregunté.

—Yo no hablo con cabrones como tú —dijo el *hippie* jodido.

—Me encanta que todo esto que me rodea sea una mierda. ¿Qué te parece a *ti*, listo?

—Yo no hablo con mierdas.

—Eres el verdadero Loco de la Colina, ¿eh? Le enseñas a los mierdas de qué coño se trata.

—Vete a tomar por culo, cabrón.

—Vale. ¡Bien! Parece que por aquí anda todo bien. Al parecer te va de puta madre. Has encontrado un buen sitio, te espera un bonito y largo invierno... montones de meses por delante para tomar a lo que venga.

—No te preocupes por mí, cabrón. Me las arreglo perfectamente.

—Oh, seguro, seguro que sí. No, yo no puedo decir lo mismo. Mejor que nosotros, los muchachos acomodados, que tenemos que ir a sentarnos todo el día en un bonito despacho, y regresar a casa y meternos en la cama. ¿Te traes a las fulanas aquí atrás?

—Claro.

—Encender el hi-fi, venga whisky y demás. Mmm, apuesto a que son poca cosa para alguien como tú, un rompecorazones como tú. Para empezar aparentas como ochenta años, desdentado y tal, y ya sabemos que eso les encanta. Amén de que te haces las necesidades encima, cosa que también tiene mucha aceptación. Y...

—Vuelve a tu trabajo, so mamón.

—Mírate un poco, *hippie* estúpido. Deberías ir preso por oler como hueles. Mírate un poco, vagabundo imbécil.

—A mí no me hables, cabrón. Búscate otro cabrón con quien hablar. ¿Por qué me hablas a mí?

—Porque me encanta —dije—. Me *encanta*.

A un observador desatento, al menos, la noche del 30 de septiembre le habría parecido semejante a cualquier típica velada entre U. y yo. Todo absolutamente normal y bajo control: mi puntual regreso del trabajo, Úrsula tejiendo y meditando mientras yo me mudaba de ropa y echaba un trago, el vagar indiferente de Gregory por nuestras habitaciones (va a lavarse el tufazo que le pegan los demás), la comida en la taberna de los perdedores, la caminata hacia casa —no de la mano— por Queensway (los escaparates estridentes pero tenebrosos al fondo, el vagabundo solitario, el borracho gesticulante haciendo eses, todo ello odioso y repugnante para Úrsula), luego la reconfortante media luz de nuestra suite: el pequeño calentador de aire eructando rítmicamente en el rincón, las gruesas cortinas echadas, la puerta divisoria abierta para atrás hasta la hora de acostarse. Visito el baño en segundo término (allí me miro con atención en el espejo. A propósito, últimamente meo en el lavabo; es más silencioso, además de acordarme así de lavarme la polla). «Vuelve pronto», digo, como siempre, al salir.

Ah, pero esta noche las cosas son diferentes y creo que ella lo sabe (espero que lo sepa). Pues mi actitud ha cambiado: ha cambiado de un modo sutil pero radical. No

soy ya el hermanastro prescindente, agradecido e irónico, el habitante amilanado de una ciudad cambiante, el jovenzazo que aguanta a duras penas. No, esta noche está sereno. Habla poco y espaciadamente. Escucha los interminables comentarios sin objeto de Úrsula sobre su jornada diaria (que sólo pueden terminar con un: «Y luego me vine para casa. Y ahora te lo estoy contando») en actitud de padre interesado. Es autoritario, quizá incluso bastante frío, en el oscuro restaurante, donde ordena la comida sin consultar a la muchacha que ha llevado con él; paga la cuenta y se levanta para irse, con la mirada en otra parte. Y cuando la escolta a lo largo de la excesivamente iluminada Queensway, su aspecto y su paso tienen algo de la épica serenidad del infanticida —prerrogativa que se arroga el adulto, nada malo puede ocurrirte si permaneces a mi lado, la oferta de caramelos formulada con aliento a whisky, ven conmigo pequeña—, sintiendo el hormigueo y la excitación provocados por la audacia de sus necesidades, el ávido aplauso de su mente.

Ella está junto a él, en camisón.

—Quítatelo —dice él.

—Tengo frío.

—Quítatelo.

—Tengo *frío*, Peliverde.

—No me llames Peliverde.

—Dijiste que podía.

—Estaba mintiendo. No puedes. Quítatelo.

—Oh...

—Eso es. No, no: todavía no. Aguarda... Quédate *muy quieta*.

—... No, no hagas eso.

—¿Por qué no?

—Por favor.

—¿Por qué no?

—Que no.

—¿Por qué no?

—Oh, por favor no.

—Eso es pueril, Úrsula. Y muy poco natural. ¿Por qué no quieres que te haga lo que tú me haces a mí? ¿eh? ¿Eh?

—Simplemente porque no.

—Ésa es una respuesta infantil, Úrsula. Y un comportamiento infantil.

—Oh, me vuelvo a mi cama.

—¡Qué esperanza! Y va en serio. Úrsula, ¿cómo quieres que haya gente que te quiera y te proteja si te comportas así? Por favor, Úrsula, dímelo... De veras me gustaría saberlo. Hay personas que cuidarán de ti, y yo soy una de ellas, pero si

continúas portándote así todas nos alejaremos. Nos alejaremos porque te comportas de una manera poco natural, porque eres *tonta*... Eso es, así, eso es todo lo que tienes que hacer, ¿ves? simplemente echarte para atrás, no te pongas a llorar ahora, sólo quiero que... ah-ah-ah, *tonto*, Úrsula, *tonto*... Sí, eso es, así, así...

Él está ahí abajo sintiéndose como una gárgola exultante, explorando, olisqueando, contemplando, recreándose cuando Úrsula se estremece y da un respingo, cruzando a medias las piernas (y propinándole un considerable golpe en el mentón con su huesuda rodilla), como si hubiera oído algo distante que se aproxima. Él está a punto de soltar un rudo e indignado reproche, cuando oye lo mismo. ¡Zas! En un incontrolado acceso de terror, salta electrizado de la cama. La luz se enciende como el flash de una cámara, y al abrirse la puerta, el cochino muchacho se encuentra encogido y desamparado en mitad de la habitación...

(II) De pequeño me extasiaba pensando en el hombre que iba a llegar a ser.

GREGORY

¿Quién iba a pensarlo?

Ayer de mañana pasaba tranquilamente por la estación de metro camino de la parada del autobús. Tenía un aspecto soberbio, con la capa flameando por detrás, como la de Superman, unas finísimas botas nuevas de piel de víbora, el cabello impecable tras un corte de lujo. En un repentino impulso, me detuve y eché un vistazo a la amarilla gruta de puestos de periódico y máquinas expendedoras de billetes. Una robusta mochilera escandinava, soportando el peso de un voluminoso macuto verde del tamaño de un enrollado colchón de dos plazas (portador, sin duda, de una cocina de campaña y una tienda de tres pisos), me miró con descarado deseo. Una pareja de americanos de mediana edad —*tenían* que ser americanos: ¿cómo, si no, aquellos idénticos pantalones a cuadros estilo Pickwick?— cogidos del brazo, giró en redondo hacia mí, buscando una señal... ¿Por qué no?, pensé. Entré directamente, compré un billete y el *Times*, me introduje en el ascensor medio lleno (un negraco me revisó el billete) y descendí sin novedad al andén, donde inmediatamente hizo explosión la bala de plata. Ascendí, y me leí un editorial bastante agudo sobre la crisis económica mientras el tren circulaba a gran velocidad por debajo de la ciudad. Tras emerger al gran baño de luz solar en Green Park y luego de bromear con el florista, deliciosamente bronceado (me dio por cierto una rosa de Camberwell gratis), me volví a mirar hacia el pozo nocivo de donde había salido triunfalmente. Bien, pensé, *eso se ha acabado*.

Valoren el estilo (supongo que ahora será mejor que cambie también eso, ¿no?).

Si se lo han creído, se creen cualquier cosa. Era mentira. La simple entrada del metro me hace mear de aprensión. Cruzo la calle para evitarla, como haría alguien para esquivar a un amigo aburrido, a un perro rabioso o a un oscilante borracho. Jamás volveré allí. Jamás.

Era mentira. Yo digo mentiras. Soy un mentiroso. Siempre lo he sido. Perdón. Aquí van los secretos.

Mi empleo, por ejemplo, es y siempre ha sido —por decir lo menos— una puta mierda. Es un círculo de aburrimiento y humillación, sin perspectivas ni compensaciones. Ahora tengo que preparar el té (en realidad, siempre he tenido que hacerlo), y limpiar los servicios de rodillas. Me paso dos horas al día puliendo marcos en el depósito. Tengo que entregar cuadros por todo Londres (no les he hablado a los Styles acerca del metro y yo. El reparto me lleva horas: los autobuses hacinados se retrasan y ninguno va adonde yo necesito. Ellos se enfadan conmigo y no puedo decir nada). Soy el que barre. No me dejan vender. Me tratan como a un escolar insoportable. *Ya ni siquiera les gusto*. Me pagan exactamente la mitad del salario medio nacional, menos de lo que cobra cualquiera que yo conozca o de quien haya oído hablar. Y dicen que pronto me lo reducirán, porque ellos también están ganando menos.

El dinero me preocupa a todas horas: me siento como la encorvada L del signo de la libra esterlina o la tremolante inscripción en un estandarte al viento. Ya no me atrevo a abrir las cartas. He vendido todo aquello que se podía vender. Aquel «costoso» coche verde mío (ausente, habrán notado, desde hace cierto tiempo), se marchó hace rato: esperaba que me dieran tal vez £100 por él, pero el idiota pueblerino del Garaje de los Ladrones dijo que tendría suerte si lo vendía como chatarra (el bruto estaba totalmente en lo cierto, por supuesto: era un coche inservible, que apenas valía para llevarte por la calle). No me he comprado nada de ropa desde marzo; me mantengo gracias a la generosidad de mi guardarropas, pero en realidad a estas alturas se halla penosamente desprovisto (y la mayor parte de mi ropa es extravagante, no puedo ponérmela para el trabajo). Comprar cualquier cosa no esencial me hace sentir furtivo, como un delincuente o un estafador. Maldita sea, *cualquier* intercambio de dinero por bienes me llena de un temor desmedido. ¿Desmedido? No puedo vivir con el dinero que me pagan. Nadie podría. No puedo ir y venir del trabajo todos los días y comer y no volverme loco del todo. No puedo *mantenerme vivo* con lo que gano. Mi descubierta crece en líneas de guarismos y letra impresa, cargos bancarios en aumento, pago de intereses. Ya no puedo leer un libro ni mirar la televisión sin que ese otro drama se alce dentro de mi cabeza, echándome a perder página o pantalla. No puedo hacer nada sin que el dinero me

mire maliciosamente por encima del hombro. El dinero me ha despojado de todo cuanto tenía.

Y no hay más allí de donde vine. Oh, somos distinguidos, cómo no, y yo realmente odio a los malvivientes (como ellos a mí: ahora lo comprendo. Pronto se volverán contra mí. Están esperando. Yo estoy esperando. Vivo en un perpetuo temor a la violencia. Un joven me abordó abruptamente la semana pasada en la plaza y yo cambié de dirección y me alejé protegiéndome con los brazos levantados. El joven se mostró sorprendido y preocupado; sólo quería saber dónde estaba el metro. Cualquier desorden o agitación en la calle —y actualmente abundan: el mundo está en ebullición; la gente se está poniendo más desagradable; todo el mundo anda borracho; todo el mundo está desesperado— me hace sudar y me hace huir corriendo. No salgo por la noche si puedo evitarlo. Hay gente esperando para romperme los dientes. Hay gente aguardándome para hacerme daño), pero nunca tuvimos mucho dinero, y mi padre se lo ha gastado casi todo, ese loco de mierda (mi lenguaje será lo siguiente en marchar). Duró para él. No durará para mí. Gracias. Ahora desearía haber estudiado más y haber hecho esto y lo otro. Pero no hice nada. Creí que a la gente respetable no le hacía falta. Ahora resulta que sí.

Supongo, asimismo, que ustedes piensan que mi vida sexual es tan deslumbrante y madura como insípida y árida es la de Terence. Supongo que creen que soy un as en lo que tiene que ver con el catre. Bueno, admito haberlo sido en un tiempo (todo lo que he dicho acerca de mi extraordinaria buena pinta, por ejemplo, va a misa, es un hecho, no tiene vuelta de hoja. Soy de veras asombrosamente guapo). Hubo una época en la que se me consideraba con mucho la presa más codiciable de Londres: los maricas de muchas millas a la redonda venían a lo de Torca sólo para echarme un vistazo, para ver si era cierto todo lo que todo el mundo comentaba (y lo era, lo era); cualquier chica, absolutamente cualquiera, era mía sólo con que le hiciese una seña con la cabeza, le sonriese o la llamase con un movimiento apenas perceptible de mis artísticos dedos. Airoso y a la vez atlético, al mismo tiempo flexible y firme, ora sumiso y obediente, ora amenazador y estricto, era lo que llamaban «un milagro», con un maravilloso talento para el sexo y la diversión. Sin embargo, todo aquello se me ha dado vuelta y resulta malo, malo y triste, malo y triste y demencial. Y de un tiempo a esta parte en lo de Torca me tratan como a una basura.

¿Por qué? ¿Forma parte de lo mismo? (De pronto tengo la necesidad de hacer permanentemente todas estas preguntas. ¿Por qué? Que alguien me lo explique. ¿Por qué no hay alguien que me lo diga?). Sé que hay otros aspectos de mi vida aguardando su final; no tienen otra función que la de extinguirse cuando más daño me haga. Entro distraídamente en la cocina antes que nada, y la encuentro intensamente familiar y no obstante intensamente irritante, como si toda la noche hubiera estado soñando sin parar con tenedores y cucharas; y las mentiras del pasado

están ya haciendo cola para apuntar con el dedo.

Y Terry. ¿Qué es lo que pasa ahora con él? No, *no me lo digan*. No me digan que ha conquistado el éxito. No, no me digan eso.

Aunque puede que —con ánimo satírico— haya tendido a mostrar a mi hermanastro bajo una luz desventajosa, es seguro que su inepticia, su estupidez y su falta de encanto resultan absolutamente evidentes, con o sin elaboración por mi parte. También la veracidad ha sido la tónica de mis referencias a su persona, incluso las más someras. ¡Es que él es realmente así! Su desagradable cabellera está más rala de hora en hora; su policromática dentadura (en la que cada pieza soporta el resultado de un trabajo dental barato que asoma como la tinta invisible a medida que los empastes sobreviven y el diente muere) se subsume gradualmente en la hecatombe metálica de sus encías; su boca curvada hacia abajo en señal de autoconmiseración, sus repelentes ojos afiebrados. Todo está ahí. Lleva garabateada en su estrecha frente la palabra MALVIVIENTE. Sin agallas y al mismo tiempo agresivo, tan cobarde y sentimental como amargado y basto, carente de tradición genealógica, de todo pacto con las buenas maneras, Terence es simplemente el representante de los valores que conoció primero.

Pero los malvivientes están ganando. Y a Terry, por supuesto, «le está yendo bien». *Le está yendo bien*. Por supuesto. Ha demostrado que hará lo necesario para tener éxito. Ha demostrado que está preparado para sacar provecho de su tiempo. Le está yendo bien.

De ahora en adelante voy a intentar decir la verdad. Todo se ha vuelto demasiado grave para mentir, y debo protegerme lo mejor que pueda. Lo intentaré. ¿Pero me escucharán ustedes? No, supongo que ahora confiarán en la versión de Terence, con su terca fidelidad a lo real, más que en la mía, más dada a actuar en la superficie de las cosas.

Y Úrsula.

—Úrsula —dije en el corredor (he estado demasiado tiempo escondiéndome de ella)—, ¿por qué no vienes de noche a mi cuarto?

Ella se volvió hacia mí, pero sin mirarme a la cara. Le veía la desigual partición del cabello en la cabeza gacha, y su olor era el de antes, el de al aire libre.

—No puedo —dijo.

—Puedes —dije yo—, *puedes*. No lo despertarás. *Él* no va a despertarse.

—Es que no creo que sea muy buena idea, eso es todo.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir? ¿Quieres decir que crees que la idea es sólo *medianamente* buena?

—Es que hacer eso no me hace sentir mejor, en modo alguno.

—Pero ¿qué *demonios* quieres decir?

—Oh, Gregory, por favor —y empieza a girar la cabeza aturdida, del modo que solía enternecerme infinitamente, de un modo que ahora me hace estremecer de odio—. Ahora *nunca* me siento bien, nunca me siento *bien*. Casi todo me hace sentir peor. No...

—¿Por qué? ¿Por qué, por qué, por qué?

—Tú *sabes* por qué —dijo en un súbito tono de afrenta, de desafiante y motivada afrenta—. ¿Por qué *no me dejas en paz*?

—¡Mírame! No te estarás poniendo *boba*, ¿verdad, Úrsula? Recuerda cómo me enfado cuando empiezas a ponerte *boba*...

¿Recuerdas (quiero decir), recuerdas, princesa, cuándo sucedió? Escucha. Tu primer día en el colegio de niñas mayores. Mamá y Papá te habían ido a buscar en coche (para pasar el rato de tiendas y de tías y traerte de regreso). Llevabas una bata oscura con dos estrechas tiras sobre los hombros de tu camisa blanca y una elegante boina. Yo, por mi cuenta, me detuve en el sendero de acceso, con la buena de la señora Daltrey, y agité los brazos mientras el coche aceleraba confiadamente al paso por la entrada. Tú me devolviste el saludo, sin temor. Tenías cerca de catorce años (Dios me perdone). Toda la mañana, mientras permanecí encaramado en mi casa arbórea, esculpiendo distraídamente una ramita con mi cortaplumas, o practicaba al tenis contra el áspero muro del garaje, o pensaba en mi propio colegio —la bienvenida a mi regreso, las filas de camas tendidas, el capitán de natación, a quien un día en que retorné inesperadamente al dormitorio hallé acariciando amorosamente mis zapatillas de abrigo con lágrimas en los ojos—, pensé también en el día tuyo, las losas de piedra aloque, ésta es la alumna nueva, la histérica autosuficiente erguida como una bandera al frente de la clase (ah, la fatal corporeidad de las maestras de escuela). Una vez concluida la comida, y una vez que hubes escuchado los plácidos ronquidos de la señora Daltrey desde su sillón de hamaca de mimbre, me fui para el desván lleno de telas de araña (los baúles, los postes de cama y los colchones arrollados, la solitaria tabla de pino apoyada contra una pared, iluminada por el sol), al tiempo que debajo de mí la casa quedaba en suspenso y silenciosa, un gran navío de ladrillos calentándose al sol de la tarde. Estaba junto a la ventana, ojeando los marcadores del críquet en un diario amarillento —Graveney, Barrington, Dexter—; cuando miré hacia el césped delante de la casa me puse a parpadear con el sol y la sombra moteada. Lo que vi hizo que el corazón me diera un brinco. (Deseaba tanto que aquel día fuese un éxito). Tú subías corriendo por el sendero de entrada, una diminuta mancha de dolor: no podía verte el rostro, pero todo en ti indicaba aflicción, aparecía rígido, contraído y vulnerable, como el último estertor de una máquina que deja de funcionar, como si lo único que te impidiera desplomarte fuera el desesperado ritmo de tu carrera. Nos encontramos de frente en el corredor del primer piso; estabas en mis brazos: —*Silencio* —dije aterrorizado. Jadeabas tan fuertemente que apreté la

mano sobre tu boca para mantenerte allí, para conservarte entera, para retenerte. Tú hablaste entre lágrimas (sólo los jóvenes hacen eso):

—*Me aborrecen... ¡Dicen que me aborrecen!* —Yo pensé que ibas a quebrarte, a explotar, a volar por los aires—. *Haz que pare, ¡hazlo! ¡Que pare!*

Fuimos a la habitación de al lado. Era mi cuarto. Te tendiste sobre la cama deshecha. Yo me eché encima de ti. Tú temblabas como una loca. Necesitabas que te consolara, te calmara, te acompañara, para impedir que los fragmentos de ti volaran definitivamente en todas direcciones. Me querías lo más cerca que pudiera ponerme. ¿Quién se habría aguantado? Yo no pude. Tus bragas eran azul marino y levemente afelpadas. El interior de tus muslos estaba erizado del susto, pero por dentro estabas hirviendo. Yo sólo recuerdo el olor, el olor a sudor joven y a lágrimas salinas y picantes, y el otro olor, a flujo y a sangre. Sólo me bajé los pantalones. En un momento todo había terminado. Esperé no haber roto nada.

—Oh, Gregory, no me hagas eso, *no lo hagas*.

—Entonces dime por qué, ¿por qué?

—Tú lo *sabes*. Así que *para*.

Y paré... aprisa. Ella ve que estoy tan asustado como ella.

(Quizá haya habido un momento en el que pudimos habernos ayudado mutuamente. Ese momento ha pasado. Ahora cada uno depende de sí mismo).

Era la última noche del mes. Era medianoche. Los agentes secretos del sueño ya no me miraban con interés o sospecha. Me senté muy derecho en la cama con las manos entrelazadas. Tenía los ojos anegados (qué ridículo): ¿por qué mi cuerpo no se porta como la gente? ¿Y por qué es el sueño tan difícil de conciliar, y por qué intervienen inopinadamente los sueños para convertir tus miedos en medida del olvido y del fracaso? Estoy aquí sentado en mi lecho, sollozando, con la cara oculta entre las manos. Mido seis pies con pulgada y media. Hace bastante tiempo que soy un adulto. No cabe duda de que soy muy grande para continuar de esta manera... Me bajé trabajosamente de la cama. Me puse la bata y me dirigí hacia la escalera. Úrsula. (No me importa. Necesito a alguien con quien enloquecer juntos). De pequeño me extasiaba pensando en el hombre que iba a llegar a ser. Ya no. Mírenlo, mírenlo.

En el apartamento reinaba el neutro tono gris de un dolor de cabeza. Me detuve al pie de la escalera. Aquel gris hervía, ascendente, como si quisiera prorrumpir en una áspera risotada. Por la estrecha ventana del recibidor veía cuadrados de vida en la parte posterior de las casas del otro lado. Una sucia lamparilla se encendió en uno de ellos. Un exhausto individuo en camiseta, sin afeitar, se encorvó sobre un lavabo. ¿Se volvería hacia su ventana y me descubriría?

Continué andando a tropezones. El gris se espesó en el pasillo, penetrándome en la garganta. Continué andando a tropezones hasta más allá de los armarios. Me

apresuré..., nada de detenerse ahora. Encendí la luz de golpe, al tiempo que la puerta se abría para atrás. Y clavé la mirada.

¿En qué?

Me di media vuelta y salí corriendo hacia mi cuarto. Me puse algo encima. Persiguiendo los latidos de mi corazón, salí del piso, bajé las escaleras y trasponiendo el portal me interné en el aire tenebroso de la noche.

## 10: Octubre

(I) Creo que empieza a gustarme el modo en que está cambiando el mundo.

TERRY

Desde luego, está claro que todo fue mayoritariamente por su culpa. En realidad, todo el asunto fue enteramente culpa suya. De no haber sido por él, nada de ello habría ocurrido jamás. Podemos repasar ahora los acontecimientos, y se verá que así fue.

Naturalmente, yo no lo habría planeado *exactamente* como resultó (todavía no me había acostado, lo cual es un elocuente «por ejemplo»). Y durante aquellos primeros instantes de escalofrío perdí completamente las agallas. De habersele ocurrido, Gregory pudo haberme arrojado al suelo y haberme dado una paliza allí mismo. Yo no habría ofrecido resistencia: con las clases altas puedes joder sólo hasta cierto punto, como bien sabe cualquier verdadero malviviente. Me limité a ponerme la bata, prender un pitillo y ponerme a mirar a la pared. Tan pronto como oímos cerrarse con violencia la puerta principal —Greg salía a tener su tormentosa crisis byroniana en medio de la noche (¡qué maravilla!)—, Úrsula se deslizó fuera del lecho y pasó a mi lado, sin expresión alguna en el semblante. Bueno, así son las cosas, muchacho, pensé, mientras observaba desaparecer su culo anoréxico por la puerta, que se cerró indiferente a sus espaldas. Tu dominio sobre esa chica se ha acabado para siempre. No volverás a verla.

Debieron haber venido a por mí entonces. Debieron liquidarme en aquel momento. Si hubiera estado en lugar de ellos, yo lo habría hecho. No se imaginaron lo vulnerable que me sentía. Si no, seguramente habrían aprovechado la ocasión para darme mi merecido por todo cuanto yo les había hecho.

Úrsula estuvo evitándome durante varios días. Yo la evitaba a ella. Gregory me evitaba. Yo lo evitaba a él. También la evitaba a ella, y ella a él (estoy casi seguro), lo cual era cierto consuelo. Inevitablemente, estábamos siempre a punto de chocar entre nosotros. Yo deseaba que pudiésemos cesar de evitarnos durante el tiempo suficiente para ponernos de acuerdo en una manera adecuada de evitarnos.

Todo aquel embrollo planteaba ciertas dificultades logísticas. Yo me esforzaba tanto en evitar a Úrsula, que no me atrevía a utilizar el baño por las mañanas. Salía tambaleándome del piso con el bigote enredado entre los dientes y la vejiga como una bala de cañón derretida, y entraba en un café vecino a desayunar y a meterme en un

cubículo de cartones a mover el intestino, que no aguantaba más; me afeitaba en el trabajo, en los asquerosos servicios donde sigue habiendo viejos que hacen ruidos explosivos.

También está explosiva la oficina. La racionalización ha comenzado en serio. Wark se marchó la semana pasada. Se volvió *tonto* oportunamente; había estado buscando otros trabajos, en secreto, pero intensamente: no encontró ninguno, nunca llegó a vislumbrar ni uno solo; salió de aquí con andar majestuoso, sin abrir el sobre marrón ominosamente sellado que una mañana encontró entre su correspondencia, lo que significa que ni siquiera obtuvo la risible compensación de los no afiliados al sindicato, pobre idiota. El comepecado Burns se irá la semana próxima; no es de los que ocasionan problemas. El ex beatnik Herbert se aferra lastimosamente a su escritorio: todavía no lo han señalado, pero ya está hablando de los derechos de los ocupantes, de protestas y de cartas a la prensa (no debería hacer *nada* de eso: el sindicato *odia* esa clase de cosas, de acuerdo con mi amigo Veale). John Hain está tranquilo, o cree que lo está. Lo mismo yo. Mi consejo al profesionalmente inviolable Damon, no obstante, es el de renunciar *al instante*, mientras continúa vivo: los chicos de arriba lo sacuden con crecientes bríos; a Damon eso no le hace ninguna falta. Un individuo fornido, vestido a la moda, cercano a la treintena y que no sonrío, se ha instalado en el lugar de Wark. Es un hombre del sindicato y, por lo tanto, se muestra bastante reservado.

Después del trabajo me queda tiempo para, digamos, tres whiskies dobles, antes de irme a mis clases nocturnas en las abandonadas cuevas a los fondos de Farringdon Street. Te sientas en una sucia sala de conferencias mientras algún viejo zarrapastroso te habla del modo de pensar positivo y de cómo evitar cierta clase de preguntas. También hay un poco de escritura rápida. Todos somos allí muy solitarios y amigables, y algunos acostumbramos a continuarla en el pub, incluidas dos chicas nada notables a quienes me propongo abordar por turnos en seguida que haya recuperado mis agallas.

Me alegra llegar tarde a casa. Me alegra que Gregory pase las horas muertas arriba en su cuarto y ya no baje más y nunca salga. Me alegra que Úrsula se acueste acurrucada y de cara a la pared, haciéndose la abstraída, haciéndose la muerta, cuando yo paso furtivamente a lavarme y a mear (y a vomitar aprisa, si tengo ganas). Pienso: finalmente, estamos todos en un pie de igualdad, más o menos. Estamos en paz. Estamos a mano.

Y entonces..., ¿saben con quién me tropecé el otro día?

Estaba comiendo en el pub, por una vez —generalmente voy a un pequeño y agradable establecimiento griego a la vuelta de la esquina—, cuando noté a una figura conocida apoyada contra el mostrador en una pose familiar. Las largas piernas

inquietas compartiendo la carga de aquella cintura diminuta, la energía del perezoso movimiento del desproporcionado tórax, los tirabuzones del cabello, Jan.

Oh, Dios (pensé), ¿dónde me escondo? Pero ella se volvió en seguida, me vio, tragó saliva, sonrió, me saludó con la mano y me indicó con un gesto que iba a reunirse inmediatamente conmigo. Yo pasé rápidamente revista mental a mi aspecto: el cabello dominando hasta cierto punto en mi coronilla, la camisa no del todo mal, nada de pedos desde hacía al menos diez segundos. Bebí un largo sorbo y encendí un cigarrillo.

—Bueno, bueno, bueno.

—Ajá.

—Eso.

—Pues bien.

—¿Y cómo te va?

—Oh, ya sabes. ¿Y a ti?

—¿Por qué no me llamaste nunca?

Porque tú me cortaste la polla, pedazo de furcia, por eso. Nada más que por eso.

—¿Llamarte? ¿Cuándo?

—Después de aquella noche loca en tu apartamento. ¿Se encuentra bien tu hermana?

—Sí, perfectamente. —Apenas podía creer que estuviese ocurriendo todo aquello —. Sí, fue una noche bastante loca, ¿verdad?

—Y que lo digas. Aquel compañero de piso tuyo... ¡Jo! —Un comentario absurdamente insípido, pensé, pero sin rudeza dije:

—¿Qué quieres decir con «jo»?

—Chico, ése sí que tiene problemas.

—Así que tiene problemas, ¿eh?

—Te lo aseguro —sorbió satisfecha de su whisky con naranja. En el extraordinario iris de sus ojos, con aquel aparente recubrimiento violáceo, no dio señales de actividad, ni irónica ni de otra clase.

—¿Qué clase de problemas?

Ella se rió, alzando una mano para cubrirse la boca en un gesto de autorreproche.

—Bueno, en el mismo instante en que tú saliste, empezó a hablarme de aquel modo raro. Es marica, ¿no? —volvió a reírse.

—¿Raro en qué sentido?

Ella lo imitó, con su acostumbrada exactitud.

—Pues algo así como: «Ah, ahora, y si esta deliciosa pilluela de los cielos revelara sencillamente sus misterios, entonces quizás el...». Oh, no me acuerdo. Vaya si era raro. Yo me reía todo el tiempo.

—¿Y después qué?

—Después... —y por primera vez una cierta lástima se pintó en su semblante. Bajó repentinamente la mirada, pero sólo por un momento—. Oh, Dios mío. Después me pidió que hiciera ese *strip tease*. Siempre con la misma voz rara, «desvela tus diversos tesoros, dulzura mía», y cosas por el estilo. Bueno, yo... yo era de cualquiera esa noche..., realicé una especie de baile para él.

—Qué: ¿un *strip tease*?

—Algo así.

—¿Qué significa «algo así»? ¿Te quitaste la ropa o no te quitaste la ropa?

—Bueno, de hecho me quité la camiseta. Y los vaqueros.

—¿Entonces qué es todo eso de que él tiene problemas? A mí no me parece que haya tenido ningún problema.

—No, pero lo que pasa es que no se le puso... no pudo conseguir una erección.

—A veces yo tampoco.

—No, pero la cosa no llegó tan lejos. Fue *horrible*. De veras. Fue *horrible*.

—¿En qué sentido? —Aquello era realmente interesante, y razonablemente gratificante. Pero yo me sentía curiosamente remoto, incluso protector también. Era un asunto de familia.

—Se puso a llorar —dijo Jan—. Fuerte, de veras. Fue horrible. Que él llorase. Que él llorase de aquel modo.

—¿Por qué motivo? ¿Por no tener erecciones?

—En parte, supongo. Y por ser marica y por estar arruinado. Y porque su hermana se estuviera volviendo loca. Dijo que si ella se volvía loca, él también enloquecería. Y por..., oh, por todo. Parecía realmente jodido.

Yo encendí otro cigarrillo. Experimenté, otra vez, esa vigorizante sensación de fría calma que últimamente me ha fortalecido tanto. Y dije —aunque ahora sólo como una reflexión tardía—:

—Así que, al fin y al cabo, te habrías acostado con él. Si él hubiese conseguido una erección decente, desde luego.

Ella sostuvo mi mirada.

—Ajá. Y también lo hubiese hecho contigo. Si tú hubieses tenido una.

—¿Por qué no te *quedaste*, maldita sea? ¿Por qué no te quedaste?

—¡Iba a quedarme! Pero él dijo que era mejor que me fuese. Dijo que tú no regresarías o que podrías traer contigo a tu hermana. O qué sé yo.

—De modo que fue eso.

—Le dije que te dijera que me llamasen. Pero nunca lo hiciste.

—Tampoco él lo hizo.

—¿Nunca recibiste el mensaje?

—No. Pero lo recibo ahora.

De manera que por fin nos enteramos. De manera que por fin nos enteramos de un montón de cosas que no sabíamos (o que yo no sabía. ¿Ustedes sí?). Dios. Resulta todo un poco alarmante, ¿no es así? Yo tenía la intención de lastimarlo —tenía la intención de dotarlo de imaginación, de hacerle ver la diferencia entre él y todo lo demás—, pero supuse que había más que vengar. Ahora es bastante fácil ver qué fue lo que a él lo jodió. A ella también.

Ya no me asustaré de ellos *nunca más*. Jamás volveré a permitirles que me hagan sentir culpable. Ahora son ellos los extraños, de quienes hay que sentir lástima, hacerles un favor y quitarlos de en medio. Ya no tienen vínculos. Aquello a lo que pertenecían ha desaparecido ya; está agotado, son sobras, basura.

La noche en que nuestras vidas se desligaron para siempre, la noche en que todo quedó claro, me encontré por casualidad con Gregory en el pasillo. Él regresaba de esa ridícula «galería» suya, mientras que yo salía tranquilamente con mi libro a pagarme una costosa comida en Queensway.

—Hola —dijimos ambos. Lo encontré atormentado y de mal humor mientras se quitaba el abrigo. Va realmente en cuesta abajo, pensé: su ropa no es ni por asomo lo exótica que solía ser.

—¿Cómo estás? —pregunté en tono agresivo mientras me colocaba los guantes nuevos. No obstante mi firme postura y mi proximidad, Gregory rehusó mirarme a la cara.

—Muy bien —dijo.

—Me alegro. ¿Y qué tal la galería?

—Muy bien.

—Me alegro. Siempre progresando allí, ¿eh?

—Tal vez no me quite el abrigo —dijo él con voz insegura. Se colgó el abrigo de la delgada percha de los hombros y empezó a andar hacia la escalera.

—Úrsula está en su cuarto —dije en alta voz—, deprimida por una cosa u otra, como de costumbre. ¿Por qué no vas a levantarle un poco el ánimo?

Y con eso le cerré la puerta en la cara y me dirigí sin prisa hacia el ascensor riéndome para mis adentros. Afuera, a través de la vidriera combada, vi a las personas que iban por la acera de enfrente como hojas empujadas por el viento.

Cené abundantemente. Ahora tengo tanto de esa cosa rara que los hombres llaman dinero, que parece que puedo hacer más o menos lo que se me antoje. ¡Buenas noches! ¡Hola nuevamente! Sí, no sé, excepto que no voy a probar otra vez ese vodka con tónica antes de la comida. La cazuela de gambas, si me permite, y luego creo que el lomo de costumbre, si es posible. Eso suena espléndido. Y una garrafa de... ¿qué? ¿Tinto? Gracias. No, no consultaré otra vez la carta. De todos modos, ¡me la sé de

memoria! Sólo el café, por favor, y también, déjeme pensar... pues creo que tal vez una buena copa de *brandy*, ¿no? Aquí me siento distinguido. Ahora que lo digo, aquí soy distinguido. El restaurante —un establecimiento familiar italiano en los altos del mercado— está lleno de tipos de cara inflada, expresión poco inteligente y estómago prominente y musculoso, lleno de mujeres de las que no aparentan mucho entusiasmo por meterse en la cama con ellos, pero que resultan estupendas cuando lo hacen. En verdad, los individuos son a menudo fantásticamente repulsivos —la gente ordinaria puede serlo: a nadie le importa— y parecen verse en apuros con los platos llenos de cosas exóticas que refunfuñando le piden a las maternas camareras («Que no, que se le pone limón, pedazo de bestia»), oí que un *gourmet* le decía a su más bien menos sofisticada compañía). Es verdad también que las mujeres me miran bastante; tal vez me hayan señalado como un malviviente en ciernes; o acaso piensan que parezco más bien señorial y enigmático con mi libro de cubiertas blandas, mis cigarrillos y mi vino, mi relativa compostura, sentado allí solo en aquel lugar atestado.

Habiendo pagado la cuenta, generosamente, por cierto, me encaminé a la calle. Los pubs acababan de cerrar y había en el aire un agradable tufillo a brutalidad estúpida<sup>[17]</sup>. Advertí que hacia el lado del supermercado estaba en pleno curso un altercado prometedor. Crucé la calle, incorporándome a una reducida pero apreciativa audiencia, y contemplé a dos gruesos individuos de edad mediana que zarandeaban violentamente a un borracho en medio de unos cubos de basura. Los dos hombres continuaban pegándole sin descanso, aunque el borracho hacía rato que había perdido el sentido. Parecía que no encontraban motivo para detenerse; pero entonces se sacudieron jadeantes las manos, y todos nos retiramos pisoteando fragmentos de dientes y cristal de botella. *Estamos* volviéndonos más peligrosos. Ya no nos aguantamos. Ahora hacemos lo que queremos. Si yo fuera alguno de ustedes, no andaría muy tarde por la calle demasiado a menudo. Hay aquí bastante gente a la que le encantaría hacerles daño. No deberían ustedes dar nada por sentado: deberían andarse con cuidado. Todo esto me va: me refiero a esto de que nadie pueda ya estar a salvo. Creo que empieza a gustarme el modo en que está cambiando el mundo.

Atravesé nuevamente la calle para dirigirme al vecino local de mi proveedor nocturno de pornografía. Lo prefiero cuando ya hay en él una cantidad decente de pervertidos, y también cuando la chica jamaicana no está en su puesto en el mostrador del tabaco: tiene la mala costumbre de levantarse bruscamente de su asiento y, sin previo aviso, echar a la calle a todos los pervertidos. Felizmente, esta noche ocupa su lugar el griego propietario del establecimiento, que está hurgándose los dientes con una lima de uñas, sin mayor esperanza, y hay seis o siete pervertidos esparcidos delante de los estantes de pornografía, como soñadores en el urinario. Me uní a ellos. Pasé rápidamente las páginas de media docena de revistas, todas las cuales continuaban evidentemente en el negocio de enseñar a los hombres qué

aspecto tiene la intimidad de las vaginas y anos de las mujeres. Hay centenares de estas chicas en cada revista, y hay centenares de estas revistas en cada tienda, y existen cientos y cientos de tiendas. ¿De dónde salen estas chicas y cómo las abordan y las persuaden para que nos enseñen el interior de sus vaginas y de sus anos? A estas alturas deben habérselo pedido prácticamente a casi todas las chicas del mundo. ¿Se lo han pedido ya a Jan, a Úrsula, a Phyllis en lo de Dino? Muy pronto se les acabarán las chicas dispuestas a hacerlo. Después tendrán que buscar la manera de que lo hagan las chicas que no están dispuestas a ello. Entonces conoceremos el aspecto del interior de las vaginas y los anos de todas las chicas. No estará nada mal.

La noche estaba eléctrica: era una noche en cursiva. Cuando una lluvia penetrante empezó a perforar la atmósfera, pensé que el pavimento iba a ponerse a sisear. ¿Qué está haciendo la gente levantada hasta tan tarde? ¿Tienen demasiado calor para dormir? La humedad trajo desde una carretilla abandonada un aroma dulzón a fruta podrida. Me detuve a mirar hacia arriba. Vi estrellas.

Para qué necesito el baño, pensé al entrar en el piso. Una vez en mi cuarto, me serví un potente golpe nocturno —whisky: mejor que cualquier cepillo de dientes—, cambié mi ropa por unos viejos pijamas y me metí rápidamente en la cama. Un cigarrillo, el día, la oficina, el mes próximo, el futuro, ah, la vida, ah, la muerte. Hice una gárgara y aplasté el cigarrillo. Apagué la luz y me quedé mirando al techo. Pero el techo no se iba a dormir. Mi mente estaba muy, muy, muy ocupada. Entonces lo oí. Un sonido demasiado próximo para ser un sufrimiento humano, demasiado hondo para separarse del zumbido y el goteo de la noche. Un bebé morado al que se le ha acabado el aliento, una mujer demente en un vacío, el crimen debajo de numerosas almohadas.

—¿Úrsula? —dije.

Todo acabó en un momento. Sólo me bajé los pantalones. Recuerdo únicamente el olor: sudor, lágrimas, flujo. Sus muslos estaban fríos y erizados, pero ella estaba hirviendo por dentro. Quería incorporarse, conectarse, ser nuevamente una unidad. Pensé que podía quebrarse antes de que yo pudiese hacer nada. Ella temblaba como una loca. Jadeaba tan fuerte que apreté mi mano sobre su boca para mantenerla allí, para conservarla entera, para retenerla.

—¡Silencio! —dije, aterrorizado. Ella se tendió sobre la cama y yo me tendí encima de ella. En un momento todo había terminado. Yo confiaba no haber roto nada.

—Me odia —dijo ella a continuación. Yo me aparté unas pulgadas.

—¿Él?

—Sí.

—¿Por mi causa?

—Sí.

—¿Es por eso que tú...?

—Sí. Alguien tiene que cuidarme.

—¿Lo han hecho?

—Era él o tú.

—¿Por qué?

—Pero nada de eso importa ya, ¿no es así?

Yo me volví. Oía una nueva lluvia rodando por los cielos. Me pregunté cuánto tiempo pasaría antes de que ella regresara a su habitación.

(II) Aún no has tocado fondo. Todavía puedes caer mucho más abajo.

GREGORY

¿Qué sucedió?

¿Qué sucedió? Creo que debo haber estado fuera por lo menos media hora antes de darme cuenta de que estaba fuera, antes de darme cuenta de estar en alguna parte, antes de que la bruma de una aflicción candente tuviera oportunidad de disiparse de mis ojos. Había salido «como una tromba» a la noche. Súbitamente estaba en la calle y súbitamente las calles estaban negras, vacías y frías. No había ruidos, absolutamente ningún ruido, a excepción del agudo resplandor distante de los coches y el amortiguado murmullo del aire, como el de un disco de gramófono entre un corte y otro. ¿Y dónde era eso? Estaba de pie en lo alto de una pendiente al otro lado de un bajo y oscuro puente ferroviario. Una luz tenue llegaba desde la entrada de una muerta estación de metro del lado opuesto de la calle; en la puerta contigua había una modesta academia para conductores que lucía una pretenciosa L rosada de neón parpadeando débilmente en el escaparate. Por encima del muro prefabricado que orillaba el pavimento veía una vasta zona arrasada semejante a un lugar bombardeado y acordonado, con profundas cicatrices en la tierra, montículos de arena, zanjas humeantes. Grandes grúas erguidas asomaban sobre mi cabeza. ¿Qué pasaba?

Más abajo yacían hileras y más hileras de casas amontonadas en la sombra (parecían haber brotado de sus propios jardines). Por la albañilería de ladrillo de imitación y los marcos de las ventanas absurdamente pintarrajeados supe que me encontraba en territorio de negros, el infierno mau-mau entre Ladbroke Grove y Kilburn. Los coches que pasaban a intervalos irregulares por la calle eran los coches de los *boogies*<sup>[18]</sup>, tan inconcebiblemente llamativos que únicamente los *boogies* podían ser capaces de andar en ellos por ahí. Pero los *boogies* dormían. Yo no experimentaba miedo alguno: ¿de qué, en todo caso? Ahora dependo de mí mismo,

pensé, sintiéndome más sano de lo que me había sentido durante semanas, más sano que allá arriba en aquella habitación, echado sobre aquel colchón de clavos de los nervios. ¿Por dónde quedaba mi casa? Empecé a descender por la colina hacia el oscuro puente.

Fue entonces cuando los vi, dos hombres, inmediatamente pasado el viaducto. Vacilé por un instante (¿cruzo la calle? No), y continué andando. Una tercera figura trepó sobre la valla del solar en construcción. Las luces de las farolas callejeras parpadearon. ¿Es esto? Vistos a través de la sombra más intensa del túnel, parecían extrañamente en calma bajo el resplandor. Dos de ellos estaban apoyados en la cerca prefabricada; el otro, un hombre joven con un abrigo de viejo, me miraba de frente. Entré en el túnel (no detenerse ahora), aprovechando la oscuridad para aminorar el paso. Me detuve. Un alambre me apretó la garganta cuando las dos siluetas apoyadas se enderezaron y tomaron posición junto a su compañero. Tal vez pudiera correr más que ellos, pero no podía eludirlos: esas malditas pequeñas piernas tuyas... ¿y retroceder corriendo hacia dónde? ¿Hacia allí? ¿Y empezar de nuevo? Caminé hacia el límite de la sombra, a diez yardas de los tres hombres. Me detuve. Oí agua, un súbito chorro rústico. Los sujetos eran flacos, sucios, con el pelo largo; daban la sensación de estar al margen de todo, con los nervios tensos para la calle. Nadie se movió. Ahora no se oía ninguna clase de ruido.

—¿Qué queréis? —exclamé desde las sombras.

Ellos no se adelantaron, pero parecían prestos a cambiar de postura para atacar. Unos dedos gruesos me atenazaban el corazón.

—Dinero —dijo pausadamente uno de ellos.

¡No tengo! ¡Estoy en números rojos!

—¡Un momento! —dije—. Tres libras y un poco de cambio: podéis quedároslo. Por favor. Es todo lo que tengo..., os lo aseguro.

—Tres libras —se dijeron unos a otros. Empezaron a avanzar.

Mis piernas se derritieron.

—¡Os conseguiré *más*! Os...

Entonces dos pesadas manos me cogieron desde atrás.

Giré en redondo, medio desplomándome. Sentí los pantalones mojados y calientes. A unas pulgadas del mío, un rostro de piel anaranjada y boca desdentada. De ésta escapó una ronca carcajada.

—Vaya —dijo la boca—, acaba de *cagarse* encima. Se huele. Acaba de *cagarse* encima.

Los otros tres se acercaron rodeándome.

—Por favor, no me peguéis —dije llorando—. Os daré el dinero. Por favor, no me peguéis.

—Ahora está *llorando*. *Coño, pedazo de caca*. ¡Ja! ¡Cagarse encima! ¡Este desgraciado cabrón se *caga* encima!

Y mientras estaba allí rascándome los bolsillos, y aun a través de la bruma de la alarma y la humillación, me di cuenta de que no eran más que mendigos, y encima muy desvalidos, jóvenes y enfermos, con menos fortaleza en sus cuerpos de la que podía reunir yo en el mío.

—Lo lamento —dije, mostrándoles el dinero en el cuenco de mis manos—. Creedme que no tengo más que esto.

El desdentado se rió otra vez.

—Guárdatelo, cagón —dijo—. Guárdatelo, así, eso es, cacho mierda.

Me alejé de ellos tambaleándome y me puse a correr a tropezones. Ellos gritaron hasta que ya no pude oírles.

—Corre, cagón. Venga, corre a tu casa a cambiarte las braguitas. Corre, corre, cagón.

Las dos de la mañana. Estaba de pie en mangas de camisa delante de la mesa de la cocina, con el cambio y los estrujados billetes desparramados frente a mí. Había sepultado los pantalones en el cubo de la basura. Me había lavado en la pileta, con agua, detergente y el rollo de papel higiénico. Me volví hacia la ventana sin cortina. Allí estaba mi rostro, suspendido entre los tejados y las cuentas de luces de los pasillos de los bloques más altos. Era igual a mí, supongo, o a como me ven otras personas.

—Aún no has tocado fondo —dije—. Todavía puedes caer mucho más abajo.

Este mes se oculta en sitios poco conocidos.

Los evité todo el tiempo que pude, y con cierto éxito. (No podía encararme con ellos. La vergüenza era mía también, en cierto modo. ¿Por qué?). En las horas tempranas de la noche y durante los fines de semana permanecía alejado del apartamento. Me sentaba en cafeterías con chicas *au pair* y gente de paso, con respetables señoras de edad mediana y acicalados caballeros de mediana edad, cafeterías en las cuales todo el mundo estaba enterado de los fracasos de los demás y nadie tenía otro sitio en el que hubiese preferido hallarse. Me entretenía en las librerías, los mercados de antigüedades y las tiendas de segunda mano, entre los *hippies* aburridos, los rufianes de rostro cruel y los confiados estudiantes con sus valiosos bolsos de plástico. Pasaba las tardes en el cine, cerca de ruidosos chiquillos y amodorrados pensionistas, al lado de anónimos desocupados crónicos y vagabundos balbuceantes (¿cómo pueden permitirselo? Yo no puedo). Procuero no quedarme más allá de las nueve o las ocho y media. Me mantengo en las calles concurridas, donde los extranjeros están todavía en plena actividad saqueando tiendas. He estado

manteniendo los ojos abiertos. He estado vigilando a mi alrededor.

Corríjame si me equivoco, pero da la impresión de que aproximadamente uno de cada tres pobladores autóctonos de esta ciudad está completamente loco: obvia, abierta, franca, descaradamente loco. Sus vidas están entregadas por entero a formular amargados comentarios sobre el mundo, la luz, la hora del día que es. En cada tanda de pasajeros de un autobús hay seis o siete personas sentadas que no hacen otra cosa que refunfuñar sin objeto con lágrimas en los ojos. Cualquier café contiene, a todas horas, un mínimo operativo de dos maníacos gesticulantes que tienen que ser ahuyentados o echados a la calle, donde se quedarán gritando y amenazando hasta que alguien secunde sus esfuerzos por ser nuevamente ahuyentados. Por cualquier calle que anden, encontrarán la misma proporción de personas que no hacen otra cosa que rumiar a todas horas del día y de la noche, rumiar su odio o su desilusión, o su desdicha, o simplemente su fealdad, su pobreza y su locura. Deberían unirse. Deberían organizarse (conformarían un grupo de presión muy poderoso). Deberían organizarse y hacer que todos los demás fueran también jodidos y tonto.

¿Estoy yo como ellos? No, aún no. Pero actualmente piso muy levemente por cualquier sitio por el que vaya, tanteando todas las superficies. A cada momento espero escuchar cómo se quiebran.

Últimamente, el trabajo se ha vuelto insoportable (en realidad lo ha sido siempre, como ustedes saben, pero actualmente lo es más). Me chillan. Me ponen a parir cuando regreso tarde de repartir sus cuadros mierdosos por toda la ciudad (quizá debería hablarles acerca del metro y yo; a lo mejor se volverían más amables). Me chillan cuando se me caen las cosas, y actualmente se me caen bastante. La semana pasada se me cayó una tetera, y los muy cochinos me hicieron comprar una nueva. Esta semana se me cayó un marco, naturalmente, pero tan valioso que ni siquiera se les ocurrió que fuera a comprarles uno nuevo. En cambio, me pusieron a parir. Ayer me chillaron delante de unos estudiantes amigos con quienes estaba conversando (al parecer, yo había puesto mal la dirección de la mayoría de las invitaciones a la exhibición privada). «Baja inmediatamente al depósito», dijo Odette. Los estudiantes amigos parecieron estupefactos. Yo también. Estuve llorando un rato mientras limpiaba los marcos.

¿Saben lo que tuve para comer el otro día? (Ah, gracias, mi estimado Emil, sí, lo de costumbre, por favor): una barra de chocolate relleno. Una maldita barra de chocolate relleno. Chúpense ésa. Ahora Terry paga todas las facturas. No parece importarle. Un día, al volver del trabajo, me encontré con que el potente Grundig había desaparecido de mi cuarto. Supuse que habían venido a llevárselo (no podía hacer frente a los pagos). Fui abajo, y vi que estaba en el cuarto de Terry. No dije una palabra.

Quiero irme a casa. Quiero retornar a aquella casa grande y tibia. Necesito estar entre personas que me quieran. No encuentro nada que me sirva para utilizarlo contra la gente que me odia.

La noche en que nuestras vidas se desligaron para siempre, la noche en que todo quedó en claro, coincidí casualmente con Terry en el pasillo. Yo acababa de regresar del trabajo; él se estaba calzando un par de guantes nuevos, aprestándose para salir tranquilamente con su libro a pagarse una costosa comida en Queensway.

—¿Cómo estás? —preguntó en tono agresivo.

—Muy bien —dije yo, sin mirarlo a la cara.

—Me alegro. ¿Y qué tal la galería?

—Muy bien.

—Me alegro. Siempre progresando allí, ¿eh?

—Tal vez no me quite el abrigo —dije con voz insegura, mientras empezaba a andar hacia la escalera.

—Úrsula está en su cuarto —gritó él—, deprimida por una cosa u otra, como de costumbre. ¿Por qué no vas a levantarle un poco el ánimo?

Yo había alentado durante todo ese mes la expectativa de desear que Úrsula viniera a mí, que viniera a pedirme perdón. Sabía que las cosas nunca podrían volver a estar bien, pero quizá yo pudiera encontrar el modo de dejar de odiarla, el modo de arrojar lejos de mí este frenesí por la soledad que ahora me cubre como un manto. No obstante, no quería que viniese. No lo quería realmente. Sabía que no podría tolerarlo, que era una cosa intolerable. Aquí estoy, a solas conmigo mismo. Hagamos frente a ese hecho.

Me encontraba sentado junto a mi ventana. Tenía puesto aún el abrigo (últimamente me lo dejo a menudo. Implica que no estoy aquí definitivamente y que puedo largarme cuando se me antoje; además, estoy paranoico con la estufa). Me encontraba sentado junto a la ventana, contemplando los aviones que se desplazaban graciosamente entre las nubes grises. Entonces oí aquellas pisadas sigilosas.

—¿Gregory?

No pude girar la cabeza.

—¿Sí?

—Soy yo.

—Lo sé.

—¿No quieres hablarme?

—No puedo.

—¿No vas a hablarme nunca más?

—No lo sé. No creo.

—¿No vas a mirarme?

—No puedo.

—Cuando éramos chicos decíamos que nunca seríamos malos el uno con el otro.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué estás siendo malo conmigo ahora?

—Porque te aborrezco —dije.

—No *puedes*. ¿Qué será de nosotros?

¿Y por qué son siempre los clisés los que te hacen llorar? Me eché hacia adelante sobre mi mesa y di rienda suelta a las lágrimas más salobres que haya derramado nunca. Tanta agua manando, ¿de dónde proviene? Presentí su presencia a mis espaldas. Me volví, sobresaltado.

Tenía una mano levantada, como si fuera a posarla sobre mi hombro. Su semblante expresaba un dolor intenso. Se acercó un poco más.

—¡No me toques! —exclamé. Se lo estaba rogando—. No lo hagas. Si me tocas me volveré loco.

Avanzada esa noche, un torbellino de sirenas se introdujo oblicuamente en mi sueño. Giré en el lecho (cerrad las puertas, cerrad las puertas. Las sirenas abundan en mi entorno, donde siempre está todo el mundo jodiéndose o volviéndose tonto. Siempre tiene que haber sirenas esperando por aquí cerca). Había soñado que iba caminando por una calle bombardeada; había niños jugando, y una atmósfera nostálgica provocada por aquella olvidada concordia: el bate que golpea la pelota, el sonido de las zapatillas que rozan el suelo a la pata coja, la débil protesta atiplada de sus gritos; yo llegaba a la casa que había venido buscando; llamaba a la puerta y me volvía para disfrutar de los niños; ahora todo estaba silencioso, y yo veía con un sollozo que no eran niños en realidad, sino viejos enanos locos, cada uno de ellos, cruzando la calle hacia mí con los rostros encendidos... Las sirenas aullaban, pidiendo sangre a gritos. Abrí los ojos. Una luz azul giraba velozmente alrededor de mi cuarto, como un espectral bumerang: *juish... juish... juish*. Me incorporé en la cama temblando. Las sirenas gemían su advertencia mientras yo bajaba las escaleras. Abrí la puerta del apartamento.

Entonces, todo a un tiempo: la ráfaga de aire frío a través de la vidriera hecha añicos, los hombres abriendo de golpe las quijadas de la ambulancia, la figura vociferante en camisón blanco. Caí de rodillas.

—Terry —dije—. Que alguien me ayude, por favor.

El pasillo empezó a inclinarse sobre un costado. Yo me deslicé por el suelo. El bumerang de luz azul continuó girando sobre mi cabeza, acercándose más, cada vez más brillante, convirtiéndose en tinieblas.

## 11: Noviembre

(I) ¿A que no ha estado tan mal, eh?

TERRY

Me deja frío. ¿Quieren saber cómo murió mi hermana? Ahí va eso.

*Zoom.* Terence sentado a la mesa cuadrada en el rincón del cuarto, sus deberes esparcidos sobre el tapete verde. En la silla que está junto a la cocina de hierro con tres hornallas, mi padre, alto, fornido, con el cabello fino, rojo, húmedo, pueblerinamente planchado por encima de la coronilla. Rosie se ha retrasado. El humo de la pipa húmeda formaba una especie de prolongación gris a la altura de la mesa, y cuando giré en mi asiento para mirarlo a través de la bruma del tabaco —para ver cuán furioso se estaba poniendo, decirle rápidamente algo acerca del otro lado—, me sentí como si estuviera sobre un plano elevado, como un dios, o un científico observando el comportamiento de unos animales enjaulados. Esto se va a poner mal, pensé; pero, por supuesto, otra parte de mí (esa parte perversa, de alternativa) pensaba: esto va a ponerse bueno. ¿Dónde está el dolor de cabeza? Allí abajo, en alguna parte.

Oímos cerrarse desde adentro la puerta principal. Yo me volví otra vez cuando ella entró en la habitación: entró en la habitación dejando caer cosas sobre las sillas, diciéndole hola a su padre y a mí, sin temor alguno. Él no se mostró irritado por el retraso. No emitió respuesta alguna. Estaba sentado delante del fuego, fumando su pipa: debe haber sido delicioso, esa sensación de legítima cólera diferida, dejando que el hilillo de energía se le introdujese por la boca para sustento de su activa inmovilidad. Rosie vino cojeando hasta mi mesa, donde se sentó y estuvo haciendo garabatos sin pensar hasta que fue hora de comer. Se sentía bien. Tenía siete años.

Mi padre, como siempre, preparó la cena —alimentos baratos, elementales, fatales para el cutis, invariablemente fritos— mientras mi hermana, como de costumbre, ponía la mesa (también le tocaba lavar los platos desde que falleció mi madre), y mientras yo, como de costumbre, no hacía nada. No hacía nada, excepto escuchar aquel viejo y fantasmal tintineo, la falsa nitidez de aquel sonido áspero, de aquellos ruidos que se apagan justo cuando parecen aumentar, y aumentan nuevamente, y luego se apagan, y después empiezan a crecer.

Él come con meticuloso regusto. El silencio depende de su manera imperturbable de cargar el tenedor, de cargarlo con una muestra de cada una de las materias alimenticias que hay en su plato —trozo de salchicha, grupito de alubias, blanco

fragmento de clara de huevo, semillas de tomate— y dejar caer la cabeza para devorarlo, cargando el tenedor otra vez mientras mastica. Empieza a hablar, sin levantar la vista. Él no levanta los ojos. Yo tampoco.

«Has llegado tarde otra vez, Rosie».

«Tuve que ir a lo de Mandy. Dije que llegaría tarde».

«No me interrumpas, por favor. No vuelvas jamás a interrumpirme. Has llegado tarde otra vez, Rosie. Tú sabes lo mucho que me enfada que llegues tarde».

«Papá, te lo dije».

«Y yo te he dicho que no me interrumpas. ¿Te he dicho que no me interrumpas?».

«Sí, papá».

«Entonces no me interrumpas, por favor. Ahora, empecemos de nuevo. Tú has llegado tarde. Eso me enfada. Yo no me enfadaría si tú no llegases tarde. Pero tú has llegado tarde. Eso me ha enfadado».

(Yo ya apenas puedo seguirlo. Con la habitación tan llena de sonidos y él que no levanta la cabeza, ni se mueve ni se inclina hacia ningún lado... Espero las lágrimas de Rosie, aunque ella nunca llora).

«Tú sabes lo que sucede cuando me enfado. Y estoy enfadado porque has llegado tarde. Estoy enfadado. Tú sabes lo que sucede. Pero llegas tarde igual».

Se levanta y se da media vuelta. Se mantiene completamente inmóvil, de espaldas a nosotros. Está de pie delante de la cocina económica, como si sus discos pudieran ayudarle a controlar lo que está ocurriendo dentro de él. Empieza de nuevo...

«Tú sabes todo eso, y sin embargo...».

Y al levantar la cabeza veo que Rosie se encuentra de pie. Tiene el semblante arrebatado... ¿de qué? De indignación, de desafiante y motivada indignación, mientras se aparta de la mesa y yendo hacia él empieza a decir:

—*Basta ya, basta ya, ¿por qué no me dejas en paz...?*

Zoom. Él ha girado y *crac*, y en un instante ella está por los aires con un aleteo espasmódico, y en el suelo, extinguida en un instante, rota, muerta.

Él giró nuevamente. Volvió a colocar la sartén sobre la placa. Se lavó las manos con movimientos deliberados. La atmósfera me hacía sentir el corazón estrujado. Sentí que me había ensuciado los pantalones. Él se secó las manos y echó mano a su chaqueta, colgada en la puerta del lavadero. Vino hacia mí. Espero que no lo huela, pensé; si me descubre, me mata.

—Ahora me voy —dijo—. No volveré. No te preocupes. Yo se lo diré a ellos. Tú no puedes hacer nada. —Indicó el cadáver con un gesto—. Era ella o tú. No sé por qué. Tú no puedes hacer nada.

Me mudé de pantalones en el frío dormitorio y los sepulté en el cubo de la basura. A ella no la miré. Después fui a esconderme arriba. No podía hacer nada.

¿A que no ha estado tan mal, eh? En realidad —entre nosotros— el episodio no plasma gran cosa, ni se trata de una realidad muy acuciante. Oh sí, sucedió realmente; yo *estaba* allí; fue *real*. Pero actualmente la memoria me persigue con afán, como un pelmazo golpeándome en el hombro, una secuencia intensa de una película por otros conceptos corriente, un estorbo, material de segunda mano. Adiós, Rosie. Al final saliste bien. ¿Ahora quién te necesita? Yo no.

En cuanto a Úrsula, bueno, eso también se está aclarando solo. No hubo autopsia ni nada, gracias a Dios... El juez se baja los impertinentes: «Vamos a ver, señor Service, “caballero andante”, según se le menciona aquí. Ciertas cantidades de semen plebeyo fueron halladas...». No, con su extensa historia de desórdenes psíquicos, intentos de suicidio y demás, todo fue formal y rápido. Fue cremada *sin* problemas. Ni su padre ni su madre habrían podido pasar por ello, de modo que Greg y yo formamos su escolta funeraria. Fue triste. Los dos lloramos. No fuimos una escolta demasiado eficaz para ella, ¿no es cierto?

Por supuesto, yo he decidido no culparme en absoluto. Aquella charla que le di, después de la absurda escena en mi dormitorio, no pudo haber sido más benévola y conciliatoria. Simplemente puse de manifiesto, con suavidad pero con firmeza, que yo no podía asumir responsabilidad por ella en ningún sentido, que uno no puede «hacerse cargo» por más tiempo de una persona mientras todavía está intentando funcionar con éxito en su propia vida, que ahora dependía de sí misma, igual que yo, igual que Greg, igual que todo el mundo. Jamás dije que no fuera a apoyarla. Jamás dije que no fuera a ayudarla cuando le hiciera falta.

Gregory, en cambio, ha *resuelto* echarse la culpa. Resulta patente, y también bastante doloroso, que su rompimiento con ella aquella noche fue más decisivo de lo que jamás podía haber sido el mío. Los primeros días fueron difíciles: nosotros tres compartiendo aquella ambulancia. Gregory quedándose para un tratamiento sedativo de cuarenta y ocho horas, los mensajes extrañamente prescindentes de Rivers Hall, Greg nuevamente en su cuarto, una criatura como en el aire, con su palidez y sus lágrimas y la curiosa liviandad de su presencia. Me produce cierta aversión verlo actualmente. Su aflicción es una cosa degradante e indigna de un hombre. Se lo ve tan patéticamente perdido, mirando todo el día por las ventanas, como si la disposición de los tejados pudiera variar súbitamente y convertirse para él en algo nuevo.

Lleva, a ver... unas dos semanas y media fuera del hospital. El primer lunes siguiente a su alta, volvió a la galería. Cuando llegué de la oficina, a eso de las seis y media, lo encontré sentado en mi escritorio, contemplando apáticamente el cielo. No había encendido las luces; el leve resplandor sódico de las de la calle jugueteaba desde abajo en su enfermizo semblante.

—Hola, chaval —dije—. ¿Te encuentras bien?

—Me he largado del trabajo —dijo él.

—Atiza. ¿Quieres un trago?

—Sí. Sí, por favor. Lo he dejado.

—¿Por *qué*? ¿Y qué vas a hacer?

—Se lo dije a ellos. Les dije que podían quedárselo.

—¿Y ellos qué dijeron? ¿Te lo *devolverán*?

—Ya no podía aguantar. No podía aguantarlos, a ellos, al empleo.

—¿Qué dijeron?

—Dijeron que lo comprendían. De todos modos, no era un trabajo muy bueno.

—¿Y qué vas a hacer?

Él sostenía el vaso de whisky con ambas manos junto al pecho, bajando la cabeza para beber.

—Todavía no sé. Hay montones de cosas que puedo hacer. Las haré el año entrante. Hablaré con Papá. Cuando vayamos a casa para Navidad. Tú irás a casa para Navidad, ¿verdad?

—No hay otro sitio adonde ir.

—Terry, ¿cómo te sentiste...? ¿Te importa que te lo pregunte?: ¿cómo te sentiste cuando tu hermana...?

—Triste y asustado —dije.

—Yo también —dijo él.

—Pero más asustado, en cierto modo. Asustado por mí, de lo que me ocurriría.

—Mmm, así me siento yo. Me alegra que tú sintieras eso mismo.

—Y ahora, en cierto modo, he perdido dos hermanas —dije, con bastante osadía.

—Sí, es verdad, en cierto modo —alzó la cabeza—. Las cosas deben haber sido muy duras para ti, Terry.

—No tanto.

Una noche cerca de fin de mes —acababa de completar el curso en la Escuela Municipal y habíamos tenido una pequeña celebración— venía yo haciendo eses y eructando por Queensway, gozando con el aire frío en mis acorchadas mejillas. Tirando a la izquierda por Moscow, obedecí a un instintivo impulso cortando camino a través del aparcamiento trasero de The Intrepid Fox. Cuando me hube adentrado diez yardas en la oscuridad, divisé el amontonamiento de sacos de basura bajo la luz de la puerta de atrás. Me encaminé hacia allí. Sabía que estaría allí, y allí estaba, un bulto de miseria y suciedad, un compacto montículo de estiércol, rodeado de botellas vacías de sidra y manchas de vómito rojizo. Me acerqué más. Creí que no me guiaba otro objetivo que el de sostener uno de nuestros pequeños diálogos pseudo socráticos, pero esa noche había en mí algo diferente.

—Hola, *hola* —dije—. Hola, soy yo, el pequeño mierda.

Un coche que pasaba por la calle barrió con una franja de luz el rostro del *hippie* jodido. Estaba despierto y tenía los ojos abiertos. Había estado observándome.

—El mierda grande —dijo.

—¿Sigue marchando todo bien? ¿Te sigue tratando bien la vida?

—Ajá.

—A algunos tipos les tocan todas las maduras... Pero, oye, a este lugar le has hecho algo, ¿verdad? Lo encuentro cambiado. ¿Lo has hecho limpiar, o qué? ¿Otra vez derrochando la pasta?

—No tienes ninguna gracia.

—Tú tampoco. No eres nada. Por ti no doy ni una cagada de perro.

—Que te den por culo.

—¿Que me den por culo? ¿A mí? Será mejor que mires lo que dices, vagabundo. —Me agaché, y añadí en un susurro—. Podría hacer contigo lo que se me antojase, estúpido *hippie*. ¿Crees que alguien te protegería? ¿A quién iba a importarle lo que te pasara? Ni lo notaría ni le importaría a nadie.

—Vete a cagar, mierda.

Me incorporé. Una mano crispada se destacaba bajo la cobertura del abrigo. Apoyé con fuerza sobre ella la bota izquierda y pregunté:

—¿Cómo dices?

—Que te vayas a cagar, *mierda*.

Lo pateé como pude en un costado de la cabeza. Estaba tratando de mantener mi pie izquierdo pisándole la mano —como una presión extra— y en el proceso estuve a punto de perder el equilibrio. Eso aumentó considerablemente mi cólera. Moviendo las piernas como quien va a patear un balón de rugby, le di con fuerza justo debajo de la barbilla. El impacto de las encías al cerrársele la boca produjo un ruido como de goma, seguido por el de un segundo impacto, cuando su cabeza golpeó el hormigón. Rodó sobre sí mismo con un gorgoteo. Su abrigo tenía por detrás un descosido que le dejaba expuesta parte de la espalda; la delgada cadena de su columna vertebral se borraba gradualmente al aproximarse a la zona de la cintura. ¿Patearía también con mi pesada bota aquel frágil tubo que contenía tan variados elementos vitales? Me daría *gusto*. El hombre dio otra vuelta sobre sí mismo. No. ¿Para qué tomarse la molestia? Ya me he ocupado de él. Extraje un billete de diez y se lo introduje en la mano pisoteada. Un trato justo, probablemente. Para él y para mí. Mientras me alejaba con paso inestable y eructando, escuché unos pasos apagados y escurridizos. Por un instante sentí la mano del miedo en mi hombro, pero al girar la cabeza vi que se trataba únicamente de un par de sus míseros compañeros *hippies*, que corrían a ayudar a su amigo y a compartir el dinero con él.

¿£1.750? Están *bromeando*.

A la mañana siguiente estaba yo en la oficina, hojeando perezosamente el periódico: al parecer aquí, cuanto más poder tienes, menos tienes para hacer. Mis ojos se han desplazado por un momento de las palabras cruzadas a los anuncios clasificados, donde encuentro el siguiente:

ASIST. GALERIA DE ARTE se busca. Cortés,  
educado, varón (21-25 años), galería part.  
Mayfair. No nec. exper. Llamar Odette  
o Jason Styles 929-3095. Sueld. £1.750

No es extraño que haya perdido la cabeza. ¿Por qué no le pagaban con canicas? Estuve unos minutos girando a un lado y al otro en mi sillón. Desde luego, pensé, *desde luego*. Marqué el número. Hablé con una mujer de voz ruda. Concertamos una entrevista para el día siguiente a la hora de comer.

—Sí, Veale, Stanley Veale —dije. Me pondría mi nuevo traje negro de pana, la camisa amarilla, y corbata. Iba a limpiarme las uñas y a cepillarme el cabello hasta dejarlo bien aplastado. Llegaría puntual.

—Buenos días.

—El señor Veale, ¿verdad? Buenos días.

—Sí. Mucho gusto.

—¿Entramos al despacho? —preguntó una mujerona menopáusica—. Mi marido está adentro.

Yo la seguí a través de la galería, con el ruido del roce de sus muslos y el de sus zapatos sobre el suelo de corcho. El lugar tenía algo del estilo de un decorado cinematográfico, profusamente iluminado e inimitable, como si hubiera estado preparado para nuestro histórico desplazamiento por él.

—Aquí estamos —dijo ella mientras nos introducíamos en la penumbra del despacho—. Éste es... Stanley Veale. Mi marido, Jason Styles.

—Mucho gusto —le dije a aquella pequeña unidad de hombre horriblemente en forma que permanecía de pie en actitud de alerta al lado de un archivador gris.

—Tome asiento, Stanley, por favor —dijo él.

Mientras reconstruía mentirosamente mi *curriculum vitae* —estudié Bellas Artes en Kent, realicé cursos en la Courtauld—, percibí un creciente desasosiego en mis entrevistadores: al parecer estaban cortésmente dispuestos a escuchar lo que quisiera decirles, pero ansiosos de que aquel interludio formal tocara a su fin. Y percibí también, mientras proseguía con mis embustes, la peculiar atmósfera del lugar, la deprimente humedad del sillón en el que estaba sentado, el hálito sofocante del

recinto.

—Muy bien —dijo el señor Styles, lanzando una mirada a su mujer—. Déjeme preguntarle una cosa... ¿cuáles son sus inquietudes? ¿Y cómo encajan con la actividad de esta galería?

—Bueno, mi aspiración es contribuir de algún modo, aunque sea muy modesto, al mundo del arte en general. He estado antes en esta galería, como simple visitante, desde luego. Y lo he hecho muchas veces. Me gusta la clase de obras que exponen ustedes aquí, y me encantaría formar parte de todo esto.

El perfecto retrato-robot, pensé; pero nuevamente parecieron defraudados, como disculpándose, casi embarazados.

—Mmm. Verá —dijo Styles—, en realidad no hay mucho que hacer aquí, considerándolo desde el ángulo de su interés. La galería marcha más o menos sola. Nosotros no hacemos más que estar aquí y esperar, ésa es la verdad. El problema con nuestros anteriores ayudantes siempre ha sido —e intercaló una breve risita— que han tenido una ambición excesiva, una variedad exagerada de intereses. Lo que necesitamos en realidad es una persona *totalmente* carente de aspiraciones.

¿De veras?

—Es un trabajo tranquilo —dijo la señora Styles—. Adecuado para un joven apacible.

—Ah, comprendo —dijo tranquilamente—. ¿Es por eso que... que el puesto se encuentra vacante?

—Ah, no —dijo el señor Styles. Los dos parecieron relajarse—. El último era bastante diferente. Los dos le habíamos cogido afecto, pero era un muchacho extremadamente infeliz e inestable. Con talento en algunos aspectos, pero un poco... ya sabe. Incompatible con...

—Y luego tuvo esa tragedia personal...

—Un poco demasiado para él, me temo.

—Comprendo —dijo. *Joder*: ¿y de *aquí* lo echaron a él? Muy triste.

—Bien, el salario no es mucho, ya sabe —prosiguió el señor Styles—. Para serle franco, no habríamos sustituido al joven que estaba antes si hubiéramos podido remediarlo, con las cosas tan tirantes como están. Pero claro, si uno de nosotros se pone enfermo, y luego si hay que ir al correo, por ejemplo... —Habían estado consultándose la mirada—. Lo mejor será que quedemos en que el empleo es suyo si lo quiere. No hace falta que lo considere como una ocupación para toda la vida. ¿Por qué no lo piensa y luego nos telefona?

¿Que por qué no lo pienso y luego les telefono? ¿Que por qué no lo *pienso* y luego les *telefono yo a ustedes*?

Pobre Gregory. El desventurado bastardo. Las cosas están ciertamente cambiando

muy rápido para él. Más rápido de lo que él piensa ahora mismo.

Ha habido nuevas noticias de Rivers Hall. He estado hablando por teléfono larga y costosamente con la madre de Greg. La madre de Greg ya no está preocupada por Úrsula. «¿Cómo se puede estar preocupada por alguien que está muerto?», me preguntó. Úrsula está muerta y enterrada; estuve de acuerdo: es la verdad... y lo mismo, en cierto modo, mi pasado con ella, con ellos, con él. La madre de Greg dice que ahora hay otras cosas de qué preocuparse. Otras cosas. Ella sabía que Greg se iba a hundir; lo sabía aún antes de que se fuese Úrsula. Por eso no quiere que se entere aún de estas novedades. Me lo ha contado a mí. No debo contárselo a él. Lo que he de hacer es llevarlo allá, donde ella misma se encargará de decírselo. Pero se lo cuento a ustedes:

El padre de Greg se ha arruinado. A ella la ruina la asusta; también lo asusta a él. La ruina le ha arruinado el corazón. Su corazón lo ha atacado otra vez. Y creen que esta vez va a ganar.

(II) Vamos a ir pronto a casa para la Navidad.

GREGORY

Eso es. Eso es. Todos los fragmentos que eran mi yo han sido revueltos todavía otra vez. ¿Dónde andan? Ahora no los encontraré jamás.

He dejado el empleo. Lo he dejado, eso es todo. Odette y Jason estaban sentados en el despacho cuando entré lentamente y, con clásica displicencia, les dije que ya no estaba dispuesto, gracias, a desperdiciar mi tiempo en...

No. Me echaron ellos. Me echaron. Me llamaron al despacho y dijeron que yo ya no era «idóneo» para el puesto. (¿*Idóneo* para eso? ¿*Idóneo* para *eso*?). Me dieron £80 en efectivo. Dijeron que lo sentían. Probablemente estaban apenados.

Tal vez piensen ustedes que me echaron porque no había follado con ellos. Pues yo no creo que pueda ser eso, porque lo había hecho, más o menos. ¿Se acuerdan de aquella tarde en que ella me derramó el té en los pantalones y luego intentó follar conmigo? Bien, yo dejé caer el café y yo intenté follarla: lo intenté con ganas y sin mucho éxito (ella dejó, *en efecto*, que le sobara esas horribles tetas y demás, pero no estuvo lo bastante entusiasta. Dijo que no quería volver jamás a hacer conmigo nada de aquello. ¿Por qué? ¿Quién ha cambiado?). Jason me la ha mamado. Una vez. Yo se la he mamado a él. Dos veces. Lo hice porque pensaba que podían echarme si no lo hacía. Lo hice, y me echaron igual. Oh, Dios. Supongo que no puedo culparlos, en realidad, conmigo tan callado y *tonto* todo el tiempo.

Sucedió a media mañana. Me fui andando a casa con £80 en el bolsillo (fue una suerte que nadie lo supiera). Me senté abajo en el cuarto de Terry, contiguo al de

Úrsula. Me preocupo por Úrsula todo el tiempo, mucho más de lo que lo hice nunca cuando estaba viva. Entonces siempre se podía hacer algo. Qué cerca de la náusea está la aflicción. Estaría todo el tiempo con náuseas, si me sintiera capaz.

No fue culpa de nadie. Fue inevitable, lo mismo que es inevitable lo que me está pasando a mí. Lo único que querría es no haberle hablado como le hablé. Dios me maldiga por haberle hablado de esa forma. No sé como osé hacer una cosa así. Jamás había sido malo con ella. ¿Sabe Terry que lo hice? Espero que no se lo cuente a nadie.

Cuando él entró, hablamos. No hubo problemas: ahora se muestra mucho más relajado. Hablamos de casa. Mamá y Papá son creyentes. No creen que hayamos de preocuparnos por los muertos. Espero que sigan creyéndolo. Ya veremos. Vamos a ir pronto a casa para la Navidad.

Ahora me siento increíblemente extraño cuándo salgo de casa. No estoy trabajando (inútil ponerme a buscar otro trabajo tan cerca de las vacaciones). Fuera de casa me siento como un impostor, como un fantasma, ofreciendo una apariencia que no es la mía de siempre. Todo el mundo está tan entero y lleno de energías. Respiran con fuerza y sudan pese al frío. El más insignificante de ellos me mira con ojos curiosos y hostiles. (No les gusto. «¿A quién le gusto?», me pregunto). Hasta los ocasionales parloteos de los extranjeros —y hablan en idiomas que jamás he escuchado— llegan a mis oídos con cadencias de obscenidad, imprecación y amenaza. Antes me gustaba que me mirasen. Ahora ya no. Ojalá me pareciese un poco a Terry. Aunque su apariencia sea desagradable, lo cierto es que, en algún importante sentido que en mí no funciona, tiene aspecto de *persona*, de persona integrada en el mundo en que vivimos. Yo no: lo sé. Antes me gustaba mi aspecto, y me gustaba el modo como me miraban. Pero ahora todo anda mal, y quisiera lucir como cualquier otro.

¿Qué pasó? ¿Qué se hizo de las personas que iban a protegerme? Kane y Skimmer nunca telefonan ni vienen ya por aquí. ¿Por qué habrían de hacerlo? Nunca tuve nada que darles y no tendría con qué salir con ellos. (De todos modos, nunca me importaron. Eran unos mamones, de pies a cabeza). Torka se preocupó por mí al principio, pero ahora él y sus malvivientes piensan que soy ridículo. (Sigo estando seguro de que si fuese allí *una vez más* me pegarían, con fines sexuales o sólo por diversión). Quizá Odette y Jason pudieron haberme cuidado, durante un tiempo, tal vez. Me tenían *cierto* afecto, lo sé (pero no tanto). Veo a los vagabundos resentidos en grupos en la parte de atrás de los pubs. No tienen la pinta que solían tener los vagabundos. No son viejos, ni pequeños, ni andan bien embozados. Algunos parecen bastante jóvenes (algunos parecen bastante ricos). Quizá no son todos vagabundos. Si lo son, debe haber una espantosa cantidad de vagabundos por ahí.

No me gusta andar demasiado tiempo por la calle (es natural: es un noviembre muy frío). Prefiero volver a meterme dentro muy pronto. Me gusta dormitar por las tardes en el lecho de Úrsula (es un cuarto pequeño. Puedes templarlo con sólo estar dentro). Su futuro interrumpido y mi pasado muerto se mezclan en la actualidad en mi mente. Las pruebas que la esperan en la muerte no son probablemente muy distintas de aquellas que afrontó mientras vivía: los nuevos colegios, el aborrecimiento de tus pares, las voces en tu cabeza. El pasado entreteje todo aquello; todavía entramos y salimos a hurtadillas de sus reinos tenuemente luminosos. No me gusta quedarme dormido aquí abajo. Tengo sueños. No veo qué se pueda hacer con los sueños. Uno siempre está dormido cuando ocurren. Tal vez haya que culpar al sueño, por poner un manto ante tus ojos de esa manera engañosa que lo caracteriza. Los sueños no osarían hacerme lo que me hacen si yo estuviera despierto. Es por eso que aguardan a que esté dormido antes de hacerlo.

Me quedo en ese lecho hasta que Terry regresa a casa. Charlamos, y muy a menudo me da a beber un poco de su whisky. También muy a menudo bebo un poco de su whisky antes de que él llegue. Él mira la botella y me mira a mí. Yo paso vergüenza. Me pregunto qué puede pensar de mí actualmente.

Navidad en Rivers Court. Un dibujo, una escena de Dickens: la mansión recubierta de nieve, las ventanas doradas por el fuego de las crepitantes chimeneas, todo preparado para el milagro... Arrendatarios y trabajadores rurales canturreando villancicos en el patio (¿vinieron alguna vez? Si así era, alguien les llevaba bebidas calientes), la resonante campana de la aldea contando obsesivamente sus notas a lo lejos, el vigoroso maullido que llega de la sala de las criadas (si es que hubo alguna. ¿Tuvimos alguna vez una?), el radiante silencio del salón oriental mientras todos convergíamos hacia los cestos repletos de *cadeaux* agrupados en torno al árbol de Navidad de cristal. La familia se siente fuerte otra vez. Casi puedo ver mi rostro asomando aquí y allí en el torbellino de felicidad y recuerdo. ¡Ahí está! ¿Le habéis visto? Veinte navidades me recomponen y me adecentan: mi altura varía a tirones en la máquina del tiempo, mis ropas cambian como una cacatúa multicolor, hay brazos que se tienden hacia mí como... como...

Oh, venga ya... ¿fuimos alguna vez así de dichosos y magníficos? (y es Hall, no Court<sup>[19]</sup>, mentiroso estúpido). Probablemente mis padres estaban viejos y *tontos* mucho antes de que nosotros nos diésemos cuenta, y mi hermana y yo estuvimos siempre marchando por el mismo camino... Últimamente vivo más en el pasado. Dios sabe por qué. Antes pensaba que nunca había pasado un buen momento desde que tuve veinte años. Ahora me pregunto si alguna vez tuve un buen momento desde que cumplí diez.

El teléfono sonó súbitamente, como para asustarme o advertirme. Alcé el auricular y dije:

—¿Sí?

—¿Estás ahí, Terry? Escúchame bien. Está empeorando con más rapidez. Parece que nadie sabe cuánto le queda. Debes traer aquí a Gregory. ¿Cuánto tardarás?

Me senté en la cama. Aquélla era la voz de mi madre. Y yo no soy Terry. Me incliné hacia adelante. Quería arrojar el teléfono contra la pared o hacerlo pedazos contra el suelo.

—Madre, soy yo —dije—. Soy *Gregory*.

—... Oh, *Gregory*.

Hubo una pausa —el silencio más absoluto— antes de que oyese el sonido del auricular colocado suavemente en su sitio.

Me levanté y me vestí. Partí inmediatamente.

Me llevó un centenar de amargos minutos dar con él.

Recorrí todo el trayecto hasta la parada de autobús (un helicóptero volaba bajo sobre mi cabeza produciendo un sordo estrépito y un gato en un restaurante vacío se encaramó a una mesa para arañar el cristal), antes de que se me ocurriese que no tenía la menor idea de dónde trabajaba Terry. Hurgué con violencia entre las páginas de las guías de una cabina telefónica saturada de orina. ¿*Qué* estaba buscando? Regresé corriendo al apartamento. Encontré una dirección impresa en uno de sus sorprendentes recibos de pago. Pero ¿dónde demonios quedaba Holborn Viaduct? Regresé corriendo a la parada de autobús. Consulté los incomprensibles horarios amarillos en el cartel anunciador. Me revisé los bolsillos, mientras vigilaba la aparición de algún taxi. No tenía dinero. No tenía absolutamente *ningún* dinero. (¿Qué pasó con aquellas £80? Supongo que algo: cafés, cajas de cerillas, billetes de autobús). Retorné corriendo al apartamento. Di vuelta a mis cajones y bolsillos. Dieciocho peniques. Corrí al cuarto de Terry. En su cajón del dinero encontré varios billetes de £5. Cogí uno. Cogí dos. Corrí a la calle. No había taxis (estaba lloviendo: nunca los hay cuando llueve). Regresé corriendo a la parada de autobús. Me subí a un 88. Pregunté a los negros. Cambié dos veces de autobús. Me encontré parado en una calle que se transformaba en puente. Pregunté a los vendedores de periódicos (compré tres *Standard* y un *News*). Holborn Viaduct, «ahí abajo». Descendí unos empinados escalones. Avancé a tropezones por la semioscuridad. Una fina lluvia llenaba la concha de la luz, y cuando les preguntaba por dónde ir, unos hombres me respondían demasiado rápido y otros con exceso de lentitud, o no me respondían en absoluto y se alejaban de prisa o se demoraban extrañamente, haciéndome caminar rápido en cualquier dirección y avisándome que no me llamarían para corregir mi rumbo. De pronto oscureció un poco. Yo me puse a correr.

Masters House se irguió ante mí a través de un sedoso velo de lluvia y lágrimas. Era un edificio grande y eficiente; un hombre uniformado custodiaba la entrada. Vacilé. Había una especie de café en el callejón donde permanecía indeciso. Asomé por unos instantes la cabeza al interior: un *teddy-boy* con un gran tupé lustroso, una prostituta vieja con el pelo enrulado, una colección de ojos hostiles. Me ceñí la chaqueta. Debajo de una oxidada armazón metálica vi un charco de vómito helado. Me adelanté.

—Tercera planta —dijo el portero de grandes patillas.

Me detuve en un vestíbulo que olía a desinfectante. Tres mujeronas con caras de cruel expresión porcina estaban de pie observándome críticamente desde una oficina o salón o sala de descanso (periódicos baratos sobre una silla verde, el mango apoyado de una fregona). Se abrieron las puertas del ascensor. El ascensorista aguardaba. Cierra esas puertas, cierra esas puertas. Mientras subíamos entre gemidos y zarandeos percibí que alguien me observaba, que me observaba con un desprecio, con un aborrecimiento mortal. Había espejo en el ascensor. Pero no miré.

El descanso de la tercera planta no conducía a ningún lado. Ascendí un breve tramo de escaleras. Avancé por un pasillo. Doblé una esquina. Algo crujió bajo mis pies. Bajé la mirada y vi con un estremecimiento de horror que estaba pisando dientes humanos. Oí un lloriqueo gemebundo. En un oscuro rincón a mi izquierda había un muchacho sentado, con un pañuelo manchado de sangre apretado sobre la boca. Con él había una mujer.

—Oh, pobre chico —dije.

Movía espasmódicamente los hombros.

—Los chicos de abajo —dijo la mujer—. Se los arrancaron así —hizo un ademán con el índice y el pulgar. Dio un respingo—. Así, sin más.

—Pobre muchacho. ¿Por qué? ¿No pudiste impedirlo?

—No. A éstos no puedes detenerlos —dijo ella.

—Dios mío. ¿Dónde está Terry? ¿Está aquí?

—¿El señor Service? Por allí.

Proseguí andando, bordeando una esquina curva. Una mesa llena de secretarias alzó la cabeza para mirarme.

—¿Está aquí el señor Service? —pregunté. Señor Service. ¿Quién diablos se creerá él que es?

—¿Quién?

—El señor Service.

—¿Terry? Por allí.

Doblé una segunda esquina. Una extensa zona abierta circundada por cubículos se presentó ante mí. Unos jóvenes de barba bien recortada se movían con desenvoltura a poca distancia. Todos interrumpieron lo que estuvieran haciendo para volverse hacia

mí. ¿Por allí dónde? ¿Dónde? ¿Dónde?

Entonces se abrió suavemente la puerta de uno de los cubículos, y allí estaba Terry, encorvado sobre un teléfono, de espaldas a mí, con la espiral del humo de un cigarrillo ascendiendo por encima de su cabeza.

—Sí —estaba diciendo—. Pues no, no podía ser yo, ¿no? Quiero decir que yo trabajo por las mañanas. No sé. No sé. Ya lo he intentado... sin respuesta. *Deben tener alguna* idea acerca de qué significa pronto. Vale, lo llevaré, lo llevaré. Lo que pasa es sólo que yo tengo un empleo, ¿me explico? No puedo decir simplemente...

Había hecho girar su asiento y me había visto.

—Después llamo —dijo, y colgó.

Nos miramos fijamente. Tenía un aspecto activo, compuesto, adulto, de alguien que yo no había conocido nunca.

—¿Has visto al chico que está allí afuera? —le pregunté.

—¿Qué chico?

—El chico que está allí afuera.

—¿Damon?

—Le han roto los dientes.

—Sabía que lo harían —dijo Terry—, cualquier día.

—... He hablado con Mamá.

—Lo sé.

—Ella...

—¿Qué te dijo?

—No me dijo nada.

Él se ajustó la chaqueta.

—Las cosas no van bien —dijo.

—Lo sé —dije yo.

—¿Lo sabes? —dijo él, intrigado.

—No lo sé. ¿Lo sé?

—Las cosas no andan bien —dijo—. Vamos a ir pronto a casa para la Navidad.

## 12: Diciembre

(I) Yo voy a estar bien.

TERRY

Una nube oscurece la existencia del Funcionario de Trenes de Pasajeros británico: en la balsa de aceite de su rutina diaria hay un único estorbo. El pasajero. El pasajero está siempre causándole molestias. El pasajero está siempre incordiando. El pasajero está siempre estorbándole en su trabajo. El pasajero parece estar jodiéndolo desde el comienzo hasta el final del trayecto.

—Esperad aquí —les dije al mozo de cuerda y a Gregory, en un tono de fastidio provocado por la exhibición de insolencia del primero cuando intenté disponer de un carrito desocupado. Me sumé a la larga cola que lentamente presentaba sus respetos ante la única ventanilla en funcionamiento. A su debido tiempo anuncié a voces nuestro destino ante la rejilla de plástico.

—¿Cuánto? —pregunté. Tras un intervalo de exasperada incompreensión, relativamente corto, el bruto me indicó una suma desconcertante—. ¿Para qué anuncian ustedes sus servicios? —dije—. No hay quien los utilice, excepto que no tenga otro remedio.

—Vamos —les dije al mozo de cuerda y a Gregory. Una música ligera revoloteaba por entre los altos pilares de piedra. Había mendigos vendiendo fardos de periódicos. Era sábado, y la estación estaba vacía y sin barrer, cubierta de los despojos de las gamberradas de la noche anterior, como los restos de una desordenada retirada prehistórica. Eran las ocho de la mañana: la atmósfera había empezado a deshelarse: los trenes yacían desperezados y exhaustos, detenidos, jadeantes contra los paragolpes, exhalando vapor.

—Tenga —le dije al mozo cuando nos hubo instalado en nuestro compartimento—. Siéntate aquí —le dije a Gregory. Gregory vaciló, mientras el mozo clavaba la vista asombrado en los escuetos veinte peniques que tenía en la palma de la mano—. ¿De acuerdo? —les pregunté a los dos.

Cuando partió el tren, me volví hacia Gregory:

—¿Quieres comer algo? Hay un vagón restaurante en el que puedes procurarte un plato de mierda por cinco libras. ¿O quieres sólo café? ¿Te apetece comer algo? Puedes hacerlo, si quieres.

—Me *parece* que no —dijo él.

Levanté la cabeza de mi trabajo cuando el tren se detuvo para efectuar una breve parada en un apeadero suburbano. Greg miraba infantilmente por la ventanilla. Noté

con un suspiro que sus mejillas estaban salpicadas de marcas de lágrimas.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte? —me preguntó en tono normal.

—Depende. No puedo quedarme indefinidamente. Tengo que trabajar. Reanudamos la marcha.

—¿Y cuánto vas a estar *tú*? —le pregunté.

—Depende —respondió.

Todo había terminado cuando llegamos allí; yo lo había sabido. Llegamos a la casa en taxi. Pago yo porque ahora soy el mayor... esta familia me está costando una fortuna. Mientras recompensaba al taxista, observé a Gregory bajarse del coche. Se detuvo de espaldas a la casa, abotonándose la chaqueta, rezongando al viento por lo bajo.

Su madre nos recibió en la puerta. Gregory miró al suelo y asintió reiteradamente con la cabeza al ser informado de la noticia, como si fuera lo menos que pudiera haber esperado. Ella preguntó si deseábamos ver el cuerpo: Greg y yo dijimos que sí con un encogimiento de hombros. Nos encaminamos por el vestíbulo hacia la escalera. El pasado intentaba sumergirme en sus aguas. Cuánto aborrezco este lugar, pensé, con sus gastadas alfombras, la extraña forma de sus corredores, buenos para esconderse, y sus peligrosamente obsoletos enchufes. Si pudiera, lo destruiría con mis propias manos. Aquí siempre me sentí mal. No era culpa de ellos, por supuesto. Ellos se esforzaban.

Se hallaba aposentado en el lecho de la alcoba principal. La señora Riding retiró parcialmente la sábana. El rostro de su esposo, vi entonces, había retenido un rictus de sorprendido fastidio, los dientes ligeramente separados —la gente distinguida conserva los dientes, como ustedes saben, por más vieja o jodida que esté—, los ojos abiertos, la frente arrugada, como un individuo orgulloso a quien le revelan que ha sido víctima de una humilde broma. Miré aquel semblante estelar, mesiánico. ¿Quién fue aquel hombre? Yo lo sabía. Un hombre bueno... o un buen hombre en todo caso; un tonto; un tonto que fue bueno conmigo cuando no tenía obligación de serlo; alguien a quien le estuvo permitido hacer prácticamente cuanto quiso prácticamente todo el tiempo. Gregory lloró un poco más allí, pero con pudor, un llanto introspectivo, casi.

Me alegré de habérmelas ingeniado para agenciarme tres copas de jerez antes de la comida, que fue despachada con prisa frugal y abstemia en la cocina. Mi madrastra estuvo todo el tiempo activa y lacónica —los días siguientes, al menos, estarían bastante bien delineados en su mente— y se retiró discretamente al estudio una vez que hubimos acabado con el queso. Yo me reuní con ella unos minutos, como estaba convenido. Ninguna sorpresa: viviría con su prima en Shropshire; había deudas; la casa estaba en ruinas y no valía casi nada; faltaban ocho años para cumplir el término del *leasing* del piso de Londres (le dije lo que podría conseguirle por él y me dio luz

verde para cerrar trato); ella dijo que se las arreglaría; yo dije que haría lo que pudiese por ellos dos.

Regresé junto a Gregory y salimos sin rumbo al camino de entrada. Nos detuvimos allí temblando durante unos minutos. Le ofrecí un costoso cigarrillo, que aceptó con timidez.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté.

—Oh, va a haber montones de cosas que hacer aquí —dijo.

—Aquí no hay nada que yo pueda hacer, ¿no es cierto?

—En realidad no.

—Sería mejor que me vuelva directamente, antes de que oscurezca. No hay problema, ¿verdad?

—Oh, no. —Gregory miró al camino—. Creo que yo también iré a dar un paseo, mientras haya luz. —Se volvió hacia mí con una media sonrisa.

—Adiós, pues —dije yo.

—Adiós, Terry.

—¿Cuándo vas a volver? —le grité, mientras se alejaba. Él miró por encima del hombro.

—No voy a volver —dijo.

Tampoco yo, pensaba una hora más tarde al tomar asiento en el restaurante del tren de las 5.15. Allí la vida ha terminado. Es sólo una casa llena de humedades en la que me crié. Que se queden todo el tiempo que puedan. Espero que estarán bien.

Ahora que dispongo del apartamento para mí durante un tiempo —más adelante lo venderé—, pienso que este invierno voy a poder organizar algunas recepciones como la gente. ¿Se han enterado? Ahora Terence Service recibe amistades en su casa. No solía hacerlo, pero ahora sí. Hay personas a las que puedo invitar. Amigos de la Escuela Nocturna. Todos los chicos de Veale en la oficina. Menuda racionalización ha sido ésa: hay el doble de Vendedores de los que hubo nunca; a nadie parece preocuparle, sin embargo, y todos sacamos montones de dinero. Ahora hay incluso un par de chicas a quienes puedo telefonar para salir y para llevarme a la cama. He follado con Jan, por ejemplo. Estuvo bien —conmigo en radiante forma, a la vez atlético y despiadado—, pero nada especial.

El tren avanzaba con el estruendo de un bombardeo a través de los campos cercados por las sombras en aumento. La campiña me da repelús últimamente: echo de menos la sensación de seguridad que me infunden las estaciones de metro, las calles, los vagabundos y los pubs. Hice señas pidiendo una copa. Encendí un cigarrillo. Descrucé las piernas para hacer sitio a la gran erección hidráulica que los trenes me producen siempre, me hagan falta o no. Sonreí.

La máquina prosigue con su bombardeo a lo largo de los pulidos rieles plateados.

Yo fuerzo la vista siguiendo el trayecto de las vías, intentando avistar Londres. Bebo un sorbo. Lo voy a pasar bien.

(II) Me quedaré aquí en el campo, donde nada me asusta.

GREGORY

Tengo frío. Estos viejos harapos no protegen de nada. (Además tienen un aspecto horrible). Estoy todo el tiempo ciñéndomelos, pero eso sólo me sirve para hacerme ver lo pobremente abrigado que estoy.

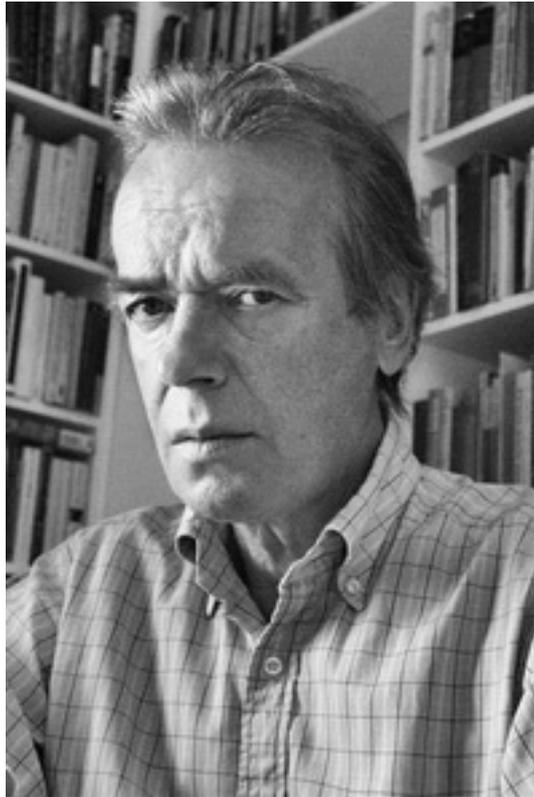
Estoy caminando rumbo al este, por detrás de la casa, hacia el Estanque D (el Estanque D ya no está en nuestra propiedad. Ahora el dueño es un judío, pero uno todavía puede ir allí). El césped de los prados está descuidado y lleno de malas hierbas, y huele vagamente a suciedad y a perfume barato. En los senderos que se proyectan sobre el rosedal abandonado la atmósfera parece oscurecer de pronto, y me entran deseos de regresar corriendo a la casa; pero cuando vuelvo a emerger, y trepo por encima del portillo de molinete para internarme en el campo en pendiente, percibo que al día le queda todavía un poco de vida. El cielo está despejado y colorido. Los pastores están embelesados con lo que ven.

No voy a regresar. ¿A dónde, de todos modos? No voy a regresar para pasarme la vida meando en las cocinas. Úrsula se ha ido. (Papá se ha ido). Y ahora también se ha ido Terry. Espero que por fin se realice como persona. Ésta es la parte para la que fue pensado, la etapa en la cual su vida empezaría a ser buena (él odió todos los otros fragmentos). En cambio yo no. Yo puedo ayudar a mi madre, quedan aún algunas cosas que administrar (Dios, espero que le sea posible mantenerme). Por el momento habrá que arreglarse con eso. No voy a regresar. Me quedaré aquí en el campo, donde nada me asusta. Tengo frío. Está cayendo rocío. A lo lejos, hacia mi izquierda, al otro lado de la fila india de plateados abedules, corre sobre un terraplén la línea férrea. Algo se acerca. Me detengo mientras un elegante tren azul pasa veloz. Miro hacia abajo y percibo que mi mano se agita en un saludo pueril. Qué absurdo. ¿Por qué? Saluda siempre a los trenes, decía mi nana, o mi madre, o mi abuela. Ahora lo recuerdo. Podía ocurrir que alguna persona simpática te viera y te devolviese el saludo.

Estoy entrando en el bosque que circunda el agua (solía jugar allí de niño). Doscientas yardas más allá a través de un enrejado de cortezas y tinieblas, vislumbro el fulgor blanquecino del Estanque D. Hago otra pausa. ¿Puedo llegar hasta allí y regresar antes de que caiga la noche? El bosque está empapado, los árboles rezuman sueños y muerte. Sopla el viento. Los árboles se sacuden en un intento por secarse. ¿Por qué el viento no dejará en paz las hojas? El lago está tratando de ponerme en

guardia... peligro en las calles arbóreas. El bosque produce un ruido efervescente. Un tronco derribado rueda sobre sí mismo. Un pájaro canta.

Estoy de pie del otro lado de la hilera de abedules. Tengo frío..., tengo ganas de tiritar y de sollozar. Levanto la vista. Algo se acerca. Oh, *fuera de aquí*. Contra el infierno del ocaso las ramas se doblan y se quiebran. El viento jamás cesará de enloquecer a las hojas amenazantes.



MARTIN AMIS (Oxford, Inglaterra en 1949). Estudió en la universidad de Oxford. La infancia de Amis transcurrió en diversos lugares, pues su padre, el escritor Kingsley Amis, enseñó en universidades de Gran Bretaña y Estados Unidos. Después del divorcio de sus padres cuando él tenía doce años, asistió a numerosas instituciones académicas pero demostró poco interés por los estudios. Sin embargo, después de que su madrastra, la novelista Elizabeth Jane Howard, le iniciara en la obra de Jane Austen, Amis decidió prepararse para ingresar en la universidad y se licenció en Oxford en 1971. Amis realizó diversos trabajos en el mundo editorial antes de dedicarse por completo a la escritura. Trabajó como crítico de libros en el London Observer en 1971 y desde 1972 hasta 1974 como encargado editorial y director de la sección de narrativa y poesía en el Times Literary Supplement. Después pasó al New Statesman, donde llegó a director de la sección literaria a los 27 años de edad.

En 1980 regresó al Observer como colaborador especial. Amis ha publicado una serie de novelas, relatos, ensayos y guiones de cine que han originado su reputación como uno de los más ingeniosos escritores satíricos de su tiempo. Su primera novela, *El libro de Rachel* (1973), ganó el Premio Somerset Maugham en 1974 (un honor que su padre había ganado con su primera novela, *Lucky Jim*, 20 años antes). Entre sus títulos sucesivos están *Niños muertos* (1976), *Éxito* (1978), *Otra gente* (1981), *Dinero* (1984), *Los monstruos de Einstein* (1987), *Campos de Londres* (1989), *La flecha del tiempo* (1991) y *El tren de la noche* (1995). El ingenioso, cuidado y satírico estilo de

Amis muchas veces contrasta intensamente con su preocupación por los problemas de la sociedad contemporánea referidos al sexo, la droga, la violencia gratuita y el horror nuclear y ambiental. Hay críticos que lo consideran oscuro y desagradable, mientras para otros es el mayor genio cómico desde Charles Dickens.

# Notas

[1] En español en el original. <<

[2] El *hock* es un tipo de vino del Rin. (N. del T.) <<

[3] El país de los gigantes en *Viajes de Gulliver*, de Swift. (N. del T.) <<

[4] El 1 de abril equivale a nuestro Día de los Inocentes. (N. del T.) <<

[5] Plato dulce hecho con pechugas de gallina cocidas y deshechas, y mezcladas con azúcar, leche y harina de arroz. (N. del T.) <<

[6] Mardi gras (Fr). = martes de carnaval. (N. del T.) <<

[7] Cocido con cáscara mucho rato, sin dejar que el agua hierva. (N. del T.) <<

[8] Un vino blanco seco, de origen francés. (N. del T.) <<

[9] Fr. pesadilla, en francés en el original. <<

[10] Asiento largo y mullido, con brazos verticales. (N. del T.) <<

[11] (Lat). *infra dignitatem* = por debajo de la propia dignidad. (N. del T.) <<

[12] Conjunto de viejas cocheras o caballerizas que dan a una callejuela o plaza, actualmente reconvertidas en viviendas y/o garajes. (N. del T.) <<

[13] Alusión a un tema corriente en las piezas teatrales contemporáneas al reinado de James I (1603-25). (N. del T.) <<

[14] Un cobertizo para aparcar es un *car-port*; a un vehículo ligero se le llama *roundabout*. La *h* inicial de *hello* (hola) no es áspera. (N. del T.) <<

[15] Bota alta de piel que por delante cubre la rodilla. (N. del T.) <<

[16] Maffyou por Matthew: uno de los múltiples ejemplos de habla inculta que evidencian un origen social, y son intraducibles. (N. del T.) <<

[17] El autor emplea el término *yahooism*; *proviene de yahoo* (miembro de una raza salvaje en *Los viajes de Gulliver*, de Jonathan Swift) empleado en inglés para referirse a una persona basta, brutal o estúpida. (N. del T.) <<

[18] Denominación despectiva aplicada a los negros. (N. del T.) <<

[19] Hall es la casa principal de una propiedad rural; Court se aplica a la residencia de un soberano o un dignatario. (N. del T.) <<